

MEMORIAS POSTUMAS

DEL

BRIGADIER GENERAL D. JOSE M. PAZ.

Comprenden sus campañas, servicios y padecimientos desde la guerra de la Independencia, hasta su muerte, con variedad de otros documentos inéditos de alta importancia.

TOMO IV.

BUENOS AIRES.
IMPRESA DE LA REVISTA.

1855.



General G.A. de La Madrid.

CONTINUAN LAS OBSERVACIONES SO- BRE LA BATALLA DE CAAGUAZU.

Puede argüirse descuido al general enemigo, pues no solo no sintió á nuestro ejército cuando pasaba el rio Corrientes, sino que casi dos dias despues ni aun sabía si lo tenia todo á su frente. Su marcha del 27 fué inconsiderada por la hora, pues pudo hacerlo con mas comodidad el dia siguiente y tomándose tiempo para tomar mejores informaciones del terreno. Por lo demas, la accion fué lo que debia ser, si se exceptúa la inmovilidad en que mantuvo su centro, mientras que sus alas eran acribilladas. Reducido á tal conflicto, lo peor era estarse inmóvil y fué precisamente lo que hizo: mas le valiera haber intentado un ataque central, brusco que fuese, para probar si adquiria una ventaja que equilibrase las pérdidas de los costados. Nunca podia serle mas funesto el resultado que lo que fué, y él habja ensayado un golpe que muchas veces ha llamado la victoria que parecía escaparse decididamente.

¿Endo poner algun arreglo en la retirada, de modo que salvase al ménos un cuerpo formado de caballería? Lo dudo, porque teniamos la ventaja de los caballos y hubiera sido perseguido de cerca. Sin embargo, ningun esfuerzo hizo en este sentido, cuando no fuese mas que para llenar hasta el último los deberes de un general, como lo hizo Quiroga en la Tablada y en Oncativo, en donde perseguido con vigor, conservó siempre un cuerpo formado, con el

que sino disputaba la victoria, queria mostrar que habia sido digno de obtenerla. Ni Echagüe ni ninguno de sus gefes trató de otra cosa que en salvar sin pensar en lo que dejaban, ni en lo que podian aun salvar.

Por el espacio de seis días estuvieron llegando á Villanueva gruesas partidas de prisioneros que se hacian en todas direcciones, siendo mas de 70 los gefes y oficiales y á 1,200, ó mas los de tropas. Todos fueron tratados con humanidad, sin que ni uno solo fuese destinado á la muerte. Por mas que quiera el mentiroso Rosas oscurecer la generosidad con que se ha correspondido á sus bárbaros asesinatos, no podrá conseguirlo. Los hechos, el pais entero, los prisioneros, los Lamas, los Galan, los Vergara, los Benites, publicaron su mentira y nuestra generosidad, (1). A pesar de que estaban aun frêscos los atroces asesinatos del Pago-largo, no hubo venganzas fuera del campo de batalla, no hubo malos tratos, ni hubo insultos. El único desahago que permití á los correntinos, era que cuando traian al cuartel general alguna partida de 50 ó 100 prisioneros que inmediatamente eran conducidos al lugar del depósito que á qenas distaba dos cuadras, la multitud que los habia rodeado le gritaba en coro: *Al chiquero! al chiquero!* aludiendo á lo que ellos (los enemigos) les decian en las guerrillas cuando tenian que cederles el terreno. Protesto por mi honor que no se derramó una sola gota de sangre de los prisioneros, fuera de juicio y fusilamiento del coronel Algañaraz, mas de un mes despues en la capital de Corrientes.

(1) Un mes despues de estar los prisioneros en la capital de Corrientes, se intentó por algunos de ellos una conspiracion á cuya cabeza estaba el coronel Algañaraz, que denunciada por uno de ellos mismos, dió lugar á indagaciones que llevaron al cadalso á dicho coronel. Al secretario de Echagüe, Benites, se le creyó tambien complicado y me han asegurado que estuvieron en peligro sus dias, mas salió con un recargo de prision. Rosas, en el pobre desajuste de fijar que yo he fusilado prisioneros, ha querido hechar á mi cuenta la muerte de Algañaraz, de que ni supe, por que estaba á mas de cien leguas. Además, no murió, sino por conspirador.

tes; y eso por que conspiraba, no solo por escaparse, sino contra la seguridad y tranquilidad pública y contra las autoridades existentes.

Varias personas me han preguntado, si premeditadamente elejí el 25 de Noviembre, aniversario de la batalla del Quebrachito para dar la de Caaguazú, y les he contestado que no hubo una designacion fija de ese dia, por que pasando el rio en la noche del 26, pudo muy bien la batalla tener lugar en el dia 27, pero preví y aun lo espresé á algunos antes de pasar el rio, que era muy probable que diéramos un aniversario glorioso á aquella fatal jornada. Como no creo en los dias nefastos de poquísima importancia á aquella circunstancia, y antes por el contrario, algo hallaba de consolante para nosotros y espiacion para nuestros enemigos, en revindicar las glorias de las huestes libertadoras humilladas un año antes en ese mismo dia.

Habian pasado diez despues de la batalla y sin embargo que mis pedidos de caballos eran continuos, no veia sus efectos, ni los de las reiteradas promesas que me habian hecho. El gobernador de Corrientes y el pueblo, locos de contentos se entregaban á las diversiones y festejos de la victoria, sin recordar que para completarla, era preciso emplear su actividad y una suma quizá última de esfuerzos. Ferré, ya pensando en la omnipotencia de Corrientes, juzgaba muy subalterno lo que faltaba que hacer y graduaba mis pedidos de exagerados caprichos y lo que es peor, por detalles de una ambicion prematura. Suponia que la victoria me habia envanecido y que el calor de mis solicitudes envolvia miras siniestras. Cuando menos empezó á temer que quisiese hacer lo que hizo el general Lavalle, de pasar el Paraná con los correntinos contra su voluntad: creyó tambien que debia ponerse en guardia contra la preponderancia que me podia dar la gloria militar que habia adquirido.

Por otra parte, un hombre de mediana capacidad co-

mo el Sr. Ferré que tampoco ha mandado ejército, aunque se adorne con los bordados que condecoran la última graduación militar, no puede comprender cuanto importa aprovechar los momentos de una victoria y sacar partido de la sorpresa y desorden que causa en los enemigos una insigne derrota. Se asombraba del valor que yo daba á los instantes, y pensaba hasta cierto punto candorosamente que la pérdida de tres ó cuatro semanas en diversiones, misas de gracias y bailes, importaban muy poco. Mal podia yo oponerme á las diversiones, que las creo muy útiles para conservar el entusiasmo público; pero si reprobé y reprobé que el gobierno se distrajesse en fruslerías de sus mas serios deberes.

En el Entre Rios habia aun medios de resistencia, pues Urquiza habia quedado con fuerzas considerables en la costa del Uruguay, y era muy posible que Rosas se reforzase, haciendo pasar instantáneamente auxilios por Gualaguay ó Gualaguaychù. Mi objeto era sorprender el Entre Rios con la rapidez de mis marchas y ocupar antes que acabase Diciembre la capital de la provincia, como se lo habia ofrecido á Lopez de Santa-Fé. Asi pudo haberse hecho si me vienen esas caballadas ofrecidas, para cuya condicion estaban (segun me lo habia asegurado) prontas las partidas en los departamentos, y en la secretaria escritas las notas para ordenar su remision, sin mas que ponerles la fecha.

Ante todas cosas organicé una vanguardia que hice mover al cargo del general Nuñez, y yo empecé á arrastrarme con el ejército por divisiones para no perder tiempo, esperando que las caballadas me alcanzarian. Asi llegué á Crusucuatia, donde á mi solicitud me alcanzó el Sr. Ferré. Ya el asunto de las caballadas era un motivo de resfrio, por mas que trató de justificar su demora: á él se agregó el de la carta que me negué á entregarle, segun refiero anteriormente.

Otro de los graves motivos que tenia para acelerar

mi movimiento, era precaver la desercion, pues era evidente que aprovechando esos momentos de entusiasmo, de embriaguez que causa la victoria, los hombres se dejarían mas facilmente arrastrar lejos de sus hogares y familias. Mientras mas tardase, mientras mas tiempo diese á la reflexion, la imaginacion del soldado le pintaría con viveza los peligros y trabajos de una nueva campaña, y trataría de evitarlos por la desercion. Ferré parecia dar poca atencion á estas reflexiones y me daba el inexprimible sinsabor de dudar si las atribuía á otros motivos menos nobles. Y no hay duda; despues he conocido que si no lo creía del todo, lo sospechaba al menos y que tomaba miserables precauciones.

Otro era el modo de pensar de ciertos gefes que querían decididamente la campaña, pero por fruto de ella no se proponían sino el pillage mas no un pillage cualquiera, sino un pillage desordenado, discrecional y arbitrario. Cuando se les hablaba de distribuciones regulares y premios, manifestaban la mas fria indiferencia, mientras en los fogones y en los círculos escitaban la codicia y la venganza de los correntinos, recordándoles los saqueos y arreos de ganados que en épocas anteriores habian hecho los entrerrianos en su provincia. La cuenta que se hacían estos predicadores, se reducía á que en un órden regular de premios les tocaría una cantidad determinada segun su graduacion, mientras que admitido el desorden que promovían con todas sus fuerzas y jugando ellos de *diestros* y *maestros*, sacarian grandes rodeos de ganados, caballadas, yeguas, muladas. &c. con que se enriquecerían en un momento. A la cabeza de estos especuladores estaban los Madariagas, porque calculando la mayor inmediacion de sus departamentos á la frontera, los hombres mas á propósito que por la misma razon tenían en sus escuadrones, la popularidad que les daba su inmensa charlataneria, su descarado para adular las pasiones populares, su impudor para corromper las masas, su poco patriotismo en fin, para con-

vertir en su provecho particular los resultados de una gran victoria, contaban con sacar mejor partido del desorden que ningun otro.

El Sr. Ferré deseaba que el Entre Rios pagase los gastos de la guerra, sin que por entonces dejase percibir el medio que se proponia, y todos en general deseaban alguna indemnizacion. ya como una compensacion de las contribuciones y expoliaciones que habian sufrido en otro tiempo, ya como una recompensa de los servicios prestados en la campaña y en el campo de batalla. Me han acusado injustamente de una rigidez de principios y de una severidad de ideas exageradas. Han dicho falsamente que yo reusaba premiar á los que habian servido á la causa por una delicadeza que podrá llamarse ridícula. Lo que queria era orden, y á buen seguro que hubieran ganado mucho en sus intereses los buenos servidores, y aun los mismos discolos, pues hubieran aprovechado mejor lo que debió ser el premio de sus buenas acciones, y no el fruto de sus rapiñas.

He aquí lo que propuse al Sr. Ferré, tanto para realizar el sistema de premios que me habia propuesto, como para evitar la desercion y atender á otros objetos importantes.

1º Que él (el Sr. Ferré) se estableciese por unos dias en la frontera y cuando él no pudiese por cualquier motivo, su hermano D. Manuel Antonio, ú otra persona caracterizada que perteneciese al ejército, munida con la autoridad bastante y poderes en forma, del gobierno.

2º Que á su disposicion quedase una fuerza de 200 ó 400 hombres con que cubriese las avenidas de la provincia que íbamos á invadir, con el fin de precaver la direccion y los arcos clandestinos de ganados, caballadas &ca., los que deberian prohibirse bajo penas correspondientes.

3º Que se destinase un gran rincon ó potrero, como el de San Gregorio por ejemplo, ó el que forma el Miriñay con el Uruguay, donde se depositarian religiosamente las

haciendas que por órden y ministerio de la autoridad se extragesen del Entre Rios, de las que no se podria distraer parte alguna, salvo para manutencion, hasta concluir la campaña.

4.º Que yo, general en jefe del ejército, ó si se queria el mismo gobierno, mediante las formas que se quisiesen establecer, clasificaria los establecimientos de estancias como pertenecientes ó no, á enemigos de la causa, haciendo arrear las de los enemigos para ser conservadas en el depósito ó depósitos que establecía el artículo anterior.

5.º Que de estas haciendas se sacaria para los gastos de la guerra, segun se juzgase indispensable, pero conservando la mayor parte y la mejor, para premio del ejército, que era el fin principal de esta medida.

6.º Que se adjudicase un número proporcionado, segun el grado y clase de cada uno, tanto en vacas como en caballos, yeguas, mulas, y demas, no debiendo hacer la distribucion sino despues de terminada la campaña.

7.º Que el que desertase perdía el derecho al premio antedicho, como tambien al premio de tierras que se habia ofrecido por una ley del congreso provincial.

Este pensamiento nada tenia de injusto ni de irrealizable. No era injusto, porque el enemigo confiscaba sin piedad las fortunas muebles y raices de nuestros amigos, ni irrealizable porque era sencillísima la clasificacion de personas. Casi todos los grandes hacendados que habian levantado gigantescas fortunas á expensas de nuestros correligionarios politicos andaban con las armas en la mano, ó habian emigrado. Sobre la capacidad de los depósitos para conservar en Corrientes esas haciendas, baste decir que los habia tan seguros y tan estensos que podian contener muchos cientos de miles de animales de todas clases.

El Sr. Ferré sin contradecir cosa alguna, ofrecia ocuparse del pensamiento y prestarse á su ejecucion; mas lo hacia con tal vaguedad que me dejaba en la incertidumbre

de si merecía ó no su aprobacion. Hasta el punto de despedirse me aseguró que nombraría un sugeto de carácter y representacion, para que con su respeto (porque dijo que no podia ser él) hiciese guardar el órden en la frontera; y nada hizo, y me engañó completamente. ¿Quería ó nó impedir el pillage de haciendas desordenado, y que yo habia querido precaver? No lo se: quizá temia despopularizarse: quizá no veia el peligro de que se verificase lo que yo estaba palpando. Quizá temia tambien, como otros aun mas conspicuos personajes que el Sr. Ferré, que yo lo militarizase todo, porque queria regularizarlo todo.

De los Madariagas, supe algunos dias despues que habian dicho refiriéndose á mí. “Ya este viene como su antecesor (el general Lavalle) constituyéndose en defensor de los enemigos. No sería asi si él hubiese perdido lo que han perdido los correntinos.” Ya he manifestado cuales eran mis miras que ellos comprendian muy bien, pero que como he demostrado no les convenia á las suyas un órden equitativo en las distribuciones: querian *manchaneha* para tomar una mucho mayor parte. Advertiré con este motivo y porque tiene relacion con lo que sucedió despues, que los Madariagas quisieron tomar un tono colectivo, ya en sus declaraciones, ya en sus representaciones, como si representasen á todos los correntinos, tono que aunque se lo reprobé y contuve, volvia á retoñar á la primera ocasion que se ofrecia.

Alguno dirá que porque no castigué á los Madariagas, ó al menos porque no los separé, y en contestacion diré que en mi presencia eran sumamente humildes, que afectaban una suma docilidad, que tenian entre sus paisanos un cierto prestigio, quizá por su misma tendencia al desórden, que convenia considerar y que finalmente no los creí peligrosos en alto grado y que no lo hubieran sido sin las faltas y el apoyo que les dió al fin Ferré, contra quien no cesaron sin embargo ni un solo dia de conspirar.

Espero que se me dispense el que me ocupe tanto de

los Madariagas, considerando que no es por personalidad, sino porque eran los representantes del desorden, del montonerismo y del vandalaje. Ya se han visto despues las poquísimas aptitudes que tienen para jugar este rol y no necesitaría decir una palabra sobre ellos; mas lo que quiero es dar una idea clara de los sucesos y hacer conocer ese funesto espíritu que anima á los gobiernos de nuestro pais, esa tendencia á dominar las masas ignorantes por la licencia, para despues tiranizar á todas las clases, no dejaré de volver muchas veces sobre esos pobres imitadores de Artigas y de Lopez de Santa-Fé.

Antes de despedirse Ferré para volver á la capital, le rogué que hablase á las clases y á los oficiales, pero en familia (permítaseme la espresion) para que fuese mas eficaz la persuasion. Le indiqué que los exortase á concluir la campaña, y á que observasen la disciplina militar &c. Accedió sin dificultad y tuvieron órden primero los oficiales, luego los sargentos y ultimamente los cabos correntinos de venir á su alojamiento. A todos les habló sin testigos estraños y para que fuese la excusa más correntina, no dijo una palabra en castellano y todas sus elocuencias fueror. en guaraní. Estoy seguro que sin contrariar abiertamente lo que yo me habia propuesto, no lo hizo en el sentido que mas convenia.

La pasada del Paraná era para los correntinos un fantasma aterrador, y el modo casi mágico con que el general Lavalle los transportó á la márgen derecha de aquel rio, sin poderlo evitar ellos, mortificaba su amor propio (1). Ahora era imposible repetir aquella operacion por los mismos medios, pues tomaban en su ignorancia precauciones excesivas y hasta ridículas. La principal era mantener en alarma continua al soldado, ponderar los sufrimientos de los que siguieron al ejército libertador, é inspirar des-

(1) Recuerdo haber oido decir á D. Juan Madariaga que solo por la imbecilidad de Ferré, pudo el general Lavalle obtener este resultado.

confianza en el general en jefe y en todos los que no eran correntinos. Sobre este punto era que yo deseaba que Ferré los hubiese tranquilizado, asegurándoles que nada intentaría semejante á lo sucedido anteriormente y que llegado el caso de pasar, se verificaria con su aprobacion y con la mas perfecta seguridad de que regresasen á su pais en breve tiempo. En una palabra, deseaba que les inspirase confianza en mis promesas que estaba firmemente resuelto cumplir.

No lo hizo asi Ferré, sea porque realmente tenia desconfianza, sea y es lo mas cierto, porque ya se ocupaba de desvirtuar mi poder. Les habló finalmente y limitándose á encargarles que hiciesen la campaña de Entre Ríos, y cuando un sargento se avanzó á preguntarle ¿qué conducta deberian tener si se les mandaba y aun se les compelia á pasar? contestó que lo resistiesen. Esto lo supe despues, porque como era consiguiente me lo ocultó, haciéndome entender que habia satisfecho mis deseos. Si se me pregunta ¿quería en este tiempo Ferré que se llevase la guerra á la márgen derecha del Paraná? contestaré que creo que sí, pero á su modo como luego veremos.

Con estas disposiciones se despidió Ferré de mí en Crusucuatia, para volver al interior de la provincia á activar la remision de caballos que no se habia hecho sino en escala menor. y que habia sido durante su permanencia en el ejército un punto de constante discusion. Al mismo tiempo me puse yo en marcha para el Mocoretá, casi arrastrándome, con solo el fin de ganar algunas leguas mientras me alcanzaban las caballadas. Asi llegué al paso del Cerrito en dicho rio Mocoretá, donde tuve que detenerme muchos dias por falta de movilidad.

Estos se pasaban, el enemigo volvio de su sorpresa y tomaba aliento, podia ser reforzado, y lo que no era una menor dificultad, daba lugar á la concurrencia de un tercero que debja embargarnos mucho y contribuir poderosamente á que se perdiesen tantos esfuerzos y sacrificios.

Este tercero era el general Rivera, de quien débo decir algunas palabras.

Ya se recordará que en 9 de Octubre, ofrecia el general Rivera que antes de veinte dias, habria pasado el Uruguay con 4,000 hombres: pues reparè que en los primeros dias de Diciembre, se tuvo noticia de la victoria de Caaguazú estaba á mas de 60 leguas del Uruguay con unos cuantos cientos de malos soldados y sin pensar siquiera en moverse. La noticia de nuestra victoria despertó en él los sentimientos mas vivos de emulacion y sin haber concurrido en cosa alguna á nuestro triunfo, se propuso sacar todo el provecho, acelerando entonces con rara actividad su movimiento y la invasion que practicó al mismo tiempo que nosotros.

Durante el mes que nos habia hecho perder la falta de caballos, importantes sucesos habian tenido lugar en la capital del Paraná. Echagüe despues de su derrota, llegaba precisamente al espirar el término legal de su gobierno, y debja la Representacion provincial proceder á nueva eleccion. Si este general hubiera sido mas feliz en su campaña; es mas que probable que hubiese sido reelecto; mas el clásico desastre que acababa de sufrir en Corrientes, no era una buena recomendacion para captarle los sufragios. No sin temores de una violencia por parte de Echagüe, la Sala de R. R. nombró á Urquiza, que era comandante general del departamento 2º, de gobernador y capitán general de la provincia. En cierto modo me debió su eleccion, porque sino hubiese vencido á su rival, no le hubiera éste dejado el puesto de sus constantes aspiraciones.

Urquiza manifestó en esta crítica situacion actividad y energia. Con las divisiones que tenia bajo su mando, mas cuanto pudo reunir de dispersos de la última batalla y otros elementos, se puso en campaña para repeler la doble invasion que lo amagaba. Verdad es que no ofreció combates, que no disputó el terreno sino muy debilmente, mas sin embargo, la aptitud que tomó, por sí solo

tenia su mérito, pues que le venian encima fuerzas muy superiores y triunfantes.

Mientras yo penetraba por el Norte, el General Rivera habiendo pasado el Uruguay con 2000 hombres en San José lo hacia por el Este de la provincia. Urquiza bajo esta doble presion, emprendió su retirada para Gualeguay aproximándose al rio Paraná en los pasos que correspondia á la provincia de Buenos Aires. Nuestras comunicaciones con el General Rivera se abrieron naturalmente, á virtud de nuestra aproximacion, y pudimos girar nuestra correspondencia en derechura.

Despues de noticiarme su movimiento, me proponia una entrevista en Peruchó-Verna que no queda distante del Uruguay. Sobre ser inadecuado el punto por cuanto me separaba demasiado de mi línea de operaciones que era paralela y proxima al rio Gualeguay, me debia hacer perder un tiempo precioso, que era indispensable aprovechar para concluir con toda resistencia. Ademas ya entreveia una de las artimañas con que él queria entretenerme para lograr su fin de apoderarse de la capital de la provincia.

Sin negarme á la entrevista la diferí para mejor tiempo, motivando fundadamente las razones que se oponian á que se efectuase incontinenti y despaché al ciudadano D. Andres Puyrredon, para que nos sirviese entretanto de órgano de nuestra mutua inteligencia. La vuelta de Puyrredon me probó hasta la evidencia la exactitud de mis sospechas, y solo me ocupé ya de asegurar el país á despecho de sus arterias.

Parece que Urquiza preferia hostilizar á Rivera antes que á nosotros que lo buscábamos por otro lado.— Pienso así porque no se presentó al ejército que yo mandaba ningun cuerpo ni aun partidas enemigas, salvo alguna insignificante que revoleteaba á la distancia. Mas retirándose de Rivera se aproximaba al Gualeguay, por cuya márgén izquierda yo descendia. Es claro que aun

que yo con todo el ejército estuviese en la imposibilidad de alcanzar su flanco, podia hacerlo con una division fuerte oportunamente destacada. Asi lo verifiqué haciendo marchar al general Nuñez con mil hombres de caballeria y cien infantes escogidos y montados como iban la mayor parte de los que llevaba el ejército. (1)

Nuñez se separò del ejército para esta expedicion en el Gualeguay, Paso de la Laguna, tuvo mas que sobrado tiempo para haber caido sobre el flanco de Urquiza que perseguido por Rivera se aproximaba á dicho río, pocas leguas mas abajo. No puedo comprender porque Nuñez, en vez de la diligencia que debia poner en bien d los intereses generales y de los suyos propios, empleò mas de treita horas en andar seis ú ocho leguas. No fué sino el dia siguiente de su marcha que recibí una nota de Rivera, solicitando que hiciese un movimiento parcial idéntico al que habia practicado Nuñez, pero en posdata y de su propia letra me decia *“que no fuera Nuñez el que mandase la division indicada, por el bien de la paz y armonia que debia reinar entre nosotros.”*

No quise negarme á esta indicacion hecha en términos tan moderados, y á las 24 horas de haber marchado

(1) Cuando marchaba Nuñez me trasladé á su campo y reuní los gefes de su division y la de Baez que eran las destinadas á la operacion y les hablé recomendándoles el órden y la disciplina. Ya por ese tiempo y antes habian los Madariagas estallado en ciega enemistad contra el general Nuñez, á quien cuando llegò habian cortejado asiduamente. El motivo principal era el de siempre, porque no creyò conveniente favorecer sus miras personales, mas ademas habia otra razon: Nuñez como entre-riano y aun como pretendiente al gobierno de la provincia, queria que los correntinos no robasen, mientras los Madariagas predicaban la espoliacion y el saqueo. Para estas predicaciones uno tomaba la representacion de una provincia y los otros la de Corrientes. Recuerdo que en mi discurso les dije—*“No reconozco aqui representante ninguno de Entre-Eios, ni tampoco nadie está autorizado para serlo de Corrientes. Ni estas provincias ni ningunas lo necesitan porque estoy dispuesto á hacer ejecutar mis órdenes que son de respetar las propiedades particulares.”*—Los Madariagas lo tomaron para sí.

Nuñez partió el coronel Velazco en su alcance para tomar el mando de la division y de obrar de acuerdo con Rivera. Fué á esa distancia de 6 ú 8 leguas que lo alcanzó y que hecho cargo de la fuerza se puso en contacto con Rivera para obrar en comun acuerdo. Ya era tarde: Nuñez habia perdido un tiempo precioso, habia dejado escapar á Urquiza y avanzarse demasiado á Rivera, para que este fuese quien lo persiguiese de cerca y se apoderase de las inmensas caballadas que dejó cuando se vió precisado á arrojar al Paraná.

Pienso que Nuñez dotado de una ambicion insensata y y engreido con los incienso de jóvenes inconsiderados, debió haber aprovechado con apresuramiento la ocasion que se le presentaba de adquirir gloria, obteniendo sobre Urquiza una semi-victoria—ademas se habrian apoderado de numerosas caballadas que tomó Rivera, y hubiera atraido á su partido los resagados que por cientos dejaba el flamante gobernador. La suerte misma de éste era problemática, y es probable que ni los pobres restos que pasó al Tonelero, hubiera podido salvar. Yo puse á Nuñez la ocasion en la mano, y no supo agarrarla: la culpa es suya, y desde entonces el crédito de este caudillejo, no hizo sino retroceder á largos pasos. Pienso que le faltaba resolucion en las grandes ocasiones, y que tampoco tenia el suficiente talento para discernirlas.

Cuando lo retiré de la vanguardia, tan lejos de desairarlo, motivé la órden con el pretesto de que debiendo yo ausentarme del ejército, era llamado á quedar interinamente a cargo de él. El motivo era tanto mas natural, cuanto era pública la solicitada entrevista, y se urgia con generalidad que yo debia asistir á ella. El sin embargo, se dió por ofendido y habló de retirarse y salir del ejército. Cuando le digo que su demora habia ocasionado todo, pues sin ella el reclamo de Rivera, ni la ida de Velasco hubieran llegado á tiempo, no supo que contestar y tuvo que resignarse con su destino.

Otro motivo de disgusto y fué la candidatura para gobernador provisorio que se hizo en la persona de D. José Seguí, vecino de la capital del Paraná y á quien ni conocia de nombre. Me dijeron que era amigo de Ferré y bastó para que me conformase. Nuñez habia creído, sin que yo se lo ofreciese, que subiria sin mas preámbulos á la silla del gobierno, y aunque el nombramiento de Seguí era provisorio, le desagradó altamente. No podia ser de otro modo por mil razones de política. Una sola basta: era una declaración de guerra al general Rivera el nombramiento de Nuñez.

Sin embargo, le hablé como un amigo y le persuadí á que quedase mandando el 2.º departamento general, que formase una division de 2,000 entrerrianos, con que engrosaria el ejército cuando pasasemos el Paraná, que prestase nuevos servicios y que ganase crédito y gloria. Lo demas, le dije, vendrá pronto y Vd. se verá la cabeza de la provincia de un modo decoroso, firme y honorable. A todo se conformó y lo dejé encargado de los objetos que he indicado, con una fuerza proporcionada para llenarlos.

Al mismo tiempo disponia que otra division al mando del general Ramirez, marchase sobre la capital, mientras yo con el resto seguia en la misma direccion. La suerte de Urquiza no era dudosa, y muy poco tardó en saberse que perseguido por la vanguardia de Rivera, se habia arrojado al Paraná, ganando la isla del Tonelero, para pasar en seguida á la provincia de Buenos Aires cerca de San Nicolas.

Desaparecido del teatro aquel, ya no quedaba resistencia seria y tan solo una que otra montonera de poca importancia á las órdenes de Crespín Velazques, Abrahao, Olivera y otros caudillejos, podian incomodar las comunicaciones. Los mandé perseguir y se logró con facilidad disolver las del primero y que los otros se sometiesen y prestasen obediencia al nuevo gobierno. Verdad es que, despues lo traicionaron desertando segunda vez para volverse

á buscar á su antiguo gefe, mas estoy persuadido de que fué efecto su inconstancia de las circunstancias y que nos hubieran servido fielmente sin la dislocacion que sobrevino en el ejército.

En los primeros dias de Febrero llegué á la ciudad de la Bajada que acababa de ser ocupada por la division del general Ramirez, que era entonces mi vanguardia: á su aproximacion habia huido el gobernador delegado y las autoridades principales, dejando el pueblo en completa acefalia. El gobernador Lopez de Santa-Fé, que segun me habia ofrecido, debia haber obrado militarmente sobre dicha ciudad desde dos meses antes [advierbase que desde la capital de Santa-Fé y viceversa, se ven los edificios de la Bajada que no está separada sino por el rio Paraná] no solo nada habia hecho, sino que ni prestó cooperacion alguna á la division de ocupacion, ni hostilizó á los profugos que debieron caer en su poder con los caudales públicos, armamentos y pertrechos que llevaban. La operacion era sobre fácil segurísima, pues tenia una flotilla, relativamente muy superior á la que mandaban aquellos, y el Paraná en una estension de mas de 40 leguas hasta entrar en las aguas de Buenos Aires, le ofrecia un campo seguro y vasto para perseguirlos, si no se hubiese anticipado como debió hacerlo. El resultado fué que se les dejó ir tranquilamente, sin que me diese Lopez posteriormente otra escusa que el descuido ó mala voluntad del comandante del puerto y del gefe de la flotilla (1), á los que no se que hiciese los cargos que merecian. Ya llega el tiempo que empecemos á ocuparnos de este ente original, á quien procuraré hacer conocer aunque sea rapidamente.

Antes de llegar á la Bajada á distancia de diez ó doce leguas, ya me encontré un enviado suyo que era el mismo coronel Ruiz Moreno, que habia intervenido en el tratado

(1) De Corrientes habian sido mandados uno ó dos lanchones armados para aumentar la flotilla de Santa-Fe, en prevision de lo que sucedio.

de alianza con Corrientes. Desde sus primeras palabras ya ensartó una cáfila de pedidos, entre los que era el mas notable la remision de una division de 800 ó 1,000 hombres, á la que colocaría á vanguardia durante una excursion que pensaba hacer Lopez sobre la frontera de Buenos Aires: detrás de esta pretension venia el pedido de caballos, armas &a. El comisionado ponía un empeño tan porfiado en obtener cualquier cosa, que recordé la observacion que habia hecho durante mi prision en Santa-Fé, en donde los talentos diplomáticos se miden ó si se quiere se pesan por la *tajada* que saca el empleado en intereses materiales. Por fortuna no era preciso mucho para contentarlos, asi es que cuando Cullen en sus misiones á Buenos Aires traía algunas armas, vestuarios, regalitos &a., se hacia subir á las nubes su habilidad y profunda esperiencia.

Sin embargo de esto, las peticiones de Moreno eran inacordables en su mayor parte. En primer lugar, el envio de una division, importaba la solucion del problema *del pasage del Paraná* por los correntinos y á cualquiera se le ocurren las dificultades que esto tenia, principalmente tratando de hacerlo con la aprobacion del gobernador Ferré. En cuanto á caballos habia una verdadera dificultad, ó diré mejor imposibilidad, pues apenas llevabamos los precisos para marchar. En cuanto á armas, le dí algunas y aun pocos dias despues le mandé algun dinero, asegurando al gobernador Lopez que partiría los recursos de que pudiese disponer.

Mas dejando esto aparte, porque desaparece á preséncia de otra mayor consideracion; diré que me llenó de asombro la vaciedad del comisionado y de su poderdante, cuando quise abordar asuntos de mayor importancia. Cuando quise entrar en el plan que debiamos proponernos para las futuras, pero próximas operaciones de la campaña, nada encontré de substancial y me convencí de que nada habian pensado á este respecto: lo peor, y lo que mas me desesperó

raba era que cuando quería traerlo á este terreno, sobre no adelantar, veia que daban poquísima atencion. Luego diré de las conferencias que tuve con el mismo Lopez, en que me acabé de persuadir que este pobre hombre, nada habia pensado, y que no habia estendido sus meditaciones mas allá del dia de mañana.

Cuando quise investigar que clase de operacion se proponia con la division de 800 hombres que me pedia, no me dió otra esplicacion sino que pensaba hacer una entrada en la provincia de Buenos Aires, cuyo mejor resultado podria ser un arreo de ganado. Mas no era esta clase de operaciones en las que yo debia emplear las fuerzas disciplinadas del ejército, teniendo por otra parte fuerza de sobra para ellas la provincia de Santa-Fé en mas de 3,000 soldados de tropas irregulares de que podia disponer. Yo, y todos debíamos suponer que D. Juan Pablo Lopez, era un hombre algo semejante á su hermano D. Estanislao, cuyas gauchescas hazañas no se le caian de los labios, y era natural hallar en los santafesinos algo parecido á lo que habian sido en épocas anteriores. Mas todo estaba mudado: ni el caudillo se asemejaba á su modelo, ni los santafesinos del dia eran los de diez años antes.

No sería difícil analizar las causas de esta mudanza, pero esta tarea me llevaria muy lejos, á mas de que bien pueden inferirse de lo que vaya espresando en el curso de esta memoria. Fuera de eso, quiero cerrar este cuaderno para tomar por entero los célebres sucesos de la Bajada que decidieron de esta campaña.

Sucesos de la Bajada 1842.

A los militares de nuestro país, es á los que menos se puede aplicar lo que se dijo de Cesar *que sabía hablar y escribir como sabía pelear*, y á la verdad que son dignos de disculpa. A la poca instruccion que era bien general en nuestra juventud, se debe agregar la mas completa desaplicacion, proveniente de la ignorancia de la mayor parte de los

gefes de cuerpo, que tan lejos de estimular a sus subalternos, hallaban cierta complacencia en que no fuesen mas adelantados que ellos. Por otra parte, las preocupaciones que se miraban con desden y hasta desprecio á un oficial jóven que diese mucho valor á la instruccion en otras materias fuera de aquellas muy triviales de la profesion. Para colmo de dificultades, la escasez de libros, principalmente en el ejército que operaba en el interior, era absoluta, de modo que aunque alguno quisiera aprovechar mejor su tiempo, le era imposible conseguirlo.

La clase de oficiales se componia por lo comun de antiguos sargentos que habian aprendido la rutina del servicio, y que por su buena conducta habian ascendido, ó de jóvenes peti-metres que hacian consistir todo su mérito en ponerse bien la corbata y hacer con elegancia su corte á las damas: los gefes que habian producido estas dos clases, en nada menos pensaban que en formar otros que pudiesen aventajarlos.

Con tales antecedentes ¿qué extraño es que no haya habido quien escriba los hechos militares de nuestros ejércitos, y que yo mismo al redactar esta mêmoria, sienta las dificultades que son consiguientes á la falta de ejercicio? Sensible me es, ahora mas que nunca, no haber cultivado este talento para dejar una cosa mas digna del asunto que trato y del objeto que me propongo. A cada paso tropiezo con mi falta de costumbre en este género, y ademas no escribo sino á intervalos y sugetándome á largas y profundas interrupciones. Ellas provienen, fuera del estado precario de mi salud y de otras circunstancias que afectan mi actual situacion, de la desconfianza que se apodera de mí, de que no llenaré ni medianamente mi tarea. Cuando esta llega, tiro los papeles y la pluma y no vuelvo á acordarme en muchos dias, en que no me faltan las tentaciones de arrojar al fuego cuanto he escrito. Esta desconfianza nace tambien del tono cáustico y grandemente crítico que temo haber dado á mis pobres producciones. Escribo lo que siento, lo

que pienso, lo que he visto, segun lo he comprendido, sin ocuparme mucho de pomposos panegiricos, como suele acostumbrarse en semejantes obras. Los partes militares, la prensa, la opinion pública, han hecho ya el elogio de los que han merecido bien de la patria. Ahora me propongo principalmente referir los hechos y asignarles sus causas, segun me lo indica mi modo de entenderlos. Si como deseo, alguna vez escribo sobre las operaciones estratégicas de nuestros ejércitos y sobre los sucesos puramente militares, no dejaré de encomiar debidamente á los que á mi juicio lo merezcan, y hacer á todos la debida justicia.

La advertencia que acabo de hacer explicaré porque habia en esta memoria repeticiones que hubiera deseado evitar, pero que me es bien difícil conseguirlo, atendida la especialidad de mis circunstancias. Cuando despues de una interrupcion tomo otra vez la pluma, se me presenta una idea ó un hecho que he referido y vuelvo á hacerlo en la inteligencia de que es la primera vez que lo emito. La repeticion entonces es tanto mas irremediable, por cuanto no tengo paciencia para recorrer lo que he escrito. Agregaré que mi trabajo se empezó y se continúa sin plan trazado de antemano: que los ocios que me deja mi actual situacion, apenas me permiten escribir al acaso, y que yo mismo me asombro de la cantidad de papel que he llenado. ¿Por qué no diré tambien que es tiempo ya de que mi memoria flaqueé y de que mis facultades se resientan de mis sufrimientos y de mis cincuenta y ocho años? Volvamos al asunto.

En la capital del Entre-Rios me recibió la poblacion con muestras de benevolencia, lo que nada tiene de extraño, porque sino era sincera, la creian necesaria sus habitantes para desarmar el resentimiento del vencedor. Adviértase que no habia allí un partido que nos fuese favorable, y que los únicos que se dejaban sentir eran puramente personales, sin dejar por eso de pertenecer á lo que llaman *federacion*. La opinion estaba dividida entre los dos cau-

dillos que habian predominado, de modo que quitando los *Echagüistas* y *Urquizistas*, nada quedaba de provecho en la provincia. Forzoso era servirse de alguno de ellos y entonces como ahora se creyó que el partido de Urquiza simpatizaba mas con nosotros: fué tambien el que se me aproximó y que como ya indiqué otra vez quiso persuadirme que su patrono estaba dispuesto á entenderse conmigo.

Por mas que Rosas nos proclamase unitarios, todos nuestros actos manifiestan que estabamos dispuestos á abrazar la forma fèderal, siempre que la adoptase la república. Queriendo sin duda hacer un ensayo ó prueba de mis disposiciones, los Representantes, la autoridades y vecinos de distincion se presentaron á cumplimentarme el día de mi arribo, adornados de la divisa punzó en el pecho que en su concepto simbolizaba la federacion. Aun que en el momento nada reprobé, les hice insinuar despues que se retiraron que se la quitasen, pues la consideraba no como un emblema del sistema federal, sino como signo del partido que está personificado en el individuo que ejerce la Dictadura Argentina, y á quien hacíamos la guerra. Asi lo hicieron, y desde este instante; no se vió otra vez esa divisa de terror, de opresion y de sangre.

Los individuos que componían la Sala de Representantes, eran tenidos por adictos al órden de cosas que acababa de cambiarse, pero ademas que hubiera sido imposible encontrar amigos nuestros que les subrogasen; debo decir en su obsequio que en su mayor parte se prestaron de buen fè al que acababa de establecerse. No tengo la menor duda en asegurar que se hubieran desempeñado con fidelidad y se hubieran entendido perfectamente con nosotros, sin la fatal dislocacion que vino á echar por tierra nuestras mejores esperanzas. No les haré por esto favor de suponerlos animados de un ardiente y desinteresado patriotismo. Nada de eso: pero conociendo en lo íntimo de su corazon, la justicia de la causa que yo defendia, la hubieran servido, si hubieran podido hacerlo sin

comprometer su seguridad personal, y sus comodidades. Desde que vieron vacilar el edificio, cuyos cimientos se habian puesto en Caaguazú, solo trataron con poquíssimas excepciones de reacomodarse con su antiguo patrono, lo que no les fué difícil conseguir. Lo mismo sucedió con los demas empleados que habian sido conservados en sus destinos.

El general Rivera forzando sus marchas, habia procurado anticiparse en la ocupacion de la capital, mas fué inútil su empeño. Temiendo quizá lo que sucedió, ó buscando un pretexto se aventuró á despachar un parlamentario con una nota de intimacion al gobernador delegado que tenia Urquiza, avisándole su aproximacion y sus disposiciones á entrar en arreglos pacíficos. La nota, de que siento no conservar copia, aunque recuerdo que ví alguna, estaba concebida en los términos mas blandos y conciliadores, queriendo con ella formar un contraste con el tono imponente de vencedor que juzgaba que yo asumiria. Ofrecia al mismo tiempo pomposamente garantir las personas, las propiedades, las opiniones &c.

Lo chistoso fué que el mayor mendoza, conductor de la espresada nota llegó á la Bajada cuando ya la division del general Ramirez habia ocupado la ciudad, que ya habia un nuevo gobernador, y que el delegado de Urquiza á quien venia dirigida habia fugado. Cuando yo llegué, aun permanecia el parlamentario con su nota que fué á presentar preguntándome que haria de ella. Mi contestacion fué que me parecia mejor que se volviese al campo de su general, sino es que preferia ir á Buenos Aires á entregarla á su título. Hizo lo primero.

No obstante este contratiempo, el general Rivera continuó sus marchas hasta cinco leguas de la Bajada, donde fijó su campamento. Desde allí se propuso promover algunas intrigas y entablar relaciones con los gobiernos de Santa-Fé y Entre Rios, reanudando las que estaban casi concluidas con el de Corrientes. Mas entonces marchaba

sobre distinto plan. Ya no queria ni entrevistas, ni comunicaciones con migo, y se empeñaba cuanto podia para persuadir que no reconocia en mi, carácter oficial, ni capacidad ninguna política, para que debiera tomar parte en los arreglos que se hicieron. Su malevolencia provenia del vivo resentimiento que le habia causado el chasco de la Bajada (1).

Mucho fue lo que nos dañó este hombre singular, y sin embargo no hubiera sido la bastante para hacer inútil el fruto de nuestra victoria, sin los errores de Ferré y Lopez.

Jamás pensó seriamente Rivera en dar un impulso vigoroso á la guerra que la terminase con brevedad. Al contrario, sus concepciones no iban mas allá del muy vulgar plan de alimentar las montoneras de Santa-Fé, mientras que él aumentaba su poder en Entre Rios, atrayendo las masas y haciendo jugar los resortes del caudillaje. Imbuido tambien en la ridícula idea de que el progreso de un pais nace de la ruina de sus vecinos, se proponia parapetarse de la barrera que ofrece el caudaloso rio, y atizar el incendio y la devastacion en la opuesta orilla. ¡Ah! ¡Qué caro ha pagado el Estado Oriental los groseros errores de su gobernante! Ha llamado á sí los males que quiso echar á su enemigo.

Los recursos de la provincia de Corrientes eran muy limitados para continuar la guerra y forzosamente debiamos servirnos de los que ofrecia la nuevamente libertada. Ya indiqué antes que Ferré pretendia indemnizaciones, y

(1) Posteriormente he sabido que son los dos fuertes motivos de queja que alegaba contra mí, espresándose entonces con la mayor vehemencia. 1º El haber contribuido á que variasen las disposiciones del Sr. Ferré y su política, cuando el general Lavalle pasó el Paraná, y dió aquél su tremenda proclama. 2º El haberme anticipado en la ocupacion de la Bajada, arguyéndome de engaños, lo que sobre falso es absurdo, pues ni le prometí, ni pude prometerle renunciar á las ventajas de vencedor. Mas dado que fuese un engaño, no es él que *hace alarde de engañar*, quien debia quejarse de haber sido atrapado en sus propios lazos.

el ejército reclamaba los premios. A una gran parte de estas necesidades debia proveer Entre Rios, y hé aquí que Rivera se presenta apadrinando los intereses de los que podian alarmarse por aquellas medidas.

Fuera de una pomposa proclama en que ofrecia las mas cumplidas garantías, decia en su cuartel general á todos los entrerrianos que iban á visitarlo. *“Este pais ha sufrido mucho y no debe gravársele con nuevas cargas. Si se necesitan recursos para continuar la guerra, el Estado Oriental á quien tengo la honra de presidir, los tiene de sobra y está dispuesto á emplearlos para no gravar á esta pobre provincia.”* En seguida hablaba de una remesa de doscientos mil duros que esperaba, de refuerzos de tropas, de vestuarios y de otras mil cosas de esta naturaleza, con que si no habia alucinado sino á rarísimos, habia al menos lisongeadó á los que temian se les hiciese contribuir con alguna parte de sus intereses.

Entrotanto, el hombre que se producía de esta manera, asolaba y robaba el pais escandalosamente, por medio de sus paniaguados, en términos que por todo el territorio que habia dejado á su espalda, no se veian sino esos arreos clandestinos de ganado, mulada y caballada que tan hábilmente saben practicar nuestros gauchos y los orientales que es lo mismo. Puede decirse sin la menor exageracion que pasados algunos dias, mas de la mitad de lo que él llamaba su ejército, no se empleaba en otra cosa, y que muchos de sus gefes como el funestamente célebre Chelabert, (1) habian olvidado sus funciones militares para convertirse en ruines merodeadores.

Para que el lenguaje que usaba el general Rivera sobre ser falso, llevase el sello del ridículo, debe advertirse que abrió su precipitada campaña con una caja militar exhausta, ó mejor dicho sin caja militar. Apenas se tuvo no-

(1) Chelabert habia quedado atrás con un poco de infantería y seis cañones que pasaron el Uruguay. Esta situacion le permitia ocuparse esclusivamente de la expoliacion del pais á que su patrono habia ofrecido ostentosamente las mas cumplidas garantías.

tuicia de algun limitadísimo gasto que hiciese, como por ejemplo el que voy á referir.

Pagó una sola vez á buen precio unas pocas reses y aun menos número de mulas y caballos, para poder asegurar con citacion de testigos que habia comprado estas especies. Asi es que se le oia decir frecuentemente y lo que es asombroso, no temió decírselo al gobernador mismo de Entre Rios, cuando éste le reclamó de los robos escandalosos que hacia su ejército. “He pagado las reses á tanto, las mulas y caballos á cuanto, como lo puede decir D. Fulano de tal, á quien le compré.” Debo conservar copias de las justas reclamaciones del gobierno de Entre Rios y otros documentos que hacen al intento.

En la campaña y muy particularmente por la costa del bajo Paraná que era el camino que habia traído Rivera y por donde luego se retiró, habia muchos gefe y oficiales partidarios de Urquiza, que aunque estuviesen retirados conservaban gran influencia. Por entonces no maquinaban, ó si lo hacian era tan cautelosamente que no se dejaban sentir. Pornerlos en juego, hacerlos aparecer en oposicion á los que habia colocado el gobierno al frente de la milicia, y de los departamentos y ultimamente persuadirlos á que levantasen el estandarte de la rebelion, fué obra del general Rivera. El fué quien excitó á Ereñúz, Paez y otros caudillos, y les puso las armas en la mano, sin mas objeto que causarnos dificultades y dañarnos, sin advertir que él mismo cavaba el abismo que habia de tragarlo.

La sublevacion de Nogoyá, la derrota y muerte del jóven comandante Ostrez, fueron fruto de sus maniobras: maniobras no subterranas, sino públicas y que él mismo me ha confesado despues hasta cierto punto. Se persuadia neciamente que esos hombres á quienes excitaba á la rebelion, le quedarian suyos, que los dominaria y por lo menos podría desarmarlos, cuando le placiese. Fueron ellos poco despues y son hasta ahora sus mas encarnizados enemigos, los que lo han perseguido sin cesar, y batido no solo en

Entre Rios, sino en el corazon mismo del territorio oriental.

Hizo en esta vez el general Rivera faltas muy graves, y los mayores males à la causa, sin proporcionarse provecho alguno y lo que es mas, alejándose como nunca de su proyecto favorito de incorporar las provincias de Entre Rios y Corrientes à la república de que él dependia, ó que dependia de él. Muy al contrario de sus deseos, llegó su descrédito á lo sumo, y puede asegurarse que desde entonces cesó toda posibilidad de llevar á cabo su idea predilecta.

Esta no era solo de él, por cuanto participaban de ella muchos orientales de distincion y de mas luces que él, consistia en agrandar el Estado Oriental, ó sea la república del Uruguay con la aneccion de las provincias de Entre Rios y Corrientes pertenecientes á la República Argentina, y la de San Pedro al Sud que depende del Imperio del Brasil, sin perjuicio de agregar andando el tiempo la del Paraguay, con lo que quedaba redondeada la nueva nacion. Este sueño que sin los crasos disparates del general Rivera y los errores del gobierno oriental, pudo tener algo de realizable, dejó de serlo enteramente, sin que ofrezca en el dia ni una sombra de esperanza de que pueda verificarse.

La denominacion de *Orientales del Uruguay* que no solo con el mas chocante énfasis, sino tambien con fastidiosa repeticion daba Rivera á sus paisanos, desorientalizaba á los correntinos y entrerrianos que son *Occidentales del Uruguay*, y fortificaba su verdadera nacionalidad. Todo creia remediarlo empleando la ya importante palanca del gaucho y caudillage. Si en tiempo de Artigas, fué ella bastante fuerte para trastornarlo todo, al presente ni aun para eso podia servir, y mucho menos para levantar el soberbio edificio que habia podido concebir una imaginacion desarreglada.

Agréguese á lo que he dicho la inmoralidad de su administracion, el desarreglo de las rentas, el desorden y pequenez de su ejército, sus imprudencias de todo género y se verá que con pobrísimos medios, se proponia cambiar la

faz de una gran parte de nuestro territorio. Jamás hubo plan mas mal concebido, ni mas descabelladamente ejecutado. Jamás ofreció ni una vislumbre de probabilidad.

Disculpo al general Rivera como oriental, y tambien á los otros que concibieron tan grandioso proyecto, porque nada es mas natural que desearan el engrandecimiento de su pais. Tanto mas racional era ese deseo, cuanto que por su pequeñez está espuesto á sufrir la influencia de vecinos poderosos: mas es forzoso confesar que él y sus colaboradores se equivocaron en la adopcion de los medios. No faltaban entre ellos hombres de talento, ni aun jóvenes de los que pertenecian á la *nueva generacion*, y por lo mismo es mas de admirar que se alucinasen hasta dar á un proyecto *gigante*, las dimensiones y la medida de un *enano*.

Dejarémos al general Rivera para ocuparnos despues de él, mientras nos llaman la atencion otros incidentes no menos graves que tuvieron lugar en esta época fecunda en errores: preciso me es ir por partes, pasando ahora á decir algo del ejército que estaba á mis órdenes y de las disposiciones de varios de sus gefes.

El coronel D. Faustino Velazco á quien en subrogacion del general Nuñez habia mandado con mil hombres á que de acuerdo con Rivera persiguiese á Urquiza, no pudo entenderse con aquél, pues desde los primeros pasos estableció la desinteligencia. Como el objeto de Rivera era anticiparse á la Bajada, hizo que Velazco se le quedase muy atras, de modo que solo llegó despues de dias que yo la ocupaba. Esta linda division rufrió un contraste de otro género, que me fué mucho mas sensible.

Cuando se me incorporó en dicha ciudad habia perdido casi la mitad de su fuerza por la desercion, siendo los cuerpos que mandaban los hermanos Madariagas los que mas habian sufrido. Hasta habia algun oficial que se habia manchado con este feo crimen.

No puedo asegurar que los Madariagas lo promovieron espresamente, pero es fuera de duda que prodigando

su sistema de robo y de desorden eran los verdaderos causantes del mal, sin percibirlo quizá en toda su estension (1).

Nada es mas cierto que cuando el soldado miliciano adquiere algo en la guerra, trata luego de desertar para asegurar lo que ha adquirido. He hablado del soldado miliciano, porque el veterano que no tiene mas hogar que su cuartel ó campamento, ni mas familia que sus armas, disipa entre sus camaradas lo que ha producido la guerra; pero el miliciano que cuenta pronto volver á los objetos de su afeccion, no tiene otro medio mejor de gozar lo que ha adquirido que volviendose á su casa: asi lo hace luego que puede llevar algo á su muger é hijos. No pretendo que estos sentimientos sean reprochables, pero no se me negará que en ciertas circunstancias es conveniente reprimirlos ó evitarlos y es lo que me proponía estableciendo recompensas que tendria su efecto terminada que fuese la campaña.

El coronel Velasco me participó que no tenia datos positivos para convencer á los Madariagas de ser los autores de tamaño escándalo, pero que su intima conviccion era de que sino con una determinada y espresa intencion, al menos indirectamente lo habian promovido en sus conversaciones y doctrinas.

Puede que alguno que leyere estos apuntes, estrañe que un gefe experimentado como Velasco, no hubiese podido precaver los males, ó por lo menos descubrir sus autores. Su estrañeza cesará si considera que el provincialismo de los correntinos es de tan subidos quilates que consideran como estrangeros á los que no son nacidos en su provincia, que tienen un idioma esclusivo, cual es el

(1) Me inclino á creerlo asi, porque años despues en circunstancias mas críticas los he visto y agitar y promover la insubordinacion y el desorden sin apercibirse que iban á ser sus primeras víctimas. La campaña que precedió á Vences, y la jornada de este nombre son buena prueba de ello.

guaraní, que los pone en aptitud de conspirar en presencia del gefe á quien traicionan, que tenían los díscolos un resorte poderoso que tocar, excitando la repugnancia general que tenían á pasar el Paraná, sin olvidar lo que alhagaba á la muchedumbre el ceño del pillage y sobre todo el arreo de las haciendas (rebaños) del Entre Ríos que pensaban hacer en su retirada. ¿Qué extraño pues, que fuese fácil á los revoltosos hallar un auditorio adecuado, y que un gefe extraño se viese aislado, traicionado y vendido?

Sucedió que esas partidas de desertores que atravesaban el Entre Ríos para volver á Corrientes, cometían robos, violencias y toda clase de excesos. Esta conducta originó naturalmente la resistencia de los habitantes, de los que muchos se armaron: hubo varios choques con los desertores y no pocos fueron esterminados.

Cuando se me presentó la division, le hablé en términos algo duros y le manifesté mi profundo desagrado, pero sin particularizarme individualmente. Su mismo pecado hacia que los Madariagas se atribuyesen las expresiones de mi desaprobacion, y quedaron respecto á mí en el mas completo retiro. Supe despues que manifestaron grandes temores de que hiciese con ellos un acto de justicia y que tomaron sus precauciones. Estaban á todas horas con caballo ensillado, y pasaban la noche en regalía prontos sin duda para fugarse.

Dejando la infantería y artillería en la ciudad de la Bajada, habia sacado la caballería al campo de las Conchillas, cinco leguas al norte de dicha ciudad. Yo me trasladaba con frecuencia del campamento á la capital, y de la capital al campamento, segun lo requerian las necesidades del momento. Nuestras caballadas que habian sufrido por las marchas, y mas que todo por la espantosa seca que afligia el pais, llamaban urgentemente mi atencion: su reparacion no podia hacerse sino empleando tanta eficacia como órden.

Otro inconveniente que nos traia la desercion que habia empezado á picar en el campamento de las Conchillas, sin que por eso se pareciese ni con mucho á la que sufrió la division de Velasco, era que los desertores se llevaban los mejores caballos, y si podian hacian un buen arreo de ellos. Varios gefes correntinos manifestaban una pronunciada tibieza. Sin embargo, jamás se desmintieron por entonces en el respeto que me tributaban, y donde quiera que me presentase parecia recibir la confianza y aun el entusiasmo.

Desde antes de mi marcha de la provincia de Corrientes habia sido convenido con el Sr. Ferré que se trasladaria á la Bajada luego que la ocupase, y en consecuencia se lo avisè con repeticion cuando podia hacerlo sin peligro. No obstante la urgencia de mis instancias se demoró preparando buque, cargándolo y arreglando no se que cosas mas.

Nuestras primeras entrevistas sin dejar de resentirse de frialdad, nada tuvieron de inamistoso, sin embargo que me maravillaba la tibieza con que abandonaba los puntos esenciales de nuestra situacion, ya tergiversando, ya demorando su acuerdo ó discusion. No fué sino mas despacio que pude comprender los pensamientos que lo ocupaban y que puedo reducir á los siguientes.

1.º Impedir que el ejército pasase el Paraná. 2.º Hacer que la provincia de Entre Rios pagase los gastos de la guerra é indemnizase los perjuicios que sufrió la de Corrientes en la campaña del Pago-Largo y siguientes. 3.º Como medio de facilitar la consecucion de sus primeros objetos, desautorizarme cuanto le fuese posible, reduciéndome al rol de un simple oficial subalterno, con lo que satisfacia tambien sus privados resentimientos.

Fácil es considerar que principió por el último de estos objetos, obrando cautelosa y reservadamente. Se empeñó en persuadir al gobernador de Entre Rios D. Pedro Seguí, que no debia reputárseme sino como un gefe depen-

diente del gobierno de Corrientes sin mas representacion; autoridad y mision que la que de él emanaba y que habia querido conferirme. Que el mismo Seguì como gobernador y capitán general de un Estado soberano é independiente como el de Entre Rios, era una entidad tan superior á mi que lo separaba una inmensa distancia (1). Por este estilo le llenó la cabeza de ideas tan extravagantes, que este Gobernador de mi hechura, tomó un tono y aire de superioridad exagerado, sin excitar en mi otro sentimiento que la risa y el desprecio. Bien lo probé cuando un mes despues me recibí del gobierno de Entre Rios, pues no solamente no le hice el menor cargo, sino que lo honré delegando en su persona el gobierno y dispensándole mi confianza.

Desde mi llegada á la capital habia sido investido con toda la autoridad militar de la provincia y nombrado general en jefe de sus fuerzas. No podia ser de otro modo y era lo menos que podia hacerse si se deseaba seriamente que llevase la guerra á su término. Ferré desaprobó secretamente esta medida, y se me insinuó por el ministro de gobierno Dr. D. Florencio del Rivero que convenia que renunciase esta investidura. No tuve dificultad y se admitió en el acto mi renuncia.

No se crea por esto que Ferré queria desprenderse de mí, ni que yo me desprendiera de la provincia de Corrientes: por el contrario queria que dependiese esclusivamente de él, pero conservándome para su seguridad personal, para la

(1) Permitaseme citar una anécdota particular y pequeña que muestra el orgullo que logró Ferré inspirar á D. Pedro Seguì. Yo habia mandado formar un cuerpo cívico, ó si se quiere de guardia nacional, en la ciudad, en que se enrolase lo principal del vecindario, para lo que estaba autorizado como jefe militar de todas las fuerzas de Entre Rios. Como D. Pedro Seguì no tenia mas graduacion que la de mayor, creí que podia la Sala de Representantes nombrarlo coronel de este cuerpo, con lo que él obtenia una graduacion superior, y estimulaba al vecindario á enrolarse. Dije á algunos este pensamiento y cuando lo supo, lo recibió como un insulto y una ofensa. Tal era el orgullo á que habia llegado.

de su gobierno y su provincia. Todo lo que diré en seguida prueba evidentemente esta suposición.

Otro de los empeños de Ferré fué persuadir á los gobiernos de Entre Ríos y Santa Fé que yo no debía tener parte en las deliberaciones, y que á ellos incumbía exclusivamente discutir y establecer los arreglos necesarios para continuar la guerra. Al efecto nombraron sus comisarios ó representantes, que se ocuparon de un proyecto de acuerdo ó tratado para la formación del ejército que debía llevarla á su término.

Al gobierno de Corrientes lo representaba el Sr. D. Manuel Leiva: al de Entre Ríos el Dr. D. Florencio del Rivero, y al de Santa Fé el Sr. D. Urbano de Iriondo, unidos todos de los respectivos poderes. Estos comisionados se reunieron muchas veces, y bosquejaron un proyecto sobre las instrucciones que Ferré había dado al suyo: mas al quererlo formalizar, tocaron con la dificultad de si el general en jefe que nombrarían los tres gobiernos contratantes, quería aceptar la misión de mandar un ejército que ellos confeccionaban á su modo, y la responsabilidad que se le imponía sin su participación.

Ese general era yo, y se vieron precisados á venir los comisionados á consultarme su trabajo, é inquirir mis disposiciones. Fácil es conjeturar que todo era obra de Ferré, pues el gobierno de Entre Ríos no tenía voluntad propia, y el de Santa-Fé en nada mas pensaba que en sacar, aparentando docilidad, auxilios de armas, caballos y alguna fuerza que fuese á servir á sus órdenes. Mejor diría que nada importante pensaba, y que solo pensaba en ridiculeces, que lo ponían muy abajo de las solemnes circunstancias en que se encontraba.

Mis objeciones al proyecto fueron terminantes, lo que hizo que se retirasen los comisionados á consultar á sus poderdantes. Ignoro si lo hicieron, mas puedo asegurar que el convenio no se hizo y que las cosas quedaron en el estado indefinido en que estaban antes. Estoy firmemen-

te persuadido que Ferré nunca pensó de buena fe que un acuerdo semejante podía dar resultado alguno; y que si lo propuso fué para encubrir sus miras secretas y salvar las apariencias. Daré aquí un resúmen del proyectado convenio.

Cada una de las tres provincias debía dar un contingente de dos mil hombres para formar un ejército de seis mil. Cada contingente tendría su caja particular para subvenir á sus gastos y su gefe dependiente del general en gefe, sin dejarlo de estar de su gobierno respectivo. El equipo y armamento de estos cuerpos seria de cuenta de las provincias á que pertenecian. El general D. José M. Paz, era nombrado general en gefe del ejército.

No recuerdo si conservo alguna copia, pero poco mas ó menos esta era la substancia del convenio. Al menos perspicaz se le ocurren las dificultades, por no decir imposibilidad de su ejecucion. Baste decir que la provincia de Santa-Fé no tenia ni un solo escuadron de tropas organizadas, capaz de concurrir á la formacion de un ejército regular, y que la de Entre Rios, aun tenia menos, pues lo que no nos era abiertamente hostil, era de una decision vacilante y dudosa. Lo particular es que el Sr. Ferré que exigia que dicha provincia de Entre Rios, diese dos mil hombres para combatir sobre la marcha á Rosas y Urquiza, antes de un mes se retiró á Corrientes, dando por pretesto que toda la poblacion era enemiga y que de consiguiente no podia sostenerse en ella.

Habia otro gravísimo inconveniente para la guerra ofensiva que era la que hasta entonces nos convenia y la que llamaba toda mi atencion. Este inconveniente era la demora que necesariamente traeria la reunion de estos contingentes en las provincias de Entre Rios y Santa-Fé, y su tal cual organizacion: demora que daba tiempo á que Rosas reuniese sus fuerzas dispersas en los pueblos del interior, logrado lo cual el proyectado ejército venia á ser insuficiente aun cuando se hubiesen vencido las dificultades.

des que se ofrecian y se hubieran subsanado los vicios orgánicos de que adolecia.

Mi situacion sobre penosa y desagradable era en estremo delicada. El pais, los emigrados de Montevideo, los mismos enemigos, me miraban como el director de una guerra, en cuyos preparativos ni aun se me permitia deliberar. Mi reputacion y mi honor estaban comprometidos, sin darme los medios de salvarlos, pues no se me dejaba mas que una tremenda responsabilidad. De todas partes se fijaban las miradas en mi y se creia que me estaba confiado el timon de los negocios, cuando no tenia ni participacion en ellos.

En tal conflicto, resolví dar una prueba patente y pública de la prescindencia á que se me habia obligado, y manifesté mi deseo de separarme é ir á Corrientes á reunirme á mi familia mientras se hacian los arreglos que tenian entre manos. Ferré no solo acojó mi idea con apresuramiento, sinó que manifestó los mas vivos deseos de que la realizase cuanto antes. Me facilitó buque, hizo aprestar una escolta de su confianza, hizo aprovisionar aquel, y se mostró tan diligente como si de eso dependiese el éxito de una grande empresa.

Efectivamente, sin pensarlo le facilitaba la ejecucion de todos sus planes, que ya creyó ver realizados con mi ausencia. Cubria la vergüenza de la retirada del ejército que tenia decidida, diciendo que habiéndose retirado el general en jefe no habia podido hacer otra cosa, y podia entregarse sin el contrapeso que yo le hacia á la expoliacion de la provincia de Entre-Rios, que era la segunda parte de la comedia que representaba.

La alegria que manifestó por mi ausencia y su apresuramiento porque la realizase, lo traicionaria revelando á los entrerrianos el peligro que iban á correr desde que quedasen en poder del gobernador y del ejército correntino. Al mismo tiempo, algunos emigrados de la República se alarmaron y hasta el comercio temia por sus intereses.

He aqui pues una especie de conspiracion para impedir que yo marchase á Corrientes.

Eran las once de la noche del dia anterior á mi partida y ya se habia embarcado algo de mi tráfago, cuando se generalizó la voz de mi próximo viage. A esa hora se me llenó la casa de gente, viniendo personas respetables y varios de los representantes. El objeto era pedirme que suspendiese mi viaje, y que al menos les ofreciese no verificarlo hasta el dia siguiente. No tuve arbitrio para otro cosa y se lo prometí.

Al otro dia formaban muchos vecinos y emigrados una solicitud á la sala de representantes para que interpusiese sus respetos á fin de que yo no me ausentase. La sala por sí y á nombre del vecindario, me pasó una nota interesándose vivamente en lo mismo. No recuerdo ahora precisamente todos los pasos que se dieron en el mismo sentido, pero puedo asegurar que fueron tantos cuantos era posible dar.

No podia yo negarme á solicitudes tan fuertes y repetidas, y suspendí mi viaje sin saber precisamente lo que habia de hacer: tampoco habia desistido de él enteramente, mas esperaba que se calmasen los ánimos para emprenderlo de nuevo. Yo habia dejado desde que resolví marchar, el mando inmediato del ejército, en lo que tambien se habia glorificado Ferré, y era ridículo que manifestase deseos de volverlo á asumir. Era tambien peligroso, pues que podria sospecharse una segunda mira de que estaba yo muy distante. Los correntinos, sin dejar de tributar-me consideraciones y respeto, estaban muy avenidos con la ida á su pais, la que al paso de asegurarles un pronto regreso con arreos abundantes de ganados, les daba la certeza de que si volvian á ser invadido, tendrian otra vez un defensor.

Mi posicion era pues desairada, y sobre desairada era inútil para el objeto que se habian propuesto los peticionarios: se apercebieron de esto y deseando una oficial que me pusiese en el caso de obrar, se fijaron en el gobierno de

la provincia que quisieron absolutamente que yo admitiese. Adviértase que Ferré, creyéndose ya solo en el teatro, se habia quitado la máscara y declarado sus exigencias. Pedía que se abonasen á la provincia de Corrientes, no recuerdo que cantidad de pesos que habia dado al gobierno de Entre Rios, despues de la derrota de Pago-Largo, y aun alguna otra cosa mas de que no hago memoria.

El gobernador Seguí que días antes se habia conducido con migo con altanería, fué uno de los mas empeñados para que yo aceptase el fardo que él era insuficiente á llevar, en lo que no sé si obraba por voluntad propia, porque aunque no la tuviese, el clamor público no le dejaba otro arbitrio.

A los entrerrianos de la ciudad, se reunieron los emigrados, y á estos mis amigos particulares para persuadirme á que aceptase, interesando en ello hasta mi honor. *“Si Vd. no acepta me decian, forzoso es que se vaya á Corrientes ú otro punto, pues que no puede continuar en una situacion vaga, inactiva é indefinida. Si Vd. lo hace, Ferré va á disculpar todos sus actos con la retirada suya. El va á dejar el teatro de la guerra, va á abandonar cobardemente la provincia de Santa Fé, faltando á sus mas solemnes promesas, va á inutilizar todas las ventajas de la victoria: haga Vd. que sobre él recaiga la responsabilidad de tamañas aberraciones.”* Estas razones, mas que ningunas otras vencieron mi resistencia, y me presté á la aceptacion de un destino que no ambicionaba y que no podia conservar. Era un verdadero sacrificio, sin que ninguno de sus lados tuviese el mas pequeño aliciente que lo compensase.

Se ha dicho que los federales de la Bajada prepararon diestramente y atizaron nuestras desavenencias para sacar partido para su causa. Puede haber habido algo de esto, mas si lo hubo fué tan poco que apenas tendría muy débil influencia. Al principio pareció que se inclinaban á Ferré, despues se convirtieron á mi, mas ya he esplicado las causas de estos cambios, y á fé que no es preciso fatigar mucho

nuestra inteligencia para comprenderlos. Los federales se han alabado de su habilidad en dislocarnos, pero era porque así les convenia para hacer un mérito intento con su antiguo patrono y para lavar ciertos pecadillos que no dejaron de cometer.

En mi nueva posicion, ya no podia pensar en llevar la guerra ofensivamente, pero me proponia hacer un esfuerzo desesperado si era preciso, para conservar la barrera del Paraná, mantener en quietud la provincia de Entre Rios y servir de apoyo al general Lopez que en Santa Fé esperaba la tormenta que estaba próxima á descargar. Nada de esto era imposible, si hubiese sido ayudado en alguna manera por las fuerzas de Corrientes ó del Estado Oriental, pero ¡cuánto es el poder de las pasiones que ciega á los hombres mas perspicaces, hasta hacerlos desconocer sus mas claros y positivos intereses!

Era evidente que colocado yo en la Bajada, servia de vanguardia á la provincia de Corrientes y á la República Oriental que no podian ser atacadas, sino despues que hubiesen vencido los enemigos la resistencia que debia yo oponerles. Eran pues esos gobiernos los mas interesados en que yo conservase esa posicion, y lo hubieran logrado á poquísima costa. Nada quisieron hacer en ese sentido, principalmente el de Corrientes, y yo tuve que abandonarla para que luego pagasen muy caros los efectos de su obstinacion.

Ferré dejó definitivamente la capital y se trasladó al campamento de las Conchillas, situado su cuartel en medio del ejército correntino, mas dejando siempre un cuerpo de infantería y una parte de la artillería que hacian la guarnicion de la ciudad. Los Madariagas aunque enemigos declarados de él se le plegaron con el solo fin de apoyar las medidas que tomase contra mi. Tuvo la debilidad de creerles para recoger bien pronto los frutos de su ceguedad.

A pesar de que para aceptar el gobierno de Entre

Rios guardé para con Ferré todas las consideraciones debidas. pues que no lo acepté hasta haberle pedido y obtenido su aquiescencia, en virtud de estar al servicio de Corrientes, reputó mi admision como un desaire, como un desafuero y hasta como un crimen. En su campo y al redor de él, dejaron oír sus paniaguados la palabra *desertor*, al paso que por otro lado decian á los correntinos que mi separacion y disgusto era unicamente, porque no me permitía el gobierno que pasase con ellos el Paraná y los llevase á perecer en paises lejanos, como hizo el general Lavalle con los del ejército libertador.

Marchando en esta línea se propuso dejarme enteramente indefenso en medio de una poblacion que sino era nemiga hasta entonces declaráda, tampoco era amiga y que solo esperaba la ocasion propicia de abandonar una causa que no conocian, y á un gefe que apenas habian visto. Ordenó pues Ferré que toda la tropa correntina de la guarnicion dejase la ciudad y se trasladase á las Conchillas. (1) y empleó medios rastroeros para que hasta mis ayu-

(1) “No es posible comprender acontecimiento tan estraño, sin estar en algunos antecedentes anteriores, que esplican las ideas y preocupaciones que guiaban á D. Pedro Ferré, el gobernador de Corrientes. Era este un vecino de carácter decidido y firme hasta la terquedad, que de años atrás se habia hecho el órgano aunque no el déspota de su provincia. Ferré, era uno de los federales que en 1826 hacian oposicion á la constitucion de la República bajo un poder central; él promovió el pacto que unió á las provincias del litoral de la Plata, en una confederacion; y por conservar esta federacion é independencia provincial, era que Ferré habia estado siempre agitando la guerra contra Rosas, desde que empezó á dominar y absorver las otras provincias federales. Este hombre pues, estaba dominado por el espíritu de provincialismo estrecho que le habia dado su papel de federal en 1826. Cuando el general Lavalle pasó el Paraná con el ejército de Corrientes, en los últimos tiempos del bloqueo francés, Ferré lo declaró traidor, por salir de los límites de la provincia. No alcanzando á comprender los cambios que se habian obrado en la República y la imposibilidad de conservar la libertad en una de sus partes sin asegurarla en el todo. Ultimamente cuando el general Paz llegó con el ejército de reserva hasta la Bajada para pasar el rio, y echarse á marchas forzadas sobre Buenos Aires desguarnecida, Ferré se opuso decididamente á la operacion que llevaba el ejército correnti-

dantes me dejasen solo. No lo consiguió, pues que varios correntinos espiándose á la clasificación de *traidores* con que se los amenazaba, prefirieron no abandonar á su antiguo jefe.

Mas en esta medida de Ferré hay una circunstancia que sino fué obra exclusiva de su política, prueba muy poca generosidad.

No ignoraba el fuerte resentimiento de los Madariagas para con migo, y es quizá por eso que eligió á D. Joaquín para que viniese á dismantelar la plaza y llevarse la guarnicion. Lo hizo con tal proligidad que no dejó municiones, ni armas, ni ningun artículo que pudiera servir para la defensa: tomó ademas un tono altamente ofensivo, agraviando á varios oficiales que no siendo correntinos no querian marchar á reunirseles.

La conducta de Ferré empleando á Madariaga y reco-

no á un teatro que para la provincia de Corrientes no era de inmediato interes. Asi que, despues de haber reunido ganados y cabaladas entrerrianas, y no consiguiendo hacer desistir al general Paz de su empeño de dar golpe tan osado al poder de Rosas, Ferré tomó su ejército y lo condujo á Corrientes donde fué disuelto.

“Esta es la única esplicacion racional que puede darse de la conducta de Ferré, dejando á un lado, lo que los malos manejos del general Rivera pudieron contribuir á empeorar la situacion. Todavia una reproduccion de los acontecimientos de 1831; el general Paz era arrebatado de la cabeza de su ejército en el momento de dar un golpe decisivo.

“Quedábanle en Entre-Rios donde el se fijó, el armamento y los prisioneros tomados á Echagüe, para principiar de nuevo la penosa tarea de disciplinar un nuevo ejército, si Rosas queria olvidarse de él por algunos meses; pero, á penas tuvo tiempo de poner mano á su obra, antes que una sublevacion de los prisioneros, no lo forzase á pensar en su salvacion, ya que no le habia sido dado por dos veces salvar la Patria. Con un grupo de oficiales, y de vecinos comprometidos se retiró al territorio Oriental favorecido por una espantosa borrasca, que impidió á sus enemigos que siguiesen en su persecucion. Hemos oido á uno de sus compañeros en aquella peligrosa fuga, despues de hacerlos abandonar el dinero que habian salvado en algunas carretas; despues de atravesar á la luz de los relámpagos, los bosques inundados por torrentes de agua que corrian en todas direcciones, y mientras, empapados hasta los huesos aguardaban á los que iban quedando medio sepultados en el fango, que pudiesen poner de nuevo en marcha sus estenuadas

meandándole sin duda una chocante exactitud, fué tambien ingrata, pues que el motivo principal de la desafeccion de los Madariagas, venia de que nunca quise apoyar la oposicion que estos le hacian. Por esto es que llegué á sospechar que su eleccion fué efecto de la política, queriendo por este medio hacerlos irreconciliables con migo. En tal caso, su astucia es digna de elogios; pero de los elogios que se dan á Luis XI. ú otro semejante.

¿Y se creerá que Madariaga dió todavia un paso para entenderse con migo, en los momentos en que acababa de desempeñar tan rigurosamente su comision? Quiso verme, y reusé recibirlo: insistió y lo admití. Principió por cargar á Ferré con los actos que acaba de ejercer, y no quise escucharlo. Estoy seguro que á la menor abertura que le hubiera hecho para conspirar contra Ferré, se presta á una nueva traicion.

Quedé pues solo en la Bajada á merced de los acontecimientos: tan solo conseguí que se entregasen los prisioneros de Caaguazú que habia en los cuerpos, con los que se formó un escuadron que se dijo de mi escolta, y un pequeño batallon de negros que estaba ya formado.

cabalgaduras, el general Paz, impasible á tanto sufrimiento, y con serenidad inconcebible de espíritu despues de aquel gran naufragio de sus mas caras esperanzas, se entretenia para animarlos en referirles los padecimientos, conflictos y privaciones mayores aun en que mas de una vez se habian encontrado en las guerras de la independencia.

Asi escapando á la muerte el general Paz pudo llegar hasta el campamento del general Rivera Presidente de la Banda Oriental, quien le ofreció el empleo de gefe de su estado mayor. Pero el general al primer golpe de vista echado sobre aquellas bandadas sin disciplina se convenció que el estado mayor era un amazon vacio, y un muelle sin elasticidad; porque el general Rivera pertenece á la escuela de los caudillos, entre los que la disciplina severa y la táctica europea son trabas mas bien que auxilios puestos á la movilidad de bandadas de caballeria que forman casi siempre el grueso de sus ejércitos. El general Paz, puso pues á Montevideo á esperar el desenlace de los acontecimientos, prefiriendo el humilde carácter de emigrado á un empleo en el que no contaba con asegurar la victoria, por operaciones sabiamente combinadas, y un ejército debidamente preparado.

D. F. Sarmiento.

Quiero suspender aquí esta relación para dar una vista sobre Santa-Fé, y sobre el campo del general Rivera que se conservaba en Entre Rios, pero en las inmediaciones del Uruguay.

Desde mi llegada á la Bajada habia procurado estrechar mis relaciones con el general Lopez, conocer el estado de sus fuerzas, sus planes, sus miras y las probabilidades de su ejecucion: mas nunca podia traerlo al punto esencial de la dificultad, porque divagaba y me dejaba en la misma oscuridad. Dandose los aires de un supremo gobernador de provincia independiente y soberana, sus relaciones se resentian de cierto embarazo que no queria yo atacar de frente. Mientras no vino el Sr. Ferré, Lopez no pasó á la Bajada, mas luego lo hizo, y yo me lisongeaba que entonces se atribaría á conocer su verdadera situacion, y lo que en ella se proponia. Me engañaba redondamente, porque es imposible figurarse un espíritu mas superficial.

Llegó á la Bajada y tuve una conferencia de tres ó cuatro horas, en que me fatigué inutilmente por traerlo al punto de la dificultad, sin que pudiese adelantar cosa alguna. Una vez me dijo que habia tenido un pensamiento y me lisongeaba de que iba á decir algo de sustancia y cuál fué mi asombro cuando supe que se referia á varias activas diligencias que practicaba para descubrir el paradero del caballo malacara de Echagüe, para apropiárselo por supuesto? En este caballo que seria muy bueno, salvó este general de la batalla de Caaguazú, y debia haberlo dejado en Entre Rios, por cuanto no lo habia llevado por agua á Buenos Aires. A mí que era el vencedor de Echagüe, no se me habia ocurrido ni indagar ni apropiarme este despojo, y él no solo se ocupaba de eso, sino que daba al asunto una importancia no comun.

En suma, despues de una eterna conversacion, nada obtuve y me quedé ignorando que fuerzas, que clase de tropas, que elementos de guerra, que planes ó miras, y dificultades tenia. Todo su empeño consistia (y de aqui partian,

y venian á parar todos sus esfuerzos oratorios) en sacar armas, municiones, vestuarios, y sobre todo caballos, sin perjuicio de algun dinero ú otra cualquier cosa. Es indecible el ahinco que ponía en la adquisicion, de caballos sobre todo, sin que entretanto pudiese esplicar como una provjncia que hacia tiempo disfrutaba de quietud no los tenia. Pienso que esta exigencia provenia menos del militar que del campesino, pues cuando se le decia que nuestros caballos estaban flacos, no los reusaba por eso, como si las circunstancias hubiesen de darle tiempo de invernarlos y engordarlos.

La operacion gefe que tenia que practicar el general Lopez, estaba saltando á los ojos del menos perspicaz: ella consistia en hacer lo posible para dificultar la marcha de Oribe que venia del interior con su ejército compuesto en gran parte de reclutas, y muy mal de caballos. Ya que no pudiese impedir su reunion con los fuegos de Buenos Aires, hacer cuanto estuviese á su alcance para embarazarla, debilitarlo entretanto cuanto le fuese posible. Cuando tocaba este punto y me esforzaba en traerlo á este terreno, divagaba y se salia inmediatamente de la cuestion: hué de creer alguna vez, que lo tenia tan pensado, acordado y meditado que juzgaba inútil ocuparse con migo de ello, ó que quizá queria tener por entero el mérito de la concepcion, como tendria el de la ejecucion.

Lo mismo sucedia cuando le hablaba de la campaña

(1) Hallándome yo en Rio de Janeiro me visitó un joven salteño Chavarría, dotado de muy buena razon y de muy nobles sentimientos. "La accion de Caguazú, me decia, salvo á la provincia de Salta el año 1841. Vencedor Oribe en Famaillá, marchaba con su ejército triunfante y amenazaba envolverla en los mismos horrores que habian sufrido las de Córdoba, Catamarca y Tucuman. En Concha, 40 leguas antes de la capital, recibió la noticia de la victoria de Caguazú, y retrocedió en el acto, porque debió recibir órdenes para ello. A esta circunstancia debe la provincia de Salta, no haber visto su suelo cubierto de cadáveres y correr á torrentes la sangre de sus hijos. No en la guerra, por que no la habia, sino bajo el puñal de los asesinos."

que podria hacerse sobre Buenos Aires: parecia dar po-
quísima importancia y cuando mas se contraia á alguna
irrupcion pasagera, que solo produciría el arreo de algunos
miles de cabezas de ganado. En fin, me persuadí que en
esa guerra irregular en que el mayor costo lo hace la de-
cision de los habitantes, podria ser mas diestro de lo que
se manifestaba, y que algo podria esperarse de los esfuer-
zos de los santafesinos.

Algo podia influir en esta falta de confianza, porque
me persuado que tambien adolecian de ella sus relaciones,
los celos que le causaria la importancia de mi posicion.
Heredero del gobierno de D. Estanislao Lopez, queria
serlo tambien de esa influencia que ejerció en otras pro-
vincias de la república, y nada tiene de extraño que mirase
con prevenciones desfavorables al hombre que podia ba-
lancearlo. Tengo certidumbre de que el general Rivera
siempre constante en el propósito de dislocarnos, tocó es-
te resorte por medio de ofrecimientos y lisonjas. ¡Ah! Des-
pues otros que no eran el general Rivera, y que eran ar-
gentinos, han empleado iguales medios con otros fines al-
go mas remotos, pero con el mismo fatal resultado.

Por otra parte D. Juan Pablo Lopez se habia propues-
to por modelo á su hermano y lo mismo que él pensaba
identificarse con el gauchage para regentearlo, estendien-
do hasta donde pudiese su caudillage. Naturalmente veia
en mí el representante de un sistema distinto, y era otro
motivo para debilitar sus simpatias. Estas dificultades
que nunca faltan, ni faltarán entre hombres dotados de
pasiones é intereses diversos, se hubieran vencido con la
concurrancia sincera y leal de los hombres pensadores,
asi es que no les doy tan gran valor que deba atribuirles
una gran parta de las desgracias de esta época. Sin em-
bargo, ellas marcaban la disposicion de los ánimos, que
mas tarde se hubiera manifestado con mas fuerza, y de
que se hubieran aprovechado los discolor, como lo han
hecho siempre.

Estas operaciones que no he hecho sino indicar, como la de caer sobre los ejércitos de Oribe y Pacheco que se replegaban del interior, y la de marchar sobre Buenos Aires, eran las mismas que yo hubiese practicado en escala mayor, si me hubiese sido dado pasar el Paraná con el ejército de Corrientes. Es indudable que si hubiesemos convenido todos nuestros medios y puéstolos en accion, hubiesemos anonadado el pover de Rosas y redimido al pais de la opresion (I).

Cuando Oribe y Pacheco pasaron tranquilamente con sus fuerzas atravesando toda la campaña de Santa-Fé, sin que se les opusiese la menor resistencia, empezaron á temer los hombres pensadores: cuando conocieron las intenciones del Sr. Ferré de retirar el ejército de Corrientes, se apoderó de todos el desaliento. La incapacidad del general Lopez, que el peligro ponía en transparencia, hizo llegar al colmo la desesperacion. Desde entonces todo se dió por perdido en aquella provincia, cuya poblacion estaba tan bien dispuesta y cuyos antecedentes habian hecho concebir otras esperanzas.

Si aun despues de haber renunciado á la idea de pasar el Paraná con el ejército de Cortientes y llevar la guerra ofensiva, hubiera podido conservarme en la Bajada, les hubiera sido de gran auxilio á los santafesinos. Independientemente de lo que podría haberlos ayudado con algunas fuerzas, en mas ó menos número relativamente á las que se me hubieran dejado, los hubiera reanimado la idea de tener un asilo inmediato para sus familias, y un punto fácil de retirada. Hubieran podido poner con tiempo en salvo sus depósitos, sus caballadas sobrantes y la gente inútil para la guerra: hubieran de consiguiente quedado espeditos para esa de movimientos y partidas que era la que unicamente les convenia.

Llegado el caso de abandonar enteramente su provincia, hubieran pasado á la de Entre Rios dos mil por lo menos que podian contribuir á hacer mas respetable la barranca

del Paraná que es la que me hubiera propuesto guardar con la ventaja además de que hubieran tenido en continua inquietud la rívera opuesta, á donde podían pasar con facilidad á procurar sorpresas y golpes de mano en menos escala.

El Sr. Ferré retirando el ejército de Corrientes y negándose á dejar en Entre Ríos un solo hombre, cometió un doble error, cuyas consecuencias han costado muy caras. Mas no he llegado aun á este punto que trataré mas adelante.

El general Rivera mientras permaneció en las inmediaciones de la Bajada, no cesó de poner en juego sus *recursos diplomáticos*, para conquistar una influencia á que no le daban mucho derecho, ni la victoria, ni su calidad de extranjero (1). Ya he indicado algunos de los medios de que se valia para desvirtuar las otras influencias y hacer prevalecer la suya. Ahora solo añadiré que entabló relaciones con los gobiernos de las tres provincias, ya separada, ya conjuntamente, en lo que fué menos desgraciado. Propuso tambien una conferencia que se verificaría en su campo. y mandó un comisionado que fué su secretario D. José Luis Bustamante: aquella no se verificó y la mision de este tampoco dió resultado alguno. Es curioso notar, que despues que se habia empeñado en escluirme de toda deliberacion en los negocios, el secretario quiso entenderse privada y casi esclusivamente conmigo. Sucedió lo que debia suceder: que se hizo mucho mal sin provecho alguno para la causa, ni para él.

Desengañado, levantó su campo y se puso en retirada por el mismo camino que habia traído lleno de irritacion y de disgusto. Fué principalmente en esa marcha que trabajó en suscitar una oposicion armada contra el gobierno, sir-

(1) La influencia que queria el general Rivera era la única, la esclusiva de toda otra influencia: la omnipotencia. Antes, ni despues, nadie le negó una influencia racional y adecuada: mas esto no satisfacía sus planes de agregacion.

viéndose de los partidarios de Urquiza, y sirviendo por este medio eficazmente á la causa contraria. Queriendo resucitar los tiempos de Artigas, ensayó arrastrar al vecindario y formar eso que él llama *convoy*, mas no pudo conseguirlo. Los habitantes prefirieron quedar en sus casas, y es preciso decirlo, no empleó la violencia. Aun á unas familias de indios de Mandisoví que habia arrastrado, les permitió que se fuesen á su domicilio cuando los solicitaron.

El general Nuñez á quien dejé segun se recordará al Este del río Gualeguay habia sido nombrado comandante general del 2.º departamento militar que es el que queda entre dicho río y el Uruguay. En él es tambien que asentó su campo el general Rivera, produciendo un conflicto que pudo tener muy graves consecuencias. Son bien sabidos los motivos de enemistad que mediaban entre ellos, desde que aquel se separó del ejército oriental para reunirse al general Lavalle, mas era tan fuerte y profundo el odio que ahora le manifestaba el general Rivera, que los mayores esfuerzos que yo mismo hice para reconciliarlos, fueron del todo inútiles.

Aunque Nuñez no dependia de él, aunque no estaba al servicio oriental y que se hallaba en otro territorio, se propuso atacarlo y destruir las fuerzas que por órden del gobierno de Entre Rios estaba formando. Asi lo hubiera hecho sin la formal oposicion de sus gefes que le declararon categoricamente que no desembainarian sus espadas, sino contra los enemigos de la causa y de su país. No obstante, sus disposiciones hostiles alarmaron á Nuñez, que por su parte tomó medidas de defensa, llegando el caso de considerarse como dos cuerpos enemigos, olvidándose de los verdaderos que casi tenian al frente.

Cuesta trabajo comprender como el general Rivera que sabe dominar sus afecciones, y que siempre fué generoso con los que lo habian ofendido como lo mostró despues con el mismo Nuñez, pudo dejarse arrastrar de un senti-

miento de aversion tan profundo, que quisiese emprender una nueva guerra por un motivo puramente personal. Verdad es, que él queria aniquilar la influencia de Nuñez que no podia serle favorable, pero era una insensatez procurar lo por unos medios que debian suscitarle otros muchos y mayores enemigos.

Me inclino á creer que tenia en mira crear al nuevo gobierno de Entre Rios y sus aliados, dificultades tales que los llevasen al punto de no poder marchar y echarse en sus brazos. Al fin, y despues de causar inmensos males vino á conseguirlo como lo dirá el curso de esta memoria; mas tambien se verá que no sacó mas provecho que la conviccion universal de que en sus manos se habia perdido todo.

Con el fin de persuadir á sus gefes de la necesidad y conveniencia de atacar á Nuñez, hizo una reunion de los principales en la costa del Uruguay y agotó su elocuencia para inclinarlos á su modo de pensar. No por eso fué menor la resistencia de ellos, distinguiéndose en sus respetuosas observaciones los coroneles D. Fortunato Silva y D. Bernardino Baez. El general Rivera, entonces dejó el tono de autoridad, se quejó amargamente y protestó que se desnudaba de un mando que no era respetado por sus subalternos y que cesaba desde aquel punto de ser general en gefe del ejército.

Cualquiera percibirá que este no era mas que un arbitrio oratorio, lo que se confirmó con la circunstancia de no haberse dado un sucesor: mas tampoco se desconocerá que tanto para sostener las apariencias de su supuesta abdicacion, como por el resfrío que se ocasionó entre los gefes y el general, quedó el ejército en una especie de acefalia y aun de dislocacion.

Debe advertirse que los gefes en su oposicion no se limitaron á resistir respetuosamente el proyectado ataque contra Nuñez, sino que reclamaron contra sus manejos anarquizadores (los mismos que he descripto, y que como

referì eran demasiado públicos) rogándole que se abstuviese de ellos. Exigieron tambien que se decidiese á hacer lealmente la guerra al enemigo comun, y que uniese francamente sus esfuerzos á los mios y demas.

Se vé pues que al mismo tiempo que en el Paraná hacian ilusorias las mas bellas esperanzas, nuestras pobres desavenencias; en el Uruguay no eran menos felices nuestros aliados. Un estado semejante debia tener un término, y es curioso observar que por distintos caminos venimos á arribar á un mismo punto: el de la debilidad y la impotencia, lo que nos puso en la necesidad de entendernos y aproximarnos.

Visto el profundo desagrado con que Ferré recibió el aviso de mi eleccion para el gobierno de Entre Rios, y cierto de que se llevaba el ejército, me dirigí al general Rivera noticiándole oficialmente mi nombramiento y usando de espresiones atentas y comedidas. Nada mas importaba esta diligencia que un simple aviso, pero ella y el modo indicaba mejores disposiciones. Era reanudar nuestra correspondencia que estaba interrumpida, era abrir la puerta á nuestras inteligencias. El general Rivera que se veía aislado, y casi abandonado de sus gefes, abrazó con apresuramiento este camino que se le presentaba, contestó del modo mas satisfactorio y mandó al teniente coronel Calventos, quien ademas de lo que decian las comunicaciones, tenia órden de felicitarme á nombre del general, y darme las mayores seguridades de su amistad y buenos oficios.

Cuando llegó Calventos al Paraná, era terminado ya todo negocio con Ferré y de consiguiente perdida toda esperanza de que variase de resolucion en cuanto á la retirada del ejército y de que dejase alguna fraccion de él por pequeña quo fuese para sostenerme en mi nueva posicion. Calventos regresó con comunicaciones mias: mas antes de ocuparme de ellas y de la prosecucion de mis nuevas relaciones con el general Rivera, debo terminar la relacion de

lo que pasaba en la Bajada. Me contentaré con decir ahora que ni el general Rivera supo mis apuros en la costa del Paraná, ni yo sus conflictos en la costa del Uruguay. Se deduce pues, que nuestra aproximacion no fué ni por él, ni por mi calculada, sino sobre de las circunstancias.

No faltaron algunos amigos de la causa y particulares mios, que oficiosamente se propusieron mediar para hacer menos desastrosos los efectos de nuestras divergencias con el Sr. Ferré. Uno de ellos fué D. Manuel Leiva que lo acompañaba en clase de secretario. Me insinuó una vez que aquel estaba dispuesto á dejar la parte de fuerza correntina que pudiera necesitar, vestir, y sostener la provincia de Entre Rios, siempre que yo se le pidiese. No vacilé un momento y me dirijí oficialmente y del modo mas comedido, haciéndole presente la utilidad de conservar la posición de la Bajada y el resto de la provincia, y la necesidad que habia para ello de que dejase un cierto número de tropa que se le asignaba comprometiéndome á asistirle debidamente y hasta con abundancia. Su contestacion fué perentoria, terminante y negativa.

Tengo la mas perfecta seguridad de que el Sr. Leiva no obró por si solo al hacerme la insinuacion, sino por inspiracion y aun órden de Ferré, y ¿qué motivo tuvo entonces para negar un pedido que él mismo habia promovido? Lo ignoro, pero no por eso dejaré de decir las conjeturas que formé, y que despues ha corroborado el tiempo.

Lo mas sencillo es pensar que quiso verme tomar el rol de suplicante, para tener el placer de negarse. Si tal hubo, fué un ridículo desquite, porque nada pedia para mi, pues que la fuerza que solícitaba, era para emplearla en beneficio del comun, inclusa la provincia de Corrientes á quien iba á servir de un puesto avanzado.

Sin embargo, no estoy enteramente por esta suposicion, y me inclino á creer que ella no entró por todo en el negocio. No hay duda que despues de un hecho tan notable como el que acabo de referir y con la circunstancia de que

apenas mediarían 24 ó 30 horas entre el ofrecimiento y la negativa, cuesta trabajo hallar un motivo que atenúe su gravedad. Pero yo lo emprenderé porque me complazco en no atribuir todo á la faldedad de los hombres, cuando hay un resquicio que pueda salvarla.

Quizá tenía Ferré solo un deseo débil: quizá fluctuaba en la duda: quizá luchaba en lo interior de su alma la conveniencia pública y el deber, con otro sentimiento menos noble, cuando se dejó arrastrar por las persuasiones de Leiva. Mas luego que éste se separó para venir á hacerme el ofrecimiento, entraron otros consejeros y desbarataron aquellas disposiciones. No lo creo imposible, porque habia hombres muy dispuestos, al efecto, quienes llevaban la ventaja de ahogar las pasiones de Ferré, que se saboreaba con la idea de verme pedirle misericordia. Se fué tan persuadido de esto que en todo el camino en Goya y en Corrientes, decia con maligna sonrisa: *“No tarda el general Paz en venir huyendo de la Bajada, mas Corrientes lo recibirá siempre como amigo.”*

Ya que he hablado de consejeros, forzoso es que diga algo del Sr. Piran, persona que representó por un tiempo un papel importante, causando muchísimos males.

Apenas conservaba una idea confusa de D. José María Piran, cuando fué capitán de artillería en el ejército nacional, que hizo la guerra del Brasil en la Banda Oriental. Después sirvió á las órdenes del general Rivera en la guerra civil y llegó á teniente coronel. En esta graduación se habia retirado y vivia en un pueblo de campaña.

Los Madariagas de quienes era pariente y amigo, me lo propusieron como un oficial inteligente en la arma que habia servido, y los autoricé para que lo llamasen ofreciéndole el mando de la artillería del ejército de reserva, mucho antes de la batalla de Caaguazú. El, no aceptó y se dejó estar en su retiro, viendo venir los sucesos, hasta que se ganó dicha batalla y ocupamos la Bajada, en cuya época se apresuró á venir sin que nadie lo llamase.

Recuerdo que la tarde de esa misma noche en que debjan reunirse en mi casa los comisionados de los gobiernos aliados para ofrecer á mi consideracion el proyecto del tratado de que hice mencion, se presentó un hombre que deseaba hablarme. Supe luego por él mismo que era el comandante Piran que venia á ofrecer sus servicios al ejército, sin siquiera tomarse el trabajo de formular alguna excusa por no haberlo hecho antes de la batalla, y cuando tanto se necesitaba un gefe de su arma. En la actualidad habian variado las circunstancias, por cuanto el comandante D. Cárlos Paz habia obtenido el mando de la artillería desde mas de dos meses antes.

Lo recibí con la mas perfecta urbanidad, sin darme por entendido de su notoria lentitud, lo que no me costó trabajo, porque estando ya casi desprendido del ejército, miraba con indiferencia la venida de Piran y sus motivos.

Apesar de sus comunes modales tuve la paciencia de dejarlo seguir por dos horas con la palabra que habia tomado luego que entró. Me espetó sin piedad el mas extravagante discurso, dirigido á probar que no solo se le debian á él todas las disposiciones que dieron la victoria de Cagancha, sino que propiamente hablando habia sido el *heroe de la jornada*.

En su clase de comandante de artillería habia dado órdenes á los generales, quienes le prestaban obediencia. Por este estilo ensartó tales desatinos, que ya rebosaba yo de impaciencia, cuando vinieron en mi auxilio los comisionados á quienes esperaba. Entonces lo despedí atentamente, aplazando para otra vez la continuacion de su interminable narracion. Fué tambien la primera y última que lo ví en la Bajada, pues que no volvió á poner los pies en mi casa.

Por mas que me esforcé para no darle motivo de queja, me queda la duda de si algo pudo resentirlo, sin que tuviese parte mi voluntad: pienso que no, y que el motivo de su desvio y de su enemistad, provino de otras causas. De-

seoso de figurar á toda costa, se le presentó un camino de conseguirlo con toda facilidad, alistándose en el bando contrario, y esto es todo.

Luego que llegó tomó nociones del estado de las cosas, y es muy natural que sus amigos los Madariagas, se las dieron sumamente desfavorables á mi persona y á mi situacion. Se aproximó á Ferré, cuyo lado débil le fué fácil encontrar, y sin quizá esperarlo él mismo, se vió constituido en una especie de consejero, de confidente y de amigo.

Bajo estos caracteres principió y siguió cultivando sus relaciones con el gobernador de Corrientes, sin dejar por eso su estrecha amistad con los Madariagas, lo que me persuadió que se servian de él como un ciego instrumento ó que se puso de acuerdo con ellos para á su tiempo abandonar aquel. Sea como sea: él fué cerca de Ferré el sostenedor de los Madariagas, y contribuyó á su momentánea y fingida union.

El Sr. Ferré, aunque es Brigadier que usa banda y bordados y que suele llevar el rigorismo de las divisas militares hasta poner presillas de charreteras en el poncho, no entiende una palabra ni de guerra ni de milicia, ni de ejército, ni de soldados, ni de cañones, ni de cosa que se parezca. No necesito esforzar me mucho para probarlo, pues que nadie ignora, que el Sr. Ferré jamas desembainó su espada, ni ha quemado un cartucho. ¿Qué extraño es pues que oyendo dogmatizar á Pirán, y viéndolo abordar las cuestiones mas difíciles de la guerra con la mayor serenidad, lo creyese un militar consumado? ¿Qué extraño que siguiese sus consejos? Me han asegurado que sostenia en presencia de Ferré, quedándose este pasmado de admiracion que la operacion mas acertada y mas estratégica era la retirada del ejército, arrastrando *de malilla* como suele decirse, con todo lo que le pertenecia. “Habiendo descansado algunos meses en su pais, continuaba, se llenará de nuevo vigor y se llevará

de un solo embion, ejércitos enteros, rios caudalosos y cuanto se le ponga por delante.”

De la admiracion pasó el Sr. Ferré á la confianza y por supuesto lo instruyó de los motivos de desacuerdo que habia tenido conmigo. Pirán los apoyaba irritando su ánimo y los celos de que no estaba sino muy poseido: para corresponder mejor á tamañas confiancias, salia por los fogones ponderando la moderacion de Forré y la ingratitude mia. Una vez decia en una rueda de veinte oficiales y soldados: *Supongamos que un negociante acaudalado, toma un dependiente á quien confia cierto caudal para que logire en utilidad comun. El dependiente hace un buen lance y se revela contra su protector, queriendo adjudicarse toda la ganancia. ¿No será esto la mas flagrante injusticia? Pues Sres. el negociante acaudalado es el gobernador Ferré, y el dependiente revelado es el general Paz.”*

Ya se comprenderá que no siempre uso de sus testuales palabras, porque no son las mas adecuadas. Adviértase tambien que como esa, podria citar otras mil comparaciones sacadas de las carreras de caballos, de las tabernas, ó del juego de naipes, sino fuera por el temor de incurrir en una fastidiosa prolijidad.

Estos chistes que reproducia en presencia de Ferré, al paso que lo lisongeaban, servian de distraccion á sus pesares. A la verdad, debió ofrecérselos muy graves el reproche interior de su conciencia, sin dejar duda de que esas chanzouetas hacian una tregua á sus remordimientos.

No es que carezca Pirán de donaire y hasta de cierto ingenio para esa clase de producciones en que no suele economizar á sus amigos los chistes, y los que hallaron alguna vez acogida entre gentes que se tienen por mas adelantadas que los correntinos; no es pues de admirar que estos á quienes queria persuadir de lo mismo que deseaban con todas las fuerzas de su alma, que era volver cuanto antes á comer la mandioca de Corrientes, hallasen su elocuencia irresistible.

Subyugado Ferré por tan *relevantes méritos* no solo aceptó su amistad, sino que se apresuró á ofrecerle la suya. Por lo pronto lo hizo coronel y en seguida comandante general de artillería y gefe de E. M. Fuera de favores de otro género que le dispensó, lo honró tambien con comisiones diplomáticas que desempeñó ni mas ni menos de lo que debia esperarse. Creyó haber hecho para sí y para Corrientes una preciosa adquisicion: nada menos que un sábio en el consejo y un paladin en el campo de batalla, que fuese la espada y el escudo de su provincia y de su persona. Tengo aun otros poderosos antecedentes para creer que las sugerencias de otros díscolos, tuvieron su parte en la funesta resolucion de la retirada. Este antecedente lo tengo del mismo Ferré que lo hizo llegar á mi noticia por varios conductos.

Cuando á fines del año 1844, me aproximaba al Uruguay para tomar por segunda vez el mando del ejército de Corrientes, el señor Ferré que se hallaba en San Borja proscrito y perseguido por los Madariagas que estaban en el poder, me hizo insinuar que la retirada del ejército de Entre Rios se habia hecho por solicitudes de varios gefes y muy principalmente de los mismos Madariagas, de lo cual conservaba documentos auténticos que podia exhibir. Esta misma noticia fuéme transmitida por otros el año siguiente cuando ya estaba en Villanueva, entre los que recuerdo á don Manuel Diaz. Mi contestacion fué que no me ocupaba de sucesos anteriores; y fuera de eso, el señor Ferré debia tener presente que los Madariagas entonces se habian declarado mis enemigos, mas que por cualquier otra cosa habia sido porque no habia querido fomentar la oposicion y aun conspiraciones que hacian contra él.

Posteriormente me ha asegurado el señor don Juan Andrés Gellí que en San Borja tuvo largas conferencias con el señor Ferré, que este le refirió lo mismo que habia dicho á otros muchos, y que le mostró una representa-

ción suscripta por varios gefes correntinos, entre ellos los Madariagas, alegando la necesidad de retirar el ejército y concluyendo por pedirla.

Nada de esto justifica á Ferré, y mucho haremos concediendo que algo disminuya la mas grave falta de toda su vida. Aun dado esto, su responsabilidad está íntegra, porque él solo debe responder de un acto que violó sus mas solemnes compromisos, que burló las fundadas esperanzas de todos los patriotas, y que ha traído la causa porque se habia sacrificado Corrientes, al estado en que ahora se encuentra.

Para persuadir al gobernador Lopez de Santa-Fé á que hiciese cuanto antes su pronunciamiento contra Rosas, le prodigó promesas de auxiliarlo con todas las fuerzas de Corrientes, cuando llegase el caso inevitable de ser atacado. Posteriormente cuando en los dias que precedieron á la batalla de Caaguazú, se hizo el tratado de alianza con Santa-Fé, yo mismo á nombre de la provincia de Corrientes, renové los mismos ofrecimientos, añadiendo que pasaria el ejército el Paraná en su auxilio. Conservó comunicacion de Ferré sobre este asunto.

A mi, que le habia declarado muy categoricamente desde que me recibí del mando, que no consideraba mi misión como limitada á defender á Corrientes, sino á libertar si posible nos era toda la república, me habia protestado con no menos solemnidad que me dejaria la mas completa libertad de obrar con el ejército pasando el Paraná y llevándolo á donde conviniese hasta la conclusion de la guerra. Cuando sobre esto conversabamos añadia: "Mire Vd. general; es una injusticia, una falsedad decir que yo me oponia á que el general Lavalle llevase á los correntinos á la campaña de Buenos Aires. En lo que no consentí, ni debí consentir era en que lo hiciese dejando en pié el ejército enemigo de Echagüe, y á Corrientes á merced de él."

Sus proclamas, sus manifiestos, sus declaraciones y todos sus actos gubernativos, habian autorizado al público

y muy particularmente á los hombres comprometidos por la causa á esperar esta vez del gobierno de Corrientes y de su ejército esfuerzos decisivos. El público y los patriotas se vieron chasqueados, y el enemigo cantando victoria sin haber corrido los riesgos del combate, hacia correr á torrentes la sangre de nuestros amigos por las calles de Buenos Aires. Díganlo las matanzas de Abril de ese mismo año.

A mas del horrible abandono en que dejó la provincia de Santa-Fé que habia sido excitada por él mismo, en circunstancias en que fuerzas considerables la atacaban, fué desocupada y por lo mismo perdida para nosotros la de Entre Ríos: esto lo hizo sin que peligro ninguno la amenazase de próximo, sin motivo y hasta sin pretesto.

No sacó mas fruto que los arreos de ganado de toda especie que hicieron los correntinos en su tránsito, mas aun esto se hizo sin cuenta ni razon y en el mayor desorden. El público nada utilizó y solo fueron particulares y en lo general los particulares que menos lo merecian los que utilizaron. Los Madariagas se distinguieron en esta gentil empresa.

Ferré tuvo la insensatez de creer que los correntinos habian ganado la batalla de Caaguazú, y de muy buena fé los declaró en su mente y en su corazon valerosos, agueridos é invencibles. Pensó que una gran victoria era una cosa muy trivial y que se repetiria la escena del 28 de Noviembre, cada y cuando él quisiese. Este fatal error le indujo á otros muchos, cuyos resultados deploramos aun.

Es tiempo de hablar de otros ambiciosos ó discolos que desde otros puntos y por otros medios, prepararon sin apercibirse de ello los terribles errores en que incurrió Ferré. Habia de estos seres perniciosos en Montevideo, en Corrientes y en otros puntos, y todos de consumo dirigieron sus esfuerzos al mismo objeto.

Alarmados con el poder que podia darme la victoria, abrumados con la gloria que de ella me resultaba, desespe-

rados de ver una reputacion que se elevaba mas alto de lo que ellos deseaban, se propusieron antes de tiempo atenuar la rapidéz de mi carrera y preparar el *ostracismo* con que premiarian mas tarde mis servicios.

Principiaron por alagar á Ferré, ensalzando estremadamente sus talentos civiles, administrativos y diplomáticos, y dándoles una intempestiva preferencia sobre todos los méritos militares. Hicieron mas, pues hubo quien se propuso probar que no era el general que habia llevado los soldados á la victoria, ni los gefes que los habian dirigido, ni los que habian derramado su sangre para obtenerla, quienes ganaban las batallas, sino el frio diplomático que desde su gabinete combina y prepara los sucesos (1). A virtud de estos argumentos, el Sr. Ferré se creyó que él era el vencedor de Caaguazú.

Desde Montevideo, á mas de tributarle en público los elogios que eran justos y que sin duda merecia, se procuró hacerle entender en reserva que su prestigio era inmenso y que debia contar con el apoyo de la opinion de los emigrados y del sequito que arrastraban en la Banda Oriental. Rosas publicó despues unas cartas que interceptò de un canónigo Vidal, en que le decia todo esto á Ferré y le nombraba cierta categoria argentina, notable por el misterio de que se rodea.

No es que los emigrados fuesen realmente afectos á Ferré, ni que hubiesen depuesto su amargo resentimiento

(1) Un médico Salinas, hombre celebre por su inmoralidad y por sus crímenes, se hallaba aislado en Corrientes, contra el fallo de las leyes que años antes lo persiguió en Buenos Aires. Se declaró campeón de Ferré y publicó un artículo en que esplicaba la metafísica distincion de lo que son *méritos* y *servicios*. Los primeros consistian en las sublimes concepciones del espiritu: los segundos consistian en los actos materiales comandados por aquellas. “De tal modo, (decia) que los caballos, las carretas, y los fusiles, prestan servicio, pero no hacen mérito.” Bien podia el articulista haber ensalzado á su heroe, cuanto quisiese sin colocarnos en la categoria de fusiles, carretas o caballos que era la que en suma nos asignaba á los militares.

por su conducta anterior con el general Lavalle : estoí seguro de que habia contra él prevenciones cien veces mas fuertes que contra mí, pero lo que se queria no era ensalsar á Ferré, sino excitar su ambicion y promover sus celos para hacer un contrapeso [es su espresion] á mi poder.

Se equivocaron esta vez como les ha sucedido en otras, consolándose con decir entre sus parciales que habian creído poder dominar la situacion y que no lo habian conseguido.

En Marzo emprendió el ejército de Corrientes su retirada, quedándome en la Bajada sin mas apoyo que los prisioneros de Cuaguazú que permanecian aun, y varios gefes y oficiales que quisieron partir mis peligros y conservar hasta el fin aquel puesto de honor. Justo es que haga una mencion honrosa de ellos y que les tribute el justo elogio á que se hicieron acreedores. Si olvidase á alguno será por falta de memoria y no debe imputarse á mi voluntad.

El Dr. D. Santiago Derqui que era asesor del gobierno de Corrientes, habia querido acompañar al ejército y me servia de secretario. En esta clase prestó muy buenos servicios y obró con una lealtad que mereció mi entera satisfaccion. Indignado con la conducta de Ferré, renunció la asesoria y prefirió correr los riesgos de una situacion especial y difícilísima. El Sr. Leiva aunque acompañó al Sr. Ferré á su regreso, solo lo hizo para reunirse á su familia, con la que salió de la provincia inmediatamente, dejando el ministerio que desempeñaba.

Los coroneles Chenaut, Baez [D. Federico], Velasco, Lopez [D. Felipe], los comandante. Paz, Silva, Murillo, Gigena, Canedo, los mayores Echenagusia y Rodriguez se condujeron muy noblemente. El comandante D. Manuel Hornos, merece una particular mencion, como lo diré cuando describa la trágica marcha que tuve que emprender al Gualaguay y Uruguay. Tampoco debo olvidar á mis ayudantes de campo Gomez, Pucheta, Forrens, Paz, Arroyo y Soler, siendo los dos primeros correntinos que se se-

pararon espontáneamente de sus comprovincianos, á pesar de la declaracion de *traidores* con que los amenazaba Ferré, y habiendo apostado despues los dos últimos, pasándose el año 45 al enemigo.

D. Santiago Albarracin á quien habia encargado de la comisaria, D. Justo Pastor Figueras, gefe del ramo de maestranza, D. Braulio de La Torre á quien agregué á mi secretaria, tuvieron una conducta digna de elogios. Acaso en este momento olvido algunos que agregaré por una nota cuando los traiga á la memoria. No me es posible nombrar á todos los oficiales para evitar prolijidad, pero tributo á todos la estimacion á que se hicieron acreedores. Entre ellos hubo unos pocos correntinos, de los que recuerdo á los alfez Nuñez y Leyes con unos cuantos soldados que estaban afectos á mi comitiva.

Despues de marchar el ejército de las Conchillas y al dia siguiente sino me engaño, llegó de paso á la Bajada un escuadron al mando de D. José Virasoro que hallandose en comision, seguia en alcance de los suyos. Se presentó diciéndome que habia entrado sin necesidad para ofrecerme los servicios que pudiera prestarme. En su concepto no eran otros que escoltarme para que me fuese á Corrientes, pues graduaba mi posicion de tan peligrosa que no creia que pudiese, ni quisiese permanecer en ella. Le agradecí sus buenos deseos y se marchó. Tanto este gefe como su hermano D. Benjamin, actual gobernador de Corrientes obtuvieron un certificado de sus buenos servicios y honrada comportacion, porque efectivamente lo merecian. Sin haber tenido ocasion de distinguirse extraordinariamente, mostraron siempre nias espíritu de orden, mas moralidad, mas honradez y menos propension al caudillaje que sus antagonistas los Madariagas. Quizá estas distintas propensiones son una de las causas de su antipatía.

Mi objeto al recibirme del gobierno de Entre Rios habia sido reunir todos los elementos que aun podian utilizarse para conservar aquella provincia, y oponer la resis-

tencia posible al enemigo, cuando hubiese de franquear el Paraná. Mas como es sabido, esos elementos en nuestro país estan por lo comun en la campaña, concurriendo ademas en la situacion en que me hallaba la necesidad de pacificar la de Entre-Rios que por varios puntos habia empezado á revelarse.

La posicion de la capital en un ángulo del territorio, y sin duda el menos importante, no era el mas adecuado para este fin, y resolví salir á situarme en Gualeguay donde pensaba establecer mi cuartel general y un campo de instruccion para las fuerzas que reuniese. Me propuse llevar ademas el armamento que tenia, los efectos para vestuarios, las municiones (1) y demas que podia sernos útil.

Este pensamiento pareció al principio tan adaptable que la Sala de Representantes quiso asociarse á él. Su Presidente, Director y factotum el Dr. D. Francisco Alvarez, cura y vicario del Paraná, me propuso que espidiese un decreto, mandándola reunir en el punto central de la campaña que fuese adecuado y que estuviese mas cercano de mi cuartel general. Pienso que era sincero el deseo de ayudarme, porque no hallo que segunda intencion podia abrigar su solicitud: Buena prueba es de ello que cuando los negocios se pusieron mas delicados por la explosion que fué sucesivamente manifestándose en otros puntos de la provincia, ya desistió de su pensamiento y yo no se lo recordé porque no me pareció adaptable. Hubiera tenido que llevar conmigo y escoltar á los Representantes, porque los caminos estaban intransitables por las partidas de los sublevados.

Era evidente que la situacion de la capital que ya era

(1) He olvidado decir que en los momentos de retirarse Ferré y despues de muchos altercados y contestaciones pude conseguir que me dejase una parte del armamento y municiones, ultimamente venidos de Montevideo. Estos no habian sido costeados por los fondos de Corrientes, sino por el gobierno Oriental y parte por donativos particulares.

critica, iba á serlo aun mas despues de mi salida. Por única guarnicion quedaba un piquete de infanteria de los prisioneros de Caaguazú, el cuerpo cívico y la tropa de policía. Los afectos de Urquiza y Echagüe levantaban por todas partes la cabeza para deshacerse de sus huéspedes y apresurar nuestra espulsion. Pensé no haber dejado gefe alguno de los de fuera, deseando que D. Pedro Seguí en quien delegué el mando se redugese á conservar la tranquilidad con los elementos propios del pais. El, se avenia á esto y aun lo creia mas seguro, sin que me hiciese la menor objecion ni por ello, ni por su permanencia en la capital.

Sin embargo, el coronel D. Felipe Lopez, vino á proponerme que se quedaria mandando la guarnicion en la cual tenia confianza y ademas alegando relaciones importantes que habia adquirido y que le servirian á su vez. Este gefe merecia mi plena confianza, y de acuerdo con Seguí accedí á su proposicion nombrándolo comandante de armas de la capital.

Es probable que sin la derrota que sufrieron los coroneles Velazco y Baez en las inmediaciones de Nogoyá, que causó la dispersion de la fuerza que iba á mis órdenes, se hubiese conservado tranquila la Bajada, y los que allí quedaron no hubiesen corrido los peligros que los hicieron emigrar.

El gobernador Lopez de Santa Fé, viéndose abandonado por Ferré, se vió igualmente en la necesidad de reanudar y estrechar sus relaciones con el general Rivera, y á este efecto nombró un comisionado que fué el Sr. Crespo que partiese á su campo con poderes bastantes para celebrar convenios y recabar auxilios. Mas como no podia atravesar la campaña, tuvo que unirse á mi comitiva y con ella marchó.

En los últimos dias de Marzo me moví de la Bajada con mas de 300 hombres de los prisioneros de Caaguazú, de los que algo mas de la mitad era infantería. La

penuria de caballos era suma, porque el ejército correntino no dejó nno que sirviese en las inmediaciones, y un mayor Beron, á quien habia encargado la custodia de una caballada, para cuando llegase este caso, se mandó mudar con sus paisanos, llevándose todos los caballos.

Llamabase D. Benito Beron, correntino, pero antiguo vecino del Entre Rios. Sin embargo, era empleado en el ejército de reserva y habia hecho en él la campaña. A nuestra llegada á Entre Rios, tomó servicio en la provincia, y le conferí la comandancia de Alcaraz y otros puntos de la costa del Paraná. En prevision de lo que podia suceder, formé un depósito de caballos con orden de que los conservase cuidadosamente: cuando los necesité me encontré sin comandante, sin caballos y sin noticias suyas, porque habia seguido el movimiento de los correntinos, sin instruirme siquiera de lo que se proponia hacer. Despues lo volví á encontrar en el ejército de Corrientes el año 45 y no tomé mas venganza que despreciarlo: la excusa que me dió fué que lo forzaron á seguirlos los correntinos que pasaron, quienes se habian llevado tambien los caballos.

Este incidente hizo aun mas crítica mi situacion, pues que tuve que salir de la Bajada arrastrándome: llevaba de doce á quince carretas cargadas con efectos de comisaria, de maestranza y de parque, de modo que mi marcha era sumamente lenta. El pais que es bastante despoblado, donde no se manifestaba hostil abiertamente, se mostraba notablemente esquivo. Esto provenia del conocimiento de nuestro estado precario y de temor de los antiguos dominadores que no tardarian en volver.

Antes hablé del teniente coronel Calventos que vino á la Bajada con comunicaciones del general Rivera muy satisfactorias y á quien despaché con otras de igual naturaleza. En ellas le participaba la retirada de Ferré y el abandono en que habia dejado todo: le instruia de mis proyectos y de mi próxima marcha: le pedia una fuerza de 300 hombres que me esperase en el Gualaguay, los que me serian

de grandísima importancia, tanto para asegurarme de los servicios de los prisioneros de Caaguazú que hacian toda mi fuerza, como para contener las montoneras que se habian levantado y que se engrosaban rapidamente. Con esta confianza seguí mi penosa mancha hasta Nogoyá, á donde llegué en la mañana del 2 de Abril.

Desde algunos dias antes los coroneles Velazco y Baez habian sido destinados á mandar las milicias del partido de la Victoria, formando una division tan grande como pudiesen. Oportunamente les intruí de mi movimiento, y tuvieron órden de reunírseme en el mismo dia en Nogoyá. Apenas serian las 8 de la mañana, hora en que acababa de campar, cuando por algunos dispersos se me anunció la derrota de estos gefes en la madrugada de ese mismo dia, no lejos del punto donde estaba. Durante la marcha que verificaban en virtud de mis órdenes, no diré que fueron atacados, porque no se puede llamar ataque una gritería que armaron los enemigos dentro del bosque que atravesaban y unos pocos tiros que á nadie ofendieron.

Cual seria la disposicion de la tropa que esto bastó para que se dispersase ó se reuniese á los enemigos, quedando los gefes solos, que procuraron escapar por donde mejor les pareció. Velazco apenas pudo escribirme un papequito que llegó esa misma mañana á mis manos, por medio de un niño, hijo de un vecino amigo nuestro, y se dirigió al Paraná. Habia creído tan crítica mi posicion que creyó mas seguro tomar ese camino, lo que hubo de costarle caro. Baez se dirigió á la parte del Uruguay y se me reunió á los tres dias.

Efectivamente, mi situacion era terrible, y demandaba instantáneamente un partido decisivo, y lo tomé, sin lo cual hubiera sido imposible salvar.

Sobre mi derecha y á distancia de menos de dos leguas se encontraba el caudillo Paez que era el que habia derrotado á Velazco, el cual con los que habia reunido de la fuerza dispersa de éste, podria tener mas de 500 hombres.

A mi izquierda se encontraba el corenel enemigo Crespiñ Velazquez con otra reunion no menos considerable y que aumentaba por instantes. Todas estas fuerzas podian caer de un momento á otro sobre mí, lo que no me hubiera dado mucho cuidado, si hubiera tenido confianza en los 300 ó 400 que tenia á mis órdenes, mas lejos de eso eran el objeto de nuestras mas vivas sospechas.

A la calidad de ser prisioneros á quienes acababa de poner las armas en la mano, concurría la circunstancia de pertenecer á las provincias que quedan al Oeste del Paraná. Si cuando yo marchaba de frente, tenían el aliciente de aproximarse á sus hogares, ahora que me retiraba se alejaban de ellos, lo que era un motivo mas para que reusasen acompañarme. Se deben exceptuar los 160 ó 180 negros de infantería que eran del Arroyo de la China, y que en consecuencia no estaban en este caso.

El arroyo de Nogoyá parece á la vista de poquísima importancia pero se muda de opinion cuando se ha entrado en él. Sin mas que 30 varas de ancho poco mas ó menos, es un verdadero obstáculo principalmente para carruages, porque es un pantano que parece insondable. Para pasar las carretas que llevabamos, declararon los prácticos y nuestra propia vista, que era preciso hacer lo que allí llaman *punte*, en lo que tardariamos por lo menos de tres á cuatro dias. El puente consiste en hacer un corte de árboles y faginas y formar una calzada terraplenada despues, del ancho y solidez bastantes para que pasen los rodados.

Podia prometerme ocultar por algunas horas la derrota de Velazco y lo crítico de nuestra situacion, pero era imposible por mas tiempo. Algunos hombres ó mugeres que venian del pueblito que está á pocas cuadras, y soldados nuestros que iban á proveerse de sus pequeñas necesidades, debian esparcir necesariamente la notjia. Yo habia puesto incomunicados á tres ó cuatro dispersos que llegaron, pero no era lo bastante, y por la tarde ya empezaba á propagarse. Iba á ser conocido del soldado nuestro mal esta-

do en toda su estension y entonces todo era desesperado. Era preciso obrar, y obrar pronto para no dar lugar à la reflexion. Hé aquí lo que practiqué.

Hice repartir con profusion vestuario, tabaco, yerba, municiones y cuanto podia cargar el soldado sobre sí. Dige que me preparaba para caer esa noche sobre una montonera, dando á mi retirada todo el aspecto de una operacion ofensiva. Con las distribuciones y estos preparativos, sin escluir el de ensillar los mejores caballos de los que en las marchas habiamos conseguido, logré distraer la atencion del soldado y entretener la espectacion pública. Los vecinos mismos fueron engañados, y estoy cierto de que los avisos que darian á los montoneros que nos circundaban serian en este sentido, y aun tomarian sus precauciones para no ser sorprendidos.

El dinero que habia en comisaria que estaba en oro, lo distribuí á los ayudantes ù otros oficiales de confianza para que lo llevasen sobre sí. Se prohibió llevar equipages ni cargueros, á excepcion de uno solo en que iban los papeles de secretaria.

El Dr. D. Florencio del Rivero, á quien habia yo continuado en el ministerio de gobierno y relaciones exteriores, confiando el de guerra y hacienda al Dr. Derqui, me acompañaba y traia consigo á su familia en un carruaje. Tanto por esta circunstancia como por la elevacion de su puesto, fué preciso confiarle la realidad de nuestra situacion y la resolucion que habia tomado. Su agitacion fué extrema, y su irresolucion sobre el destino de su familia lo mortificó por unas horas. Llevarla con nosotros, ofrecia el inconveniente de que era preciso que marchase á caballo, pues que ningun rodado podia acompañarnos: dejarla en el pueblito y seguir él conmigo hubiera sido lo mejor, pero no pudo separarse de objetos queridos y ya muy tarde me declaró que se quedaba al lado de su familia con el designio de volver á la Bajada y trasladarse por agua á Corrientes. Para apoyar su proyecto me dijo tenia buenas

relaciones en el pueblito y en el tránsito y que le seria fácil verificarlo.

Ya entonces me engañaba: en ese dia que se descorrió enteramente el velo que encubria á sus ojos nuestros peligros, resolvió abandonarnos y por una desercion caracterizada, reconquistar la gracia de Urquiza de quien habia sido amigo y partidario. He dicho caracterizada porque fué revestida de circunstancias que hicieron tan poco honor á su lealtad como á su patriotismo.

En su carácter de ministro era dueño de parte del archivo que venia, del cual sustrajo copias importantes que fué á presentar á su antiguo patrono. En vano fué que ante él quiso darse el triste mérito de haber atizado nuestras discórdias y alegar que si admitió fué para traicionarnos y enredarnos: llegado que hubo al Paraná ó Bajada, el gobernador que habia sucedido á Seguí que era el presidente de la sala y cura vicario D. Francisco Alvarez, lo mandó en comision cerca de Urquiza que estaba aun en el Tonele-ro, jurisdiccion de Buenos Aires. Debia instruirlo del estado de las cosas, invitarlo á que fuese á ejercer su gobierno, y recomendarse él mismo de los pobres servicios que alegaba hechos en su obsequio.

Urquiza lo recibió bien y aun pareció agradecerle sus oficios: mas á una insinuacion de Rosas, se lo remitió á los Santos Lugares, donde fué fusilado.

Se me ocurre una observacion que puede servir para comprender el carácter y sentimientos del actual gobernador de Entre Rios. El, como he dicho pareció satisfecho del Dr. Rivero, pues que lo acogió bien y nada menos le hizo sospechar que el cruel destino que le esperaba. Pienso que hasta aquí obró Urquiza con sinceridad con respecto á él porque ademas de que sus faltas eran disculpables por las circunstancias, las habia reparado: los unia tambien una antigua amistad y Rivero era de gran utilidad en la Bajada, siendo el único médico que habia. Todo me induce á

creer que estaban restablecidas entre ambos las buenas relaciones y aun la amistad.

Pero habló Rosas, y Urquiza no vaciló ni un momento en sacrificarlo para dar esa prenda de su sumision y de su consecuencia à lo que se dice *sistema federal*. Para entense bien esto debe saberse que las imprudencias de Urquiza, ó sea su veleidad, ó sea mala fé, lo habia hecho sospechoso á Rosas, y que Echagüe su capital enemigo, apoyaba estas sospechas con todas sus fuerzas. La circunstancia de haberse aproximado á mi los *Urquizistas*, mas que los *Echagüistas* daba valor á ellas. La idea del Dr. Rivero, debió acaso interpretarse en este sentido. Este desgraciado, por no separarse de su familia unos cuantos dias, tuvo que dejarla para siempre, sin recojer mas fruto de su debilidad que la infamia y la muerte.

Se ponía el sol del dia 2 de Abril, cuando yo me movia de Nogoyá dejando las carretas, las pocas tiendas que teniamos armadas y una guardia de los soldados negros mas vicjos é inútiles, á cargo de un sargento de la misma clase, el cual tuvo órden de conservar el puesto y el campamento hasta mi vuelta. Ni él; ni los soldados, nada tenian absolutamente que temer del enemigo, de modo que ningun mal se les inferia.

No fué sino con mucho trabajo que pasamos el arroyo de Nogoyá en cuyo fango se sumian los caballos hasta mas arriba del pecho: algunos no pudieron vencer esta dificultad y fué preciso hacer esfuerzos para sacarlos.— Cerraba la noche que era oscura y tempestuosa, cuando nos pusimos en marcha: no habiamos andado media legua, cuando nos rodearon las tinieblas, en términos que nos costaba distinguir los objetos mas cercanos.

Un hermano del comandante Ortriz, muerto por los montoneros pocos dias antes, se me presentó ese dia ofreciéndome sus servicios con una partidilla de diez voluntarios, á quien acogí como de ja entenderse. En la marcha de esa noche le confié la vigilancia de mi flanco derecho

que era el que mas cuidado me inspiraba. No habíamos andado media legua, cuando unos tiros disparados sobre el mismo flanco, me obligaron á mandar inquirir la causa de ellos: el oficial Ortriz y su partida habian desaparecido. Los disparos que hizo fueron sin duda para darnos una falsa alarma, é incomodarnos, porque ellos no podian interpretarse como una verdadera hostilidad.

Este pequeño hecho que me mostraba á las claras que el verdadero hecho de mi movimiento empezaba á comprenderse, y por él nuestra crítica situacion, me obligó á hacer un *alto* de pocos minutos para cerrar algunas distancias que podian haberse abierto en la pequeña columna, cuyo orden era el siguiente.

Al frente sirviendo de guia el comandante D. Manuel Hornos con 16 hombres de su escuadron, gente del pais y práctica de la campaña. Estos hombres que le eran personalmente adictos, me fueron de la mayor utilidad, como tambien el comandante, con sus conocimientos locales y sus relaciones. En seguida venia yo con mi estado mayor y luego dos mitades formadas de los gefes y oficiales sueltos y paisanos que seguian nuestra marcha. Detras de ellos venia una mitad de tropa escogida por de confianza á las órdenes del teniente D. Manuel Leaniz.

Seguia el pequeño batallon de infanteria, luego un piquete de artilleros prisioneros que habian sido destinados á esa arma, y cerraba la marcha el escuadron de mi escolta, compuesto tambien como se ha dicho de los mismos prisioneros. Este escuadron habia estado hasta ese dia á las órdenes del mayor Silva, mas acababa de encargarle del mando en gefe al comandante Murillo quien nada hizo por contener la sublevacion, siendo solo el mayor quien desplegó energía y actividad.

Apenas habia andado un par de cuadras despues del pequeño alto que habia hecho, cuando nuevos disparos, aunque pocos y un rumor confuso, se dejaron sentir á nuestra retaguardia. Un nuevo alto fué preciso para indagar

la causa de este nuevo accidente, que muy luego se supo provenir de la sublevacion de la mayor parte del escuadron escolta, encabezada por el capitán Vasquez Noboa, á quien se habia adherido el capitán Corbera, del mismo cuerpo. La sublevacion no tenia mas objeto que separarse para volverse á buscar á los enemigos: así fué que no hubo de gracia particular alguna. Hé aquí como sucedió.

El comandante Murillo marchaba á la cabeza del escuadron y el capitán Vasquez Noboa á la de su compañía, que era la primera. Al pasar una pequeña zanja en donde estrechaba el camino, el capitán Vasquez que se habia confabulado con unos cuantos hizo contramarchar su compañía por medio de dos cuartos de conversion, que hizo dar á la primera mitad, tomando de consiguiente una direccion contraria. El comandante Murillo que ya habia pasado la zanja se contentó con gritar preguntando la causa de aquel movimiento, y sobre la insolente contestacion de Vasquez se resolvió á llevarme el parte de su *desfeccion*. No así el mayor Silva que cubria la retaguardia del escuadron, quien hizo mas dignos esfuerzos que tuvieron éxito feliz hasta cierto punto.

Todo el escuadron seguia el movimiento de cabeza, contramarchando como lo hacia ésta. El mayor Silva que lo notó quiso imponerse del motivo de esta novedad, y obteniendo igual contestacion de Vasquez que la que dió á Murillo, trató seriamente de oponerse. Entonces fué que se dispararon unos cuantos tiros, con los que acaso no hubo intencion determinada de ofender.

En esta lucha en que Silva gritaba *alto* y Vasquez *marchen*, se dislocó el escuadron y una parte siguió á éste y la otra se quedó con aquel. Fué esta la que se salvó, continuando la marcha cuando volví á emprenderla, fuera de algunos hombres que naturalmente desertaron, ó acaso se extraviaron en la terrible oscuridad que no permitia ver los objetos.

Era imposible perseguir á los prófugos y ademas no

habia con que hacerlo: hubiera sido esponerlo todo y diré asertivamente, perderlo todo, pensar en semejante operacion. Varios gefes y otras personas me rodearon para conjurarme á que no me ocupase de otra cosa que de continuar con toda la rapidéz posible nuestra marcha. Accedí, mas como la infantería no podia seguir el trote, y ademas está sujeta á raras frecuentes descansos, resolví dejarla atrás, consultándolo con el mayor Echenagusia que la mandaba. Este gefe halló justo mi pensamiento (que como he dicho era sugerido por todos) y protestándome que tenia bastante confianza en los negros siguió su marcha separadamente. Recuerdo que le dejé al famoso baqueano Biquilo, á quien ofrecí entonces y dí despues una fuerte recompensa pecuniaria.

Como indiqué antes, yo habia pedido al General Rivera una fuerza de 300 hombres que me esperase en el Gualeguay, distante veinte leguas de Nogoyá, y todo mi empeño era llegar á este punto, reunirme con esta fuerza si es que me habia sido remitida y volver sobre Nogoyá y aun sobre la Bajada. Es probable que si el general Rivera hubiera sido exacto, y hubiese apoyado mis movimientos, las cosas hubieran tomado otro curso. No fué asi como diré en seguida:

Al amanecer del 13 de Abril descargó la tempestad con fuerza tan extraordinaria, que pocas tormentas he visto tan terribles. La agua caia á torrentes mezclada con granizo y la fuerza del viento que nos batia de frente, era tan terrible que fué imposible continuar marchando. Hicimos alto é involuntariamente dijimos frente á retaguardia, porque ni los caballos ni nosotros podiamos arrostrar la tempestad. En esta posicion estuvimos dos horas, hasta que amainó. Era ya de dia y estabamos sobre el arroyo nombrado el Clé: con la lluvia habia engrosado su caudal y nos costó mucho vadearlo.

El día nos permitió ver la disminucion de nuestra columna que estaba reducida á unos 60 hombres por todo. El

comandante Paz con su piquete de artilleros no parecia y otros oficiales faltaban tambien: probablemente muchos soldados que aun restaban fieles, no eran mas que estraviados. Era forzoso tomar alguna medida para reincorporarlos.

Inmediatos aun al Clé avistamos una casa habitada, é hice adelantar al comandante Hornos para tomar informaciones. Yo mismo me anticipé una cuadra y sin desmontarme llamé los hombres que encontré en el patio, y les prevení saliesen en todas direcciones á buscar los soldados dispersos, y ofreciéndole buenas gratificaciones. Me ocupaba en esto, sin haber tardado ni cinco minutos, cuando llegaba por el camino que pasaba por el costado, mi pequeña columna en que como he dicho venian formados gefes, doctores, diplomáticos y simples paisanos.

Todos veniamos tan mojados que no teniamos un solo hilo seco, y el viento frio que corria hacia mas incómoda nuestra situacion. La presençia de una casa, de cuya cocina salia una humareda que indicaba un buen fuego, tenia un atractivo tan poderoso que luego de gustado, hubiera sido costoso arrancarnos para continuar otra vez la marcha. Un mate, una taza de café, en aquellas circunstancias era un presente inestimable, pero que desgraciadamente para servirlo á todos, hubiera sido preciso emplear mucho tiempo. Agréguese que les habria venido la tentacion de secar al fuego sus ropas, y no era tiempo de pensar en detenernos.

Los semblantes me revelaron la viveza de los deseos comunes, y fué preciso toda mi autoridad para contrariarlos. Sin haberme desmontado y sin aceptar una taza de café que el dueño de casa habia salido á ofrecerme, corrí á ponerme al frente de la columna y dí la voz *de frente, marchen*, á que tuvieron todos que sugetarse.

Sin embargo el comandante Hornos que estaba en la casa tomando las informaciones de los caminos, de los enemigos y demas novedades, quedó allí y á él se habia agre-

gado el Dr. Derqui que se habia entrado en ella sin que yo viese. Otros que venian mas atrás, ó que se escabullian sin que pudiese yo remediarlo hicieron lo mismo, lo que no detuvo mi marcha, esperando por instantes que el comandante me alcanzaria.

No sucedió así, y tuve que marchar solo y entregado á prácticos ignorantes ó infieles que me estraviaron de la ruta que debia seguir, de modo que solo fué muy tarde de la noche que pude llegar á San Antonio Petisco en el Gualleguay. Allí estaban desde la tarde Hornos, Derqui y el comandante Paz con su piquete de artilleros que viniendo por un camino mas directo, me habian precedido.

No es por minuciosidad y aun mucho menos por otro sentimiento mas pequeño que pongo estos pormenores: creo que ellos pueden ser útiles al que se vea en iguales circunstancias. Probarán tambien que en estos casos mas que en ningun otro se necesita orden y disciplina. Es probable que la detencion del Dr. Derqui, aumentó la de Hornos y del baqueano que lo acompañaba, y ésta hubo de producir una grave dificultad. Muchas mayores hubieran sido, sin la resolucion firme que manifesté en no dejar detener á los demas.

Llegada que hube al Gualleguay, tuve la certeza de que el general Rivera no habia mandado un solo hombre y que no podia contar sino con mis propios recursos. El, se mantenía sobre el Uruguay y Gualleguaychú, completando la espoliacion de esas partidas. No me quedaba mas arbitrio que aproximármele, pues que mi posicion en el Gualleguay ya ni tenia objeto, ni dejaba de ser arriesgadísima.

Sin embargo me mantuve seis dias con el doble fin de recibir alguna noticia de él, y de no dar, en cuanto era posible á mi movimiento el aspecto de una fuga. Al segundo ó tercero de mi permanencia se me reunió el mayor Echenagusia con sus ciento y tantos negros de infantería, habiendo verificado su viaje sin novedad. Este gefe contrajo un mérito digno de elogio.

Al sexto dia de hallarme en San Antonio Petisco, tuve las primeras noticias del general Rivera. En vez de mandar la fuerza que le habia pedido, preferia una mision pacífica compuesta de un mayor cuyo nombre he olvidado, del capitán Ereñú y otro oficial, quienes llevaban el encargo de persuadir á los caudillejos que estaban en armas á deponerlas y entenderse con él. Los oficiales comisionados eran los mas acerrimos federales que se habian acogido en su campo y á quienes habia patrocinado.

Cuando me hicieron relacion de su comision y me protestaron el empeño que llevaban de corresponder á los deseos de Rivera, les dije: Si Vdes. de buena fé se proponen desempeñar la mision que se les ha encargado, serán las primeras víctimas, porque no es ya tiempo de conciliaciones, y estoy viendo que aunque Vdes. se reusasen, se verán compelidos á empeñar las armas contra su poderdante." Asi sucedió á los muy pocos dias, pues que aparecieron en las filas enemigas y son los que han perseguido al general Rivera, hasta espulsarlo de su pais.

Perdida toda esperanza de volver sobre Nogoyá ó la Bajada, me aproximé á Gualeguaychú: tan luego como hubie pasado este arroyo, nos encontramos con el general Rivera, que se adelantó á mi encuentro. Nuestra entrevista fué amistosa y nos colmamos de atenciones por ambas partes. Como esto sucedia á inmediacion de la estancia de Galarza, nos dirigimos á ella y tomamos alojamiento.

En vista de las protestas de amistad y confianza que me prodigo, creí aun conveniente insinuarle que podria hacerse un movimiento sobre Nogoyá ó la Bajada, siempre que se obrase con prontitud y con una division ya mayor que la que hubiese sido bastante ocho dias antes. Se convino, y hasta me proponia yo ponerme á la cabeza de esta fuerza, agregando los restos que me quedaban; pero ocurrieron nuevas demoras, y solo fué despues de cuatro ó seis dias que se me dijo que el coronel Blanco estaba pronto con su division, y á mis órdenes.

Esta que se decia division, no pasaba de 300 hombres los que disminuyeron la primera noche en mas de 50 que desertaron cuando supieron que se trataba de marchar. Esto era irrisorio, y por de contado le declaré que aquella fuerza por su número y calidad, era insuficiente. Que si no lo creia él así, podia el coronel Blanco, que era un gefe, á quien le suponian una gran capaciad, podia presidir la operacion.

Blanco marchó y solo anduvo seis leguas hasta Gualleguaychú, donde creyó prudente detenerse y esperar. Allí permaneció por muchos dias hasta que se tomaron otras providencias.

Lo que admirará á quien leyere esto, es que no se hastaque punto deba condenar al general Rivera por esta falta de sinceridad y formalidad en sus promesas, porque á veces he creido que no podia hacer mucho mas de lo que hizo, atendiendo el desgreño de lo que él llamaba su ejército. Para que esta disculpa sea mejor comprendida y apreciada, daré una ojeada rápida sobre el ejército oriental, el modo de reunirlo y organizarlo.

• Cuando llega el momento de la necesidad ó del peligro, salen gefes destinados á reunir hombres donde los encuentren, lo que ocasiona que muchas veces arrebatan los peones de las estancias y hasta los capataces, segun el buen querer del comisionado. Los comandantes de los departamentos hacen otro tanto por su parte. sin que uaya una ley, un reglamento, una disposicion cualquiera que meto-dice el reclutamiento. Ya se apercibirá la puerta que se abre á las injusticias, á las venganzas y á los abusos. Que no haya innumerables, es la mejor prueba del buen carácter de los hijos del pais.

Empiezan á llegar las partidas al lugar destinado para camparias, y cuando hay un número de cien ó doscientos hombres, se hace de ellos dos montones que se llaman compañías: entonces se les designan oficiales, se improvisan sargentos y cabos, se les distribuye armamento, y hé aquí

que se dice muy seriamente, que se ha organizado un escuadron. Con unos cuantos de estos, ya está formada una division, y siguiendo del mismo modo en progresion ascendente, se cree ya formado el ejército. Mas adviértase que ese ejército, esas divisiones (1), esos escuadrones con la facilidad misma que se hacen, se deshacen cuando pasa el peligro ó lo aconseja la necesidad, al modo mas ó menos que cuando se manda romper filas á una tropa formada. Entonces se va cada uno por su lado, sin que se cuide mucho de recoger el armamento y municiones, pues que es sabido que en otra reunion se volverá á distribuir otro.

Habia otro modo de terminar una campaña y disolver un ejército, y quizá no me equivoco en asegurar que era el mas frecuente. Esta tropa colecticia y sin disciplina, se fastidia muy pronto del servicio y deserta con facilidad y abundancia: por este medio el ejército se iba consumiendo, y entonces el general tomaba el arbitrio de destinar al gefe de un departamento ó de un cuerpo, para que retirándose con los pocos kombres que le hubiesen quedado, procediese á hacer nueva reunion que á su vez tenia el mismo fin. Esos hombres que el gefe llevaba le servian de escolta, de base ó de señuelo para llamar otros.

Bien se comprende que el servicio de las milicias no sea tan regular como el de las tropas de línea, ni su permanencia en las filas tan constante, pero que un general crea que este es el único medio de formar ejército, sin te-

(1) * En la gigantesca forma que se dió á los ejércitos en los ultimos tiempos del Imperio, el Gran Capitan para dar mas movilidad, y mejor organizacion á aquellas formidables masas, aumentó las unidades progresivas del grande ejército, con lo que se llamó *cuerpo de ejército*, que era mandado generalmente por un *Muriscal* y tenia tropa de las tres armas. El general Rivera, parodiando al ejército que invadió la Rusia en 1812, llamó *cuerpos de ejército* á unos miserables grupos de 400 ó 500 hombres, y aun habia algunos que no llegaban á ese número. Yo usé de esa denominacion, cuando mandé el ejército aliado pacificador, pero ademas de que tenia el objeto político de conservar la separacion del cuerpo paraguayo, no bajaban de tres ó cuatro mil hombres cada uno.

ner un cuerpo de tropas regulares y disciplinadas, es cosa que admira, y sin embargo tal es el general Rivera. Desconoce enteramente las ventajas de la regularidad y del orden militar, y ya es demasiado viejo para que modifique sus ideas. No me cansaré de repetirlo: el general Rivera no ha marchado con el tiempo, y piensa aun que el sistema militar de Artigas, es todavia adaptable. Otro tanto le ha sucedido en otros ramos de la administracion.

Ya nada podia yo esperar ni intentar con respecto al Entre Rios, fuera de dejar enteramente libre la accion del general Rivera, para que llevase la guerra segun sus principios y su modo de conducirla. Para ello el mejor medio era separarme del teatro, porque era incuestionable que à cada instante resultarían conflictos de nuestro modo de ver y obrar que es diametralmente opuesto. ¿Cómo podría yo avenirme con las irregularidades del general Rivera, con su despilfarro y la indisciplina de su ejército? ¿Cómo amoldar mis ideas á las suyas? A mi vez diré tambien que soy demasiado viejo para variatlas. Cuando mas hubiera podido desearse que marchasemos separadamente y por distintos caminos á un mismo fin: lo demas era imposible. Los que han calculado de otro, si lo han hecho de buena fé, ó ignoran la marcha de los negocios, ó desconocen el corazon humano.

Mi intencion fué desde entonces retirarme dejando el campo libre al general Rivera para que reuniese á su placer y utilizase los elementos que aun restaban, que no dejaban de ser de mucha consideracion. Sin embargo me presté á un tratado que sin ligarme á permanecer personalmente, establecia una alianza ofensiva y defensiva, entre el Estado Oriental y las provincias de Entre Rios y Santa Fé: la de Corrientes debia ser invitada á entrar en él.

Este fué el tratado de Galarza, pues que fué celebrado en una hacienda de este nombre, en Abril de 1842, cuyo original y demas documentos conservo en mi poder. El, daba la direccion de la guerra al general Rivera, y de con-

siguiente el mando de las fuerzas: le otorgaba la facultad de celebrar tratados: los gobiernos contratantes se comprometían á poner en accion todos sus medios y recursos para llevar á cabo la guerra y el del Estado Oriental se obligaba á dar un subsidio de ocho mil pesos fuertes mensuales á cada uno de los otros gobiernos, para subvenir al reclutamiento, equipo y armamento de sus tropas, con cargo de devolucion concluida que fuese la guerra.

Suscriptos tres ejemplares del tratado por los comisionados que fueron los Sres. Bustamante, Derqui y Crespo, se tocó la dificultad del cange de la ratificacion por la demora quedebia ocasionar la del gobierno de Santa Fé, cuya correspondencia estaba interrumpida por los efectos de la misma guerra. En este estado acordamos con el general Rivera y se cangearon notas oficiales en este sentido, que aunque no hubiese podido tener lugar el acto material del cange, se tendria y se consideraria entre ambos como real y positivamente ratificado el tratado. No impidió esto sin embargo, que seis meses despues el general Rivera alegase esa falta de cange para negarse á la observancia del tratado y para negar su vigencia.

Firme siempre en mi resolucion de no permanecer al lado del general Rivera, de dejarle el campo y allanarle el camino, le propuse que delegaria el mando de la provincia de Entre Rios, en una persona de su plena confianza, hecho lo cual me retiraria á Montevideo. Se conformó y despues de muchas deliberaciones, me indicó á un comandante de los tiempos de Artigas y Ramirez, llamado D. Mariano Calventos, de tristísima celebridad. Este venia lejos y retirado, y mientras se le llamaba, consultaba y preparaba, el general Rivera se trasladó á Paisandú, quedando yo en el Arroyo de la China.

En esos mismos dias partió para Corrientes el Dr. Derqui con la mision de invitar al gobierno de aquella provincia á suscribir al tratado de Galarza, y yo aproveché

esa ocasion de remitir un cartuage para que se trasladase mi familia al punto que yo ocupaba.

Dejaré las cosas del Uruguay en este estado para dar un salto al Paraná y Santa Fé donde tenian lugar sucesos bien adversos.

Ya se ha dicho que el estado en que quedó á mi salida la capital de Entre Rios era sumamente delicado: sin embargo es probable que se hubiese asi conservado sin los acontecimientos de Nogoyá. Apenas llegó la noticia de la derrota de los coroneles Velazco y Baez, que la plebe se manifestó no solo alterada, sino hostil al gobierno, el que no tenia sino un piquete de infantería que le restaba fiel. Cuando este le faltó, porque los negros tambien participaron al fin de la general exaltacion, no le quedó mas recurso que la fuga, en que le acompañaron muchos comprometidos. Como la campaña era enemiga, no tuvo mas medio de salvacion que la marina y ganó los buques que habia en el puerto, no sin correr grandes peligros.

Ni aun eso pudo hacer el coronel D. Felipe Lopez comandante de armas, quien tuvo que ocultarse en una casa particular, de la cual pudo escapar por la cooperacion de algunas personas generosas y la tolerancia de la autoridad recién establecida que hasta le suministró avisos que le fueron muy útiles.

Despues de este movimiento, la plebe de la ciudad, á que se agregaron algunos gauchos de la campaña, quedó dueña y árbitra de la poblacion, y para precaver los males de un tal órden de cosas, fué preciso nombrar un gobierno, cuya eleccion recayó en el presidente de la sala de representantes y cura vicarjo Dr. D. Francisco Alvarez. Ignoro si debió su nombramiento á la representacion de la provincia, lo que es muy probable; mas de cualesquier modo fué un acierto, porque sus respetos y la amistad que merecia á Urquiza le dieron bastante ascendiente sobre la canalla para que no se entregase á excesos de todo género.

Los sucesos se precipitaban, pues casi al mismo tiem-

po sufría Santa Fé los efectos de la mas inaudita derrota. Oribe que con su ejército pasó por el territorio de la provincia, sin ser hostilizado seriamente como antes dije, apenas reforzado con algunos cuerpos en Buenos Aires abrió nuevamente su campaña. Jamás la imprevision, la ignorancia, la incapacidad y la cobardia tambien, se vieron obrar tan de acuerdo para inutilizar las buenas disposiciones de un pueblo. A nadie podia sorprender la invasion, el mas estúpido sabia muy bien que ella habia de venir: mas cuando llegó la ocasion nada se habia preparado, nada se habia prevenido, asi fué que nada se hizo para rechazarla, ni aun para disputar el terreno.

Marchando los enemigos sobre la capital, fueron naturalmente arrollando las fuerzas de Lopez, quien no pudo menos de reunir al fin sus fuerzas ó como él llamaba su ejército fuerte de 3000 hombres. Con estos ocupaba la margen izquierda del Salado, mientras el enemigo asomaba por la opuesta. Un cuerpo destacado de éste franqueó el río por un paso de mas arriba, y esta fué la señal de la fuga mas vergonzosa y de la mas *espléndida derrota*. Apenas el cuerpo del coronel Salas que llevaba la vanguardia, que se convirtió en retaguardia, disparó algunos tiros con las partidas avanzadas del enemigo.

En esta triste jornada, y en la no menos triste campaña que le precedió, y que solo duró el tiempo que naturalmente necesitó para marchar el ejército invasor, no hubo un solo hecho digno de elogio, ni aun de mencion honorable. Hubo sin embargo uno bien indigno, que merecia consignarse en esta memoria.

El general D. Juan Apóstol Martinez, santafesino, que se me habia incorporado despues de la accion de Caaguazú, cuando la retirada del ejército de Corrientes, solicitó ir á servir en aquella provincia que se hallaba tan inmediatamente amenazada. Pudo reunir unos cuantos hombres con los que pasó el Paraná y se presentó al general Lopez. Despues de un semi-encuentro de vanguardia que hubo en

Coronda se desquició un cuerpo de santafesinos, dos ó tres dias antes de la dispersion general, y el general Martínez que se halló en él, llegó casi solo y desorientado á una casa donde pidió práctico que lo llevase al campo de Lopez. Fuese una infame combinacion de varios ó no, el hecho es que el infiel guja lo condujo mal con el designio de que cayese en poder de los enemigos, como sucedió. A las pocas horas le fué cortada la cabeza *en la forma ordinaria*, para servirme de las palabras del mismo Oribe en otras ocasiones semejantes.

Varias veces quise informarme de los pormenores de este hecho infame y de las providencias que tomó Lopez para vengarlo y quedé siempre asombrado de su glacial indiferencia. No solo no manifestaba indignacion contra sus autores, pero ni mostraba remotamente apercibirse de que le incumbia haber hecho algunas indagaciones para descubrirlos y castigarlos. Estoy por lo menos cierto de que no encontraba en este hecho la deformidad y horror que á primera vista halla en él un hombre de sentimientos mas delicados.

La dispersion del ejército santafesino, fué completa y sin embargo, no se diseminó, sino que en su mayor parte se metió en el desierto del Chaco, para ganar la provincia de Corrientes, subiendo la márgen derecha del Paraná. Esa fué la direccion que llevó Lopez: otra parte, la menos numerosa, como tambien familias y vecindario se apoderó de los lanchones, botes y canoas que hubo á la mano, y navegó río arriba, en donde sufrieron indecibles trabajos hasta que pudieron tambien llegar á Corrientes.

Este fué el desenlace que tuvo la insurreccion de la provincia de Santa Fé contra la dictadura de Rosas. Esta provincia que en años anteriores, bajo las órdenes de un Lopez, habia rechazado victoriosamente los ejércitos de Buenos Aires; que habia batido sus tropas y generales, y que habia llevado sus armas hasta enseñorearse de la plaza de la Victoria de la gran capital, sucumbió esta vez bajo

las órdenes de otro Lopez, al solo amago de una pequeña vanguardia, sin gloria y sin haber siquiera hecho algo para dejar medianamente puesto su honor. ¡Lo que vá de tiempos á tiempos! dirán unos. ¡Lo que vá de Lopez á Lopez! dirán otros. En cuanto á mi pienso que todos tienen razon, como me seria muy fácil demostrarlo.

El general Lopez se quejó del coronel Salas, acusándolo de que no habia llenado sus deberes, y con mucha mas acritud lo hizo contra el comandante Oroño, quien decia habia desobedecido sus órdenes. A este último lo puso preso luego que llegó á Corrientes y quiso ejercer contra él actos de autoridad, á que se opuso el gobierno territorial. Quedó pues indecisa la cuestion y no está tampoco habilitado para resolverla: sin embargo, creo poder decir que fuese ó no culpable Salas, fuese ó no criminoso Oroño, no por eso hubiera sido menos infeliz el resultado de la campaña. El, estaba irrevocablemente fijado antes de empezarse, asi fué que á nadie sorprendió.

Si se hubieran aprovechado debidamente los restos del ejército santafesino asilados en Corrientes, pudieran dar un cuerpo de cerca de mil hombres que fuera de su país hubieran sido susceptibles de una regular disciplina. Lopez no pensó en esto, y fuera de las querellas particulares con sus jefes que ya hablamos y otras menos ruidosas con el gobernador de Corrientes, no se ocupó sino de sostener á toda costa la pomposa investidura de gobernador y capitán general *legal* de la provincia de Santa Fé, á virtud de la cual queria que se le guardasen ciertos fueros que eran ridiculos é incompatibles con el orden de cosas existente. Despues de algunos meses consumidos en inútiles cuestiones, vino con lo que le quedaba de su fuerza al Entre Rios como luego veremos.

La candidatura de Calventos para el gobierno delegado de Entre Rios, apesar de que no podia ser ejercida sino en la costa del Uruguay que ocupabamos alarmó á algunos vecinos que vinieron á representarme los terribles antecede-

dentes del candidato. Entre otros recuerdo á D. Francisco Barú respetable vecino y á D. Mariano Elias, que me hicieron una reseña de hechos que lo recomendaban muy poco. Otros conocimientos que adquirí vinieron á corroborar aquellos informes, que desgraciadamente vino despues á justificar el mismo Calventos pasándose al enemigo. Era forzoso entenderme con Rivera nuevamente sobre este particular y me disponia á hacerlo cuando recibí una invitacion suya á que me trasladase á la hacienda del Espiro, á donde concurriría él tambien para que tuviesemos una conferencia sobre asuntos de alta importancia.

Accedí y luego fui impuesto de lo que se trataba. Se proponia ir á Montevideo á activar las medidas gubernativas y financieras que debjan aumentar y proveer de recursos al ejército, hasta ponerlo en el pié de respetabilidad que se necesitaba, y entretanto queria que me resolviese á permanecer hecho cargo del mando durante su ausencia. “Esta, me decia, no será sino de veinte dias, pues no necesito sino ocho de Montevideo, empleando los doce restantes en ida y vuelta.” No era preciso que fuese él quien hacia esta promesa para desconfiar de su cumplimiento, pues que era casi imposible que en tan poco tiempo pudiese espedirse. Ni para lo material del viaje le alcanzaba el tiempo que prefijaba, pues nadie ignora su inveterada costumbre de ir por los ranchos haciendo paradas inútiles. Mas ni era racional negarme á su insinuacion, aunque su ausencia durase unos dias mas, ni me perjudicaba, pues que yo tenia que esperar á mi familia que tardaria aun de Corrientes.

Todo se acordó segun su deseo y partió para Montevideo diciéndome que todas las fuerzas orientales quedaban á mis órdenes. El general Aguiar que era el jefe del E. M. tenia el mando inmediato y en esos dias se habia movido con algo mas de mil hombres á apoyar al coronel Blanco á quien dejamos anteriormente sobre Gualeguaychú, sin que hubiese hecho otra cosa que revoletear por

alli inútilmente. El general Aguiar con mas fuerza no hizo mucho mas, ni le era posible á la verdad, porque ya Urquiza habia vuelto al Entre Rios y reorganizaba lo que despues fué su ejército. Este, cada dia era mas fuerte, en términos que muy pronto se vió en estado de tomar la ofensiva y perseguir al general Aguiar que se habia aproximado al Gualaguay.

El mando que me habia dejado el general Rivera era como todas sus cosas irregular y equivoco. Despues que se marchó, me presenté en el campamento del Coronel D. Santiago Lavandera que tenia un batallon y la artilleria del ejército, consistente en ocho piezas y 60 ú 80 artilleros á las órdenes del coronel Chelabert. Luego que hube llegado vinieron los gefes y oficiales á cumplimentarme: se me saludó con una salva de artillería, y la música se dejó oír para celebrar mi presencia. Todas estas señales exteriores parecian indicar que efectivamente se me reconocia como el gefe de aquellas fuerzas; mas cuando quise descender á los pormenores del servicio é informarme del número de hombres que tenían los cuerpos, del estado de las caballadas, de las municiones, parque, almacenes &c. me dijo encojiéndose el coronel Lavandera que no se les habia hecho saber oficialmente mi nombramiento y que tan solo se les habia dicho *confidencialmente que en caso de apuro, ó de conflicto de enemigos, se obedeciesen mis órdenes.*

Sin espresarse tan claramente el general Aguiar, me dió á conocer lo mismo, pues en cerca de de cuatro meses no pude conseguir que me mandase un estado de la fuerza que estaba á sus órdenes, lo que evitaba con varios pretextos, y alegando por lo comun que esperaba las que debian pasarle los cuerpos para formalizar el estado general. Quizá no podria hacerlo aunque quisiese, porque en el desgreño de aquellas tropas, y en la ignorancia de aquellos gefes, en que la mayor parte no sabia leer ni escribir, fúcil es concebir que les seria muy difícil saber ellos mis-

mos el número de soldados que mandaban, ni los destinos en que estaban ocupados.

Lo célebre fué que despues de esta *dependencia á medias*, de esta subordinacion solapada, cuando Urquiza se le vino encima y tuvo que replegarse hasta el paso de Paisandú para reunirse con la infantería y artillería que mandaba Lavandera, junto con el susto les entrò una docilidad y subordinacion que de puro excesiva vino á parecer insolente. No sabían que hacer, no querían dar un paso sino se los ordenaba, y llovian los partes de los movimientos del enemigo y de las mas vivas sollicitaciones para que les ordenase lo que habian de practicar.

Debo advertir que á esa fecha yo me habia situado en Paisandú y me habia obligado á abandonar el Arroyo de la China, que ocupò el enemigo, cometiendo todos los horrores que acostumbra. El general Aguiar era pues el jefe de operaciones de las fuerzas que obraban en la parte occidental del Uruguay, el cual habia sido arrinconado sobre la costas como he referido.

Uno de tres partidos le quedaba que tomar, que eran, el de aceptar una batalla, el de évitárla pasando á la margen oriental de este rio, ó marchando de flanco ir á buscar la reunion del general Lopez que con la division santafesina fuerte de 500 hombres, bajaba desde Corrientes. Esto mismo le espuse á Aguiar, pero sin decidir resueltamente sobre ninguno de dichos puntos, por cuanto no podia hacerlo sin los conocimientos que tanto habia pedido y que no se me habian suministrado. Y en verdad ¿podia aconsejar una batalla sin saber que fuerza teniamos para aceptarla? ¿Podia mandar resolutivamente una marcha de flanco con el enemigo inmediato, sin saber siquiera los medios de movilidad con que contabamos? Lo dejé pues á la eleccion de Aguiar, sin dejar de indicarle que creia preferible el último de los tres arbitrios, que fué el que aceptó.

Permitáseme no ocuparme del vergonzoso comercio

que hacían muchos gefes orientales, no solo pasando caballos, mulas y ganados, sino estableciendo matanzas y graserías en que ocupaban la mayor parte de su tropa.— El coronel Chelavert se distinguió en este escandaloso tráfico, no menos que un célebre Masangano, proveedor que se decia del ejército, y que estaba esclusivamente contratado á hacer matanzas en Entre Rios, y acopiar cuerambras que se remitían á Montevideo por cuenta del general Rivera. Seria fastidioso y prolijo descender á estos miserables detalles, cuando quizá he olvidado otros de mucha mayor importancia, como uno que ahora diré. Sírname de disculpa que habiéndose ocupado la prensa de entonces de los sucesos mas prominentes y omitido oscuros pormenos, no creo inútil para la historia hacerlos conocer á ellos y á sus autores.

Dije que hablaría de un suceso de importancia que habia olvidado quizá por lo mismo que no es desconocido del público, pues que varias veces se ha hecho mencion de él por la prensa. Me refiero á una insinuacion que hice por medio del agente acreditado por el gobierno de Corrientes y por mi que estaba en Montevideo, y que era mi hermano D. Julian de Paz, al ministro inglés Sr Mandeville, que no sé con que motivo, vino de Buenos Aires á aquella capital. Se le rogó que interpusiera sus buenos oficios para que cesasen las crueldades y barbaries con que se hacia la guerra por parte de Rosas, prestándome á regularizarla, cangear los prisioneros, asegurarles entretanto un trato pasable y garantizarles sus vidas. Esta proposicion era tanto mas oportuna por cuanto el gobierno de Corrientes habia declarado su resolucion de tomar represalias y hacer la guerra en la misma forma que se la hacian.

El Sr. Mandeville no solo se negó á intervenir en este negocio, sino que manifestó un horror por él, que estinguíó hasta la mas remota esperanza de que se encargase del asunto. No le haré la injusticia de creer que le fuese indiferente y que no desease en el fondo de su alma que

se adoptase esas prácticas mas humanas que ha introducido en la guerra la civilizacion y el cristianismo, pero estaba á mi entender tan persuadido de la ferocidad de Rosas y estaba tan penetrado de la inutilidad de su tentativa, que era mejor no hacerla.

Y es probable que asi hubiese sido, y que en lugar de mitigar los males los hubiera agravado. Mas esto era por el ascendiente que el Sr. Mandeville dejó tomar á Rosas por sus ciegas deferencias, por sus adulaciones y por sus condescendencias en fin. Si en lugar del Sr. Mandeville se hubiera hallado otro ministro mas independiente que se hubiera sabido conservar á su altura, es seguro que su insinuacion cuando no hubiera cortado los males, los hubiera disminuido. Una buena prueba de ello es que desde que en Montevideo el comodoro Purvis y otros extranjeros de nota, clamaron contra las brutales crueldades de Oribe, crueldades de que eran testigos, se ha visto obligado Rosas y su teniente á minorarlas, ocultarlas y lo que es mas célebre á atribuir á sus enemigos los mismos actos bárbaros con que se habian manchado.

Dije que el gobierno de Corrientes habia declarado que tomaria represalias, mas debo advertir en su obsequio que nunca pensó en llevarlas á efecto. No era el Sr. Ferré hombre capaz de ponerse al nivel de Rosas en esa carrera de sangre, y en cuanto á mi innumerables pruebas habia dado de mi respeto á los derechos de la humanidad en muchos miles de prisioneros cuyas vidas he conservado, en muchos pueblos que no han encontrado sino hermanos en sus venedores, y en innumerables familias cuyas lágrimas he enjugado.

La represalia pues decretada por el gobierno de Corrientes, no fué mas que un arbitrio para contener si era posible á Rosas ; y tampoco podia ser de otro modo, ya que se consulte el carácter y principios de sus enemigos, ya que se atiende á los consejos de la política. Me explicaré.

El terror es un medio de gobernar que han empleado

los tiranos de todos tiempos y de todas partes, más será difícil encontrar uno que lo haya llevado á tan alto grado como el dictador argentino: el historiador á quien quepa la tarea de narrar sus hechos, se verá en conflictos para no darles la apariencia de exageraciones, y la posteridad tendrá trabajo en persuadirse de que es posible lo que nosotros hemos visto. ¿Y podíamos propñernos racionalmente los enemigos de Rosas inspirar un terror igual ó mayor, ejerciendo actos tan crueles y bárbaros como él? Además de que hubiera sido consumir la destruccion de nuestro pais, es bien difícil que lo hubiesen conseguido, pues estando Rosas desde tan largo tiempo en posesión esclusiva de *esta arma*, era mas difícil de lo que se piensa arrancársela para servirnos de ella. Forzoso era pues resignarnos á combatir de otro modo, contentándonos con aquellos actos de severidad si se quiere; pero que son reclamamos por la justicia y por la conveniencia, para que no se interpretase nuestra moderacion como una muestra de debilidad ó de temor.

Este fué mi modo de pensar y obrar, y me pareció entonces y me parece hasta ahora tanto mas acertado, por cuanto contraria los deseos de Rosas, dejando á sus adeptos siempre una puerta abierta á la conciliacion. He dicho que esto contraría sus deseos, porque todo ha mostrado que su política ha consistido en colocar á sus partidarios entre la victoria y el esterminio, exigiéndoles compromisos personales de tal naturaleza que no les dejasen esperanza de indulgencia si eran vencidos. Las matanzas de octubre del año 1840, se repitieron en la misma escala en Abril del 42; mas no dejaré de hacer notar una circunstancia que muestra bien á las claras el carácter de nuestro enemigo. En ambos casos para entregarse al desenfreno y á los inauditos actos de crueldad y venganza, esperó que hubiese pasado la inminencia del peligro. En octubre, ya retirado el ejército libertador á Santa Fé, no daba cuidados al dictador: en

abril ya se habia disipado la tormenta que seriamente lo amenazaba.

En proporcion que la victoria de Caaguazú y la pronta ocupacion del Entre Rios, exaltaron las esperanzas de los emigrados de Montevideo, fué terrible la impresion que hizo en sus ánimos el triste desenlace de aquellos tan prósperos sucesos. De todos los ángulos del Estado Oriental y de la capital mas que de ninguna otra parte se lanzaron militares de todas graduaciones y edades, jóvenes que hacían profesion de la poesia y de las letras, simples paisanos, y toda elase de gente, con destino al ejército segundecian, pero muchos con el único fin de ingerirse como pudiesen en los negocios, sin tomar parte en los combates.

El antiguo general D. Martin Rodriguez, fué uno de los que al ruido de nuestros triunfos, se dejó arrastrar de su ardor guerrero y salió de Montevideo en solicitud del ejército y de las fatigas de la campaña que creyó próxima á abrirse sobre Buenos Aires. Lo particular es que lo rodearon muchos jóvenes de grandes pretensiones que sin duda creian servirse de los respetos debidos al general, para ejercer su influencia mas ó menos estensa, hasta el número de quince ó veinte.

Habia llegado el general á Gualeguaychú con su brillante comitiva, cuando supo el fatal desenlace de los negocios en la Bajada, y que yo venia casi solo en retirada. Suspendió en consecuencia su marcha hasta tomar mejores informes, y en seguida me diridió una carta que aunque amistosa, no dejaba de contener conceptos que encerraban una fuerte censura. Recuerdo que reprobaba francamente que hubiese admitido el nombramiento de gobernador de Entre Rios, y concluia deseando que pudiese decir yo, como Francisco I: "*todo se ha perdido menos el honor.*" pero debe advertirse que al espresarme este buen deseo, dejaba entrever la mas amarga duda.

Confieso que la carta me incomodó, mas sin que ni por un momento fuese el viejo general, objeto de mi irrita-

cion. Comprendí perfectamente de donde venia el golpe y le contesté mas ó menos en estos términos. Despues de las espresiones de sincera urbanidad, le manifestaba un completo desvio de la pretension de discutir ó justificar mi aceptacion del gobierno de Entre Rios, y me limitaba á decirle que creia tener tanto derecho como Francisco I. para decir que *se habia salvado el honor*, pero que este á mi juicio no consistia en la opinion de cuatro mentecatos, sino en la estimacion de los hombres sensatos.

Supe luego que apenas llegó el conductor de mi contestacion se reunió la comitiva para considerarla á la manera que lo haria un cuerpo deliberante, y en sesion plena que presidia eandorosamente el viejo general, se abrió mi carta y se dió principio á la lectura: era el Sr. Terrada el encargado de ella, quien lo hacia con un tono, energía y uncion que tenia á todos pendientes de sus palabras. Mas cuando llegó á la esplicacion que yo hacia del honor, ó mejor diré de la clasificacion de las personas cuya opinion podia darlo, mudó de tono, balbuceó y tuvo al fin que suspender la lectura para recuperarse. A cualquiera le parecerá bien estraña y hasta inconcebible tan notable alteracion, pero dejará de serlo si se considera que estos jóvenes se creian como los órganos únicos, los directores y los representantes de la opinion pública. Se creen tambien muchos de ellos los únicos jueces competentes para juzgar á los hombres públicos, y los dispensadores exclusivos del honor, de la fama, y de la reputacion.

Prótesto con toda la sinceridad de mi alma que gusto mucho de la juventud, que aprecio debidamente los bellos sentimientos de que generalmente está dotada, que llevo hasta el entusiasmo mi admiracion por los caractéres generosos sin consultar la edad, que siempre he estimulado la aplicacion y distinguido á los que sobresalian en el estudio y las buenas acciones: pero que jamás he capitulado con la pedantería, y con esa manía insensata de anticiparse al tiempo y á la naturaleza misma. Esto me ha valido cen-

suras amargas y enemistades reales, mas descanso en mi conciencia y en la confianza, de que esos mismos jóvenes que tan injustamente me habrán tratado, me harán algún día plena justicia.

El general D. Tomas Iriarte, se dirijia tambien al ejército de Corrientes, arrastrando una comitiva mas moderada: el coronel Olazabal hacia otro tanto, pero con la diferencia de que este habia recibido considerables auxilios del gobierno de Montevideo, en armas, vestuarios, monturas, municiones y dinero. Salió de la capital con un buen cargamento y facultado para enganchar soldados y reunir gefes y oficiales. Lo admirable y que contribuirá á dar una idea del irregular proceder del gobierno Oriental, es que esta expedicion que debia componerse de una division que reclutaría el coronel Olazabal se hacia sin conocimiento del general en gefe del ejército, ni de las autoridades del territorio en que debia obrar. Esta comitiva que nunca pasó de veinte hombres, llegó á Gualeguaicú, desde donde regresó, habiéndose perdido casi todo su costo que no bajaría de veinte mil duros.

Para comprender las razones que tuvo el gobierno de Montevideo para esta generosidad con el coronel Olazabal, cuando otros no le merecian ninguna clase de auxilios, se debe advertir que era protegido por algun funcionario público que queria formarse un partido que le fuese afecto en el ejército, que se disponia á abrir la campaña sobre Buenos Aires y juzgó que el coronel Olazabal con estos elementos de que carecian otros, podria formarlo y apoyarlo tambien con la supuesta division, que hubiese reunido y estaria á sus órdenes.

Si el gobierno de Montevideo tan interesado en el buen éxito de la campaña, deseaba que llegase á un término pronto y feliz, lo natural, lo regular y lo mas sencillo era ofrecer esos recursos al encargado de dirigirla, ó si se quiere al gobierno de Corrientes que estaba al frente de la oposicion argentina al dictador de Buenos Aires.—

Quando no se prefiriese esto podria haber organizado una division y mandadola á disposicion del general con previa acuerdo, pero armar un coronel como por cuenta particular (permitaseme la espresion) para que se presentase sin duda al general haciendo valer personalmente el servicio y los recursos que traia y reclamando una influencia proporcionada, es saltar por todas las reglas del órden y hasta de la dignidad de un gobierno regular.

Para que pueda apreciarse mejor este rasgo de generosidad del gobierno de Montevideo, convendrá compararlo con otro que propuso uno de los mas distinguidos miembros de la cámara de Diputados en ese mismo tiempo, y que fué desechado precisamente porque no adolecía de los mismos vicios que el que acabo de referir.

El Sr. Dr. D. Manuel Herrera y Obes, hizo mocion para que se acordase un subsidio mensual de quince ó diez y seis mil pesos al ejército de reserva, mientras durase la campaña que iba nuevamente á abrir. Las razones en que la fundaba eran tan claras, tan convincentes y tan palpables, que nadie podia combatirlas, de modo que la mocion fué aprobada casi por unanimidad. Pasó al Senado para que la considerase; mas este *augusto cuerpo*, demorò muchos dias sin reunirse, por falta de número, decian, y la mocion y los auxilios quedaron en el olvido, en términos que jamas volvió á hablarse del asunto.

El pensamiento del Sr. Herrera y Obes era tan patriótico y tan útil que no pudo ser combatido en público y fué por el contrario acogido con entusiasmo: eran precisas las tinieblas para contrarestarlo y en ellas se encerró el Senado, pues no podia desconocerse que el ejército de reserva era la vanguardia del Estado Oriental: que si vencía nada tenía este que temer, y que por el contrario si no triunfaba, tendria muy luego una invasion poderosa, como aucedió en el curso de ese mismo año. La fatal jornada del Arroyo Grande, la desolacion de la Re-

pública del Uruguay y todos los desastres que se han seguido, han sido la consecuencia de tantos errores.

Las mas mezquinas personalidades intervinieron en este negocio, y á ellas fué debido que él no tuviese efecto. Hé aqui como sucedió.

Al general Rivera no le faltaron nunca ni le faltarán jamas, amigos enteramente consagrados á su servicio, por la razon muy sencilla de que medran con dilapidaciones y viven grandiosamente de los abusos que este hombre deja correr con el mas inaudito desenfreno. Por sentido que los tenia en la administracion, en las cámaras y muy particularmente en el Senado. Muy luego se apercebieron estos de que el subsidio propuesto por el Sr. Herrera, por mezquino que fuese, administrado con regularidad, con economia y con probidad, daria mas resultados efectivos que las cuantiosas sumas que dilapidaba todos los dias su patrono, de lo que resultaria un contraste sumamente desventajoso para él. Ademas calcularon que contribuyendo á que el ejército de reserva continuase en sus progresos, contribuian tambien á la gloria de su general en jefe, lo que aumentaria los pobres celos de Rivera, que desgraciadamente no eran sino demasiado manifiestos.

Por lo pronto se limitarán á combatir el proyecto del Sr. Herrera y Obes empleando únicamente la fuerza de inercia; es decir, reusando con pretextos ó sin ellos asistir al Senado, de modo que no pudiese haber número bastante, mientras se escribia al general Presidente, consultándole sobre el asunto. Cuando la contestacion negativa de este llegó, no fué precisa otra cosa que hacer correr la voz de que la mocion del Sr. Herrera y Obes era desaprobada por S. E., con lo que nadie volvió á chistar y; cosa singular! quedó el negocio tan olvidado como si no hubiera sido iniciado. (1)

(1) Hay ciertos hechos que sin que uno pueda explicarse muchas veces la razon nos impresionan fuertemente: tal es el que voy á referir. El dará idea de lo que era desde años anteriores la admi-

No me sorprende que el Sr. Herrera y Obes no insistiese, ni quiero sorprenderme tampoco de que la Cámara de Diputados no reclamase del Senado la consideracion de una sancion suya adoptándola ó rechazándola, porque esto se explicaria por el temor que tuviesen de desagradar al general Rivera, ó por el recelo de hacer aparecer una oposicion en circunstancias inadecuadas. Lo que me admira es que en el público, y en la opinion no tuviese la menor consecuencia, y que antes de tres dias ya se hubiese olvidado todo, no quedándonos mas que la triste conviccion de que no estamos muy adelantados en el órden constitucional.

Fuera de las espediciones mencionadas que venian á reforzar el ejército habia otras de menos cuantía en que se mezclaban militares, literatos poetas y simples particulares; pero todas representaban los distintos matices de las fracciones en que está dividido el partido enemigo de Rosas. Ya se

nistracion del general Rivera, lo que valia la responsabilidad de los ministros; como entendian su mision los representantes del pueblo y como la desempeñaban. Probará tambien cuanta era la impasible moderacion, ó sea la inmoralidad pública, porque algo de esto es preciso que sea, para tolerar lo que aconteció cuatro ó cinco años antes de la época de que me ocupo. Hizo un ministro un contrato clandestino y en estremo fraudulento, vendiendo á vil precio el derecho de pesqueria en la isla de Lobos y otras inmediatas al puerto de Maldonado. Cuando se supo, muchos propietarios y comerciantes de aquella ciudad, elevaron una peticion á la Cámara de Diputados, patentizando el fraude y ofreciendo una suma inmensamente mayor por el derecho de pesqueria en cuestion. El ministro interesado, se vió horriblemente contrariado y encargó á un tal Roso,* escribano de Maldonado, hombre travieso y malvado, ofreciéndole una gratificacion de media onza de oro por cada firma que buscáse para una representacion redactada en sentido contrario. Dificil cosa era hallar firmas para una cosa tan contraria á justicia y á lo mismo que habian solicitado: mas el escribano Roso no se detuvo y ocurrió al sencillo espediente de redactar una solicitud corroborando la primera á que no tuvieron dificultad de prestar sus firmas; y en seguida sustrajo el primer pliego, sustituyéndole otra solicitud en los términos que queria el ministro prevaricador, á que acompañaba por supuesto otro pliego de firmas que se habian puesto para pedir lo contrario. La solicitud fué: se sirvió de ella el ministro: el contrato fraudulento no se anuló, y la cosa pasó así sin que tuviese otra consecuencia.

habrá percibido que el general D. Martín Rodríguez y su séquito eran los agentes del partido dicho por excelencia unitario y que D. Manuel Olazabal era el representante del denominado *lomos negros*. El general Iriarte era una cosa media entre ambas fracciones. Otras subdivisiones podría indicar, pero sería muy prolijo y además quiero concluir para decir, que tampoco faltaron patriotas desinteresados y puros que vinieron á ofrecer sus servicios animados de sentimientos intachables: tales fueron Albarracín, Figueras y otros.

No desconocía yo las tendencias y las miras más ó menos disfrazadas de los partidos que se proponían hacerme servir á sus intereses: á sus intereses digo (salvando se entiende los de la causa) exclusivamente, porque yo no podía tenerlos personales, desde que era un provinciano que no podía aspirar á ocupar la silla del gobierno de Buenos Aires. Sin embargo, me propuse no negar á nadie el acceso al ejército, y antes al contrario acojerlos á todos con la más completa benevolencia. Los que llegaron á incorporarse á él antes de los acontecimientos de la Bajada, lo experimentaron así: los que no consiguieron llegar á tiempo, no tuvieron motivo para temer lo contrario.

Dejo para otra ocasión el tratar de los inconvenientes que me ha traído mi calidad de provinciano para dirigir con suceso la guerra contra Rosas: por ahora solo diré que esos partidos añejos, esos hombres apasionados, aunque no viesan en mí, disposiciones, ni posibilidad de apoderarme del gobierno de Buenos Aires, se alarmaban de la influencia que podrían darme mis victorias y del poder militar de que dispondría. A más, le fatigaba la independencia de mi carácter y mi entera prescindencia de partidos y fracciones. Aunque generalmente hablando, no pudiera decirse que me hacían positivas hostilidades, no es por eso menos cierto que empleaban una guerra solapada; como la que se hace menos á un enemigo que á un hombre que puede ser un embarazo para el progreso de ciertas miras:

Tiempo hubiera llegado en que se quitasen la máscara y obrasen abiertamente, pero no habia llegado el caso y se trabajaba con cautela. Sin embargo, no fué tanta como la que les convenia, pues habiendo dejado traslucir muy anticipadamente sus manejos, ellos mismos han confesado su error y arrepentídose de haberse anticipado á los sucesos.

Otro incidente de diverso género tuvo lugar en esta época fecunda, que pudo haber influido poderosamente en el éxito favorable de la guerra y que se inutilizó completamente por nuestras desgraciadas divergencias. Hablo de la negociacion que el almirante Brown que mandaba la escuadra de Rosas, entabló con el Gobierno de Montevideo. Segun ella el almirante y la escuadra debian dejar el servicio del dictador, sin dejar el pabellon argentino, mediante la suma de 300,000 pesos fuertes que se les darian para gratificar las tripulaciones. Esta negociacion, cuyos detalles no son bien conocidos, ha sido el objeto de mis mas prolifas indagaciones y de todo he deducido que fué iniciada de buena fé por el general Brown, con el decidido fin de separarse de Rosas y pasar al partido de sus adversarios políticos, sin abjurar por eso su nacionalidad, ni dejar de ser argentino.

Si para esto se dirigió al gobierno de Montevideo, debió ser porque hallándose muy distante del ejército de reserva, no podia comunicarse ni con el gobierno de Corrientes, ni con migo, y porque el gobierno de Montevideo era el único que podia por entonces hacer efectiva la condicion del dinero que sin duda era necesario para que sus subalternos lo siguiesen. Sin eso es probable que con nadie mejor que con migo se hubiera entendido.

El viejo almirante Brown sirvió siempre con fidelidad á la causa de la libertad en época anterior. Cuando la revolucion de Diciembre mereció tanta confianza al general Lavalle que le dejó el gobierno en delegacion mientras él salia á campaña y lo desempeñó leal y satisfactoriamente. Cuando tomó servicio con Rosas fué cuando el blo-

queo frances, y á nadie admirará que un ingles se alistase en la bandera opuesta á sus enemigos tradicionales.

Despues combatió contra el Estado Oriental que estaba en guerra con la República Argentina, ó contra Rosas si se quiere: mas en su calidad de extrangero originario y argentino adoptivo, y en su limitado aleance político, no es de estrañar que no llegase á esas distinciones que á los demas nos habian puesto las armas en la mano asociándonos á los orientales. El, no veia mas que la bandera de la patria de su adopcion y otra que le era contraria. Hé aquí el motivo y la esplicacion de sus procederes.

No fué así cuando ocupada la ciudad del Paraná por nuestro ejército, decididas las provincias de Corrientes, Entre Rios y Santa Fé y en visperas de armar una flotilla argentina que hubiera sido opuesta á la que él mandaba, vió entre sus contrarios tremolar el pabellon á que él habia dado no pocas glorias. Creyó entonces que podia sin deshonor dejar el servicio del Dictador, sin abandonar sus antecedentes, sus compromisos y su bandera. Asi fué que un capítulo expreso de sus proposiciones, era que conservaria su escuadra el pabellon argentino, bajo el cual habia combatido siempre.

Estando las cosas tan adelantadas que el asunto del dinero estaba pronto y allanado, y que el convenio parecia próximo á su cumplimiento, repentinamente lo abandonó Brown, retirando sus proposiciones y negándose á toda ulterior inteligencia. No puedo menos de creer que la causa de este cambio fué el conocimiento que tuvo en esos momentos de los sucesos de la Bajada. Desde entonces percibió que la oposicion argentina á Rosas era impotente y estaba vencida. El, retrocedió porque no combatiendo al lado de argentinos y bajo la bandera de su patria, juzgaba que era una *traicion* el paso que habia meditado.

Si Brown hubiese obrado de mala fé y solo se hubiese propuesto, como han pretendido algunos dar un chasco al gobierno de Montevideo, arrancándole una buena suma

de dinero (fuera de que no es de ningún modo admisible esta suposición en el honrado carácter del viejo almirante), nada le estorbó que pudiese hacerlo, y por lo menos en una gran parte que estaba pronta para serle entregada. Además de que en tal caso sería preciso convenir en que inició la negociación con autorización ó consentimiento de Rosas, lo que no es creíble en este hombre desconfiado que no quería poner á prueba los sentimientos del antiguo gobernador delegado del general Lavalle.

Acaso también contribuyeron al malogro de la negociación las imprudencias del gobierno de Montevideo, la publicidad que se dió al asunto y otras necesidades muy propias del desgreño é incapacidad del ministro general principal y único resorte de la administración de entonces. Quizá he hecho mal circunscribiéndome en cierto modo á esa época, pues que la falta de secreto y circunspección parece hereditaria en todas las administraciones de Montevideo y durable *in saccula saeculorum*.

Una razón poderosa al parecer puede oponerse para combatir mi modo de pensar, y es que no se supo que Rosas le hiciese cargos y que lo conservó en el mando que tenía. A lo primero contestaré que Brown era un hombre necesario para Rosas, pues que no tenía otro que mandase su escuadra: que apesar de lo sucedido miraba en él un hombre de corazón sano, é incapaz de un profundo y dilatado disimulo: que debió considerar que su extravío era momentáneo, y que aun pudo atribuirlo á esos padecimientos mentales que lo dominaban, sobre ciertos puntos y á ciertos intervalos.

Es de creer que si lo conservó en el mando, tuvo buen cuidado de rodearlo de hombres de su plena confianza, como el famoso Alzogaray, y encargar el mando particular de los buques á oficiales adictos y comprometidos. Además, Rosas tenía demasiada perspicacia para conocer que habiendo desaparecido el poder propiamente argentino

que lo combatia, Brown no volveria á caer en la tentacion de dejarlo.

Ultimamente, si hubiese preferido castigarlo, naturalmente lo hubiera hecho segun su sistema de arbitrariedad y de irresponsabilidad, sin instruir un proceso, ni observar forma alguna: mas esto no era tan sencillo tratándose de un hombre tan espectable como el almirante Brown, relacionado con extrajeros, ingles de origen y que estaba rodeado del prestigio de célebres victorias. Es pues fuera de duda que quiso Rosas cerrar los ojos sobre este negocio, ó que si lo mirò lo hizo como sobre un hecho sin importancia y sin consecuencias.

Sin embargo, los padecimientos mentales del almirante Brown se agravaron, y debe advertirse que su mal consistia en sospechas de los que lo rodeaban, suponiendo que querian envenenarlo. Todos recordarán las precauciones que tomaba, llegando hasta el punto de preparar por su mano la comida que habia de alimentarlo. Y cuando hacia esto un gefe de un valor á toda prueba, que no economizaba su persona en lo mas rudo del combate ¿no es natural creer que su enfermedad provenia de un antiguo y arraigado sentimiento de desconfianza, avivado aun por los últimos sucesos, el cual lo habia preocupado contra los hombres de que lo habia rodeado Rosas, y contra Rosas mismo? Lo particular es que fuera de esto el general Brown, discurria siempre con acierto y no se le podian negar sus aptitudes para dirigir una division naval en las aguas del Plata, teatro en otro tiempo de sus hazañas y de su gloria.

Hay otro antecedente digno de notarse, y es que jamás cometió el Almirante Brown actos de crueldad, y antes por el contrario manifestó decidida aversion á ellos, sin que Rosas lo reprobese, ni se los exigiese como lo hace con todos sus generales. Esto prueba que Brown era una excepcion y que el Dictador tenia un modo particular de considerarlo. Si hubo algunos, fueron practicados por sus subalternos, sin su consentimiento, ni participacion. Tam-

poco se le advirtió jamás esa animosidad feroz é insensata contra los unitarios que tanto inculca Rosas en los que le obedecen. Todos los esfuerzos hostiles del general Brown, sin ultrapasarse de lo que exigen los usos de la guerra, se dirigieron contra la escuadra y costas orientales que juzgaba enemigas de su patria adoptiva.

Ya que he tocado este punto me parece oportuno decir algunas palabras sobre la escuadra oriental, aunque me vea obligado á volver á algunos meses atras.

El gobierno Oriental, ó para hablar con mas propiedad el general Rivera que nunca supo apreciar lo que valia un ejército regular, instruido y disciplinado, nunca prestó atención á este importante objeto, y creia muy bien defendido el pais por esas bandas irregulares que se reunian á su voz y se disipaban con la misma facilidad. Esto era tanto mas sorprendente, por cuanto el pais abundaba en recursos y sus rentas habian subido á un punto que sus mismos hijos no lo habian previsto ni esperado.

Como por lo regular no habia ejército, ni aun en el sentido en que allí se tomaba esta voz, pues fuera de algunos cientos de hombres, los demas andaban en sus casas hasta el momento en que se les mandase reunir, consumian muy poco, á mas de que era rarísimo que se les abonase alguna buena cuenta. Razon era esta para que debiese haber un sobrante extraordinario en las rentas, lo que sino sucedia era porque Rivera dilapidaba una parte y la otra mucho mayor era presa de la rapacidad de los empleados y otros especuladores con la fortuna pública. Seria prolijo referir los escandalosos abusos y públicos latrocinios que se cometian, sin tomarse siquiera el trabajo de disimularlos. Baste por ahora decir que el mal habia llegado al mas alto grado y que me parece imposible que en parte alguna se hayan visto en este género mayores desórdenes.

En medio de ellos se tuvo la ocurrencia de formar una escuadra que disputase á la de Buenos Aires el dominio

de las aguas, sin que me sea permitido, porque lo ignoro, dar á Rivera el mérito de la invencion. Mas él no debe penarse por esto, porque el pensamiento no era muy feliz en el estado presente de las cosas. Habria sido mas acertado contraer esos caudales y la atencion del gobierno á poner un pié de ejército respetable, de donde debia indudablemente surgir la victoria, que en armar unos malos buques que no sabrian preparar, ni conservar despues.

Es probable que en la concepcion del proyecto se mezclasen sordidas especulaciones, en razon de que los mismos que lo promovian, se proponian hacer exorbitantes ganancias.

El gobierno, ó mejor diré el-pais gastó sumas crecidas y aun puede decirse inmensas, comparativamente á la importancia de la escuadrilla. No hay una sola persona en la Banda Oriental que ignore los contratos fraudulentos y robos escandalosos que se perpetraron para aprontar, armar y tripular cinco ó seis buques que se pusieron al mando del norte-americano Coé, antiguo oficial de la marina de Buenos Aires.

Sin embargo de que no era mayor la fuerza del general Brown, nada hizo aquella de provecho, y despues de unos cuantos encuentros incalificables y por lo comun desgraciados y sin gloria en que solo hizo Coé y sus compañeros aquello muy preciso para no dejar enteramente en descubierto sus compromisos, dejó á Rosas la superioridad marítima, y se encerró en el puerto de Montevideo (1).

(1) Tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros suscriptores, lo infructuoso de nuestros esfuerzos para proporcionarnos los apuntes autógrafos del finado general sobre el sitio de Montevideo cuya heroica defensa inició; suponémos con fundamento que existen en poder del personage que conserva los concernientes á la campaña del Brasil, y reiteramos á nuestros suscriptores la promesa de publicarlos tan luego como lleguen á nuestras manos: entretanto suplirémos esta falta, publicando dos interesantes escritos sobre el mismo objeto, que hemos hallado entre los papeles del Sr. general, y cuyos autores bien merecen todo crédito por haber sido el uno, testigo presencial de los acontecimientos y persona ca-

Testigos de los sucesos de que fué teatro Montevideo desde el 11 de Diciembre de 1842 hasta el 16 de Febrero del siguiente; y estimulados por el autor de los Apuntes Históricos sobre la defensa de aquella Plaza, nos hemos resuelto á escribir estas líneas con el objeto de citar algunos hechos que, á nuestro juicio, contribuirán á explicar el estado de esta capital por aquel tiempo, el tamaño de la obra por su defensa, y los esfuerzos, capacidad y crédito á que fué debida.

No intentamos una impugnacion de los Apuntes Históricos: reconocemos desde luego el mérito de esta obra que con-signa los detalles de un suceso heróico que hará una época cé- lebre en la historia del Rio de la Plata. Pretendemos solo re- ferir hechos que no estuvieron en conocimiento del autor, ó que creyó prudente silenciar; pero que deben tambien tenerse pre- sentes para la historia.

Estamos en posesion de documentos que obtuvimos entonces y que contienen algunos de los sucesos de que hablaremos: los otros han pasado á nuestra vista, como á la de toda la poblacion de Montevideo.

Si algunos arrojan una mancha sobre personajes de aque- lla escena importante, esto no entra en nuestro objeto: será lo que nos haga desagradable nuestra pequeña tarea; pero hemos creido deber á la verdad y justicia el sacrificio de esta conside- racion.

. Hablaremos del encargo de la defensa de Montevideo hecho al General D. José Maria Paz, su dimision, y aceptacion pos- terior del mando de las armas de aquella Plaza. Y como en estos sucesos tuvo grande influencia la situacion de este general en aquella época, respecto del Gobierno Oriental, nos será for- zoso ocuparnos con preferencia de sus causas; pues de otro mo- do no esplicarian lo bastante el origen y circunstancias de

raçteri zada para escribirlos, como secretario que fué en varias oca- siones del ilustre general, y el otro un patriota distinguido, ilustra- do y laborioso que ha prestado á la causa de la civilizacion los mas señalados servicios con su pluma y todo género de sacrificios.

Los Editores.

aquellos acontecimientos: por esto mencionaremos algunos de los sucesos de Paisandú; pero lo haremos rápidamente; así porque no queremos escribir la historia de ellos, como porque ya, de muchos años son del dominio público y bastará solo indicarlos para que se sepa de lo que hablamos.

Como solo pensamos referir hechos que se omitieron en los apuntes históricos, dejaremos con frecuencia varios que pueden llenarse con la lectura de aquellos. Así pues, no nos prometemos que este escrito sea un trozo de buena redacción histórica; pero lo será de verdad incontestable.

Situación del general Paz en Montevideo el 11 de Diciembre de 1842.

El resultado de las negociaciones de Paisandú tan conocidas ya, acabó de convencer al general Paz de lo que era una verdad para todos: que la mira del general D. Fructuoso Rivera, Presidente del E. O., era la de absor-

Rosas había llamado á consecuencia del desastre inesperado de sus armas en Cuaguazú, los ejércitos que al mando de Oribe y Pacheco, habían llevado el terror á los confines de la República, pero habiéndose encontrado á su arribo disipado el peligro, el inmenso ejército de Rosas, pudo entonces pasar los límites de la república, y llevar la guerra á la del Uruguay, para establecer en la presidencia al General de sus tropas.

El General Rivera que le salió al encuentro, fué completamente derrotado en el Arroyo Grande, su infantería prisionera, sus parque y bagajes tomados, escapando él con algunos centenares de esa caballería indisciplinada, tan pronta á desbandarse y abandonar el campo de batalla, como fácil de reunir de nuevo donde quiera que, uno de los caudillos lo intenta. Rosas había triunfado pues, de todas las resistencias que el país le había podido oponer; la república vecina quedaba por la victoria sobre Rivera, y la consiguiente elevación de Oribe, sumisa y complaciente aliada.

Oribe se avanzaba lentamente sobre su buena ciudad de Montevideo, al frente de doce mil hombres, el ejército mas numeroso que jamás había militado en aquellos países, bajo un solo jefe. Pree-

ver los elementos de la revolución argentina para sacar mejor partido de las negociaciones de paz con el tirano de Buenos Aires, cuya realización esperaba de la mediación de la Gran Bretaña que solicitaba y aun le había sido prometida; y cuando esto no sucediese, hacer del Entre Ríos el punto de defensa para apoderarse de aquel país en el caso de una victoria, y mantener á la defensiva entre los límites del Paraná los elementos revolucionarios en aquella parte de la República Argentina, prolongando en ella la guerra civil que tanto incremento había dado ya al E. O. Así lo probaban todos los actos del presidente Rivera; muy especialmente las medidas que públicamente puso en práctica para impedir una expedición sobre la márgen derecha del Paraná, incitando entre otras, y auxiliando la insurrección en Entre Ríos por todos los medios que estaban en su posibilidad para embarazar la acción del general Paz en aquella provincia recién ocupada por las armas de la libertad:

dianle el terror de su nombre, espantosamente célebre por las matanzas de prisioneros y ciudadanos, hechas en el Quebracho-errado, y en las ciudades de Córdoba, Tucuman y Mendoza, y la repetición de iguales atrocidades con sus propios compatriotas, después de su fácil victoria en el Arroyo grande, donde habían sido degollados sin excepción de uno solo, todos los oficiales tomados prisioneros.

La noticia de la batalla del Arroyo Grande se esparció por todos los países interesados en el éxito de la guerra, como el desenlace final de la lucha, y los espíritus mas obstinados pudieron al saberla enrollar el mapa de la República, como Pitt después de la batalla de Marengo.

En Montevideo pasados los primeros momentos de consternación, el gobierno y los millares de hombres, cuyas cabezas quedaban desde aquel momento puestas á talla, compulsaron sus medios posibles de defensa, que por entonces consistían en trescientos hombres armados. No habían fondos en cajas, no había artillería, nada en fin de lo que puede asegurar la defensa de una ciudad. Pero entre sus habitantes se contaba por entonces un general,

El Presidente Rivera recibió amargos desengaños; conoció que su impopularidad en aquel país crecía en una grande progresion; y nada había que temer de su influencia en él. Por otra parte la fuerza oriental que podía pasar á la márgen derecha del Uruguay, era muy inferior á la argentina. De manera que vencido allí el ejército del tirano al mando de Oribe, este hubiera elegido á su arbitrio el camino que le aconsejárán los intereses de la causa que defendía, quedando por el mismo hecho asegurado el Estado Oriental; y en este sentido se negociaba sin peligro, la reunion de los dos ejércitos, siempre que el nuestro quedara en la conveniente aptitud de obrar por si mismo.

Pero D. Pedro Ferré de ingrato recuerdo, gobernador de Corrientes y juguete de mezquinas pasiones, entró de una manera visible en el plan del Presidente, contrariando el pronunciamiento heróico y honorable de aquella provincia, cuyo ejército grande, entusiasta y poco antes vencedor,

sobre cuyos talentos militares, todos tenían una absoluta confianza. Cuatrocientos emigrados argentinos se agolparon á su modesta habitacion de emigrado á obligarlo por su intercesion á admitir el empleo de General en Jefe de la Plaza que el gobierno le ofrecia. "Todavía es quizá tiempo de salvar la ciudad decian, si el General Paz, quiere ponerse á la cabeza de los ciudadanos." —El General Paz, admitiendo el peligroso empleo que se le confiaba, aseguró que si el enemigo dilatava quince dias y se trabajava con actividad, la plaza podria resistir.

No es nuestro ánimo establecer que al General Paz exclusivamente se haya debido, la sorprendente y por simple memorable resistencia de Montevideo. Muchos orientales animosos, y la poblacion en masa de aquella ciudad, reclamarían por su parte de esfuerzos y de valor. El jóven Coronel Pacheco venia desde la campaña, reanimando los espíritus aturdidos por el reciente desastre, con actos de enerjía y valor dignos de un héroe; la lejislatura dió la libertad á los esclavos, para formar de ellos soldados, y todas las medidas tomadas mostraban el deseo por lo menos de resistir. Pero mucha distancia hay entre desear las cosas á conseguirlas. Monte-

vino á ser sin saberlo, en el Arroyo-Grande la víctima de las miras personales de aquel hombre funesto.

Semejante plan excluía necesariamente por sí mismo al general Paz. Sin embargo su espada y su crédito valian demasiado; y premeditaron el medio de servirse de él como de un instrumento que eréian poder romper despues del lance difícil, es decir, despues de la victoria sobre Oribe: al efecto le nombraron mayor general del ejército unido. Aquel esclarecido guerrero tan incapaz de empeñar las armas contra los intereses de su patria, y desesperanzado de poderle ser útil en este puesto, rehusó con una franqueza y firmeza digna de su nombre, como lo manifiestan las notas que dirigió con aquella ocasion al gobernador interino de Corrientes y al mismo presidente Rivera.

Desde entonces fué el objeto de una visible persecucion del gobierno del E. O. y de D. Pedro Ferré con escándalo de dos pueblos que conocian tan bien los anteriores y recientes servicios que les habia prestado.

video sin el General Paz, carecia de un Genèral de reputacion que inspirase confianza; que reuniese todos los votos; y sobre todo que por su sistema de guerra, fuese capaz de organizar la defensa de una ciudad. Rivera muy apto en otro tiempo para mantenerse en las campañas, no solo era el menos adecuado para esta tarea, si no que habia dado órdenes á el Coronel Pacheco Obes, para que recabase fondos del gobierno de Montevideo, lleváse todos los recursos de guerra que encontrare, y fuese á reunirse á la campaña, á donde se proponia hacer su guerra habitual, y restablecer en una larga campaña sus fuerzas debilitadas. El éxito ha probado cuan poco debia esperarse de este plan.

Pero una vez decidido el general Paz á encargarse del mando de la plaza, los espíritus se reanimaron, brotaron de todas partes los medios de defensa segun que el general indicaba su oportunidad; improvisóse de la noche á la mañana una muralla que que dividia la ciudad de la campaña; las reclutas de los negros se disciplinaban sin descanso; los ciudadanos sin excepcion reconocian un cuerpo, hasta que al fin cuando el enemigo triunfante

Se retiró de Paisandú acompañado de muchos gefes y oficiales argentinos que no quisieron tomar parte en una lucha que no les seria honrosa; y llegó á Montevideo el 24 de Noviembre donde pensó hacer una morada transitoria.

Este general que habia mandado en gefe el ejercito que dió la independenciam al E. O., y que acababa de salvar á este de la próxima invasion que lo amenazó con una espléndida victoria obra de su genio recibió por toda acogida de la administracion Vidal, la mas fría y absoluta indiferencia. Este ministro que nada valia en sí mismo ni en la opinion pública, debia su conservacion en el puesto á ser un eco del Presidente Rivera: participaba ó fingia participar de los celos que le infundia el vencedor de Caaguazú, de la manera mas notable. Los argentinos emigrados en aquel pais recibimos al general Paz con la mas sincera expresion del respeto, aprecio y reconocimiento que debiamos á tan ilustre compatriota; pero tuvimos que omitir una parte

se presentó, la ciudad estaba en las trincheras resuelta á disputarle la entrada.

Quando los hechos están consumados, no siempre el comun de los hombres alcanza á descubrir los motivos al parecer injustificables de tal ó cual linea de conducta. Pregúntase ahora que despues de tres años de sitio no se ha podido tomar la ciudad de Montevideo, y por qué Oribe no se avanzó á marchas forzadas, con mil hombres, inmediatamente de haber vencido en el Arroyo Grande, en lugar de haber dejado pasar dos meses, antes de acercarse con el grueso de su ejército? Pero Oribe podria contestar por otra pregunta. ¿Cómo era posible entonces concebir que la ciudad de Montevideo, cuyos recursos militares conocia él, sin fortificaciones, sin artillería sin ejército, osaria resistir el poder de Rosas reconcentrado en un ejército, cinco años victorioso, y mucho mas terrible que por un número irresistible, por los horrores que perpetraba como un medio de someter los pueblos á la sola idea de su aproximacion? No llegan los deberes de un general hasta preveer lo imposible, y acaso la dignidad del Presidente Legal que despues de seis años venia á tomar posesion de su *ínsula y?*

de nuestras demostraciones, temiendo ser embestidos por aquel gobierno, quien lleno de las esperanzas que le transmitia la impericia militar, se creia ya victorioso, y se mostraba harto dispuesto á ejercitar pasiones poco comprimidas hasta entonces.

El anonadamiento posterior de esta administracion fué igual á su funesta confianza: llegó la ocasion clásica en que debia manifestarse su incapacidad en toda su estension; y tuvo el término que describen los Apuntes Históricos. Sin este habrian valido poco ó nada los esfuerzos de aquel valiente y decidido pueblo, como sucedió antes que la sostituyera otra capaz de ponerse á la altura de las circunstancias, y de dar al gobierno de aquel pais el lustre de que habia carecido durante ella,



sentaba bien presentarse sino rodeado de todos los esplendores del triunfo, haciendo desfilar por las calles de Montevideo, las columnas sin fin del ejército de un grande aliado.

Ni todas las dificultades de la defensa de Montevideo estaban vencidas, con haber desenterrado algunos cañones carcomidos por el orin, y levantado una muralla de ladrillos. El dia que Oribe saludó enfáticamente la plaza con veinte y un cañonazo, un sacudimiento eléctrico de pavor recorrió de un extremo al otro la línea de vecinos armados, que se habia improvisado para resistirle. La noche sobrevino, centenares de los defensores de la ciudad abandonaron sus puestos para ir á esconderse en sus casas, ó estar listos para embarcarse al menor amago, llegando en las noches subsiguientes á tal punto el desaliento que fué preciso establecer un cordón de centinelas á la retaguardia. Mas tarde los españoles que hacian el servicio de escuchas se pasaban al enemigo por batallones con sus oficiales á la cabeza, y uada sin embargo era mas natural. Cualquiera que sea el entusiasmo del momento, los hombres no están dispuestos á las fatigas de la guerra, sino después de ese largo noviciado y de esa segunda naturaleza que en

Encargo de la defensa de Montevideo hecho al General Paz.

Tal era la situación de este general cuando llegó á Montevideo, la funesta noticia de la derrota sufrida en el Arroyo-Grande el 6 del mismo. Un estapor desesperante se esparció en aquella capital; y la opinion general consideraba irreparable el contraste en el estado en que yacia el pais por efecto de inercia en el gobierno adormecido por necias conjeturas; y creia ya tarde los remedios que pudiesen aplicarse á tamaño mal.

En la mañana del mismo dia, el ministro Vidal reunió una junta de notables, á que asistieron tambien los consejeros de estado. La primera idea que hubo de ponerse en práctica, fué la de invitar al general Paz se pusiese á la cabeza de la legion argentina á efecto de cooperar á la defensa de aquella capital; y sin mas exámen se diputó con

el soldado forman el hábito y la disciplina. Eran los soldados de Montevideo ciudadanos ricos, comerciantes ó artesanos arrancados repentinamente á sus goces ó á sus ocupaciones; eran los oficiales jóvenes doctores, literatos, poetas llenos de entusiasmo y de abnegacion; pero que flaqueaban ante las fatigas á que no estaban acostumbrados, como viagero que seguro de que está rodeado de bandoleros se duerme sin poderlo remediar.

El general Paz, que se ha hecho notable, con su apego á la disciplina de las tropas, sin la cual no aventuraria jamas una batalla, tenia sin embargo esta vez que combatir á la cabeza de hombres que no sabian hacer una evolucion ni disparar un tiro, y lo que mas, incapaces de obedecer por la conciencia de su importancia individual. Pero el general forzado por la necesidad no se arredró, en presencia de dificultades de este género y en presencia del enemigo, emprendió la misma tarea que dos años antes en los pantanos apartados de Corrientes. Desde que Oribe se hubo acercado á tiro de cañon, el general Paz empezó á hacer mañana y tarde pequeñas salidas, para mantener un fuego continuo; para habituar á sus reclutas al zumbido de las balas; para

este objeto al Sr. D. Santiago Vasquez. No era esta la exigencia ni la opinion de aquel momento; y el Sr. Vasquez se ponía en marcha con la mas notable expresion del convencimiento en que estaba de la ineficacia, y aun de lo ridículo de aquella medida, y cuando el coronel Posolo observó que no era solo la legion argentina que habia de defenderlos; que el gobierno debia mover todos sus recursos y ponerlos en manos de aquel general como la capacidad que podia utilizarlos. Esta era la verdadera exigencia de las circunstancias, y la propuesta se sancionó por aclamacion.

Uno de los concurrentes, sin duda con la mejor intencion, hizo presente tenia noticia que el general en aquel momento se preparaba á ofrecer sus servicios al gobierno, y que por lo mismo, podia suspenderse la comision. Entre tanto el mismo notable mandó á su hijo cerea de aquel, para invitarlo á dar este paso.

familiarizarlos con el espectáculo de sus compañeros muertos á centenares diariamente, sin contemplacion al rango de las personas asi sacrificadas; y sin apearse de este sistema hasta que hubo alejado los puestos avanzados del enemigo á una conveniente distancia, y establecido baterias exteriores, fuera de la muralla. Si tu jefe no se desempeñaba dignamente, si un doctor retrocedia con su compañía de doctores, literatos y comerciantes y baqueros, el general estaba ahí para apellidarlos al jefe y compañía cobardes y poltrones, y señalarles una posicion enemiga que debia ser tomada á la bayoneta incontinentemente, despues otra, y otra despues, hasta que lograba hacerlos cruzar sus bayonetas con los enemigos.

El resultado de este sistema, fué mas allá de donde los espíritus pequeños que lo desaprobaban altamente, podian alcanzar. No solo logró el general Paz reducir el espíritu indócil del ciudadano, á la sumision pasiva y maquina del soldado; no solo dió á los hombres de fraque la conciencia de su superioridad, sobre las tropas de bárbaros que sostienen á los tiranos; no solo introdujo la emulacion que sostiene al guerrero y la sed de gloria; sino que la transformacion fué á obrar de robote en el campo ene-

El general Paz colocado siempre en posiciones difíciles reunia antecedentes, y estaba á una altura que lo ponian fuera del caso de probar valor. Por otra parte, no le era honroso parecer con ofrecimientos ante una administracion que habia justamente merecido su desprecio más que su resentimiento. No era un novelo en la carrera pública que pudiese aspirar á ostentar generosidad y demas calidades que en alto grado, de muchos años distinguen su carácter; y se negó breve y resueltamente al ofrecimiento que se solicitaba de él.

Entonces fué preciso realizar la idea de la comision, quien despues de haberle manifestado la mira del gobierno y los deseos de los primeros hombres del pais le invitó en nombre del primero á pasar á su despacho donde estaban reunidos los notables. Asi lo hizo el general con la urbandad que demandaba el caso; y despues de haber escuchado tranquilamente las espresiones de un grande apuro, se retiró difiriendo su contestacion.

migo, y quebrantar el orgullo de aquellos asesinos que cinco años habia estaban habituados á pisotear pueblos, y vencer los mal organizados ejércitos que á sus furores oponian, hasta que de victoria en victoria habian llegado á las puertas de Montevideo, que encontraban guarnecidas por una turba de ciudadanos, de antemano señalada á las ejecuciones horribles de la masorca. Y en efecto, *el Cerrito de la Victoria* ocupado por Oribe al frente de Montevideo, ha sido el Kremlin del poder de Rosas, su zenit y su apogeo. Desde allí ha empezado á descender y desmoralizarse. El general Paz, no obstante la incapacidad de sus tropas, tuvo desde el primer dia la alta inspiracion de arrebatarle la iniciativa, y condenandolo con sus salidas diarias á defenderse no obstante ser el invasor, y retirarse abandonando palmo á palmo el territorio adyacente á la ciudad. De doscientos combates que han tenido lugar en aquella lucha memorable los 190 han sido provocados por los sitiados, y la victoria coronados casi siempre de sus laureles. El ejército de Rosas á obtenido algunas ventajas accidentales, colocando emboscadas, ó haciendo volar minas y el uso de estas me-

Eran críticas las circunstancias del general Paz, y debió entregarse á muy graves consideraciones. No podia desconocer que el procedimiento del gobierno era la obra de un grande conflicto, y del terror de que estaba dominado por el momento: ni creer disipadas sus malas disposiciones respecto de él: al contrario debia suponer que el pronunciamiento público fuese un nuevo incentivo poderoso á los celos del Presidente Rivera, y que estos producirian luego su acostumbrado efecto en el Sr. Vidal. No debia contar con la lealtad de la administracion, ni con el buen uso de los elementos de defensa que ésta poseia.

Por otra parte, se le aseguraba resueltamente que sin su aceptacion sé desecharia la idea de defender aquella plaza; y entonces se presentaba á su imaginacion una inmensa y desvalida emigracion argentina en quien debia ejercitarse la cuchilla del feroz Oribe. Hemos oido á una persona notabilísima de aquel pais decir al general:—“Si

dios, prueba que los sitiados tenian el hábito de pisar el territorio ocupado por los sitiadores.

Montevideo fué por estos medios colocado fuera de la posibilidad de ser tomada por las armas, y Rosas obligado á esperar del hambre y de las privaciones de los sitiados, lo que no le era dado esperar del valor de sus soldados ó de la habilidad de sus tenientes.

La resistencia de Montevideo trajo todavía otras consecuencias que hoy dia han tomado un carácter tan elevado, que han llegado á ocupar el primer papel de este dráma de la oposicion al despotismo de Rosas. La provincia de Corrientes conquistada casi sin disparar un tiro, desde que el general Paz le faltó, volvió á hechar por tierra las autoridades de Rosas, y principiar la lucha en que por dos veces habia sucumbido.

Montevideo victorioso definitivamente de Rosas, la situacion de la república argentina no cambiaba porque es bien claro que el Estado Oriental, despues de una lucha tan prolongada no se hallaria en estado de llevar la guerra á la margen opuesta del Plata. El general Paz y la legion argentina que contribuian á la defensa de Montevideo no se hacian ilusion ninguna á este respecto: la

Vd. no acepta, nos hemos de dar de estocadas en el muelle cuando digan, ya llega el enemigo." La emigracion argentina sin recursos ni simpatias en el gobierno, siendo el objeto de la ira del vencedor, debia figurar sangrientamente en este cuadro. Sitiado el general por todas partes, esta idea acabó de dominarlo y resolverlo: tenemos evidencia de ello; y al referirlo, no podemos dejar de reiterarle conmovido, la expresion de nuestro reconocimiento.

Aceptó un mando y una empresa digna de su coraje: y lo hizo con la mas recomendable franqueza. Dijo al gobierno que era mas que probable desaprobase el general Rivera su nombramiento, cuya consecuencia seria la falta total de inteligencia entre este general y el jefe de la plaza: que los hombres personalmente adictos al Presidente participarian de sus ideas y vendrian á ser un obstáculo á los preparativos de una defensa dificil y premiosa: que los enemigos mismos de la causa pública se disfrazarian en

sangre allí derramada ningun cambio podria preparar para su patria. La revolucion de Corrientes establecia un centro argentino, para llevar de nuevo la guerra á Rosas é intentar arrebatarle la república que despotizaba. Esto fué al menos, lo que el general Paz comprendió desde que la noticia de aquel acontecimiento llegó á sus oidos; por lo que sin dejar el mando de la plaza, empezó desde Montevideo á concertar los medios de sacar partido del acontecimiento.

Empezaban por otra parte á desenvolverse en Montevideo, males incurables en medio de tantos conflictos y consecuencias necesarias que nada podia evitar. Cuando la ciudad estaba en peligro, todas las miradas se reconcentraban en el general Paz; todas las medidas que proponia eran llevadas á efecto por el gobierno civil, como otras tantas órdenes superiores; bien así como el enfermo que amenazado de morir, toma sin replicar cuantos remedios le aconseja el facultativo. Cuando las fuerzas le vuelven empero, y se siente convaleciente, discute, escoge, resiste en fin, si su paladar ó su razon no le predisponen á aceptar el brevaie. Contra la práctica de las ciudades sitiadas habia un general de las fuerzas, y

partidarios de aquel para embarazar impunemente la accion de la autoridad militar; y que, de consiguiente, su presencia al frente de la defensa podria ser perniciosa en vez de útil.

Las personas del gobierno, y demas notables se exalaban en protestas de que el Presidente abrazaria y aprobaria esta medida salvadora; y que en caso contrario tenian bastante resolucion para no constituirse en juguete de sus pasiones cuando estaba de por medio la salvacion de la patria. El general no creyó en las protestas del ministro Vidal; pero estaba fuertemente impulsado por la consideracion que hemos dicho; y bajo la condicion que se le avisaria tan luego como se supiera la desaprobacion del Presidente, aceptó el mando con honrosa franqueza de no ocultar al gobierno ni al público el principal ajuste de su resignacion.

El general Paz habrió sus tareas con su conocido tino

una autoridad civil, con cámaras y demas ruedas del sistema constitucional. Ambiciones nuevas se desenvolvian, muy nobles sin duda, pero muy solícitas por abrirse paso y sacudir toda sujecion. El general en jefe era ademas estrangero al pais, y á la política del gobierno. Pasado el pavor de los primeros meses del sitio y seguros ya de no caer en manos de Oribe, cada uno pudo repasar por el tamiz de la crítica la conducta del general Paz, brusco para algunos, exigente é inconsiderado para con los que á su juicio no llenaban su deber; poco económico de la sangre de los ciudadanos, que debió tener en mas que la de los negros. En una palabra en el estado actual de seguridad, la persona del general Paz no era en todo rigor absolutamente necesaria, y por lo menos dos reputaciones se habian formado durante el sitio que se creian capaces de reemplazarlo, esplicandose las operaciones militares, despues de obtenido el resultado como del viage de Colon los portugueses que decian. Que tiene de particular ¡Yendo, yendo siempre al Occidente al fin habia de descubrir la América!

El general Paz meditaba hacia tiempo una salida general, para forzar á Oribe á una batalla, no obstante que los sitiados no te-

y actividad infatigable. Principió por establecer ese sistema, de providad, responsabilidad y economia que tanto contrastaba con el anterior desarreglo y dilapidacion. Creó una maestranza que dió en tierra con el honeroso medio de contratos para la provision de útiles de guerra; y una comisaría del ejército que regularizó el reparto de víveres y demas artículos de consumo de que podia disponer.

Este sistema se ha considerado generalmente como el principio de la salvacion de Montevideo; y nosotros somos de esta misma opinion: sin él, todos los recursos ideables hubieran sido pocos para el sosten de la guarnicion de aquella plaza, y lo que poco despues eran conflictos graves, hubiera sido imposibilidad real de llenar este objeto. Es verdad que él presidió algo tarde y amedias en las administraciones que estaban fuera del alcance del general; pero tambien es cierto que el ejemplo produjo su efecto, y que si no se evitó absolutamente el desórden, este se con-

nian caballería. Tiene la bahia de Montevideo la forma de una herradura; un costado de la cual está ocupado por la ciudad, terminando el otro extremo mas prolongado en el Cerro, coronado de una fortaleza, que está tambien en poder de los sitiados. El pais medio entre la fortaleza y la ciudad en su mayor parte, está en poder de Oribe que ha alguna distancia de la bahía tiene su cuartel general en el *Cerrito*. El general Paz sin dejar traspasar su densamiento, habia acumulado en el *Cerro de Santa Lucía* una fuerza respetable de infantería; estando allí de antemano situados los trescientos hombres de caballería con que aun contaba la plaza. El comandante de la posicion recibió instrucciones escritas que le trazaban los movimientos que á tal hora de la noche de un dia designado debia hacer sobre las vecinas posiciones enemigas; el general fué en persona despues y con presencia de los lugares, esplicó mas detalladamente su propósito. Cuando todo estuvo preparado, á media noche se puso él en movimiento con la mayor parte de la guarnicion de la plaza, y marchando en torno de la bahía, llegó al punto que queria atacar, pero estrañó no oír el fuego que segun las instrucciones debia hacer el gefe de la fuerza

tuvo en límites mas estrechos; lo que era avanzar mucho.

Una multitud de hombres avezados á medrar con el sacrificio del erario, y que pensaban esplotar la misma penuria pública, levantó un grito de desaprobacion, el que unido á la inercia de la administracion Vidal, presentaba un obstáculo á cada paso del general, quien oponiendo una firmeza y constancia incontrastable hizo efectivo el órden y la responsabilidad mas severa en cuanto estuvo dentro de la orvita de su mando. No es fácil comprender á primera vista y en toda su estension el mérito de esta obra.

Cualquiera que haya residido algun tiempo en Montevideo conocerá que ella presentaria gravísimas dificultades aun en circunstancias ordinarias; pero si se considera que se realizó en momentos en que era preciso formar y organizar un ejército en cincuenta dias que dieron de término las marchas del enemigo, sin la menor cooperacion activa de parte del gobierno, venciendo toda clase de resis-

de la fortaleza. Tuvo pues que esperar el dia para reconocerse, y grande fué su sorpresa cuando vió la division de cuyos movimientos dependian los suyos, formada á tres currtos de legua del lugar que entre ambos debian atacar. El general Paz tuvo el sentimiento de ver la llanura cubierta de soldados enemigos que confiaban á la fuga su salvacion, sin tener á su lado los trescientos hombres de caballería que habia ordenado ocupasen en la noche un lugar preciso. El general Puz, sin arredrarse todavía acomete al campo enemigo; introduce la confusion y el desórden por todas partes, y despues de arrollar cuanto encuentra y hacer un buen número de prisioneros, se retira al Cerro con sus tropas que habian alcanzado hasta la retaguardia de las posiciones de Oribe. Las personas menos entendidas, concibieron cuando la científica operacion hubo fallado que el ejército de Oribe habia estado á un dedo de su pérdida, y que Montevideo habia perdido la ocasion de levantar el sitio con la victoria mas completa, obtenida por una batalla, cuyo plan habia sido calculado estudiado y comprobado desde un mes antes. ¿Cuánto no debia amargur al que habia concebido este proyecto verse arrebatat el fruto de sus meditaciones, por un cui-

tencia, sin caja militar, porque nunca se consiguió su establecimiento; y en fin, sin quedar al general otros resortes que su respetabilidad en el ejército y su teson: si se considera, decimos, todo esto, la obra del general Paz en este punto fué una hazaña que puede figurar como la primera entre las de su vida militar, y digna de la gratitud del pueblo en cuya defensa se obró.

Algun día una mano útil reunirá los detalles de estos hechos consignados muy particularmente en las órdenes generales, y en la dilatada correspondencia entre el general y el gobierno. El libro que se forme de estos documentos importantes, será una escuela de órden, pericia y providad.



tado que no se creyó con el derecho y la capacidad de discutir y examinar el hacierto de planes, de que no se le confiaba sino una pequeña parte de la ejecución. Este mismo gefe es el que no ha muchos meses perdió la plaza de Maldonado por una torpeza, y una petulanciâ igual.

Desobedecido el general Paz de un modo tan injustificable y no creyendo al gobierno muy dispuesto á castigar el atentado de un gefe que gozaba de todo su favor, dió su dimision y con una veintena de oficiales argentinos que escogió de entre los centenares que habian tomado las armas con él, se embarcó en un buque de guerra brasilero, revestido del carácter de enviado plenipotenciario de la república Uruguaya cerca de el gobierno del Paraguay.

Para dar una idea de su conducta administrativa durante su encargo del mando de la plaza, solo recordaremos que no gozando de sueldo ninguno, los miembros del gobierno y algunos amigos se reunieron para costearle un vestido de que sus exterioridades hacian sentir la indispensable falta.

Oribe hizo á sus talentos el alto honor de acometer la plaza dos dias despues de su salida, equivoando la influencia personal

Renuncia del General Paz.

Mientras este general se ocupaba así, con tanto tesón y provecho del objeto de que estaba encargado; el Presidente Rivera marchaba con dirección á la capital, como lo detallan los Apuntes Históricos. En su marcha habia desaprobado ya el nombramiento de aquel, quien no lo supo aunque lo sospechó. A fines de Enero se aproximó á Montevideo y ya eran allí del dominio público sus malas disposiciones respecto del jefe militar nombrado por el gobierno: este incidente turbó la confianza pública que se habia reanimado por grados. El resultado natural de aquellas disposiciones era la separación del general Paz; y las conjeturas crecieron hasta el punto de no dudarse de ella.

Desde entonces la escena cambió en Montevideo. Estaba para faltar el fundamento y garantías de la defensa, y el desaliento se hizo general. Las innumerables personas

con los resultados del trabajo de dos años sobre los espíritus que era la obra de un día destruir. Mientras tanto la diplomacia de Rosas se encargó de perseguir al general fugitivo en la capital del imperio, y la gaceta agotó el diccionario de los epítetos para caracterizar la política brasilera que rompía la neutralidad, prestando sus buques de guerra á las maquinaciones del maneo voleado general Paz. El tiempo descubrirá la parte que el gobierno del Brasil tomaba en estos actos; por lo que al general respecta, él fué á establecerse modestamente en Rio Janeiro, en una quinta apartada de Playa Grande, donde se habria hecho olvidar de todos si un día despues de haber asistido la noche anterior á un baile que daban los extranjeros, no se hubiese sabido que habia desaparecido. Súpose despues que las autoridades de Santa Catalina lo habian detenido; que continuaba su marcha al interior del país; y que honrado y favorecido por las demás autoridades locales, habia llegado por fin con un numeroso acompañamiento á la frontera de Corrientes, en donde el ejército lo recibió con todos los honores debidos al general en jefe, pues hacia seis meses por lo menos que la órden del día lo habia hecho reconocer como tal. Montevideo habia dado

que temian por su seguridad pensaban en retirarse, y procuraban los medios de hacerlo. Se hizo una especulacion entre los capitanes de buque, abrir registro para pasajeros á precios moderados, y aparecieron varios anuncios de esta clase, como el mejor suceso, porque acudian de tropel á tomar pasages. Otros esperaban para hacerlo el retiro del general, el que sin embargo, era una verdad para ellos; y muy pocos lo dudaban.

Otro tanto sucedia en el ejército. El ardor con que los gefes y oficiales se dedicaban á su instruccion, desaparecia visiblemente: martirizaban al general con preguntas sobre su permanencia en el mando, y exigiéndole la promesa de no retirarse de él sin avisárselo para separarse tambien oportunamente. Las exortaciones de aquel contra este propósito, eran infructuosas como lo manifestó el hecho.

El Presidente Rivera llegó al pastoreo de Pereira don-

ya para la guerra en general todos los resultados que podian esperarse de su fuerte posicion, y dejándola confiada á sus propias fuerzas, cualquiera que fuese el resultado del sitio, el general no traicionaba deber alguno; puesto que su presencia alli nada podria hacer contra el hambre único medio de rendirlo, puesto que era de todo punto imposible tomarla por la fuerza de las armas. Su presencia en Corrientes por el contrario establecia un centro poderoso de accion para reorganizar las resistencias puramente argentinas, y llevar de nuevo la guerra al punto de donde habia partido, interceptadas las comunicaciones entre Montevideo y Corrientes por un ejército de observacion que Rosas colocó en el Entre-Rios, el nombre del general Paz dejó de sonar en las márgenes del Plata, y tan solo servia como de norte lejano, para dirigir á su apartado campamento los militares y patriotas que de los diversos puntos de América venian á ayudarlo en su futura empresa, en aquella tarea de tantas veces comenzada como destruida para volverla á principiar de nuevo.

La intervencion anglo-francesa llegó por fin al rio de la Plata, á poner un término de grado ó por fuerza á la guerra entre Buenos

de lo recibieron las personas del gobierno y otras muchas notables, quienes fueron saludadas por aquel con estas tés-tuales palabras:—“Señores 4,000 hombres piden que se quite á ese general extranjero.” ¡El general Paz!..... No era la verdad: el Presidente Rivera tomaba falsamente el nombre del ejército: sus gefes no podian desconocer que Montevideo era la fuente de sus recursos en la campaña hazarosa á que se preparaba, y que su conservacion desviaría de ellos la mayor parte de la atencion de Oribe, al paso que su pérdida aumentaría la fuerza actual del enemigo; participaban de la opinion pública, y creían vinculada la defensa en la persona del general Paz. Fué pñes, una falsa suposicion del Presidente; y Montevideo vió poco despues á esos mismos gefes hacer loables esfuerzos por la segunda aceptacion de aquel general.

Este hizo su dimision el primero de Febrero y fué aceptada por el gobierno en la mañana del siguiente dia

Aires y la Banda Oriental, cuando llegó la noticia de la declaracion de guerra contra Rosas hecha por el Paraguay, y la existencia de un ejército de seis mil hombres, perfectamente disciplinados, armados y equipados al mando del general Paz, independientemente de diez mil que á sus órdenes habia puesto el Paraguay. Todo arreglo para terminar la guerra entre las dos repúblicas del Plata, de parte de las potencias interventoras se hacia por el momento inútil é ilusorio; puesto que entraba una tercera república en la lucha, y una cuarta y poderosa entidad en el general Paz; con todo lo que no habian contado las instrucciones de los agentes europeos por manera que el sitio de Montevideo venia á ser un hecho accesorio de la gran lucha, que lejos de terminarse, á penas iba á principiar.

Inútil sería detenerse á señalar el importante papel que el general Paz tiene en todos estos acontecimientos, baste decir que el tratado de alianza del Paraguay con Corrientes lo señala á él como representante de la república argentina, en el tratado; y que al confiarle á él sus fuerzas el Paraguay, deja traslucir demasiado cuanto habia trepidado en declarar la guerra á enemigo tan poderoso y

A esa hora pasaban de sesenta las solicitudes de baja de los principales gefes y oficiales, que estaban en poder del general. Un silencio desconsolador reinaba en aquel pueblo patriota que veia frustradas las esperanzas que habia fundado en el encargado de su defensa; mientras la parte influyente de él se preparaba á oponer una resistencia enérgica al trastorno que lo dejaba en poder del sanguinario enemigo.

El Presidente debia entrar á Montevideo para reasumir momentáneamente el mando; y allí lo esperaban para manifestarle y exigirle lo que demandaban la opinion y salvacion pública. El general por su parte, habia fletado un buque y se preparaba á partir con su familia para Santa Catalina.

Por mas que se quiera dignificar la mira del Presidente en su marcha sobre Montevideo atribuyéndole objetos que no pudo tener, ella está perfectamente deseubierta.—

temible sino hubiese contado con un general cuyo nombre solo, es una prenda y una garantía de la victoria.

Es un hecho notable esta confianza de tres repúblicas depositadas en él para que las salve en los momentos de mayor conflicto, y el acierto con que ha correspondido á la alta idea que tienen, de sus talentos; mucho mas en América donde precisamente porque es facticio, el espíritu de nacionalidad verdadero provincialismo, se muestra esquivo, y hostil para aquellos que han aprendido á apellidar extranjeros. Las cartas del general Paz recibidas en Montevideo y Rio Janeiro á principios de este año, mostraban un entusiasmo por el estado de sus tropas y la posicion imponente que habia organizado, que le es enteramente extraño en él, que nunca deja traslucir otra cosa que una fria seguridad en sus medios, y fé casi ciega é instintiva en los resultados; cuando tuvo noticia de la llegada de los agentes interventores, pidió á estos por sus comisionados en Montevideo una declaracion de lo que podria prometerse de ellos, en el concepto de que teniendo á su disposicion un ejército poderoso, estaba dispuesto á abrir la campaña contra Rosas; cualesquiera que fuesen las disposiciones de la Francia y de la La-

Irritado con el nombramiento del general Paz, y herido su amor propio con las demostraciones de confianza que éste recibía del pueblo y del gobierno, quiso ostentar su poderio destruyendo la obra de ellos; sacrificando á este desahogo la seguridad de la masa informe que componía su ejército. Ya hemos visto cual fué su primera exigencia que apoyó en la fuerza armada que conducía; y sin duda, ella formaba el todo de su objeto.

El día dos de Febrero, al pasar por el canton del Arroyo Seco donde se instruían los cuerpos de línea recientemente formados, les hizo saber que les cambiaria de gefes. Ese mismo día, el bergantin Oscar armado por Rosas encalló frente al Cerro: un oficial con dos piezas de artillería marchaba á batirlo desde la costa: el Presidente le encontró en su tránsito, y lo hizo regresar mandando en su lugar un escuadron de caballería. Está visto que no pudo pretender mejorar la operación; y si ostentar mando, y

glatterra. Los Sres. Deffaudis y Oussaley le hicieron contestar, que para no inducirlo en error, nada podia prometerle que no estuviese sujeto á modificaciones, que no les era dado preveer; pero que mientras sus gobiernos estuviesen en ostilidad con Rosas, podia contar con la cooperacion de las fuerzas navales que estaban á sus órdenes. Estas esplicaciones y las solicitudes del gobierno del Paraguay, han debido influir en mucha parte para decidir á los agentes interventores á enviar la espedicion que remontó los rios con los vapores Fulton, Gorgon y Firebraud, y que despues de la sangrienta jornada de Obligado, llegaron hasta los puntos ocupados por el general Paz. Los oficiales de la marina inglesa y francesa que visitaron su campamento, no han hallado palabras suficientes, para espresar á sus superiores la admiración que habian experimentado al encontrar en el seno de las selvas primitivas de la América, un ejército tan rigurosamente disciplinado y un acantonamiento en el que las reglas, usos y prácticas del arte militar europeo, eran observadas con mayor escrupulosidad; y la verdad sea dicha, esta minuciosidad en los detalles ha sido llevada por el general Paz á un punto que él mismo no habia alcanza-

desaprobacion á cuanta medida de guerra se tomaba en Montevideo. Y para esto encerró su ejército de manera que su ruina prematura era inevitable á no auxiliarlo despues la suma impericia de Oribe: asi mismo la vanguardia al mando del general Medina que cubria la retirada fué desecha, y lo hubiera sido el todo, si el enemigo marcha una hora mas en pos de ella.

El Presidente que manifestaba estas disposiciones contra el general Paz: que corrió en alas de sus celos á separarlo de un mando que lo inquietaba, se mostró irritado con su renuncia; y esto no puede explicarse de otro modo, que con el desahogo á que aspiraba de destituirlo él, en usó de su autoridad.

Creemos una verdad cuáto dicen los Apuntes Históricos sobre la utilidad y espontaneidad de la emigracion de la campaña; pero no somos de esta misma opinion respecto del objeto de conducirla que se atribuye á la mar-

do en sus anteriores, ejércitos, oficiales superiores han sido depuestos por faltas de subordinacion ó de servicio y un hecho reciente muestra, cuanta es su severidad para restablecer las prácticas militares, y el exacto cumplimiento de los deberes que el servicio impone. El general Lopez de Santa-Fé, aquel caudillo que en 1842, se ligó con él antes de la batalla de Caaguazú, fué encargado de hacer una incursion en su provincia, con instrucciones que demarcaban la conducta que debia observar. El general llevado de su celo ó de su valor, traspasó las instrucciones y no obtuvo todos los resultados que el general en jefe se prometia de su empresa. Sometido á un tribunal militar, fué declarado culpable y depuesto, dejando muy en breve el territorio de la provincia. Este hecho que en Eurppa es insignificante, en la guerra del Plata es muy significativo. Rosas lo habria hecho fusilar por una simple orden y sin forma de juicio; un general de los muchos que le han hecho la guerra, habia disimulado la falta por aprovechar de sus posteriores servicios.

Las últimas cartas del general Paz, anunciaban su determinacion de abrir la campaña con el principio del año de 1846, y por

cha del ejército sobre aquella capital. No es absolutamente cierto que se condujeron las familias por no dejarlas allí, pues con pocas excepciones, ellas siguieron la marcha del ejército en lo que se llamada *combòy*. Y aunque así no fuese no podemos concebir que bastando un escuadron para conducirlos en seguridad desde Santa Lucía, marchase con este fin todo el ejército con todo su material de guerra; y mucho menos cuando á juicio de los militares inteligentes, el movimiento que hizo desde el pastoreo de Pereira por un flanco del enemigo á tanto riesgo, pudo hacerse con seguridad y ventaja por la márgen izquierda de Santa Lucía.

En los últimos dias de Enero y primeros de Febrero no se hoyó dar este objeto á la marcha del ejército, ni el de atraer al enemigo, lo que hubiera sido una necesidad. El de alentar al pueblo era el único con que se paliaba este paso tan desaprobable, sin convencer á nadie. Pero podia aumentar la certidumbre moral de la existencia y número de

rumores muy acreditados pero que aun carecian de un carácter oficial se sabia que Urquiza, el gefe que Rosas habia mandado á su encuentro, habia firmado un armisticio con el general Paz. Este acontecimiento tan estraño en las guerras del Plata, puesto que Rosas tiene por fin el exterminio de sus enemigos y estos la caída del tirano, era considerado muy posible, sin embargo por los que están interiorizados en los antecedentes biográficos de los hombres llamados á figurar en aquellas sangrientas escenas. Al conocimiento que se tiene de la política del general Paz, sólicito siempre de atraer á sus intereses los caudillos y los gefes que por motivos muchas veces secundarios sirven á Rosas, se añade que Urquiza ha pertenecido hasta 1831 al partido unitario, del que se separó cuando con la captura del general Paz, y la pacificación que este suceso trajo por consecuencia, el gobierno de Entre Rios ofreció una amnistia á los que de su provincia estaban emigrados como sucedió con Urquiza. Por otra parte aunque este caudillo entrase en las miras de Rosas mas tarde, seducido por los honores y empleos que le prodigaba, no ha llevado á la guerra otra pasión, que un odio inextinguible inveterado contra el general Rivera del Uruguay, á

ese ejército situado á cuatro leguas de la capital, á la que habia cuando distaba ocho ó diez, la que podia tambien inspirarse por otros medios que no ofreciesen tan eminente peligro. Como quiera que se mire, era un objeto muy pequeño comparado al inconveniente de colocar en situacion tan ruinosa la única fuerza con que se contaba en campaña.

Creemos, pues, lo creen todos, sin excepcion en Montevideo: que el Presidente quiso imponer al pueblo acercándosele lo mas fuerte que pudo, porque premeditaba obrar contra la bien pronunciada opinion de él, sancionada con entusiasmo por las cámaras legislativas. Con cualquiera otro objeto habria ido acompañado de su sola escolta.

La reseña de estos antecedentes se hace necesaria para explicar las resistencias posteriores del general Paz: sin ellas podia atribuírsele insubsistencia que tanto dista de la firmeza de su carácter; y revelan tambien la causa del re-

quien ha hecho desapiadada guerra, hasta derrotarlo definitivamente en la India Muerta.

Sea de ello lo que fuere, el general Paz se halla hoy dia en la situacion mas imponente que se encontró jamás gefe ninguno de los que han intentado la ruda empresa de desbaratar el poder del tirano, que en quince años ha ahogado en sangre todo espíritu de resistencia. Á mas de su ejército superior en disciplina á las bandas aguerridas de Rosas; á mas de la alianza de dos repúblicas; á la cooperacion de la marina de la Inglaterra y la Francia, cuenta con un prestigio inmenso entre los hombres de su partido; prestigio que lo reviste de una autoridad, obedecida donde hay un argentino que Rosas no haya subyugado. Esté es un hecho enteramente nuevo en la república argentina. Los enemigos de Rosas carecieron siempre de un gefe, que reuniese todos los votos, y sometiese todas las miras particulares de hombres que no tenian entre sí, otro vínculo que su deseo de ver restablecido un orden de cosas tolerable y racional. Para ellos un caudillo habria sido un tirano, y Rosas ha triunfado siempre, oponiendo á las resistencias parciales que los pueblos en masa, pero sin concierto levantaban;

troceso que sufrieron los aprestos militares, muy especialmente la disciplina del ejército.

El general Paz desde el principio tuvo un convencimiento íntimo de que el Presidente Rivera imposibilitaría toda inteligencia franca entre los dos; y no se engañó, porque nunca la hubo. Se vió despues, al segundo, ceder al torrente irresistible de la opinion, y á la necesidad en que ella lo constituia; pero sin deponer, ni aun ocultar su gratuita enemistad. El general pudo tener este convencimiento sin pensar siquiera que aquel llegase al estremo de manifestar su saña tan inconsideradamente; y cuando esto sucedió, debió fortificarse en la idea de no volver á la defensa de Montevideo; y de esto debieron proceder los esfuerzos sobre humanos que se le vieron hacer en su resistencia á reencargarse de ella.

la unidad de yerro de su poder que no reconoce otro centro ni otro fin que su persona. El general Paz, despues de diez y ocho años de perseverancia, de victorias, de cautiverio y de contrastes personales, ha llegado por fin á identificar con su persona la victoria en los campos de batalla, y por tanto á hacerse la esperanza viva y oriflama de todos los partidos. El general Paz, ha llegado por una reputacion adquirida por medio de servicios honrados y leales, al mismo punto que Rosas á fuerza de crímenes espantosos, mantanzas y confiscaciones. Cuando un gobierno se ha extraviado, el general Paz no pudiendo evitarlo por el consejo, lo ha dejado estraviarse y aguardado pacientemente que el tiempo lo aleccione, cuando se le ha pedido que entregue el ejército que él á creado y conducido á la victoria, lo ha entregado descendiendo él del mando supremo, á la condicion de simple particular ó de emigrado.

Esta personificacion de todas las resistencias opuestas á Rosas y su sistema durante tantos años, trae aparejada una consecuencia política para el dia siguiente á la última victoria de Paz sobre Rosas; victoria que puede demorar mas ó menos tiempo, segun que Rosas quiera ó pueda llevar su estúpida y brutal tenacidad

Nuevo nombramiento del General Paz y su aceptacion.

En la noche del dos, el Presidente entró á la capital; y en la misma, una reunion de patriotas influyentes tuvo con él una sesion importantísima. Algunos ciudadanos, muy particularmente el Sr. Muñoz entonces ministro de hacienda, lo hablaron en un lenguaje claro y enérgico que quizá no habia oido hasta entonces en las épocas de su poder. El peligro de la patria y la necesidad de la persona del general Paz para salvarla, le fueron demostrados de una manera amenazante, pues se dejaba sentir la idea de desistir de la defensa si se habia de desechar el principal elemento de ella sin un motivo legítimo que lo aconsejára.

Alli fué que debió ver el Presidente, que la situacion en que lo habia colocado la jornada del Arroyo-Grande, no le permitia lidiar esta vez contra la opinion pública tan so-

hasta lo imposible; pero que vendrá necesariamente como la consecuencia lógica sigue á la causa, como la pólvora se incendia desde que está en contacto con el fuego. El general Paz será el Presidente futuro de la república; proclamado por el triunfo, sostenido por el partido que á hecho á Rosas la guerra, y aceptado sin rece-lo y sin ojeriza por los vencidos. Todas las calumnias oficiales de Rosas, no han podido disminuir el respeto que sus euemigos le tienen; y en las provincias del interior hay pueblos que se levantarán en masa á su aproximacion y caudillos, que hoy sirven á Rosas, ante cuyos pasos se adelantarán con sus ejércitos.

Su conducta desde 1829, su obstinacion en no abandonar las vias legales y su moderacion y pureza en la administracion, le han valido este respeto nniversal. En vano ha sido que los políticos le ayan aconsejado muchas veces que adopte el mismo sistema de Rosas; que oponga el terror al terror, para quebrantarlo. En el ejército no reconoce mas autoridad que la de los consejos militares para imponer penas, ni otra legislacion que la de las ordenanzas militares; para los pueblos las leyes civiles y criminales, y los tribunales ordinarios. Pero con estos medios tan sencillos, la pre-

remnemente pronunciada. Debíó comprender, que los hombres que habian atesorado á la sombra de su poderio, y que poco antes aplaudian y aun apoyaban sus mas desconcertados planes, estaban defeccionados unos, y anonadados otros por el peligro; y que sus celos y miras irrealizables de abatir y anular cuanto pudiera competirle en las dos Repúblicas del Plata, no tenian ya el eco que cincuenta dias antes. No pudo dominar esta circunstancia clásica, y se sometió al poder de ella, bien á su pesar como lo manifestó despues.

Quedó acordado encargar nuevamente al general Paz la defensa de aquella plaza. El Sr. Vasquez, propuesto ya para el ministerio de gobierno, fué encargado espécialmente de negociar su admisión, y que pasase á la casa de gobierno para tener una conferencia con el Presidente. Quedó tambien realizada la idea de una nueva administra-

sencia del general se hace sentir donde quiera, por la asiduidad con que persigue no ya los crímenes, sino las mas leves infracciones, y esto con una tenacidad, con un ahincó que llegan á hacerse molestos. Si la fortuna corona sus esfuerzos, llevará á la presidencia este espíru de legalidad, este culto á las reglas ordinarias de justicia, para reparar las brechas espantosas que en la moral pública, á hecho el crimen administrado oficialmente por la política subversiva de Rosas, que ha ollado despues de conculcar todas las leyes, los preceptos de la moral aun en sus aplicaciones mas indiferentes.

Por lo demas si el general Paz no es un político de altas concepciones, está muy distante de hacerse un caudillo, ni un tirano. Tiene con todas sus buenas prendas, la rarísima cualidad de hacerse impopular. Sus maneras frias previenen poco en su favor, y el tono brusco con que corrige á cada momento á los que de él dependen, por faltas que nadie habria reconocido hasta que él las nota, le enagenan la afeccion de la multitud. Para amarlo es preciso estar lejos de él, y solo sus talentos de primer orden como soldado; su intachable pureza de miras y de costumbres; y su perseverancia inaudita han podido conciliarle la estimacion alta y el

cion de tan felices resultados, y que con tan denonadada firmeza prestó tan fuerte apoyo al gefe militar.

Estas novedades circularon con una velocidad eléctrica. Habia el temor de que el general reusase su nuevo nombramiento, porque eran tan conocidas sus ideas á este respecto como las causas en que se fundaban; de manera que, el dia tres, antes que el Sr. Vasquez pudiera verlo, estuvo asaltado por varios orientales y argentinos notables, quienes encontraron la realidad de sus temores, y emprendieron una lucha tenaz contra las resistencias de aquel, quien en su primer impulso se negó á escuchar reflexion alguna.

Se le decia que no se trataba de servir al Presidente Rivera, y sí de salvar el pueblo, la emigracion y el último atrincheramiento de la libertad en el Rio de la Plata. Estos eran lugares muy comunes; y las razones del general no eran de resentimiento ni odios personales. Fué viva-

prestigio sin límites que ha reunido entre sus compatriotas.

Cuál será la conducta de la diplomacia francesa é inglesa en las márgenes del Plata, ahora que este nuevo campeón se presenta en la arena? ¿Vá á limitar su intervencion á Montevideo? ¿Vá á detener al general Paz en la carrera de triunfos que lo traerán hasta derrocar al tirano, y si cae en sus manos abandonarlo al juez del crimen para que lo juzgue y sentencie segun lo que resulte del proceso? Seria curioso ver á la Europa, haciendo lo que un tiro de volas hizo en 1831, lo que un gobernador provincialista en 1842, lo que un gefe indisciplinado en Motevideo en 1844, estorbarle que acabe con la guerra civil que despedaza las márgenes del Plata, lo que no podrá obtenerse sin la destruccion del gobierno sanguinario y absurdo que la fomenta, con sus planes ambiciosos sobre las otras repúblicas, con sus atrocidades y vejaciones en el seno de la que oprime: impedir que volviendo la república argentina á entrar en las vias que la civilizacion cristiana ha acreditado para gobernar los pueblos, rehabilitando el derecho, y limitando el poder á las prescripciones de la moral siquiera, retorne en producciones hijas de la paz y seguridad individual, los beneficios de un

mente provocado á esplicarse, y lo hizo con mucha claridad. El Presidente como se ha visto, se presentaba enemigo personal de él, ó mas bien, lo era de su capacidad y su fama. ¿Habria dejado de serlo? Debia creerse lo contrario: obligado á ceder por el momento, debia considerársele mas irritado que vencido, y se hacia aun mas imposible una inteligencia leal entre los dos. Los sucesos de la guerra era probable la exigiesen; y su falta comprometeria el éxito, en cuyo caso, la admision del general, acarrearía por este lado un grave mal á la causa que se pretendia defender. De esta naturaleza eran las razones que el general esplanó con vehemencia, y de modo que demostraba su convencimiento y decision que al momento juzgamos incontestable; y lo habria sido, si el raciocinio y su propia inclinacion hubieran deliberado en el asunto.

No era fácil contestarlas sin negar hechos que estaban á los ojos de todos. Antes de la India Muerta nadie dudaba que salvándose el E. O., el gefe del ejército en campaña dominaria todas las influencias; y en tal caso el general habria ayudádole á encontrar la ocasion de inferirle nuevos agravios. Se le exigia un sacrificio del que no podia esperar ni gratitud: sus servicios, al fin, se habian de tachar para desconocerlos. Esto era lo de menos: la satisfaccion de hacer el bien tiene poder en las almas como la del general Paz; y el Presidente Rivera no veia la opinion pública aunque la dominase. Pero no se le podia decir, sin

gobierno ilustrado. En fin, los sucesos continuan aun su marcha fatal, y las noticias de América nos traerán de vez en cuando, un nuevo rasgo que añadir á los datos que sobre la vida pública del general Paz, nos ha suministrado nuestra residencia en aquellos paises y la atencion con que hemos seguido siempre la conducta de este hombre, que parece predestinado á tomar lugar entre Bolivar y Wasigton, por sus talentos militares y sus severas virtudes republicanas.

insultarlo, que se embarcase en la empresa á ver lo que *salía*.

Así pues, todas las reflexiones se redujeron á hecharse en sus brazos, y decirle:—“Si Vd. no toma el mando, la plaza se pierde y quedamos en poder de Oribe.” Entonces la idea del peligro de la emigracion volvía á producir su efecto, y por segunda vez influyó poderosamente en los destinos de aquel país.

La nueva administracion que se creaba, sin embargo de la idoneidad de las personas, carecia de fundamento moral, por efecto de los mismos sucesos. La derrota del Arroyo-Grande habia destruido todo prestigio en Montevideo; y solo existia el de la espada del general Paz: por lo mismo era esta quien podia darle la respetabilidad y fuerza moral de que precisaba para desplegar su capacidad. De manera que universalmente se consideraba salvador el pensamiento de la nueva administracion; pero que no podría pasar de proyecto sin la cooperacion de aquel general; y este era el principal fundamento de aquella disyuntiva.

Debieron ser estas mismas las consideraciones en que se apoyó mas tarde el Sr. Vasquez, aunque con la penosa tarea de dorar la conducta del Presidente respecto del general. Era el lenguaje de todos en aquellos dias aciagos, y lo fué el de las personas del gobierno hasta mas de un año despues. Ya habian pasado muchos meses de la presencia de Oribe en el Cerrito: la resistencia estaba hecha, sin embargo, ellas lo usaban contestando al deseo que manifestaba aquel de retirarse. Hemos conservado copias de estas cartas, y respondemos de su fidelidad. Con mucha mas razon en los primeros dias de Febrero debieron hacer valer este argumento que venció sin persuadir al general.

El mismo dia tres el Sr. Vasquez desempeñó con suceso su comision acompañado de algunas personas que ya estaban en la casa del general; y condujo á éste, desde allí, á la del gobierno, en donde aceptó por segunda vez el encargo de defender aquella capital. El Presidente le reci-

bió con un abrazo; y para reconciliarse con el público, le invitó á dar con él un paseo por las calles y puestos militares que tuvo lugar en la tarde del mismo dia.

El sacrificio del general Paz fué grandioso; pero no debia consentir en un mando indigno de sus antecedentes. Cuando nada solicitaba, y cuando todo lo concedia, ¿debia tambien descender de su dignidad? ¿podia exigirlo el gobierno oriental, ni dejar de ser justo para con él?: esto seria infame. El general reusó con indignacion la idea de la comandancia general establecida en Montevideo, que dejó entrever el Sr. Vasquez. Las atribuciones de ella eran insuficientes al objeto, y hasta ridículo pensar en esto en circunstancias en que la autoridad militar debia abrazar cuanto alcanzase á ser útil á la difícil defensa que se preparaba; y no se insistió ya sobre ello.

El Presidente se retiró en la noche del tres, y el general fué sorprendido el siguiente dia con un decreto de aquel en que suprimia el ejército de reserva, y ordenaba su cesacion en el mando de él, nombrándolo comandante general de armas en lugar del coronel Posolo que habia desempeñado esta comision. Desde el dos de Febrero, el general no era gefe del ejército de reserva, en virtud de su renuncia admitida por el gobierno; y suponer lo contrario era mentir torpemente para aparecer destituyéndolo de aquel mando. La comandancia de armas era una oficina de plaza de atribuciones marcadas, y habia sido justamente reusada; de manera que aquel decreto, en la parte que no contenia una falsa suposicion, era inadmisibile. Nuevos obstáculos y nuevos pasos con el general ocasionó este mezquino procedimiento. La nueva administracion, en la dificultad de variarlo, estendió la autoridad militar sin restriccion, hasta donde fuera necesaria á su objeto; y el general despreció el alevoso desahogo que contenia el decreto.

Los gefes y oficiales que habian mandado sus dimisiones, consintieron en volver al servicio con motivo de la

aceptacion del general quien lo comunicó al gobierno. Algunos estaban ya embarcados; pero volvieron á tierra y á los puestos que antes ocupaban. Sin embargo, se notó alguna tivicza que fué desapareciendo con la presencia del gefe militar en todos los trabajos del ejército; y muy pronto se restableció la anterior actividad.

El enemigo estaba entonces á las puertas de aquella capital; y fué preciso un empuje inimitable para prepararse á esperarlo á su entrada once dias despues, á pesar de las contrariedades y tropiezos en los sesenta y cuatro dias que mediaron entre el doce de Diciembre y diez y seis de Febrero.

Las referencias de los Apuntes Históricos sobre la jornada de este dia y los que los siguieron, son demasiado exactas para tener que añadir cosa alguna sustancial: ni es nuestro propósito escribir la historia militar de aquellos sucesos. Sin embargo, debemos decir que cuando el peligro hubo pasado, cuando las probabilidades de una victoria estuvieron en favor del general Paz en el caso de un ataque del enemigo, faltó la unidad del mando militar; pudiéndose asegurar que si la conducía del gobierno hubiera sido la misma que el diez y seis de Febrero con los elementos que tenia Montevideo y los que posteriormente fueron en su auxilio, el ejército se habria puesto en estado de atacar con ventaja al enemigo en sus mismas posiciones. Esta era la opinion del general, y le debemos respeto con preferencia á cualquiera otra.

Algunas notabilidades de segundo òrden que andaban á corso de influencia en Montevideo, estaban en algunos cuerpos de la guarnicion, solo para tener mando, y de ningun modo para esponerse á las valas. Esto ocasionó algunas dificultades al general, quien no pudiendo consentir en actos contrarios á la disciplina y al valor, exigió la igualdad del servicio de los cuerpos, y que sus gefes estuvieran á la cabeza de ellos en las funciones de guerra, dándoles

ejemplo él mismo; pero muy luego los fuegos del enemigo lo libraron de estos estorbos condecorados.

El general Paz perfeccionó su gloriosa obra; y se retiró cuando, en la parte militar nada habia que hacer sino era continuar una rutina arto bien establecida y ensayada. Antes de hacerlo, aumentó el material de la defensa, y dejó inespugnable la fortificacion por la parte que hubiera podido ser atacada; á mas de que, el personal del ejército estaba en estado de combatir cuerpo á cuerpo con el del enemigo, si este dejaba sus atrincheramientos del Cerrito.

No obtuvo del gobierno, por la penuria del erario, ni aun lo preciso para vivir; y, segun las personas que estaban á su inmediacion, gastó su dinero quitándolo á la subsistencia de su familia. Se retiró con un objeto á que mas tarde deberá su salvacion la libertad Argentina y Oriental; y lo hizo sin el mas insignificante socorro de parte del gobierno y á costa de su propio peculio, ya casi estinguido.

Pero debió retirarse satisfecho de su obra, y de si mismo. Luchò hasta contra la misma posibilidad, y triunfó. El vencedor en tantos campos de batalla que venia triunfante y fuerte á terminar sin esfuerzo el objeto de sus campañas se contuvo ante el brillo de la espada de Caaguazú. El general Paz debe contar con la gratitud universal.



Salí Paz de Montevideo con dirección á Corrientes para formar el 4.º ejército Libertador.

(Continúan los manuscritos del ilustre general.)

El día 3 de Julio de 1841, cerca de la noche me embarqué en el muelle de Montevideo en compañía del coronel Chenaut, y del Dr. D. Santiago Derqui. En el bergantín de guerra brasilero "Capibaribi" que debía conducirme al Janeiro encontré á los coroneles Lopez y Cáceres que habían obtenido pasaje en el mismo buque por relaciones particulares con el Cónsul y Encargado de Negocios de la misma nacion.

El 4 dimos la vela al mismo tiempo que mi familia que iba en la barca "Nuestra Señora de la Guarda" con destino al Rio Grande. En este buque fletado y aprovisionado por mí, se apiñaron un gran número de gefes y oficiales que debían seguir viaje á Corrientes, luego que hubiesen arribado á dicho puerto de Rio Grande.

Se temió que la escuadrilla de Buenos Aires que bloqueaba á Montevideo pusiese embarazo á nuestra salida, ó que por lo menos quisiese visitar el buque en que iba mi familia. El "Capibaribi" le dió comboy hasta fuera de cabos, siendo el 5 á la tarde que nos separamos y perdimos de vista.

El 16 desembarqué en Rio Janeiro, despues de haber sido obsequiado ese día á bordo de la fragata de guerra inglesa "Alfredo," donde fuí cordialmente recibido por el Comodoro Purvis.

Yo venia investido con el carácter de ministro plenipotenciario cerca de la República del Paraguay: esta mision se habia calculado mas bien como medio de facilitar mi viaje por el territorio neutral del Brasil, que porque realmente tuviese el encargo de tratar negocios diplomáticos. Así sucedió que jamás hice uso de esta autorizacion, ni aun me anuncié en este carácter.

No dejé por eso de sufrir serias dificultades para con-

tinuar mi viaje. La política vacilante é indecisa del Imperio, las maniobras de Guido ministro de Rosas en dicha córte, el respeto que imponia el dictador argentino, eran otros tantos obstáculos contra los que habia que combatir. Quizà me ocupe otra vez de estos pormenores; ahora quiero tratar por encima este asunto para arribar cuanto antes á Corrientes, cuyos negocios llaman mi atencion con preferencia.

No pudiendo obtener pasaporte salí bajo un nombre supuesto en el vapor "Todos os Santos" el 30 de Agosto, y llegué á Santa Catalina el 2 de Septiembre. Allí fuí reconocido y obligado por el Presidente Antero á permanecer mientras se daba cuenta á la Córte. Despues de una detencion de cuarenta dias, tuve que continuar mi viaje en el vapor "Thetio," tomando otra vez nombre supuesto que conservé hasta que llegué á Corrientes.

A mediados de Octubre estuve en Rio Grande, donde me reuní á mi familia. Estaban allí tambien muchos de los gefes y oficiales que habian salido de Montevideo: algunos á virtud de mis órdenes comunicadas desde Rio de Janeiro, se habian puesto en marcha para Corrientes.

Desde entonces empezaron á sentirse los destellos de una faccioncilla que se formaba entre algunos gefes, en union con otros emigrados. Como ella hizo no poco papel en los sucesos posteriores, es conveniente hacerla conocer, tanto en su nacimiento, como en su marcha progresiva. Recomendando al que leyere esto que observe cuidadosamente sus pasos, segun los vayan marcando estos apuntes.

Si he hablado de su nacimiento, es con respecto al ejército, pues en lo demas, venia de muy atrás, y tenia su origen, raiz y fundamento en una parte de la emigracion de Montevideo.

Su objeto era hacerme marchar segun sus miras é intereses, en cuyo caso me apoyarian, haciéndome eruda guerra siempre que no me mostrase dócil á sus inspiraciones. A nadie son desconocidos los resortes que se tocan

en lances semejantes para interesar en ciertas miras á militares jóvenes, inespertos y poco versados en intrigas. Esto es lo que se hizo entonces y con lo que se consiguió por medio de dos ó tres colaboradores, seducir á unos pocos que se dejaron arrastrar ciegamente: tal fué el comandante D. Carlos Paz.

Principiaron su trabajo procurando predisponer mi ánimo contra otros gefes que querian escluir de mi estimacion y de mi confianza, para dejarme mas dependiente de ellos. Esto solo era ya exigir de mí una injusticia en que ni podia ni debia consentir, pues que en mis principios y en los de toda recta justicia y equidad, el mérito y los servicios deben ser los únicos reguladores de las distinciones y de la preferencia de un general. En vano fué que se les quisiese hacer comprender, porque no se satisfacian sino con la *privanza exclusiva* y el *favoritismo*.

El coronel D. Manuel Saavedra que se puso (segun parece, pues que obraba muy cautelosamente) al frente de estas intrigas, hizo llegar á mis oidos un sinnúmero de chismes contra varios de sus compañeros y muy particularmente contra el coronel D. Faustino Velazco, de quien referia agravios que me habia inferido despues de mi salida de Montevideo. Guardando las consideraciones posibles al coronel Saavedra, mandé al desprecio sus manejos, lo que no obstante no debió agradarle, pues que se enfrió, mucho y fueron los primeros síntomas de su alejamiento. El coronel Chenaut conoce bien estas intrigas y puede dar pormenores, si se le pregunta.

Desde que en Montevideo me ocurrió el pensamiento de trasladarme á Corrientes, fué basado mi plan sobre dos puntos esenciales de que hacia una condicion *sine qua non*. La esperiencia del pasado y muy particularmente de lo que acababa de sucederme dos años antes en el mismo teatro, formaban en mí una conviccion profunda. Ademas, el interes futuro de la República, y el deseo de contribuir á que se cerrase alguna vez ese abismo de anarquía á que

parece estar condenada, obrar tambien en mi ánimo poderosamente.

Los dos puntos á que he hecho alusion estaban comprendidos en estas dos palabras: *nacionalidad y orden*. Mi intento era centralizar en lo posible la revolucion, darle un movimiento regular y uniforme, y un carácter verdaderamente nacional. En cuanto á la organizacion del ejército, debia girar sobre un pié de orden y disciplina racional: quiero decir una disciplina moderada y convenientemente arreglada á nuestro estado y circunstancias.

Apenas se creará que estos pensamientos encontrasen oposicion en hombres interesados en la causa; y sin embargo, nada es mas cierto, pero con la diferencia de que esa oposicion tenia diversos orígenes, es decir que partia de distintas clases de personas, aunque todas deseasen sinceramente la caida de Rosas.

Ciertos hombres dotados sin duda de muy conspicuos talentos, que dirigieron otra vez los negocios públicos, ó que tuvieron gran influencia en ellos, pretenden recuperar su anterior posicion, lo que ni es estraño, ni tiene nada que admirar, tanto mas, cuanto que es incuestionable que el pais ganó mucho con su administracion, y que en muchos respectos son muy acreedores al reconocimiento público.

Para conseguirlo promueven con todas sus fuerzas la resistencia al Dictador Argentino, y se afanan en buscarlo enemigos, no solo en el exterior, sino en todos los ángulos de la República. Pero para ocultar ciertas miras (que no digo que sean antipatriotas) se rodean del mas impenetrable misterio en cuanto á su marcha y planes futuros, y quieren rigorosamente *personalizar la guerra*, sin ofrecer por remate á los pueblos mas que vaguedades y palabras que por el abuso son casi vacias de sentido.

Como si Rosas hubiera de ser eterno: como si despues de él no pudiesen venir otros tiranos: como si la tiranía y la libertad, fuesen dos seres humanamente organizados, y personificados en Rosas y ellos, (advértase que estos hom-

bres se llamaban por exelencia *hombres de cosas* y no de personas:) como si las cosas fuesen *nada* y las personas todo, quieren persuadirnos que destruido el Dictador, y colocados ellos en el poder, está ya todo conseguido, y que por lo tanto no hay mas que hacer que empuñar la espada y marchar á ojos cerrados sin preguntar siquiera, que haremos despues de dado el golpe?

Por patrióticas y liberales que sean las intenciones que se les supongan, no pueden negarnos el derecho de investigar si los nuevos sacrificios que se reclaman, tendrán un mejor resultado, que los de 40 años que llevamos de anarquía, y si se piensa en establecer unas bases mas sólidas del órden futuro. A nosotros los militares que vamos á derramar la sangre de nuestros compatriotas, sin economizar la nuestra, que vamos á arrostrar los cadalsos y demas cruentas ejecuciones que ha inventado la tiranía, justo era cuando menos darnos una vislumbre de esperanza de que nuestros trabajos tienen un objeto mas permanente, si dijéramos como la constitucion de la República (1). Es admirable, diré mil veces, que en punto á estas reticen-

(1) Dudo si en otra parte de estas memorias he hecho mencion de un reproche que me hizo entre sus confidencias una de las mayores notabilidades argentinas: si fuese así, se me dispensará la repeticion, porque ahora viene muy al caso. Dijo que la revolucion no habia progresado porque de sus generales el uno se abstraia enteramente de las cosas políticas, [aludia al general Lavalle] y el otro, que era yo, se contraia demasiado á ellas. No contestaré la exactitud de esta observacion en cuanto al general Lavalle, de quien era preciso que digesen algo, porque pudieron haber circunstancias especiales que les hiciesen desear que tomase mas ingerencia en la política de los pueblos que fueron teatro de sus campañas; pero en cuanto à mi puedo asegurar que el cargo es injusto, ó al menos mi conciencia me lo dice así. No he tomado mas parte que la que me dictaba el mas puro y desinteresado patriotismo, mientras que mis censores, ó mi censor, queria, (à lo que pueden tambien haber concurrido circunstancias especiales) que no tomase ninguna. Lo que de mi han exigido esos Señores, es que desvainando mi espada marchase á derribar al tirano, sin permitirme la menor investigacion. Cuando he preguntado ¿Qué haremos despues que caiga? ¿Qué deben esperar los pueblos? ¿Qué piensan Vdes, sobre esto? La respuesta ha sido un desden ofensivo.

oías, Rosas y sus mas encarnizados enemigos, estén en un perfecto acuerdo.

La resistencia á que yo estableciese una regular disciplina, no venia espresamente de esa misma clase de personas, sino de aquellos que pretendian erigirse en caudillos, y de otros muchos que se proponian especular con el desórden. Son tan conocidos los manejos de esa especie de gentes que no merecen la pena de describirlos, pero habiéndose puesto los Madariagas á la cabeza de ellos, me será forzoso luego ocuparme de su carácter, de su capacidad y sus maniobras. Entre tanto, solo diré que partiendo estos dos ramos de la oposicion que he sufrido, de estos puntos distintos, venian al fin á confundirse y mancomunarse, lo que esplica esa liga entre las que se suponen y acaso son nuestras mas altas capacidades, y los caudillejos de Corrientes, de quienes pensaban servirse.

Ya se comprenderá tambien que la faccion militar que empezaba á mostrar su cabeza, era una emanacion de la primitiva, y que el cargo de indocilidad que me han hecho algunos, viene á ser el mismo que acabo de contestar. Se deduce pues, que esos partidos que pusieron embarazos á mi marcha, y que la cruzaron despues abiertamente, no pretendian otra cosa que hacerme un instrumento de sus miras é intereses, y que mi culpa real y verdadera ha sido querer tener juicio y conciencia propia.

Mas no se crea por lo que he dicho que esta oposicion se manifestó al descubierto desde el principio, pues que supieron encubriarla hasta que yo estuviese comprometido en una situacion de donde no me fuera fácil retroceder.

Tan lejos de eso me manifestaron en Montevideo disposiciones contrarias, siendo el Sr. Dr. D. Julian S. de Agüero, uno de aquellos á quienes manifestè francamente mis vistas y no las desaprobó. Lo mismo hicieron otros muchos, porque no hice misterio de mi modo de pensar, y con la mas pura intencion quise oir el dictámen de los demas, deseando que me demostrasen que era malo el mio.

Protesto con cuanta solemnidad y veracidad me es posible hacerlo que me hubiese adherido á una opinion cualquiera que se me hubiera presentado como mas útil á nuestro pais. Las reticencias que se tuvieron á este respecto, prueban que no eran buenas las razones que tenian que aducir ó que no me consideraban digno de conocerlas.

En prosecucion de las ideas que acabo de emitir, que son las mismas que emití entonces, quise conocer con anticipacion las disposiciones de los Madariagas, reinantes entonces en Corrientes y las del pueblo que los habia elevado al poder, resuelto á que sino se conformaban con las mias, no encargarme de una obra que si era posible, era superior á mis fuerzas en la forma en que otros podian concebirla. Para obtener esos conocimientos practiqué varias diligencias, sirviéndome para la primera del coronel Baltar, que se me presentó un dia por los primeros meses del año 44 para decirme que pensaba trasladarse á Corrientes.

Este gefe durante el laborioso sitio de Montevideo, no habia querido ceñirse y mucho menos desenvainar su espada, contrayéndose esclusivamente á algunos pequeños contratos de víveres que celebró con el gobierno (1). Repentinamente dió de mano á sus pacíficas ocupaciones y manifestó sus deseos de enfrascarse en la política y en la guerra, pero no allí sino en el territorio argentino de Corrientes á donde pensaba dirigirse.

Fué á verme como he dicho para comunicármelo y pedirme, segun se espresaba, instrucciones; hizo tarde de

(1) Juzgando que haciendo sociedad con mi hermano D. Julian, hallaria en mí una proteccion indebida, lo busco, de modo que cuando vino á solicitarla lo primero que me dijo fué que mi hermano estaba tambien interesado. Mi contestacion fué decirle que eso no me haria variar de mis principios, con lo que sin duda quedó desagradado, aunque no lo manifestó. Recuerdo que se trataba una vez de las raciones de maiz para la caballeria, y me vino con la solicitud de que pidiese el triple ó el cuádruple de las que se necesitaban. Ya se comprenderá que fui muy bondadoso reusándome urbanamente.

sus servicios, de su patriotismo, de la pureza de sus intenciones y de su ferviente anhelo por obrar en consonancia con mis opiniones y deseos. Si él, como creo ahora, hizo todo esto nada mas que para explorarlos, se tomó un trabajo perdido porque no necesitaba tanto para saberlos desde que yo no hacia un misterio, ni el menor empeño en ocultarlos.

Le hice pues una franca manifestacion de mi modo de pensar, sin reservarle mi resolucion de no ponerme al frente de los negocios de Corrientes sin que el gobierno y la provincia adhiriesen á la que yo juzgaba indispensable condicion. Le manifesté ademas que mi intencion no era ir solamente á defender á los correntinos, sino á salvar la República y que queria que los Madariagas y sus comprovincianos supiesen muy claramente esto. Todo lo encontró muy patriótico, en todo convino y se comprometió á generalizar mis ideas y empeñarse en su adopcion.

Aun hizo mas, pues que me ofreció que me avisaria religiosamente lo que observase, para que en vista de ello pudiese yo conducirme. Si en algo me equivoqué, fué en creerlo capaz de buena fé, porque á la verdad, no podia concebir que si este hombre me era desafecto, ó no se conformaba con mis opiniones, tuviese interés en que yo hiciese un viage inútil. Los sucesos aclararon despues todo esto: por ahora baste saber que desde que llegó á Corrientes no se ocupó de otra cosa que de captarse el favor de los Madariagas, sin cuidarse de hacerme la menor participacion, segun me lo habia prometido.

Desde antes de mi salida de Montevideo, habia recibido comunicaciones de los Madariagas, concebidas en sentido favorable, pero atestadas de pomposas vaguedades, que aun cuando yo hubiese tenido mejor idea de su carácter, no me hubieran inspirado mucha confianza, porque abundando hasta el fastidio en protestas de ardoroso patriotismo, nada determinaban clara y distintamente, al

menos en el genuino sentido que yo deseaba. Añadiéndose á esto la incomunicacion de Baltar, quise explorar nuevamente el campo por medio de otra persona que fué el Sr. D. Mariano Gainza que se hallaba en Rio Grande.

Escribí desde Rio de Janeiro para que sin pérdida de tiempo se adelantase á Corrientes con el mismo encargo de que habia ido incumbido Baltar. Asi lo hizo, pero aun que no por su culpa, ni por falta de fidelidad á su comitente, no tuvo su mision mejor resultado.

Llegado á Goya cometió la indiscrecion de hacer inoportunamente saber á algunas personas mis encargues, dándoles una atencion mayor que la que realmente tenian: dichas personas, acaso de buena fé lo transmitieron al gobierno, y los Madariagas no se dieron por satisfechos, afectando ver en Gainza un emisario sospechoso. He dicho que afectaron, porpue ni de lo que habia dicho Gainza, ni de lo que realmente era mi encargue, podian inferir cosa alguna impropia en mi, ni desfavorable á ellos. Lo que mas contribuyó al mal recibimiento de éste, fué la antigua y jurada enemistad que le profesaba Baltar, quien se apresuró á perderlo en el ánimo de los Madariagas (1).

Llegado que hube al Rio Grande, traté de practicar aun nuevas diligencias en el mismo sentido y dispuse que me precediese mi secretario Dr. D. Santiago Derqui, á quien hice las mismas recomendaciones, con el espreso encargo de que luego de que hubiese explorado las disposiciones de los Madariagas y del pueblo de Corrientes, me las hicjese saber aunque no fuese sino por una comunicacion escrita, para en caso de que no fuesen conformes á

(1) Es bien sabido desde Montevideo, el odio que profesaban á Gainza muchos argentinos, principalmente desde que entró á mandar la Legion. Sea porque este no era favorable al general Lavalle, sea porque en el desempeño de sus nuevas funciones, se manifestó extraño á la faccion que queria dominar, sea en fin porque me fué afecto, sus comprovincianos de Montevideo le eran opuestísimos y Baltar se constituyó su campeon en Corrientes. Luego se verá la hidalguia de este *desfacedor de agrarios*.

mis deseos, suspender mi viage, y evitar el escándalo de regresarme, quizá despues de una abierta ruptura.

Se me dirá acaso que por que no escribia directamente á los Madariagas, consultándoles su modo de pensar; á lo que responderé que conociéndolos, no podia acreditar nada de lo que me digesen, y que ademas, necesitaba saber el estado de la opinion pública, para lo que ellos no eran órganos adecuados. Era pues preciso que alguna persona que me inspirase confianza se acercase al gobierno, ó por mejor decir á la familia que tenia el poder, y hablándole francamente, obtuviese su conformidad, ó su negativa, y que ademas pulsase la opinion pública, y me hiciese conocer el resultado de sus observaciones.

Esto era aun sin contar las dificultades que habia para las comunicaciones que tenian que atravesar un pais devorado por la guerra y á la especial situacion en que me encontré al fin, cual era la de tener un plazo marcado y perentorio para hacer mi viage, pasado el cual no podria verificarlo. Solo una persona que conociese mi modo de pensar, y estuviese en antecedentes, podia hacerse cargo de las objeciones y darles solucion: solo *silla á silla*, pues que por cartas hubiera sido muy moroso, podian darse y recibirse esplicaciones indispensables. Entretanto no se perdía tiempo; pues que yo me iba acereando, y si se allanaba el camino á mi recepcion, no se habia malgastado ni un solo dia.

Todas estas diligencias fueron inútiles, pues que no recibí en mi camino aviso alguno. Mis comisionados; al menos los dos últimos, no querian mentir dándome unas seguridades que ellos mismos no tenian, y tampoco querian que se suspendiese mi viage, no queriendo responsabilizarse del mal que á su juicio traeria esto á la causa, ó lisongeandose (esto es lo mas cierto) con la esperanza de que mi presencia allanaria las dificultades y haria ceder á los ambiciosos hermanos.

El 30 de Octubre por la noche me embarqué en San

Francisco de Paula, guardando siempre el incógnito: al siguiente atravesamos la Laguna de los Patos, y al tercero arribamos á Porto Alegre. Llevaba conmigo toda mi familia y algunos gefes y oficiales afectos á mi comitiva.

Fué la mas acertada disposicion la de tomar esa vía, pues es casi seguro que si hubiera dirijídome por el camino ordinario habría perecido. En la *Sierra das Asperezas*, he sabido despues á no dudarlo que me esperaba una partida para asesinarme. Dicha partida se mantenía emboscada, pero estaba en relacion con un vecino, cuya casa me han señalado, que le servía de centinela, de avanzada y de espía. Por entonces solo recibí un aviso reservadísimo y confidencial del coronel Saens, oriental al servicio del Imperio, en que me aconsejaba que no tomase esa ruta advirtiéndome *que no me fiasse* (eran sus palabras) *de farrapos, ni no farrapos* con lo que pienso hasta ahora que quería indicar enemigos, que eran ó no eran brasileiros. Despues he tenido ocasion de hablar con este Señor, pero afirmándose en los motivos que tuvo para darme este aviso, jamas quiso adelantar su revelacion.

Seguí mi viaje por agua hasta Santo Amaro, felegresía que está diez leguas antes de llegar á el Rio Pardo, y de allí continué por tierra, sirviéndome de bueyes que es el único medio de conduccion que se presenta. Ya entónces emzaban á ser peligrosas nuestras marchas, porque íbamos internándonos en un pais devorado por la guerra civil. Yo habia obrado de modo que ninguno de los partidos beligerantes pudiera quejarse de mí ; pero sin embargo, desde que las autoridades legales no pusiesen embarazo á mi marcha, á pesar del incognito, era de temerse que los republicanos concibiesen sospechas de mis designios. Bien conocerá cualquiera cuanto importaba á los dos partidos la amistad del gefe que iba á mandar las fuerzas de la provincia limítrofe de Corrientes. En Rio Pardo encontré al argentino D. Policarpo Elias á quien merecí buenos servicios con sus relaciones y noticias. El debia en pocos dias

seguir viage hasta la costa del Uruguay, y me ofreció alcanzarme en el camino : lo cumplió.

En Santa María era ya muy peligroso el continuar mi marcha sin algunas precauciones y pensé tomar la de separarme de mi familia y tráfago. Sabiendo (decia) que mi familia va sola, no habrá interés en incomodarla, mientras que yo acompañado de dos hombres, hago la travesía hasta el Uruguay, guardando mas que nunca el incógnito. Las instancias de mi familia me hicieron mudar de resolucion.

Durante cuatro dias que pasamos en Santa María, una partida de republicanos, tuvo un encuentro con otra de legales, á distancia de una legua en que hubo alguna sangre.

Nuestro viage continuó no sin graves recelos, hasta cerca del rio Ytú, donde se nos incorporó D. Policarpo Elias. Este habia hecho su marcha por Alegrete y habia tomado luego á la derecha para reunirse. Me dió la alarmante noticia de que una partida me buscaba por el camino de Alegrete, que creian debía llegar, y que ocultaba bajo el pretexto de entregarme unas comunicaciones del general Rivera, algun designio siniestro. Mas ya entonces habia mejorado mi situacion, porque se me habia reunido el capitán Aldao con algunos caballos y mulas, mandados de Corrientes á mi encuentro. Sobre ir mas acompañado, estaba en aptitud de acelerar mi marcha, como lo practiqué. En la noche del 18 de Noviembre estuve en Itaquí : fué tambien un singular acierto de haber dejado á mi izquierda el camino de Alegrete y Uruguayana, para ir á tocar la costa del Uruguay 20 leguas mas arriba en Itaquí. Si es efectivo que algunos mal intencionados me buscaban por el primero, quedaron chasqueados.

Es ocasion de decir que meses despues se me presentó en Corrientes un vecino del Estado Oriental, sujeto á quien tengo por verídico y formal, y me aseguró que el general Rivera habia comisionado á dos oficiales farrapos, llamados el uno Pintos y el otro Ferreirinha para que

me buscasen en el camino, y preguntándole yo con que objeto, me contestó muy francamente que con el fin de hacer *otra Barranca-Yaco*; que esto lo sabia por un tal Baillo, escribiente de confianza de Rivera, y que habia creido conveniente avisármelo para que me precaviera en lo sucesivo, ya que habia escapado de esta primera emboscada. Sensible es que Baillo pereciese despues en la India Muerta, para que aclarase este misterio, si no es que existan otros que puedan hacerlo. En cuanto á mi no puedo formar un juicio cierto no hago sino presentar los hechos para que el lector forme ó suspenda el suyo.

El 20 de Noviembre me embarqué en una chalana y descendiendo al Uruguay estuve el 21 en el Paso de los Libres, territorio de Corrientes. Allí estaba el comandante D. Juan G. Acuña Alias (Mocito), el coronel D. Zeno Perez como gefe de la costa del Uruguay y D. Antonio Madariaga que sin tener investidura alguna lo mandaba todo, lo embrollaba todo, y lo echaba á perder todo. El pueblo se enbanderó, hubo algunos disparos de armas con pólvora, aun que los correntinos recordaban lo enemigo que era yo en tiempos anteriores del desperdicio de cartuchos, economia que en la absoluta carestía de pólvora que habia era mas esencial. La alegria degeneraba en locura en la masa de la poblacion, por mas que los adeptos de los Madariagas procuraban hacerme comprender que si yo veia aquellas demostraciones, era por que sus patrones las permitian y autorizaban. Recuerdo que D. Antonio Madariaga hizo cantar entre otras una cancion, himno, vidalita ó no sé que dedicado á su familia. Todo era para hacerme entender la gran popularidad de que gozaban. Como yo no me manifestase decidido à obrar activamente sino despues de saber si las ideas del Cobierno estaban de acuerdo con las mias y quisiese entretanto dejar mi familia en la Uruguayana, para volver à buscarla si no nos conveniamos, D. Antonio Madariaga quiso desesperarse y me juraba que sus herma-

nós lo pondrian todo á mi disposicion. No dejé de estrañar no hallar correspondencia del Gobierno, pero contestaban que se habia ignorado á punto fijo mi venida.

No obstante, el pronunciamiento público era universal, y la opinion se manifestaba tan á las claras á mi favor, que al paso que ello obligaba al gobierno á obtemperar, me forzaba tambien á condescendor con los deseos de todos de que siguiese á la capital. Era necesario pasar primero por el campo de Villanueva, donde estaba reunido el ejército, y á los pocos dias estuve en Mercedes, pueblecillo que está inmediato. Allí recibí una felicitacion de D. Juan Madariaga, nombrado general en jefe, y de otros muchos empleados y particulares. Todos insistian en la conveniencia de mi viaje á la capital, asegurándome que quedarían allanados todos los obstáculos, y quedó resuelto.

En el pueblito de Mercedes tuve varias conferencias privadas que me hicieron conocer que estaba en obra la faccioncilla de que ya hice mencion, hija de la de Montevideo. Todo su empeño consistia en abultarme el poder de los Madariagas y ofrecerme su cooperacion como único medio de dominarlos, con tal que yo les dejase toda la influencia en el consejo y operaciones que se ofreciesen. Sin ellos, daban á entender que no podria dar un paso.

Sin ocuparme mucho de estas insensatas pretensiones, sin alhagarlas ni contrariarlas abiertamente, me dirigí á la capital de Corrientes, siendo mi camino una ovacion continuada, tanto mas lisongera por cuanto era sincera y espontánea. Debe tenerse presente que en los mandos que he obtenido y destinos que he desempeñado, jamás he formado partido, y que si he procurado merecer el aprecio de mis conciudadanos, ha sido por un proceder imparcial y justo, y no por chocantes preferencias. Las demostraciones del pueblo de Corrientes, eran una espresion de sus verdaderos sentimientos, y no el desaogo de una faccion vencedora, pero tenian el inconveniente que casi siempre acompaña á las que no son producidas por el espíritu de

partido. Sin duda que los hombres entonces son conducidos por principios mas nobles y mas honrosos, mas como no son impulsados por las pasiones, no son tan activos ni tan tenaces, ni tan atrevidos. Los Madariagas encerrados en el círculo de sus adeptos, toleraban todo, pero se proponian minar mi reputacion y fulminaban anatemas en secreto contra los que se mostraban mas solícitos en aplaudirme.

Festejado y obsequiado, aunque marchando muy rápidamente para huir en lo posible de esos festejos que chocaban á la autoridad, llegué á la capital el 5 de Enero de 1845, y á una legua de distancia empecé á encontrar la poblacion que salia á recibirmé. Es singular que allí recibiese por primera vez carta del Dr. Derqui que por supuesto, no tuve tiempo de leer, la que me fué entregada por el comisario Albarracin: á los pocos pasos ya me encontré con el mismo Derqui. En seguida vino el gobernador, gefes militares, vecindario &c., y entramos á Corrientes con repiques de campanas, cohetes y aclamaciones de todo género. Fué de noche bien tarde que pude leer la carta del Dr Derqui que me desazonó en sumo grado.

Se habian redactado en privado varios proyectos de ley para la creacion de un directorio de la guerra en mi persona, pero el gobierno insistió en que el nombramiento fuese de su esclusiva nominacion, de modo que á su antojo podria revocarlo ó suprimirlo. Yo habia indicado desde antes que queria que en todo interviniese el congreso provincial: hé aquí pues que apenas habia puesto el pié en la capital y ya tropezaba con una tremenda dificultad que me habian antes ocultado cuidadosamente.

Será oportunidad de decir algo de mis comisionados y de la forma en que procedieron. Baltar por supuesto traicionó completamente mi confianza, no porque tuviese revelaciones que hacer y con que dañarme, sino porque nada hizo para allanar el camino y antes al contrario alarmó á los Madariagas torciendo sin duda, mis patrióticas miras.

**Cuando llegué estaba completamente vendido à esos desgra-
ciados hermanos.**

El comandante Gainza mi otro comisionado, pienso que obró con lealtad, pero poco versado en esta clase de negocios se condujo con inhabilidad: aborrecido por otra parte por la faccion madre de Montevideo y de consiguien-
te por su subalterna de Corrientes, hicieron todo lo posi-
ble, por perderlo en el espíritu de los gobernates, presen-
tándolo como un espía que yo habia hecho preceder: como
si su comision no hubiera sido la mas relevante prueba
de mi franqueza y sinceridad. Sea ignorancia de lo que
pasaba, sea temor que le inspiraron, no me dijo una so-
la palabra sobre lo que le habia eucargado y de consiguien-
te me fué no solo inútil su comision, sino tambien perju-
dicial como despues se verá.

El Dr. Derqui se disculpó diciéndome que su carta que
solo podía ir á mi encuentro por conducto muy seguro,
habia sido dejada por mi ayudante Arroyo que debió ha-
berla llevado y se habia marchado sin ella algunos dias
antes, de modo que no pudo hacerla llegar á mi poder has-
ta la misma tarde de mi entrada á la capital segun se ha
dicho. Este amigo me esplicó el estado de las cosas. Los
Madariagas en su opinion resistirian hasta cierto pnnto,
pero el pronunciamiento general los obligaria á ceder. El
Sr. Marquez, ministro de la guerra, hombre despreocupa-
do y amigo mio, parecia pensar del mismo modo, aunque
no se espresaba tan claramente: quizá buscaba un término
medio entre mis condiciones y la resistencia de los Mada-
riagas. Entonces comprendí el motivo del silencio de mis
amigos durante mi viaje: temian que sabedor de las dificul-
tades que me esperaban, diese de mano á todo ulterior
procedimiento y me volviere por donde habia venido. Que-
rian impedir esto concurriendo con sus reticencias á que
se me mostrase llano el camino: en ello obraban de perfec-
to acuerdo con los Madariagas los cuales temian tambien
que yo tomase una resolucion semejante que iba á arruinar

toda su obra. Las miras pues de todos se habían fijado en mi venida, los unos contando con que ella haria ceder á los Madariagas, y estos con la esperanza de que me rodearian de modo que me hicieran plegar á sus exigencias que consistian en investirme del *poder militar*, pero dejándome enteramente dependiente de ellos. Ojalá en esto solamente hubiera consistido la felicidad del pais y el triunfo de la causa! No era el sacrificio de mi amor propio el que me imponia el empeño de no condescender: era el íntimo, el perfecto convencimiento de que constituido en esa dependencia nada podria hacer. Conocia de muy atras á los Madariagas: sabia su ambicion insensata, su poca capacidad, sus tendencias desordenadas, su poca lealtad, sus prevaricaciones anteriores y la falsedad de su carácter: era indispensable ligarlos de algun modo, ó por lo menos hacer todo lo posible para poner la legalidad y la razon de mi parte y salvar mi responsabilidad.

Despues de muchas conferencias y discusiones, en que amigos officiosos intervinieron los Madariagas cedieron y se arregló el negocio mas ó menos segun yo lo habia propuesto. Esos amigos officiosos se apandieron de sus manejos; contando con que mi venida á la capital habia efectivamente allanado las dificultades y terminado felizmente el asunto. No consideraban que esos arreglos de circunstancias, poco sinceros en el fondo, no eran sino una tregua á nuestras interminables discordias. Mas hubiera valido que yo me hubiese entonces retirado de Corrientes y que los Madariagas hubiesen seguido su camino como lo habian empezado. No dudo que el éxito no hubiera correspondido á los deseos públicos, pero puede ponerse en cuestion si hubiera sido peor que el que al fin han tenido estas cosas.

Cuando esto sucedia solo estaba en la capital D. Joaquin Madariaga y uno ó dos mas de sus hermanos menos influyentes, pero es indispensable hablar en plural cuando se trata de ellos, tanto porque ellos mismos gustan de que

se haga así, como porque se hablaba sin pudor de los intereses de la familia como si estuviese ésta identificada con la causa. Sirva esta advertencia para siempre.

La ley del directorio fué sancionada el 19 de enero y muy luego me recibí de él. Hubieron juramentos, felicitaciones, discursos, esperanzas y demas que se acostumbra, como se puede ver en los papeles publicados de esa época, pero muy luego tuve motivos de advertir que los Mariagas y su círculo no obraban de buena fé. Mil incidentes pequeños, palabras sueltas, acciones equívocas, lo manifestaban: no me cansaré en su referencia, mas no dejaré de mencionar dos que ocupan en esta historia un lugar preferente.

Los Madariagas en 1840, cuando yo fuí á Corrientes eran mayores de milicias y por mí fueron hechos comandantes de escuadron. No tenían servicios, antecedentes, ni otra recomendacion que mas facilidad en producirse (principalmente D. Juan) y mas actividad que el comun de sus paisanos. Lá reaccion del 43, á la que despues dedicaré algunos párrafos separados, les dió nombradía y obtuvieron del Congreso el grado de coroneles: hablo de D. Joaquin y D. Juan que son los mayores y que mas suponen. Tan lejos yo de desconocer el mérito que habian contraído en la reaccion, lo ensalcé hasta las nubes, como puede verse en todos mis actos oficiales y privados. En prosecucion de este designio me propuse darles el empleo de coroneles mayores y lo hablé con alguno que sin duda se lo dijo al gobernador. Este quiso que su nueva investidura de general viniese del Congreso, é hizo que un tal Santos, hombre atrasado y oscuro, pero que era representante, hiciese repentinamente la mocion para que el Congreso lo condecorase con ese título. Este la desechó en el acto, diciendo que cuando acababa de crearse un poder militar que era quien debia dar esos grados (guardadas las formas se entiende) no podia el congreso dar aquel ejemplo de inconsecuencia. La irritacion del gobernador fué extrema con este motivo, y recuerdo que tratando yo de atenuarla, se me

quejó de sus paisanos diciendo, que se habian permitido algunos congresales, palabras inconvenientes á su respecto, como decir que los Madariagas estaban ya demasiado premiados, y otras semejantes. Ignoro si fué verdad, pero lo cierto es que juró desde entonces un odio implacable al congreso, ó mejor diré á las personas que lo formaban, que era lo mas adelantado y respetable de Corrientes.

Debe advertirse que los Madariagas desde subalternos, pusieron todo su empeño en ganar la plebe y principalmente los gauchos: para ello promovian la licencia y toda clase de seducciones por poco honorables que fuesen. Los escuadrones que ellos mandaban, fueron siempre los mas desordenados, y los que continuamente merecieron reprensiones. Tampoco habian desatendido la añeja táctica de los caudillos de indisponer una contra otra las clases de la sociedad: predicaban entre los gauchos con el mayor descaro el desprecio y hasta el odio contra la parte mas acomodada y decente. Con el supuesto desaire del Congreso, ese empeño se convirtió en furor y no conoció límites. Varias veces me dijo D. Joaquin. *“No se equivoque Vd. general; esos hombres valen muy poco: con solo hacer venir á Nicanor Cáceres estan metidos en un zapato.”* El comandante Cáceres que despues los ha abandonado, era el espantajo con que asustaban, por que tenia la fama de ser *gaucho malo*. Mi contestación fué decirle que se equivocaba si creia que yo buscaba apoyo en una facción que pretendiese formar; que recorriese la historia de mi vida, y me hallaria siempre en el sendero de la patria y nada mas.

Cuando avisé oficialmente á dicho gobernador que lo hacia coronel mayor, reusó aceptar pretestando *que sus paisanos no lo creian digno de ese honor*, pero el motivo real era que no queria obtenerlo de mí: mas no por eso me di por ofendido, como puede verse en las notas que se cauearon y que manifestaré cuanto mis atenciones me lo permitan. Por el contrario, le dí las mayores seguridades, le

brindé con mi amistad y le protesté con todo mi corazón de la rectitud de mis intenciones.

Al hermano D. Juan, conferí igualmente el empleo de coronel mayor, y éste en los primeros momentos lo aceptó y aun hizo conocer mi resolución en la orden general del ejército que permanecía en Villanueva: mas después para uniformarse con el hermano, renunció á su vez prestando que las instituciones provinciales exigían la aquiescencia de la Sala de Representantes para la expedición de estos grados. Le contesté que entendía que la ley de 13 de Enero me facultaba para ello, pero que siendo mis intenciones respetarlas como lo había jurado, no tenía embarazo en participarlo al Congreso como se hizo, y con lo que quedó concluido el asunto y él en posesión de su empleo. Mas tarde, es decir meses después el gobernador se hizo dar el mismo grado por la Sala de Representantes y lo aceptó muy corrientemente, sin que yo me diera por entendido.

El otro hecho, es el escandaloso procedimiento del coronel Baltar que en día claro, á menos de una cuadra de mi habitación y en la calle pública, acometió al comandante D. Mariano Gainza, armado de un rebeaque con cabo de fierro, según unos, ó de uno de cuero, según otros, tan duro y consistente que equivalía al primero. Apenas hacían dos días que me hallaba investido con toda la autoridad militar, cuando el coronel Baltar quiso desconocerla y desacatarla: eligió las circunstancias mas propias al efecto, contando con que el gobernador lo sostendría, y que por lo menos pondría en conflicto las relaciones de ambas autoridades. El comandante Gainza, sin que yo tuviese el menor antecedente, se me presentó una tarde en mi casa con un paso vacilante y la cara horriblemente estropeada. Preguntándole que era aquello, me contestó que el coronel Baltar había tratado de asesinarlo en media calle, y que venía á quejarse á la autoridad para que se le hiciese justicia y se castigase al criminal. Hice venir un médico

que practicase la primera cura, y me dirijí al gobierno oficialmente, pidiendo un cuartel donde hubiese una decente comodidad para poner en arresto al coronel Baltar, intimando á Gainza que lo gurdase en su casa donde pasó á continuar su cura.

Baltar desempeñaba las funciones de comandante general de armas de la capital, y al avisarle al gobierno mi resolución, le indicaba que nombrase otro que las ejerciese. Acto continuo me ví con el gobernador, á quien encontré muy embarazado con el suceso y con mi resolución. Procuraba disculpar á Baltar, alegando que habia recibido una carta insolente de Gainza, y le contesté que no estaba á fondo instruido del asunto, pero que por lo que acababan de informarme, ambos se habian dirigido cartas llenas de los mas groseros insultos y que Baltar habia sido el agresor. Repuso que Gainza en tiempos anteriores habia hablado contra el general Lavalle, y que Baltar habia creído justo vengar la memoria de su antiguo general. Le hice notar la irregularidad de semejante alegato, contestándole con una pregunta. *“No ignoro, le dije, Sr. gobernador que contra mí se desbocan muchas personas de esta ciudad ¿le parece justo y regular que mande apalcarlas, para lo que no faltarian algunos miserables que desempeñasen este servicio?”* Como sabia muy bien que era cierto lo que decia, pues él mismo promovia esas murmuraciones, retiró completamente su alegato para concluir con una observacion: *“Quien va á perder en este asunto, me dijo, soi yo, pues van á censurarme de que no sostengo á mis amigos.”* Señor gobernador, le respondí, *que quiere Vd. dar á entender con esa pretension de sostener á sus amigos? Es acaso el empeño de sustraerlos por esa circunstancia del poder de las leyes y del alcance de los tribunales competentes? En el caso presente no pienso obrar abiertamente, y al efecto he mandado procesar al coronel Baltar y al comandante Gainza, nombrando para fiscal á un gefe amigo de Vd. (el coronel D. Felix María Gomez) que seguramente no torcerá la justicia en disfavor de su protegido. Si se tratase de*

un hermano ó de un hijo mio no obraria de otro modo, y me abstendria de emplear un argumento semejante al que acabo de oír. Persuádase Vd. que lejos de censurarlo, toda persona sensata aplaudirá su imparcialidad y rectitud. Asi concluyó la conferencia, y como no pudiese el gobierno disponer por lo pronto de alojamiento decente en un cuartel, que sirviese de prision al coronel Baltar, me ofreció las casas consistoriales que yo acepté, y á donde fué colocado sin incomunicacion y con todo miramiento.

Diré algunas palabras sobre el verdadero motivo de la reyerta. Gainza habia dicho en una casa de confianza que Baltar en Montevideo, no habia prestado servicio alguno cuando la defensa de la plaza, lo que era evidente, pues nunca se dignó desenvainar, ni aun ofrecer su *cortante espada*, ocupándose solo en especulaciones mercantiles. Baltar supuso que Gainza habia ofendídole en su reputacion y le escribió una carta llena de groseros insultos y provocando un duelo: Gainza contestò con no menores insultos, pero de un modo que podia dudarse si admitia el duelo, sin embargo que me han asegurado que no fué su intencion reusarlo. De allí tomó ocasion Baltar para una satisfaccion que suponía que Gainza no queria darle.

Gainza tenia un hijo jóven, dotado de muy recomendables calidades, que era de temer quisiese vengar la ofensa hecha á su padre. Uno de los objetos que me propuse haciendo intervenir la autoridad y arresando á Baltar, fué precaver desagradables ulterioridades. Cuando en mi conferencia se lo hice sentir al gobernador, tomando un aire de confianza y aproximándoseme, me dijo: “*Es que nosotros podemos impedirlo,*” á lo que contesté, “*el modo de impedirlo es obrar en justicia.*” Despues he sabido que el jóveu Gainza pasó á Baltar cartel sobre cartel de desafio, que el valenton reusó admitir mientras estuviesen en el territorio de Corrientes, *de miedo, decia, de las providencias que yo podria tomar contra él,* siendo asi que se podia contar como fuera de mi inmediata dependencia, pues me hallaba ya en e

ejército á muchas leguas de distancia y gozaba él de todo el favor de la familia Madariaga.

El verdadero motivo de la querrela fué el desco de satisfacer antiguas prevenciones que se tenian Baltar y Gainza desde el ejército libertador y complacer á los Madariagas que estaban resentidos con el segundo por el modo con que habia desempeñado la comision que yo le di: ademas creia Baltar que siendo Gainza un hombre de edad y no arrastrando un concepto de valenton era una victoria fácil y un medio de hacerse respetar por un *Francisco Estevan el guapo*. Es preciso advertir que una fatalidad que no puedo penetrar bien hacia que Gainza fuese un hombre generalmente mal querido. En Montevideo estaba votado al odio del círculo dominante entre los argentinos y me costó muchos debates y contradicciones el sostenerlo en el puesto de comandante de la legion argentina. La faccioncilla hija de aquel círculo que se habia trasladado á Corrientes llevó el mismo espíritu de persecucion contra Gainza y logró poner en sus miras á los Madariagas: hé aquí todo.

Conozco que se me dirá que me detengo demasiado en hechos particulares, pero reflexionese que ellos hacen conocer á los personajes que han de figurar en esta historia y esto es importante.

Se aproximaba el tiempo de mi salida de Corrientes para trasladarme al ejército y la causa de Baltar seguia sin interrupcion. Mi pensamiento era llevarla á cabo hasta que estuviese en estado de juzgarla, pero el Gobernador manifestó deseos de que se terminase el asunto y su Señora Madre me hizo una visita para decirme que *Baltar era querido de toda su familia y que toda ella sentia sus sufrimientos y deseaba su soltura*. Este modo de hablar envolvia una táctica amenaza de ruptura y por lo menos era seguro que en cuanto yo marchase se relajaria la prision de Baltar y no faltarian pretextos para colorar un acto tan avanzado. Quise pues ceder y llamando la causa puse un decreto de so-

breseimiento por razones especiales que no especificaba. El decreto fué firmado estando ya á bordo del buque que debia llevarme á Goya, desde donde pasaria por tierra á Villanueva.

Se me pasaba hacer mencion de un curioso incidente que precedió á mi salida y es el siguiente: Ese mismo gobernador de Corrientes que tanto ha querido combatir y hasta ridiculizar el carácter de nacionalidad que se atribuia al directorio de la guerra, lo aceptaba con el mas grande empeño para que se reconociese como deuda nacional la que habia contraido y podia contraer Corrientes en la guerra que sostenia: queria un reconocimiento en globo y á ciegas, á lo no quise acceder. Mi resistencia era tanto mas fundada, por cuanto sabia que los Madariagas habian hecho una emision de papel moneda sin estar autorizados por el congreso, y por cuanto era público el manejo irregular de los cuantiosos intereses adquiridos por el embargo del convoy. Existia una casa donde estaban amontonados sin cuenta ni razon algunos efectos que ni quise ver, ni librar una órden por una vara de lienzo, dejándoles toda la responsabilidad. A la singular pretension de que reconociese la deuda, me contenté con decir que era justo que la nacion cargase con la que habia contraido Corrientes, pero que no podia reconocerla sin saber su monto y su inversion. Medió un negociado de amigos oficiosos, y el gobierno se contentó con mi respuesta, haciendo despues alarde en su mensaje al congreso de que yo habia reconocido el derecho á los reclamos que podria hacer Corrientes.

El general D. Juan Pablo Lopez que conservaba el titulo de gobernador legal de Santa-Fé, habia sido llamado á la capital para que si lo creia conveniente prestase su aquiescencia á la ley de 13 do Enero que establecia el directorio de la guerra. Aprovechó el buque en que yo viajaba para regresar á su campo establecido en el Rincon de Soto á tres leguas de Goya: tambien me proponia con esta ocasion pasar revista á la division santafecina que manda-

ba dicho general. Consistia esta en 300 á 400 hombres con poca instruccion y menos disciplina. Las quejas del vecindario por los daños que les ocasionaban eran repetidas. Todo me persuadia de la conveniencia de mudar el campamento á Villanueva, donde reunido todo el ejército bajo mi vista, podria mejorarse su organizacion en todo sentido. Este era un golpe para el general Lopez que conservándose aislado con los restos del ejército santafecino que lo habian seguido se figuraba que era aun gobernador y que estaba en el territorio de su provincia: creíase en una pequeña soberanía. El espíritu de localidad y las preocupaciones insensatas de los caudillos han sido dos obstáculos con que he tenido que luchar constantemente: los he encontrado siempre sobre mi marcha.

Sin embargo, la revista se pasó y la orden de marchar luego que hiciese sus preparativos fué dada al general Lopez. Demoró su cumplimiento bajo diversos pretextos, mas fué preciso hablarle terminantemente y la cumplió despues de muchos dias.

Llegué á Mercedes el 11 de Febrero, habiendo salido el 5 de la capital de Corrientes: hice una visita de paso á la villa de Goya, la que aunque momentánea y de improviso, me hizo conocer que los Madariagas no se dormian y que trabajaban subterráneamente.

Ya me tienen en Mercedes, ó lo que es lo mismo en el campo de Villanueva á cuya inmedjacion está dicho pueblito. Muy luego pasé una revista al ejército, en que desplegó D. Juan Madariaga que lo habia mandado todos los recursos de su genio para presentarlo lucidamente. Claro es que esta revista general ni podia ni debia ser de investigacion: recorrí ligeramente las filas, hablé al ejército convenientemente y recibí los cumplimientos de los gefes. Allí encontré al celebérrimo ingles, pretendido general Plantagenet Harrison. Este aventurero habia sorprendido á algunos patriotas de Montevideo y trajo recomendaciones pomposas. Se decia que poseia un caudal inmenso, y que

lo sacrificaba á impulsos de un entusiasmo caballeresco por la libertad y la gloria: hubo sugeto bastante caracterizado que me escribió que su adquisicion valia un ejército. A muy pocas palabras ya se conocia que nada poseia, porque todo era preciso darle, y que era un loco estrafalario. Quería ser reconocido como Brigadier y lo reusé: solo lo aceptaba como coronel mayor. Me propuso un viaje á Rio de Janeiro con el objeto de procurar armas, y aproveché la ocasion de deshacerme de él.

Luego que se me hubo preparado una habitacion me trasladé al campamento de Villanueva, dejando mi familia en Mercedes. Entonces me dediqué á pasar revistas prolijas, cuerpo por cuerpo para conocer el verdadero estado de ellos. Sabian hacer algunas maniobras porque Madariaga habia ojeado la táctica, pero nada entendian ni querian entender, ni sabian, ni querian saber de las obligaciones respectivas, de los pormenores del servicio, de los rudimentos primeros, del servicio de campaña y mucho menos de la parte moral de la disciplina. Todos los adelantos del ejército consistian en un medio-barniz, en una simple apariencia que dejaba ver un fondo de ignorancia, de ineptitud y de atraso. Recuerdo lo que en conversacion confidencial me dijo uno de mis ayudantes despues de esas revistas. *“Sr. general, la instruccion de este ejército se parece á la de un hombre que hubiese aprendido aritmética sin saber leer ni escribir.”* El mayor Villanueva (1) jóven de un talento muy despejado, tenia razon.

Sin embargo, en todas mis notas oficiales encomié la disciplina y el arreglo del ejército y el mérito de su general. No debia hacer otra cosa, ya para complacer á los amigos, como para no alentar á los enemigos. Consideraba tambien que D. Juan Madariaga que habia mando en gefe, sentiria bajar al rol de subalterno, y procuré por honras y demostraciones extraordinarias, y por las considera-

(1) El mismo que en la actual guerra de Oriente ha figurado como General de Brigada en los ejércitos rusos.—Nota de los EE.

ciones mas delicadas, suavizar este paso indispensable. Por otra parte ¿debía sufrir tanto su amor propio cuando se ponía á mis órdenes? ¿no era yo su antiguo general, cargado de antecedentes y servicios? ¿no hacia un sacrificio en ir desde tan lejos á echarme encima la tremenda responsabilidad de salvarlos y hacer triunfar la revolucion? El se atrevió una vez á espresarme sus designios diciéndome: *“Es inútil que el Sr. general se incomode en ponerse á la cabeza del ejército: mejor sería que nos dejase la tarca de mandarlo y que Vd. permanezca gozando al lado de su familia y conservando la alta direccion.”* Este consejo encerraba todo el plan de sus miras, que como las de sus hermanos fueron servirse de mi nombre y reputacion para aumentar el poder y conservarlo. Hubiera condescendido, y hubiera hecho este sacrificio á mi patria si lo hubiera creido útil; pero no lo era y los tres mil hombres que componian el ejército, no hubieran sido otra cosa que lo que han sido en Yveces, despues en sus manos perdieron lo que habian adelantado. D. Juan Madariaga posee una imaginacion activa, pero no tiene discernimiento, ni profundiza las cosas: es absolutamente incapaz de mandar un cuerpo de tropas regulares, y si tiene alguna habilidad es para desquiciar, relajar y corromper todo lo que se le aproxima. Animado de los deseos mas ardientes de ser caudillo, no tiene ni remotamente las cualidades que se necesitan: al fin ha concluido por el mas sublime ridículo.

El material del ejército presentaba un cuadro terrible á la par que miserable; lo que se llamaba artillería no merecia este nombre: lo que se llamaba parque apenas encerraba unos cuantos miles de cartuchos, en términos que á mi llegada solo habia en toda la provincia de Corrientes treinta y tantos mil tiros de fusil y tercerola. Un cuerpo que se engalanaba con el nombre de batallon de infantería, y que se habia reunido apresuradamente para esperarme, estaba medio armado de malísimos fusiles, muchos de ellos sin bayoneta. La caballería casi en su totalidad, tenia

lanzas sin regaton y por molarra un pedazo brusco de hierro ajustado á la asta con un fragmento de arco de barril: los pocos tiradores que habia en la caballería estaban armados de un número quebrado cuya unidad habia sido una tercerola ó un fusil: habia pocas soldados que tenian $\frac{1}{2}$, $\frac{1}{4}$, $\frac{1}{8}$, ó $\frac{1}{8}$ de tercerola ó fusil por toda arma, pues sables eran tan escasos que una gran parte de los oficiales no poseian ninguno. Para entenderse bien esto, debe tenerse presente que los correntinos, más que ningunos otros de nuestros gauchos gustan de la arma corta, y en el desórden que habian estado y estaban, podian cortar y cortaban sin responsabilidad las armas de chispa, en términos que habia muchos que habian sido fusiles y que no tenian más que un palmo ó un pié de largo. Tal era el armamento del ejército correntino con que se debia batir á los ejércitos federales y destruir el poder de Rosas. Ojalá que este hubiese sido el único inconveniente que al fin podia remediarse como se consiguió! La más grande dificultad estaba en moralizar esa masa de hombres, en desarraigat vicios casi inveterados y establecer una disciplina racional, sin la cual era imposible vencer. Este fué mi plan y mi empeño: veremos hasta donde pude conseguirlo.

Desde que se reconoció la ley del directorio habia sido una dificultad no pequeña la colocacion que se daría á D. Juan Madariaga. El gobernador en una ocasión que expreso eligió, me habló con el mayor interés de su hermano, y de que deseaba se le asignase un puesto digno y conforme á la estimacion que de él hacia. El Sr. Marquez algo más esplicito, tuvo varias conferencias sobre la clase de colocacion que le daría: algo se dijo de jefe del E. M., pero era el menos á propósito para ese destino, porque hubiera abusado de la facilidad que él da á un espíritu turbulento y atrevido: por otra parte, no tiene idea ni remota del mecanismo de la administracion de un ejército, carece de todo espíritu de órden, de método y de regularidad. El E. M. hubiera sido un semillero de vicios y desórdenes:

Ofrecí pues que le daría una brillante división á mandar, y que llegado el caso de una campaña, obtendría el mando y título de general de vanguardia.

A consecuencia de ello, luego que tomé el mando del ejército, le dije que formase una división á su placer, que eligiese los cuerpos que desease y me los indicase para complacerlo. Se reusó constantemente, pretestando que sus servicios serian mas útiles ayudándome con sus conocimientos locales como un general suelto y que cuando llegase el caso de invasion ó campaña, aceptaría el mando que le ofrecia. El verdadero motivo de esta resistencia era que jamás habia renunciado á la pretension de mandar todo el ejército. Se veian forzados por las circunstancias á hacer una tregua, pero con la mira de renovar sus exigencias en oportunidad. Fuera de eso hacia años que no veia la capital, queria hacer una visita á su familia, deseaba partir en pocos dias y era mejor dejar ese arreglo para despues. Consentí y marchó à principios de Marzo: asi como él pidieron licencia otros gefes de los paniaguados de su familia para ir á diversos puntos de la provincia y la concedí á algunos sin creer que su retiro envolvese un pérfido designio.

Casi juntos conmigo habian llegado á la provincia de Corrientes varios gefes antiguos; á algunos de los cuales dí colocacion poniéndolos al frente de las divisiones que mas tarde hice regimientos. Los coroneles D. Federico Baez D. Faustino Velazco, D. Ramon Caceres y D. Felipe Lopez fueron de este número. Este fué el motivo aparente que tomaron para entregarse á amargas murmuraciones. Debo advertir que estas colocaciones las hice de acuerdo con D. Juan Madariaga, quien no solo las aprobó, sino que me instó muchas veces para que cuanto antes las verificase. Este consejo era dado muy de mala fé, pues trabajaba subterráneamente para que fuesen mal recibidos y produjesen descontento y hasta motines, contando con que entonces lo llamaria para echarme en sus brazos y dejarlo

campear á su placer. El y los gefes que se ausentaban, debian aparecer tanto mas inocentes por cuanto estaban lejos del teatro: algunos agitadores subalternos eran los encargados de la obra.

Aquí volvió á aparecer en toda evidencia ese vástago de la facción de Montevideo de que he hablado mas de una vez. Hicieron los mayores esfuerzos en desacreditar á los gefes colocados y en irritar los ánimos contra ellos. Aparentaban por mí la mayor estimacion y aun respeto: convenian en mi capacidad y mérito: decian que estaban conformes con que los mandase, pero que no podian sufrir á hombres que eran inferiores á ellos. Se proponian formarme un círculo mas digno (segun ellos) separando de mi confianza á los que creian que la poseian: hasta acordaron en sus consejos admitir á tres unicamente de los que tenian por mis amigos escluyendo á los demas. Eran los elegidos el coronel Chenaut, el Dr. Derqui y el comisario Albarracín. Era una concesion con que pensaban atraer á estos tres buenos patriotas, quienes en recompensa les ayudarian á apoderarse de toda la influencia. Así raciocinaban estos mentecatos y en este sentido contribuian á la agitacion universal, con la esperanza de que en el conflicto buscara su consejo y su apoyo. En su delirio fundaron una semi-logia en que iniciaron á algunos correntinos: tuvieron la audacia de venir á tentar á los oficiales de mi secretaría; pero todos sus pasos eran conocidos y no les dieron resultado alguno.

En la noche del 10 al 11 de Marzo se desertaron 40 hombres del escuadron Itatí, que luego se supo que iban juntos sin cometer otro desórden que tomar caballos y que se dirigian á la capital á buscar al gobernador á quien deseaban ver. Se dieron las órdenes necesarias para su persecucion en la campaña y siguió todo en quietud hasta la tarde del dia siguiente 12 en que el mayor D. Timoteo Villanueva, correntino, y que pertenecia al mismo escuadron Itatí, me dió parte de que esa noche debia desertarse el

restó del escuadrón, encabezando la desercion el alférez Candia del mismo cuerpo. Era la tarde y muy luego fué la hora de lista, en la que me presenté solo con dos ayudantes delante del escuadrón mencionado: en el acto hice arrestar al alférez Candia; lo mandé á mi guardia del cuartel general, y le hice remachar una barra de grillos. Cerrada la noche, no cesando un momento de tomar nuevos informes; hice arrestar á todos los sargentos y cabos del mismo escuadrón, pero faltaba uno de aquellos que era uno de los principales motores. Este fué al fin hallado en el rancho de una muger y declaró al mayor Villanueva (éste es el mayor que era mi ayudante) que la cosa era más seria de lo que se habia pensado: que habia combinacion de mucha tropa de todos los cuerpos para sublevarse, tomar las armas, apoderarse del parque, municionarse y cometer todos los desórdenes consiguientes. Se hicieron algunas prisiones en el batallón de infantería que era el más indicado y se esperó en la mayor vigilancia el resultado. Al sargento promotor y ahora denunciante, se le tomó una tercerola fuera del campo, con algunos cartuchos, la que debia servir para hacer la seña á los coligados: al disparo de un fusil ó tercerola debian tomar las armas y constituirse en rebelion. Entre las medidas que habia tomado, antes de yo ir á Corrientes, D. Juan Madariaga era una no dejar un solo cartucho á la tropa, porque á su juicio era imposible que se pudiese obligar al soldado á conservarlo. Los cartuchos que tenia el sargento habian sido substraídos á un oficial por su asistente y suministrados al sargento.

La noche era sombría y oscura: los ánimos apesar del disimulo parecian mal dispuestos: los secretos agitadores ostentaban la mas refinada hipocresía: los gefes fieles estaban poseídos de una vaga desconfianza, pero siempre dispuestos á llenar honrosamente sus deberes. La tropa dormia ó guardaba silencio en sus cuadras ó ranchos y yo me paseaba delante del cuartel general, mandando á cada momento ayudantes en diferentes

direcciones para asegurarme del estado del campo, cuando á las doce de la noche, estalló sobre nuestra derecha en un bosque cercano el tira anunciado. Fué simultánea la voz de los gefes que llamaban á sus cuerpos á las armas y antes de cuatro minutos todo el ejército estaba formado, pero en orden y con sus gefes á la cabeza. En esta situación se esperó un buen espacio de tiempo, y viendo que nada habia por entonces que temer, la tropa recibió orden otra vez de entregarse al descanso. Los conjurados se intimidaron y retrocedieron: desde entonces no se ocuparon sino de ocultar las señas que podian hacer conocer su mal proceder, y de aparecer inocentes: forzoso es penetrar mas en este negocio.

La fermentacion que hubo de producir tan tremendo resultado, fué secretamente promovida por los Madariagas y por la faccioncilla argentina (la llamaremos asi) en la esperanza de que yo me desprenderia de los gefes que habia colocado para asirme de ellos. Mas no se crea por esto que los Madariagas y la faccioncilla eran amigos sinceros: no, era union de circunstancias. Ambos me ofrecian su poder para emplearlo contra el otro, y yo no queriendo pertenecer, ni apoyarme en facciones, los habia urbanamente despedido. He dicho que la fermentacion fué promovida por ellos, mas luego se asustaron con el carácter de rebelion que tomaba el movimiento, el cual amenazaba disolver y destruir todo, lo que no entraba en sus cálculos. Asi fué que vine á servirme de muchos de ellos que contribuyeron á sofocar la naciente insurreccion.

La causa del alferéz Candia en que estaba comprendida la del motin proyectado se seguia: de las declaraciones resultó que la causa del descontentó general era la violacion de una promesa que solemnemente les habia hecho el gobernador, asegurándoles dos cosas—1.^a que nunca serian mandados por extrangeros, comprendiendo en esta clasificacion á los gefes argentinos—2.^a que nunca saldrian á llevar la guerra fuera de su pais. En cuanto

á lo último nada habia hasta entonces, pero en cuanto á lo primero habian sido engañados con la admision de los gefes ya nombrados. Con este motivo me dirigí al gobernador pidiéndole esplicaciones, y conservo su contestacion equívoca y evasoria, que sin embargo hice conocer de todo el ejército. Al mismo tiempo este Sr. gobernador recibia en Corrientes los 40 desertores primeros del escuadron Itatí, los agasajaba y mandaba licenciados á sus casas en vez de aprisionarlos y mandarlos al ejército para que fuesen juzgados. Mas tarde el mismo D. Juan presidió el consejo de guerra que juzgó á Candia, y era tal la evidencia de su crimen que no pudo dejar de condenarlo. Fué sentenciado á perder su empleo y diez años de trabajos públicos, donde yo lo destinase: lo mandé á la escuadrilla, y á los pocos meses lo sustrajo calladamente el gobernador para emplearlo otra vez de oficial en su departamento.

Mientras estos disturbios, D. Juan Madariaga permanecia en Corrientes, donde se ocupaba de su proyecto de casamiento; suceso que no ha dejado de tener influencia en los males que se han sufrido: pero dejemos esto para despues de tratar de un incidente mas importante, con el que está relacionado. Rosas resistia á reconocer la independencia del Paraguay que mira como provincia argentina. El presidente Lopez fuertemente adherido al pensamiento de constituir una república soberana, era un enemigo natural del dictador de Buenos Aires: la alianza del Paraguay y Corrientes era un consiguiente indispensable que dias mas ó menos debia verificarse. En ello se negociaba y la comunicacion era bien activa, cuando el Sr. Lopez acompañó á una de sus cartas un papel sin firma en que proponia la alianza, *siempre que se abriese su horizonte* (era su expresion) *y se le hiciese ver la posibilidad de que Corrientes se constituyese asi como el Paraguay en estado independiente.* Debo decir que nadie manifestó el deseo de adherir á la indicacion del presidente paraguayo, pero sí de aprovechar la ocasion de estrechar las relaciones existentes y

obtener la alianza. El Dr. Derqui, fueme propuesto como negociador por D. Joaquin Madariaga y se trasladó á mi campo para recibir mis instrucciones y diplómas correspondientes que de nadie sino de mi podia obtener con arreglo á la ley de 13 de Enero. No hubo dificultad en arreglarlo todo y el Dr. Derqui marchó de mi campo perfectamente despachado para seguir su viage al Paraguay.

El comisionado llegó á la Asuncion donde fué bien recibido, pero no en su carácter diplomático y solo de un modo confidencial. Fuese falta de circunspeccion en el Dr. Derqui tratandose de un pais tan delicado como el Paraguay, fuese excesiva susceptibilidad del Presidente, fuese en fin que el negocio no estaba aun en sazón, á nada se pudo arribar fuera de recíprocas protestas de amistad y buenos deseos. Hubo, segun supe despues un incidente desagradable que indispuso al Sr. Lopez, pero no por eso dejó de tener conferencias con el comisionado, de las que no se hizo protocolo. Segun Derqui, habia convenido con el presidente en redactarla en forma de nota oficial, cuando á su regreso diese cuenta de su comision y mandarle á él una copia de dicha nota, para que en términos mas ó menos precisos espresase su conformidad. Cuando llegó este caso recibí una terrible nota del Sr. Lopez. desmintiendo á Derqui y solicitando que la nota que habia pasado, se tuviese por no recibida— Mi contestacion fué simplemente acusando recibo y dejando las cosas en este estado: existen en mi poder estos curiosos documentos.

El Dr. Derqui visitaba desde muchos años en casa de las señoras Cossios: cuya madre viuda lo recibia con distincion. La menor de las hijas llamada Modesta, lo trataba con estimacion y era grandemente correspondida. Era un rumor añejo su casamiento que sin embargo se demoraba indefinidamente. En esto nada habia de positivo acordado, sino esas indecaciones mudas que tan eloquentes son entre los amantes, cuando algun secreto in-

conveniente los detiene. Las circunstancias políticas eran las que retraían al Sr. Derqui que iba de día en día difiriendo una declaración que solo faltaba expresarla bervalmente. En esta situación fue que hizo su viaje al Paraguay y aun entonces dió una prueba de afección á la familia de Cossio, llevando como secretario de legación á uno de los jóvenes hermanos de su futura. La misma noche del día que se embarcó estuvo la señora madre de Madariaga á pedir á Modesta para desposarse con su hijo Juan. La señora madre de la niña le contestó que su hija no conocia al señor su hijo, que no estaba dispuesta en su favor &c. La señora de Madariaga insistió y continuó sus visitas que empezó también á practicar el presunto novio. Por mas desengaños que le ofrecían, era tal la fatuidad y el orgullo de su familia, que ni suponía la posibilidad de la resistencia. La señora madre de la niña que no tenía una solución espresa de parte de Derqui: el miedo por otra parte que le imponía el poder de la casa Madariaga y hasta de las amenazas que D. Juan se habia permitido contra la niña que lo desairase en general, la ponía en el mayor conflicto. De estas indicaciones dedujo Madariaga que todo estaba concluido en su favor é hizo correr la voz de su casamiento y hasta mandó un fardo de adornos mugeriles, acompañado de algun dinero como regalo de nupcias.

Mecido en estas ilusiones salió de Corrientes en el mes de Abril para volver en todo Mayo á concluir su desposorio. En esos mismos días vino de regreso Derqui del Paraguay y luego que hizo conocer espresamente sus deseos, la novia que jamás habia consentido en su matrimonio con Mydariaga y la madre que solo intimidada habia prestado un negativo consentimiento, se apresuraron a romper con este. El día antes de llegar al campo de Villanueva, recibió las cartas fatales que destruían sus nécias esperanzas. El paquete de vestidos habia sido de-

vuelto sin abrirlo, lo mismo que unas 30 ó 40 onzas de oro que lo acompañaban.

Cuando me vi con él no dejé de felicitarlo por su próximo enlace que era público, y me sorprendió sobre manera que él lo negase: lo atribuí por lo pronto á melindrosidad de novio y no insistí, pero se me llegó porque habia otras personas, para decirme al oído lo mismo, añadiendo que luego hablaríamos, con lo que no toqué mas el asunto. Cuando quedamos solos se quejó amargamente de Derqui y de la familia de Cossio, pretestando que se vengaría. lo particular es que daba al agravio que se le habia hecho el aire de una traición á la patria, pues decia en su despecho *que no era él quien debía sentirlo, pues era feliz en no enlazarse con una muger que no merecia aprecio, sino la causa que sentia los efectos del insulto que habia sufrido.* Cualquiera pensará que estas eran palabras vanas y yo lo creí entonces, y sin embargo nada es mas cierto que este suceso ha tenido una notable influencia en los que se han subseguido. El Dr. Derqui era mi amigo y yo no podia permitir que se le sacrificase á una venganza particular. Sin que yo se lo dijese lo conocian ellos y nuestras relaciones se resfriaron totalmente.

Entre tanto el gobernador fulminaba contra Derqui y la familia de Cossio. El ministro Marquez, amigo tambien de éste y de la justicia, hacia lo posible por templar las iras de los Madariagas y sustraer á Derqui de sus persecuciones. Como un medio de salir del paso momentáneamente, adoptó el de hacerlo marchar al ejército, con el pretesto de darme cuenta de su misión al Paraguay encargándome que viesse modo de arreglar las cosas lo menos mal que pudiese entre él y Madariaga. Sondée el vado con este, y era imposible, pues cuando se tocaba este punto se estraviaba hasta perder la razon. Nada menos queria que Derqui renunciase al matrimonio con la señorita Cossio y de este modo vengase las calabazas que él habia recibido. Derqui como hombre de honor,

no podia dejar chasqueada á una familia que todo lo arrastraba por él y que estaba resuelta á espatriarse si era preciso. Aunque yo no era cãpaz de proponerle una infamia se apresuró á declararme que á su vez estaba resuelto á arrostrarlo todo y que antes derimiria la cuestion en un lance de honor. D. Juan aunque frenético, no era hombre que adoptase medios de esa naturaleza, y se contentó con renovar sus amenazas contra Derqui, contra la familia de Cossio en masa y su descendencia.

Derqui volvió á Corrientes y se casó teniendo que vencer mil dificultades y hasta la resisténcia del cura que tenia la cólera de los Madariagas. Si hubiera estado allí D. Juan, es probable que no se hubiera verificado el casamiento, pero D. Joaquin solo, era menos indócil á los consejos de la razon y á las persuasiones del Sr. Marquez y otros hombres prudentes. Despues tuvo que vivir aislado, por que todo el que lo visitaba incurria en la desgracia de la familia reinante, y rodeado de precauciones que sin la tierna afeccion de su esposa y familia, hubieran hecho un suplicio de los primeros meses de su matrimonio. Mas tarde, en el mes de Octubre, con el fin de sacar al Sr. Derqui de su incómoda posicion, me escribió el Sr. Marquez que podia llamarlo á mi secretaría, en lo que el mismo D. Joaquin consentia. Cuando lo supo D. Juan, que fué al marchar de Villanueva para ir á su mision del Paraguay, se renovó su frenesí, dijo que el casamiento de Derqui era un insulto hecho á la patria, y que no serviría si su enemigo era empleado de cualquier modo, y logró trastornar á su hermano, en términos que me escribió declarando que si insistía en llamar á Derqui, dejaria el puesto que ocupaba.

Para concluir este asunto y no volver otra vez sobre él, he avanzado algunos meses y debo volver atras.

Anteriormente ofrecí dedicar algunos párrafos á la reaccion de la provincia de Corrientes el año 43 y habia olvidado hacerlo, sin embargo de que es muy conveniente

conocer este suceso para mejor comprender los demas.

La provincia de Corrientes era decidida por la causa de la libertad, su aversjon á Rosas era sincera, el odio á Urquiza era universal. Son los Madariagas los que han alterado estas disposiciones: son ellos, esclusivamente ellos, los que la han sometido á la influencia del Dictador, y la han puesto bajo la cuchilla de Urquiza.

En la fatal jornada del Arroyo Grande habia sido vencido el ejército de Corrientes, pero su voluntad era la misma. Hizo Urquiza una media invasion y no halló resistencia porque no hubo gobierno, no hubo generales, no hubo gefes, ni direccion. Los Madariagas fueron los primeros que se ocuparon solamente en pasar haciendas propias ó ajenas á la Banda Oriental del Uruguay, para su negocio particular: todo Corrientes es testigo de lo que acabo de decir. Como ellos, emigraron una considerable porcion de gefes y oficiales, y muchos hombres de tropa. Urquiza hizo un arreglo con el nuevo gobernador D. Pedro Cabral y regresó sin penetrar en la provincia para atender á la guerra del Estado Oriental que lo llamaba con urgencia, dejando una débil guarnicion insuficiente para sofocar el patriotismo de los correntinos. El menos perspicaz conocera que era la ocasion mas oportuna para promover una reaccion, y solo faltaba la eleccion del que debia encabezarla y dirigirla. Los que primero pusieron mano á esta obra, fueron los Sres. Marquez y Murguiondo ambos han sido muy mal correspondidos por los Madariagas. Era indispensable la cooperacion del gobierno brasilero republicano que entonces imperaba en aquellos lugares, y esta se obtuvo sin mucha dificultad. La colocacion de los Madariagas al frente de esta empresa es esclusivamente debida á dichos Sres. Marquez y Murguiondo que los pusieron en relacion con el presidente Bento Gonçalves y los recomendaron como los mas indicados para ella. Sin duda habia personas de mucha mas categoria y gefes mas graduados que los Madariagas, pero ellos logra-

rón persuadir á los promotores del pensamiento que eran los mas aptos, tanto por que tenian mas facilidad para explicarse que lo general de sus comprovinoianos, como por que reunian mas relaciones con el gauchage.

Los Virasoros, émulos disimulados hasta entonces de los Madariagas, estaban tambien prontos para la empresa, pero hubiera sido preciso entenderse con ellos en primer lugar. D. Juan Madariaga queriendo ostentar su desinterés y hacer mas gravosa á los Virasoros su defeccion, me dijo muchas veces que cuando se trataba de pasar el Uruguay, lo habia invitado con repeticion á D. Benjamin á que tomase el primer puesto, y que él habia preferido pasar á las filas enemigas. Como yo refiriese esto á un gefe correntino de graduacion, pidiéndole esplicaciones, me contestò: "Tenga Vd. por seguro que si los Virasoros hubieran dirigido la reaccion, hoy tendríamos á los Madariagas con Urquiza." Desgraciadamente, no fué preciso tanto.

De todos modos, el servicio que hicieron los Madariagas entonces fué de la mayor importancia y yo he sido el primero en encomiarlo. Todas mis comunicaciones, todos mis actos oficiales y particulares, demuestran que aprecié su hazaña mas de lo que ella valia y mas de lo que la valoraban sus propios paisanos. Siempre hice justicia á D. Joaquin defendiéndolo contra otros correntinos que se esforzaban en probar que la empresa era tan fácil que solo bastaba intentarla para conseguirla. No debe olvidarse que hubo vacilaciones en muchos de los que habian de acompañarlos, y él se sobrepuso á esos inconvenientes y triunfó. La disposicion de la provincia de Corrientes era bellisima y ni aun puede decirse que habia sido enteramente sojuzgada por Uzquiza, pues el Comandante D. Nicasio Caceres con algunas partidas se conservaba en insurreccion sin haberse jamas sometido á las fuerzas invasoras. Como los Madariagas habian mandado en los departamentos de Curusucuatia y Pay-Ubre que están inmediatos al Uruguay y conservaban relaciones é influen-

cia, fueron por esta circunstancia los mas indicados: el mismo Nicanor Cáceres habia sido un subalterno suyo.— Sin esta circunstancia casual, es proble que hubieran tenido mayores dificultades que vencer. En los departamentos interiores no eran conocidos y hubiera sido preciso que otros gefes influyentes tomaran la iniciativa.

Los Madariagas entraron á Corrientes como quien hace una correría: iban á probar fortuna y tenian bien tomadas sus medidas para salvarse repasando el Uruguay si no respondia la provincia á su llamamiento. Por medio de Cáceres y otros partidarios tenian caballos apostados y su pensamiento era salir por el Paso de Heigas ó sus inmediaciones. Pero todo salió perfectamente, y los 108 hombres con que pasó Madariaga, aunque algo mas numerosos que los 33 del General Lavalleja, tuvieron el mismo éxito que este en la Banda Oriental. Es falso lo que han propalado que habia miles de entrerrianos, pues cuando mas llegaron á 400. La resistencia que opusieron fué poquísima y no podía ser de otro modo: las cacareadas acciones de Bella Vista y Laguna Brava á penas pueden ocupar lugar (hablando en un sentido militar) entre las mas pobres guerrillas. Sé, de cierto que en la última, no tuvo Madariaga ni un muerto, ni un herido, ni un contuso ni estropeado.

Cuando los Madariagas emprendieron la obra que por segunda vez libertó á Corrientes, no tenian plan ni mira política determinada. Ellos querian figurar y tomar el poder, pero no hubieran estado distantes de capitular con la llamada Confederacion Argentina para conservarlo. Bien sabido es que D. Baltasar Acosta, tío, antiguo y Gobernador delegado ya entónces, se dirijió á Urquiza por medio de un tal Barberan muy conocido, y por el de algun otro, para decirle *que lo sucedido en Corrientes no importaba mas que un cambio de personas*. Cuando se divulgó esto y la opinion empezó á pronunciarse contra un paso que se reprobaba altamente, se contentó D. Joaquin que

estaba en campaña, con mandar decir á su tío *que no fuese majadero, que lo hecho en Corrientes importaba una verdadera revolucion.* ¿Se hubiera atrevido el Gobernador delegado à proceder de este modo, sin el beneplácito de los verdaderos depositantes del poder? ¿El tío, íntimo amigo de sus sobrinos, hubiera obrado contra las intenciones de ellos? ¿Y una traicion tan patente hubiera quedado enteramente impune si se hubiera hecho contra la voluntad del principal caudillo? Las relaciones del tío y los sobrinos eran estrechas: si se han relajado ha sido despues, y aun ahora puede sospecharse un convenio secreto.

La reaccion fué completa, y la provincia de Corrientes dejó de pertenecer á Rosas, por que así lo quería la generalidad. En esta revolucion aconteció lo que suele suceder en todas que el caudillo que la ha dirigido se sienta en la silla del poder: D. Joaquin Madariag fué electo Gobernador. La ocasion para obrar sobre Entre-Rios era á proposito: el General Urquiza tenia sus mejores fuerzas ocupadas en el Estado Oriental y el General Garzon con algunos cientos de hombres era quien unicamente defendia la provincia. Madariaga reunió un ejército que se hace subir á 5000 hombres y habrió su campaña. Ignoro que plan llevaba y hasta donde pensaba estender sus operaciones, pero es seguro que el arreo de ganados vacunos y caballares entraba por mucho sino por todo en sus combinaciones. La cosa parecia facil, mas el General Garzon que apenas pudo reunir 1200 hombres, tuvo un encuentro de vanguardia en el Arroyo Grande [nombre tristemente célebre] contra fuerzas muy superiores y se replegó maniobrando segun convenia. Los Madariagas avanzaron pocas leguas mas: D. Joaquin ocupó el Salto oriental momentaneamente, donde estuvo á pique de ser batido por los derrotados en las inmediaciones del Cuarein por el Coronel D. Bernardino Baez: la tropa corriente co-

metió desordenes y tuvo que repasar el Uruguay para proseguir su campaña de Entre-Rios.

Un ejército como el que pueden formar los Madariagas no necesita enemigos ni batalla para deshacerse. Apenas habian pasado algunas semanas y ya la indisciplina, el deshorden y la insubordinacion empezaron á mostrar su horrorosa cabeza. Garzon no los atacaba, pero los acechaba: hubo una que otra guerrilla desgraciada y se empezó la retirada sin haber llegado al rio Gualeguay que divide la provincia en dos partes. Cuando Garzon supo el movimiento retrogrado de los Madariagas, se movió cautelosamente y lanzó algunas partidas en su seguimiento. Entonces la retirada se convirtió en fuga, en términos que encontrando el rio Mocoretá que divide las dos provincias muy crecido, lo pasaron á nado en el mayor desorden, perdiendo mas de 6000 animales ahogados ó extraviados en los bosques. Aun en el territorio de Corrientes la fuga siguió en un espantoso desorden, el que fué trascendental á una division de 600 hombres que habian dejado en el campo de Villanueva; la cual al ruido de una retirada desastrosa del *invencible ejército*, hubo de evaporarse.

No quiero pasar en silencio un incidente que tuvo lugar el dia del encuentro de vanguardia en el Arroyo Grande de que he hecho mencion: lo sé de personas muy afectas á los Madariagas y que no supondrian cosa alguna que no fuesen en pro de ellos. D. Juan mandaba la vanguardia correntina que se componia de tres cuartas partes del ejército y con ella atacó á una fuerza enemiga infinitamente inferior. Los correntinos fueron rechazados, pero no puede decirse propiamente batidos: sin embargo, estuvieron espuestisimos á derrotarse ellos mismos por la confusion y el desorden, y en esa noche, despues que D. Juan con su numerosa vanguardia se hubo replegado á tres ó cuatro leguas sobre el ejército, esta era un caos verdadero. Mas no es esto lo que quiero relatar sino lo que sigue: En me-

dio de la confusion salieron muchas voces acordándose de mí. *Ojalá estuviera aquí el general Paz*, gritaban. Cualquiera pensará que D. Juan lo tuvo á mal: pues nada de eso, y muy al contrario les dijo: *Si hijos, hemos de tener a general Paz; lo hemos de traer y él nos ha de dirigir*. En esos momentos quizá hablaba con sinceridad.

Despues de esta célebre campaña, el ejército mas ó menos numeroso siguió acantonado en Villanueva, pero sin disciplina, nada adelantaba. Jamás pudieron los Madariagas restablecerlo en un pié de órden regular; los robos de ganados ú todo el vecindario hicieron casi desaparecer estancias populosas: las licencias arbitrarias que se tomaban los soldados eran frequentísimas, sin que el general se apercibiese de las fatales consecuencias de este desórden: asesinatos en el mismo campo, tuvieron lugar; un teniente fué muerto por un soldado y el capitan D. N. Solís, fué asesinado por un capitan Baez: aquel era uno de los que habian ido al Entre Rios con Urquiza y pertenecia á la division que mandaban los Virasoros: bien fuese que se cansó de la expatriacion, que se arrepintió de servir contra la causa de la libertad, ó por otro motivo cualquiera, dejó las filas enemigas y se vino á Corrientes: al otro dia de haber llegado á Villanueva y de haber sido recibido por Madariaga, fué atravesado de una estocada en la puerta misma de la carreta de un vivandero y á menos de una cuadra del cuartel general. Tanto la perfecta impunidad del matador, como las antiguas reyertas que habia tenido en tiempos anteriores con los Madariagas, dieron sobradísimos motivos para creer que no eran extrangeros á este crimen. El resultado fué que ningun otro oficial se pasó de los correntinos que habia llevado Urquiza. Bien eloquentemente les hablaba el asesinato del capitan Solís para disuadirlos de imitarlo. ¡Y habia entre ellos tantos hombres sinceramente adictos á nuestra causa! ¡Tantos que yo habia conocido tan leales y patriotas! ¡Oh! Los

Madringas contribuyeron eficazmente á que se perdiessen para nosotros.

La carneada, es decir la matanza de reses para el abasto del ejército, ofrecia cada dia el espectáculo mas repugnante por el desórden, por el desperdicio y por la intolerable algazára que reinaba durante toda la operacion. En los mismos corrales que estaban á algunas cuadras de distancia se hacia la distribucion individual de carne y cada soldado tomaba su pedazo y se iba al bosque inmediato á asarlo con las ramas de árboles que reunia: no sucedia asi con la racion de los gefes que se traia á sus ranchos. Por la profusion con que á estos se distribuia se puede venir en conocimiento del enorme desprecio, que no producia mas ventaja que dar muchos cueros para que los vendiese ó malbaratase el general. La carneada se hacia para dos dias y en el que se practicaba esta operacion no habia ejercicio porque no se podia contar con la tropa. Cada gefe de mayor arriba, tenia una res de racion, lo que produjo quejas cuando habiéndome recibido del mando se hubo de regularizar la distribucion: El mayor del batallon Union, Morales, se quejó al comandante D. Matjas Rivero, (hoy coronel) y de él pasó á mi su reclamo. Preguntado por mí, en que invertia una res entera? me contestó que era para que los soldados viniesen á su rancho cuando se les hubiese acabado la carne: habiéndole dicho que los soldados recibian con abundancia la que les correspondia no tuvo que objetar sino la costumbre en que habian vivido. El mismo desgreño se notaba en todas las distribuciones y ¿quién lo creerá? el soldado estaba mal atendido. No es extraño, porque esta es la consecuencia natural del desórden.

D. Lino Lagoş era comisario y administraba segun nuestro uso el tabaco, la sal, la yerba &c. Todos los dias se llenaba el patio de la comisaria de soldados que á guisa de limosneros iban á pedir alguna de esas especies. El, entonces iba distribuyendo pequeños pedazos de tabaco, porcioncillas de sal ó de yerba. Pero cuando se trataba

de algun gefe ú oficial á quien pensaba ganar, mandaba muy bizarramente medio rollo de tabaco, ó un tercio de yerba que llevaba por lo regular un soldado arrastrando á la cincha del caballo: el, llegó á persuadirse que con esta conducta y el auxilio de sus afiliados, se habia formado un gran poder: él ha contribuido á engañar a sus amigos de Montevideo, quienes á su vez ponderaban hasta las nuves sus talentos financieros.

Cuando esto llegó á noticia de D. Juan Madariaga, creyó que se le defraudaba de esa parte de gloria y se puso furioso. Decia que Lagos nada sabia en materia de hacienda y que él lo habia hecho todo: citaba hechos que no quise contestarle y acumulaba palabras hasta el fastidio. Como nada habia que mereciese elogio; como la administracion habia sido lo mas escandaloso y desgreado, no podia menos que admirarme de tanta audacia. Entre otros hubo un célebre contrato con un francés Mr. Ingrés importante cuarenta mil pesos fuertes. Madariaga compró las facturas con un 90 p^o de recargo, Ingrés cobraba un 20 p^o de comision, y como aquellas iban falsificadas, montaba la pérdida del Estado á 130 mas ó menos por ciento. Cuando hablé á Lagos de este contrato leonino, me dijo que él no habia tenido parte, pues aunque al principio Ingrés se dirigió á él y aun le ofreció un 4 ó 6 p^o por su cooperacion, se le retiró en seguida, concluyó el contrato con Madariaga y no le dió parte ninguna. Esto nadie me lo ha contado: yo lo he oido y presenciado.

Ya que he dado una idea del estado militar de Corrientes antes de mi ida á la provincia, concluiré este asunto haciendo un bosquejo de su administracion financiera.

Por mas que la provincia de Corrientes no hubiese sufrido en sus intereses en la media invasion de Urquiza; por mas que sus ganados se hubiesen aumentado con los arreos que hicieron de Entre Rios en 1842 y 44: por mas que contase por consiguiente con mas recursos que cuando estuvo la administracion en manos de D. Pedro Ferrá, el desqui-

eio, la dilapidacion y el robo fueron tan escandalosos en tiempo de los Madariagas que à mediados del 44 se tocaban los extremos, y el pais y el ejército empezaban á carecer de todo. Al descontento que producía la escasez, se agregaba el descrédito en que habia colocado á la familia reinante su última y descabellada campaña: finalmente contribuian á hacer crítica la situacion de ella las diversas influencias que desde las fronteras de la provincia obraban en oposicion, y que los Virasoros y mas de setenta gefes y oficiales estaban en Entre Rios y trabajaban incesantemente. En la Uruguayana se conservaban el general Abalos y coronel Ocampo y aunque no obraban de acuerdo con los Virasoros, pues siempre estuvieron muy lejos de plegarse á la causa que sostiene Rosas, no eran menos enemigos de los Madariagas y obraban en ese sentido. Ocampo, íntimo amigo de Nicanor Cáceres, estaba ya en relaciones con él y este se prestaba secretamente á derrocar al actual gobierno de Corrientes. Finalmente D. Pedro Ferré se mantenía en San Borja en abierta enemistad con los Madariagas y como es consiguiente tambien tenia sus partidarios.

El anuncio de mi ida á Corrientes contribuyó eficazmente á tranquilizar los ánimos, suspender las maquinaciones y hacer renacer nuevas esperanzas. Esto explica el grande empeño de los Madariagas en que yo fuese á la provincia y de que arribado á ella no regresase: explica tambien la aparente docilidad que manifestaron cuando mi recepcion del directorio y el empeño de los otros argentinos facciosos en disimularme el verdadero estado del pais, para que los aceptase como mis precisos sostenedores.

En estas circunstancias dos sucesos vinieron en auxilio de la administracion Madariaga y consolidaron por entonces su poder. El uno fué como he dicho el anuncio de mi ida, y el otro la captura del valioso convoy que iba de Buenos Aires al Paraguay. Cuarenta buques cargados de efectos de Ultra-mar entraron á engrosar el tesoro de Cor-

rientes é hicieron renacer la abundancia. Pero al mismo tiempo empezó el despilfarro y la mas estrafalaria dilapidacion: algo naturalmente se empleó en atender las necesidades del ejército, pues una parte inmensamente mayor se empleó en habilitaciones particulares á los adeptos de los Madariagas, ó á los que ellos querian ganar: unos recibian á precios (*cómodos se entiende*) facturas de 4, 6, 10 y 14.000 pesos que salian á expender bajo la promesa de abonar despues al estado su importe. De esta naturaleza fueron los créditos de un tal Alias y un español Saball que se adjudicaron á la caja del ejército y que pomposamente figuran en las partidas que ingresaron á comisaría que han publicado los mismos Madariagas. El primero de estos señores, aunque no recuerdo si pagò el todo, puedo asegurar que abonó con grandes demoras la mayor parte: el segundo no lo hizo y cuando se trató de ejecutarlo se escusó con el mal éxito de un negocio de cueros que habia hecho á la Concordia en sociedad con uno de los hermanos Madariaga, en que habia invertido el capital que se le cobraba. La invocacion del nombre de Madariaga importaba poner un obstáculo á la ejecucion, porque entonces podia ser necesario desagradar á los hermanos y romper. Estos hechos é innumerables mas los sabe todo Corrientes, mejor que yo que nunca quise informarme de ellos: sin embargo, por una casualidad llegó otro á mi noticia que no quiero omitir.

Con antelacion á mi llegada los Madariagas habian declarado por del estado toda bestia mular que hubiese en la provincia. En consecuencia se habia reunido un gran número y las tenian en internada en la costa del Uruguay que es por donde se exportan para el Brasil. Yo apenas dispuse de poco mas de cien para el servicio del ejército y otras en menor número que recuerdo se dieron á D. Policarpo Elias por artículos de guerra. Cuando en Junio del mismo año de 1844 marchó la expedicion á Santa Fé, que tan hermoso principio tuvo, D. Juan Madariaga fué en comi-

sion como despues se dirá á la costa del Paraná. En momentos en que estaba en la mayor ansiedad por noticias de todas partes, llegó un *extraordinario* con una carta para dicho D. Juan con la recomendacion de *muy urgente*. Creí que podia contener algun aviso importante y la abrí para avisárselo luego, como lo hice. ¿Y con qué me encontré? Con un aviso de D. José Luis Madariaga desde la costa del Uruguay en que participaba á su hermano la propuesta que le hacian desde el territorio brasilero para compra de las mulas del Estado, y en seguida le preguntaba si la mulada que tenian de su cuenta, á la sombra por supuesto de la del Estado, convendria incluirla en la venta? Pesaroso de aquel descubrimiento, me limité á remitir la carta abierta á D. Juan, diciéndole los motivos porque la habia abierto. La venta no tuvo lugar por entonces, ya fuese por conveniencia ó vergüenza, mas despues la han consumado como otras muchas. El medio era muy sencillo: despues de haber declarado que el Estado necesitaba todas las mulas que tuviesen los particulares en toda la estension de la provincia, y de haberlas tomado el gobierno ó los Madariagas que era lo mismo, estos se reservaban una parte y sin duda la mayor para vender por su cuenta. Como se hizo con esto se obró en todo lo demas.

Mas dije que de este modo ganaban tambien prosélitos y efectivamente era lo que sucedia; el diputado Santos que hizo la mocion en la Sala para que el Congreso diese el empleo de coronel mayor á D. Joaquin Madariaga, era uno de los agraciados, pues tenia una tienda en la que vendia de los efectos que se decian del Estado. A semejanza de este habia muchos que aspiraban á idénticos favores y que para conseguirlos era indispensable que se plegasen á las miras ambiciosas de los que podian y querian dispensarlos. Hubo hombres verdaderamente honrados y patriotas que tenian que ocultar sus sentimientos con la esperanza de alguna gracia que en su con-

ceptó no se oponía á la probidad, pero que siempre les era de conveniencia. Posteriormente ellos se han producido en un sentido que no lo hicieron antes, mas era ya tarde para atajar el mal que ya se habia hecho.

El desórden en la administracion, mejor se diria en la destruccion de las haciendas de los que habian emigrado á Entre Rios, era absoluto. Me contraeré pasageramente á la valiosa estancia de Aguaceros, perteneciente á D. Pedro Cabral para que se deduzca lo que se hacia en las restantes. Cualquier gefe, oficial y aun sargento ó cabo, sacaba, exigia, pedia reses y caballos: todo se arreaba sin consideracion. El mayordomo Camarra, que á mi juicio es un hombre honrado, se me quejó mil veces, y me aseguró que hasta que yo me habia recibido del mando, no se habia podido lograr la menor regularidad, ni evitar el desórden mas escandaloso. Una vez hizome una representacion por escrito, no recuerdo con que motivo, en que esponia esto mismo, y por bien de él, para no esponerlo á la malevolencia de los Madariagas, tuve que llamarlo y encargarle que hiciera en otros términos su pedimento. No es solo con injusticia y falsedad, es con la mas infame impudencia que las Madariagas, y principalmente el hermano D. Juan, han querido echar sobre mi responsabilidad la desmejora de las haciendas de los emigrados. Nada tendria de extraño y cargaria gustoso con ella, si se hubiesen empleado debidamente sus productos: pero no ha sido así. D. Juan, imprime el sello del desórden en todo lo que está bajo su influencia, y las haciendas de los emigrados no se libraron de ello. Aun sin estar emigrados los dueños de las haciendas circunvecinas al ejército, sufrieron lo mismo y fueron tambien desoladas. Un anciano respetable D. N. Fernandez, llegó en tiempo que mandaba el ejército D. Juan y encontró que varias partidas de tropa hacian correrias en su establecimiento de campo y destruian los ganados: corrió á apersonarse al general para imponerlo de lo que pasaba, sino lo sabia y reclamar el remedio: la respuesta que obtuvo fué

la siguiente: *No tenga Vd. cuidado Sr. Fernandez por las cosas que se extraen de su hacienda, pues le prometo que en la primera oportunidad le he de volver cuatro por una.* No sabe uno que admirar mas, si el descaro ó la falsedad del ofrecimiento.

Si alguien leyese estos escritos les censuraria acaso de muy personales, sin advertir que es muy difícil penetrar en los hechos y examinar sus verdaderas causas sin conocer las personas que los produjeron. Hombre soy y muy sugeto á pasiones y errores, pero tengo en mi favor que se me conoce incapaz de una impostura y que ni así para herir á mi mayor enemigo inventaría una mentira. Saben tambien que si tengo pasiones, no soy un furioso que me deje arrastrar ciegamente de ellas: si algo de lo que he escrito es considerado como un desahogo, por lo menos créase que lleva el sello de la verdad y que no soy un moderado en ese desahogo.

Algunos me han invitado á que escriba para el público, porque piensan que mis escritos contendrán descripciones de campañas militares unicamente, y que si toco otros asuntos será sin desmentir las calumnias de que han querido colmarme. Dicen que estoy muy arriba para descender á esas pequenezes pero ademas de que seria imposible llenar sus deseos, porque no se pueden tratar estos asuntos con abstraccion de sus autores, era de esperar que alguno de estos oficiosos amigos se hubiese ocupado por patriotismo y amor á la verdad de aborrrirme una parte de mi trabajo, dejándome la otra. No ha sido así: todos han considerado con indiferencia (muy pocas son las excepciones) los tiros de la envidia y de la calumnia que se proponian anonadar mi reputacion. No tengo mucha fé en tales consejos.

Vuelvo á tomar el hilo de mi narracion, que suspendí para ocuparme de la reaccion y de donde insensiblemente he pasado á dar una idea de la administracion Madrileña.

Desde mi arribo á Villanueva todo mi empeño fué establecer orden y regularidad en el ejército, cortar abusos, extirpar vicios, dar una educacion militar al soldado, instruir á los gefes y oficiales en sus respectivas obligaciones militares y civiles, en fin moralizarlo todo. Al desperdicio y desgreño en todos los ramos, sostituí un plan de economia y arreglo, cuidando siempre de mejorar la situacion del oficial y del soldado, como efectivamente lo conseguí. Se estableció una maestranza que no habia y se empezó á componer el armamento y construir buenas lanzas: la artilleria se montaba y se hacia lo mejor que se podia, adquisiciones de pólvora y otros articulos esenciales de guerra. Debo hacer justicia al mérito é infatigable actividad del comandante de este establecimiento D. Justo Pastor Figueras, que prestó servicios distinguidos. Todo empezaba á marchar con tal cual orden, y yo llegué á concebir esperanzas de mejor éxito.

La administracion de justicia llamó tanto mas mi atencion, por cuanto la repeticion de los crímenes era alarmante. Asesinatos y robos se cometian con una deplorable frecuencia y necesitaban una represion vigorosa; pero bien lejos de buscarla en la arbitrariedad tiránica de que hacen impudente ostentacion los caudillos que infestan nuestro pais, la busqué unicamente en la aplicacion moderada de nuestras leyes y me lisongeo que planté insensiblemente los fundamentos de un orden legal de que estoy cierto, si, estoy cierto, no se olvidarán tan pronto los correntinos. Todos los criminales eran juzgados segun las formas; se sustanciaban sumarios y procesos, habia fiscales, defensores, consejo de guerra de oficiales, general, y ordinarios. Se pasaba la causa en consulta al que desempeñaba provisoriamente las funciones de auditor de guerra y luego recababa la aprobacion. Al principio parecia tarea muy difícil la de ser fiscal, defensor ó juez, pero luego se fueron acostumbrando nuestros oficiales, se expedian con mucha mayor facilidad y adelantaban visiblemente: los juicios eran públi-

cos y eran llamados á formar el tribunal indistintamente los correntinos ó los gefes y oficiales de otras provincias. Sin embargo, como era mayor el número de los primeros, se puede asegurar que siempre fueron mas los correntinos que los de otra parte, aun cuando los reos no lo fuesen. El resultado fué el mas feliz, pues los crímenes minoraron sin que se hiciesen mas de cuatro ejecuciones de muerte, inclusa la del ex-capitan Corvera autor de un motin el año 42 para pasarse al enemigo como lo hizo: los otros tres fueron desertores, asesinos, ladrones, salteadores de caminos, raptos y facinerosos en toda la estension de la palabra.

Mas estas semillas de órden y legalidad que tambien fructificaban, causaban un terrible disgusto á los Madariagas, que nunca quisieron ser mas que caudillos, y que ademas daban crédito á mi administracion. Para destruir sus efectos se dirigian á la infima plebe y la exitaban en sentido contrario al que yo obraba. Me aborrazá demostracion á este respecto el hecho que voy á referir. Un dia el coronel D. Felipe Lopez, vino á decirme muy alarmado que el Sr. Leps, jóven mendocino comerciante, sugeto de mucho juicio y patriotismo que hacia tiempo estaba en Corrientes y que entonces viajaba por la provincia en sus negocios particulares, se habia costeadado á comunicarle en reserva, al menos de su nombre para que me lo transmitiese, lo que habia presenciado. Habiendo dicho sugeto, que por otra parte merecia todo crédito llegado á una estancia de las inmediaciones del Miriñay, halló á D. Antonio Madariaga en la puerta del corral, presidiendo á una porcion de gauchos que se habian reunido para una faena de campo, de los que la mayor parte, sino todos eran soldados. En medio de todos predicaba contra mis disposiciones y decia que yo ejercia una odiosa tiranía sugetando á consejos de guerra á los militares criminales; que esta tiranía era tanto mas intolerable por cuanto se les ponian por jueces oficiales y gefes extrangeros, clasificando de este modo á los que no eran correntinos; que él estaba mal mirado, lo mismo que sus hermanos por

mi; porque tomaban la defensa de los pobres correntinos; pero que estaba dispuesto á arrostrarlo todo por sus paisanos; añadiendo por este estilo una sarta de desafueros y mentiras. En calidad de reserva que exigia el denunciante, la de pertenecer el falso predicador á la familia reinante, la que precisamente lo sostendria, el desconcepto personal de D. Antonio Madariaga, todo contribuyó á que el asunto quedase en silencio y no tuviese ulterioridad: pero sirvió para hacerme conocer lo que ya presentia, que empezaban á dar actividad á sus inicuos trabajos. Otros avisos mas ó menos espresos indicaban lo mismo y hasta D. Juan Madariaga se atrevió en un papel oficial, cual era la defensa del coronel D. Bernardino Lopez á vertér conceptos semejantes. En ella espresaba su estrañeza de que se les sugetase á esa vieja cartilla, la Ordenanza española, la que segun sus espresiones no conocia sino los nombres de *rey y amo*.

Cómo yo hacia frecuentes reaniones de jefes y oficiales que con el título de academias era una verdadera escuela de moral, de instruccion militar y civil (D. Juan no estaba entonces en el campo) y aun su defensa que mandó escrita se leyó por otro) me serví de dichas reuniones para combatir sus doctrinas y hacer triunfar los buenos principios. Recuerdo que en una de las mas numerosas, hice mención de los conceptos vertidos en la defensa y con la mayor moderacion pregunté ¿de qué cartilla ó cólligo me serviria, sino era de la Ordenanza española? Como no se me designase ningúna, repuse que en tal caso seria preciso que se basase por mi solo capricho y les hice ver cuanto perjudicaria la administracion de justicia dejándola al puro arbitrio de un hombre, cualquiera que fuese. Les dije que la Ordenanza española habia sido formada bajo un régimen monárquico, pues que en muchos puntos estaba modificada por nuestras leyes patrias y que solo obligaba en los que estas habian dejado vigentes: que nuestros gobiernos, los mas republicanos habian mandado que rigiese la Ordenanza española en lo que no estuviese derogada por

nuestras leyes, lo que era indispensable mientras no tuviésemos un código propio que la reemplazase y que seguramente se le asemejaría mucho como ha sucedido con el código militar de Bolivia y los de todos los países ya republicanos, ya monárquicos. Mas esto solo era un pretexto que empleaban muy de mala fé, con el doble fin de desacreditar mi modo de proceder y de no dejarse arraigar instituciones de ninguna clase en un país que ellos (los Madariaguas) pretendían despotizar eternamente. ¿Y estos hombres manchados de crímenes y de violencias las mas arbitrarias, eran los que reclamaban en nombre de la libertad contra el empleo de las formas tutelares que en los juicios militares como en los demas, son la salvaguardia de la inocencia? ¿Eran los asesinos de Bedoya y Sopetegui (de este último me ha dicho francamente D. Juan Madariaga que él lo mandó matar cuando la reacción) vecinos honrados y respetables, los que se quejaban de la severidad de las formas judiciales y de la vetustez de nuestras leyes? ¡Ah! Es que ellos no querían ninguno!

Cuando la expedición á Entre Ríos tomaron los Madariaguas un arbitrio muy singular para contener la desercion. El comandante D. Nicanor Cáceres fué colocado á retaguardia del ejército con su escuadron en un lugar aparente para aprehender á los desertores que regresaban á la provincia con la órden de lancearlos indistintamente: lo hizo así con unos cuarenta, segun unos y con mas del duplo segun otros, incluso un oficial, cuyas gorras y prendas de vestuario eran conducidas al ejército como pruebas de su trágico fin. D. Juan Madariaga cuando me hablaba de esta grandiosa medida, se llenaba de orgullosa satisfaccion, ponderando el buen efecto que habia tenido, pues logróse contener la desercion: pero él no advertia que el efecto fué momentáneo y que pasado el primer sentimiento de terror que inspiró tan bárbara medida, las deserciones iban á verificarse en grandes masas, de modo que hubiera sido preciso degollar á todo el ejército. Ellos lo pre-

vieron retirándose con una precipitación vergonzosa, que luego se pronunció en declarada fuga, según lo hemos indicado.

Considérese si los hombres que supieron emplear estos medios, debían escandalizarse de los consejos de guerra, y llamar tiranía á la aplicación de las formas legales. Pero tal es el estado de nuestra sociedad, tal la ignorancia de las masas que no distinguen la libertad de la licencia, ni la tiranía del ejercicio legal de la autoridad. De estas disposiciones se sirven los caudillos y á trueque de fraternizar en una carpeta ó con el vaso en la mano, se dejan nuestros pobres paisanos arrebatar por un tiranuelo sus mas caros derechos y engañarse del modo mas grosero.

Resumiendo lo que he dicho se concluye, que en proporción que aumentaba mi empeño en moralizar el ejército y darle una organización militar, crecía el de los Madariagas en neutralizar los efectos de mi celo. Desgraciadamente es mas fácil destruir que edificar, y por mucho que trabajase era poca la que adelantaba. Entretanto yo no trabajaba para mí, sino para la patria, para Corrientes y para ellos mismos. Mas tarde han recogido el fruto de sus errores, pues ese mismo ejército que tanto trataron de corromper ha correspondido á sus esfuerzos abandonándolos, defeccionándose y huyendo vergozosamente en Vences.

Me parece que esta es la oportunidad de contestar á una censura que se me ha hecho en otras partes fuera de Corrientes. Se ha dicho que yo queria militarizarlo todo; si por todo se entiende los ejércitos que he mandado, el hecho es cierto, pero la censura injusta. Desgraciadamente los mandos militares que he obtenido han sido siempre en circunstancias difíciles, en momentos apurados y en lances críticos. En las circunstancias de abundancia y prosperidad, otros han sido siempre los llamados á los destinos públicos: yo solo he merecido la elección en los

de conflicto. En ellos ha sido necesario improvisar ejércitos (al menos en estos últimos tiempos) para combatir con otros mas formados y aguerridos: ¿y qué tiene entonces de extraño que haya querido poner los medios de vencer, militarizando esas masas que era preciso emplear militarmente? Singular modo de discurrir es el de ciertos hombres que deseando ardientemente el objeto se contradicen ellos mismos, tomando el camino opuesto al que debia conducirlos á él. Si se hubiera tratado de permanecer en una situacion tranquila, ó de conservar el orden en una poblacion pacífica, ya se deja entender que no seria preciso establecer un orden militar; pero cuando se quiere defender un pais; cuando se está en guerra abierta; (¡y que guerra!) cuando están los enemigos al frente (¡y qué enemigos!) censurarme porque he querido adoptar los medios mas eficaces, quizá los únicos de vencer, es una pueril necesidad, y una ridícul maledicencia.

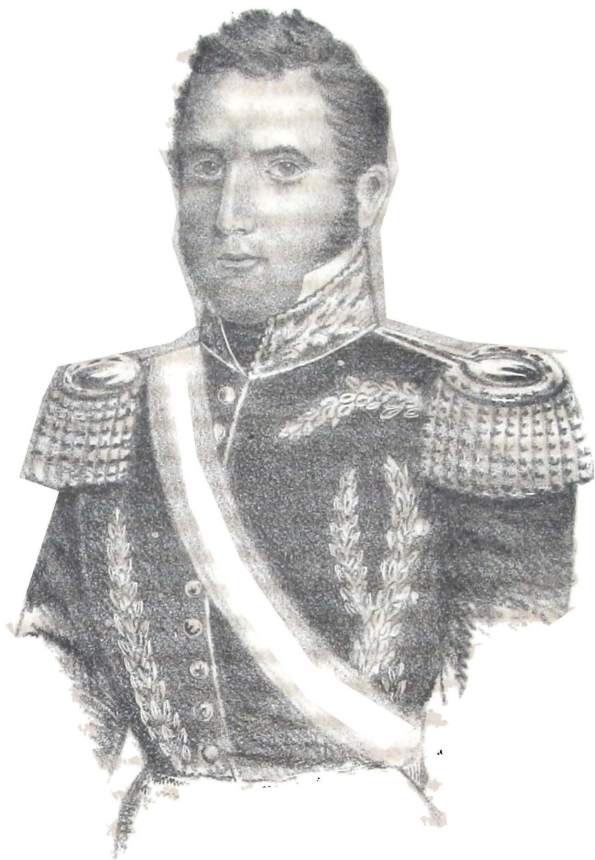
La misma crítica he sufrido en Montevideo; cuando quise organizar el ejército, que tan gloriosamente ha defendido la plaza, y la esperiencia ha contestado victoriosamente á esos importunos censores. Ellos han visto por sus ojos que debido solamente á esa forma militar que muy á su pesar logré dar á los cuerpos urbanos de la guarnicion, es debida la conservacion de la ciudad. Despues de mi salida en 1844, la disciplina se relajó y á cuantes escándalos se han dado? ¿Cuantos peligros se han corrido? Solo un milagro, y la intervencion europea han podido hacer que no caiga la plaza en poder de Oribe, y que esos mismos censores conserven sus cabezas sobre los hombros.

Considéreseme desde que me recibí del directorio de la guerra, cargado con una inmensa responsabilidad y con cortísimos medios de corresponder á ella. Veíame mandando un ejército cuyo único y principal defecto no era ser bisono y estar desarmado, sino estar corrompido é indisciplinado. Con él solamente debia contarse para destruir el

poder de Rosas y combatir sus armas victoriosas. Mis primeros cuidados se redujeron à restablecer el órden militar y proporcionarme municiones: con freinta y tantos mil cartuchos de fusil y tercerola que era todo lo que poseia Corrientes, no podia pensarse en invasiones y ni aun era posible una defensa regular. Recuerdo que cuando lo supe dije al gobierno, *que me maravillaba de verlos dormir tan tranquilos*. Efectivamente, solo la ignorancia podia darles la seguridad que ostentaban y permitirles distraer los recursos en otros objetos.

Un año antes y cuando cayó la provincia en manos de los Madariagas, tenia muchos mayores elementos de guerra tanto en material como en la disciplina de su ejército que conservaba alguna de la que recibió en el de reserva y que tenia mas frescos los recuerdos de Caaguzú. Mas en el tiempo de que voy hablando, la desmoralizacion era completa, las municiones habian desaparecido y las armas se habian inutilizado. Para conocerse la causa de esto debe advertirse que la administracion de los Madariagas, principalmente en la parte militar era destructora, y que un ejército en sus manos marchaba en una progresion decreciente, como ha sucedido con el que han sacrificado en Vences. En este sentido fué tambien fatal su campaña á Entre Rios, pues dislocado el ejército las municiones, fuera de lo que se perdió en la misma campaña, se gastaron sin combatir, y las armas se dispersaron por toda la provincia, antes y despues de inutilizadas. No se podia viajar por todo el interior sin encontrar en los ranchos bayonetas sirviendo de asadores, ó de estacas en las paredes, fusiles destruidos ó reducidos por un recorte brusco á su mínima expresion, sables convertidos en machetes ó facones, y armas del Estado de toda clase destinadas á los mas viles oficios.

En proporecion inversa habia mejorado el ejército de Garzon que se habia denominado *de reserva*: su personal se habia aumentado y abundaba en armas y pertrechos de



Dⁿ Carlos Maria de Alvear.

guerra. Hasta se le suponía capaz, antes de que yo llegase de tomar la iniciativa, en términos que cuando me aproximaba al Uruguay supe en el camino la alarma en que estaba Corrientes por el amago de una invasión, lo que me obligó á presurar mi marcha. La especie era infundada, pero la alarma fué positiva.

Sin embargo, hallándose el general Urquiza con la mayor parte de sus fuerzas ocupado en la Banda Oriental, era la mejor ocasión que podía presentárenos de obrar ofensivamente en Entre-Ríos. Iba preocupado con esta idea, y la hubiera realizado sin los inconvenientes que he espuesto. Antes de todo era preciso vencerlos, contando con que el general Rivera aunque no lograra batir completamente al general entrerriano le daría al menos bastante en que entender para debilitarlo y ocuparlo por algún tiempo: pero no fué así, y la batalla de la India Muerta, acabó con toda la resistencia que se hacía al invasor en la campaña Oriental, y dejó á Urquiza con un ejército vencedor y enteramente libre en sus movimientos.

Ya entonces era preciso renunciar á la invasión de Entre-Ríos, pero no por eso renuncié á operaciones parciales pero en escala mayor, como sucedió con la campaña sobre Santa Fé de que luego hablaré. Por lo demás al menos inteligente se le ocurre que una campaña sobre Entre-Ríos era una operación desatinada desde que el ejército invasor podía verse flanqueado y envuelto por tropas mejores y más numerosas, pues Urquiza á la sola noticia hubiera pasado el Uruguay, fuera de los refuerzos que hubiera mandado Rosas con las tropas que tan á mano tenía en Santa Fé y en el Norte de Buenos Aires. Mi posición vino pues á ser esencialmente defensiva, y mi tarea la de salvar la provincia de Corrientes, esperando la oportunidad que podía ofrecernos la intervención de dos grandes potencias europeas, cuyos ministros se debatían á la sazón diplomáticamente en Buenos Aires. A un mismo tiempo concebí dos pensamientos muy diversos al parecer en su

naturaleza y en sus objetos y traté de ponerlos en ejecución: hablo de la proyectada fortificación de la Tranquera de Loreto, y de la expedición sobre Santa Fé que fué encomendada al general D. Juan Pablo Lopez, antiguo gobernador de dicha provincia. Me ocuparé antes de lo primero.

Sojuzgada enteramente la campaña oriental por consecuencia de la batalla fatal de la India Muerta, era infalible que Urquiza reforzando su ejército con el de Garzon se lanzaría sobre Corrientes. Era también natural que la invasión fuese poderosa ya por la calidad de las tropas, ya por el número á que podrian subir y en tal caso no podia ni debia librar la suerte de la campaña y de la revolucion á una batalla desventajosa. Era necesario antes debilitar al enemigo con maniobras adecuadas, con una guerra de partidas, y con las ventajas naturales del terreno. Era probable que tuviésemos que abandonar muchas poblaciones y hasta la capital, pero era también indudable la disposición de los habitantes á emigrar, lo que es esencial para una guerra y una defensa de esta clase. Para cuando llegase este caso, creí de la mayor importancia hallar un punto seguro, donde pudiese colocar esa inmensa emigración con mas la parte de sus rebaños que hubiesen podido arrear, con mas las caballadas sobrantes del ejército, sus depósitos, parque, bagages &c., y pensé haberlo encontrado. Este era la Tranquera de Loreto.

Cualquiera que estudie la carta de la provincia de Corrientes, verá que bordeada al lado Norte por el rio Paraná, se aproxima este tanto á la laguna Ibera, formidable por su estension y por su inaccesibilidad que á penas deja una entrada de pocas cuadras que así mismo está cortada por un foso que solo tiene una entrada que es lo que se llama la Tranquera. Fortificada esta línea que tendria menos estension que la actual de Montevideo, era muy fácil defenderla con todo ó con una parte de nuestro ejército, mientras que la otra se ocupaba en otras operaciones. A la espalda quedan terrenos pingües, campos fércos capaces de

alimentar rebaños sin cuenta. Desenvolveré ahora los detalles de mi plan defensivo.

Suponiendo que sin dejar de maniobrar me hubiese visto obligado á entrar en mi línea fortificada, esto sería á consecuencia de haber internádose el ejército enemigo en masa hasta las mismas alturas. Para ello se habrá metido en una especie de embudo, ó mejor diremos en un ángulo entrante, cuyos lados bordeados por el Paraná y la Ibera, tienen su vértice en la Tranquera que ocupábamos y defendíamos nosotros. El cuerpo enemigo estaría entonces sin acción; para tenerla era necesario que retrogradase en todo ó en parte, ó que atacase nuestra línea. Si retrocedía, nuestro ejército se movía en su seguimiento: si se fraccionaba era nuestro deber sacar partido de esta circunstancia y si atacaba, teníamos el de rechazarlo y batirlo. Si se resolvía á formar un sitio ó asedio regular, nuestra posición sin ser menos fuerte era inmensamente mas ventajosa que la de Montevideo, por cuanto teníamos á la espalda una campaña dilatadísima y abundantes recursos de subsistencia, además de una comunicación franca y fácil con el Paraguay. Pero tampoco entraba en mi plan dejar al enemigo tranquilo en esta posición, porque en él se incluía la guerra de partidas de que he hablado: estas á cargo de gefes y oficiales seguros y prácticos del terreno, lo hubieran inquietado sin cesar [hablo suponiendo la decisión de los correntinos] y le hubieran dificultado su subsistencia, como sucedió con Echagüe antes de Cuaguazú. Sus comunicaciones hubieran sido completamente cortadas y el poderoso ejército enemigo, detenido por un obstáculo insuperable, se hubiera visto aislado.

Ya se comprenderá que nunca entró en mi plan abandonar toda la provincia al enemigo y que aunque reducido lo principal del ejército á defender sus líneas en la Tranquera de Lorero, hubieran quedado fuertes partidas que lo hostilizasen por su retaguardia. Considérese la penuria de sus caballadas, pues las de la provincia hubiesen sido

aseguradas y se convencerá el lector de las gravísimas dificultades en que se hubiese visto el invasor. Me queda una hipótesis, y es, que como lo ha hecho en su última campaña que ha terminado con la jornada de Vences, hubiese destacado una división por las Misiones con el objeto de rodear la posición de la Tranquera de Loceto y tomarla por la espalda.

Debe tenerse presente que esa división por el camino que únicamente podía llevar, tenía que andar mucho más de cien leguas, por caminos frágiles y pasando ríos fuertes y bordeados de terrenos pantanosos; mientras que nuestro ejército dejando defendida su línea, podía destacar sobre ella las fuerzas que quisiese con solo andar muy pocas leguas. Esa división, pues, debía obrar enteramente aislada de su ejército, de quien no podía recibir auxilios, ni aun comunicaciones. Para que ella pudiese llenar las miras del general que la hubiese destinado, debería ser tan fuerte como el ejército que iba á circumbalar por su espalda: sin esto, estaba espuestísima á ser batida; á no ser que se conservase á tal distancia que no llenase su objeto.

Añádase á esto la necesaria cooperación que debíamos esperar del Paraguay, pues aunque no había un pacto estipulado de alianza, ella estaba en la naturaleza de las cosas. El ejército de Rosas amagaba necesariamente su independencia, mientras que nosotros la garantiamos, y sin duda que entonces ese tratado que hizo más tarde y que tan poca duración tuvo, se hubiera verificado á presencia del peligro común de un modo más sólido y permanente. Pienso que una comparación con lo que ha sucedido en la Banda Oriental puede facilitar la inteligencia de mi modo de pensar; y para hacerla recuérdese que el general Rivera llevó á efecto la emigración que abandonó las poblaciones al enemigo, pero que no tuvo un punto seguro donde colocar las familias, sus repuestos y sus caballadas. Adaptó el singular plan de andar maniobrando con un convoy de 600 carretas, en que iban multitud de mugeres, niños y an-

cianos y en que iba la riqueza de la campaña. Sus depósitos de caballadas seguían al ejército, ó quedaban en lugares mal seguros: de aquí resultó que unos tras otros fueron cayendo en manos de un enemigo activo y superior que batía la campaña indefensa por todas partes. Si en vez de andar errando con ese inmenso trabajo que al fin fué presa del enemigo antes de ser batido, y que sin duda preparó su derrota final, lo hubiese colocado en Santa Teresa, por ejemplo, rehabilitando la fortaleza y cortando la boca del istmo que forma el mar con la laguna Merín, él se hubiera visto desembarazado en sus movimientos y hubiera contado mejor con unos hombres, cuyas familias estaban seguras. Adviértase que para la defensa de semejante punto, no necesitaba destacar fuerzas del ejército pues sobraba la escolta que siempre acompañó al convoy, mas la multitud de hombres que se empleaban de picadores de carreta, caballeros y acompañantes, que me aseguran no bajaban de 1500, y que debieran haberse armado y regimentado.

Desde los principios de estas guerras populares de nuestro país; desde los tiempos de Artigas, se ha visto que cuando un pueblo ha querido defenderse resucitamente, prefiriendo la expatriación á la servidumbre, esos convois que facilitaban y regularizaban la emigración en masa, eran el medio de la unión y un resorte secreto que mantenía la resistencia. Desde que los que están con las armas en la mano tienen los mas caros objetos de su afección á su espalda, se creen en el deber de defenderlos; pero cuando esos objetos han caído en poder del enemigo, ó se hallan dispersos y abandonados, se les caen también las armas de la mano y corren á reunirseles ó á procurar el modo de auxiliarlos.

Vuelvo á tomar el hilo que habia intertumpido para decir que á falta de oficiales científicos en el ramo de ingenieros, comisioné al coronel D. Manuel Saavedra para que acompañado del comandante Rivero, del mayor Rocha y de los capitanes Gallardo y Rivera, se trasladase á la Tran-

quera y practicase prolijos reconocimientos. Lo hizo este jefe y sus informes me confirmaron en la exactitud de mi plan, por mas que este mismo no participaba, segun se me aseguró de la persuasion de su utilidad. Poco tiempo pasó en que el teniente coronel de ingenieros D. Francisco Wiener de Morgenstein, húngaro de nacion y científico en la facultad, me ofreciese sus servicios que acepté con gusto, destinándolo á desempeñar la comision que antes se habia conferido al coronel Saavedra. Llevó tambien la de dar desde luego principio á los trabajos, y recomendacion eficaz para que el gobierno le diese los hombres y auxilios necesarios al efecto. Wiener correspondió á mi confianza cumplidamente, pero la adhesion que siempre manifestó hácia mi persona, fué un motivo no menos eficaz para que los Madariagas lo mirasen con fuertes preveniciones, y lo que es peor para que le retirasen los auxilios que necesitaba para el desempeño de su encargo. Como la Tranquera de Loreto queda en el fondo de la provincia y á espaldas casi de la capital, solo el gobierno podia suministrarle lo preciso: respecto de mi, estaba demasiado distante para que pudiese hacer algo importante.

Sin embargo fué prolijamente reconocido el terreno y sus adyacencias; se levantó el plano de la línea fortificada que mereció mi aprobacion; se hizo el corte de las maderas necesarias; se hicieron delineaciones y á pesar de las innumerables dificultades suscitadas por el mismo gobierno, la obra marchaba aunque despacio cuando vino en noviembre la alianza del Paraguay que nos ofrecia un ejército numeroso. Entonces creí que debia verme muy pronto en estado de dejar la defensiva y mandé cesar unos trabajos que cada dia se hacian mas difíciles por la mala voluntad y la ignorancia del mandon y sus hermanos. Quizá mas tarde me ocupe mas detenidamente de los pasos que dieron á este respecto, aunque en la multitud de ocurrencias de que he de hacer mencion, no será extraño que omita infinitas de menos importancia.

Acaso se me preguntará ¿qué se proponían los Madariagas con su estudiada aunque indirecta resistencia á la fortificacion de la Tranquera? Ninguna otra cosa, sino llevar la contraria opinion á la que yo manifestaba, y por tanto no perdian ocasion de desacreditar la medida como dispendiosa y supérflua. Por otro lado, creian darse el aire de valientes, desdeñando las fortificaciones y obras del arte.

Dije antes que el coronel Saavedra, aunque desempeñando la comision que le habia dado de reconocer la Tranquera, no participaba de mi persuasion. Este gefe que tambien pertenecia á la faccion que se me oponia sordamente, supe despues que en sus conversaciones privadas, desacreditaba la medida sobre que debia informarme: este era un titulo para la amistad de los Madariagas que obtuvo desde entonces. ¡Cuantas veces se habran acordado esos desgraciados y habran deplorado sus errores! Mas ya se habia pasado el tiempo y pagando la pena de sus extravios, han sacrificado la causa y nuestras mas bellas esperanzas.

Ya se habrá notado que algo he alterado el órden cronológico de los sucesos para concluir con este asunto antes de ocuparme de la expedición de Santa Fé. Voy ahora á hablar de esa tan feliz en su principio y al fin tan desastrosa campaña. No podré hacerlo sin emplear algunos tintes fuertes, pero es indispensable para que se forme un juicio exacto de las cosas.

En ella me proponia varios objetos: 1.º Habituár á los soldados del ejército á operaciones lejanas y acostumar á los correntinos á salir de su pais. 2.º Dar un soplo de vida á nuestra revolucion que parecia estacionaria y exhausta. 3.º Ensayar un movimiento sobre las provincias argentinas para probar hasta que grado podiamos contar con sus simpatias. 4.º y principal: Dar un desmentido á Rosas que aseguraba á los ministros de los poderes interventores que no tenia oposicion en la Repú-

blica Argentina, y que la de Corrientes era insignificante y quimérica. Ella (la expedición) apareciendo triunfante á las puertas de la provincia de Buenos Aires, debía desengañar á los Sres, Deffaudis y Ouseley y hacerles ver que los enemigos del Dictador tenían un poder que él les negaba. No tengo duda de que ella contribuyó al desenlace que tuvieron las negociaciones, y me confirma en este propósito una carta interceptada al general Garzon que debó conservar en mi poder en que lo manifiesta muy claramente. Fuera de que era un lenitivo para amortiguar las impresiones que había hecho en toda la desastrosa jornada de la India-muerta, y era un signo de vigor y de vida, cuando se nos creía desalentados.

Atendidas las disposiciones que se me aseguraba haber en la provincia de Santa Fé, podia esperarse que prendida la mecha reventaria la mina, y que esa provincia guerrera y acaso otras del interior se pusiesen en pié y abrazasen nuestra causa. La de Santa Fé que tantas veces había resistido con suceso al poder de Buenos Aires, podia en esta decidirse con igual resolucion y dar sérios cuidados al Dictador. Si se lograba, habria podido lanzar todos los elementos que no eran absolutamente necesarios para la defensa de Corrientes y formar un centro de accion para todos los argentinos del otro lado del Paraná. Si no podia conservarse la posesion de la capital de Santa Fé, tenían el Chaco por suyo y una retirada libre y segura. Por lo menos se hubiera adquirido armamento, artillería, municiones, vestuarios y algunos cientos de hombres que naturalmente hubieran aumentado el número de santafecinos que ya seguian nuestra bandera. Para todo esto era necesario un hombre, y este hombre no lo hubo.

Era indispensable que el general D. Juan Pablo Lopez, que ostentaba en todos los actos oficiales el título de *gobernador legal* de la provincia de Santa-Fé, mandase la expedición: no podia ser de otro modo. A él pues le fué encomendada. Fué tal su contento que no pudo guardar la re-

serva que requería una operación tan importante, y casi comprometió su resultado: tan pueril indiscreción ya me hizo vislumbrar el poco fondo de su inteligencia; pero no era posible retroceder. En Junio se movió de Villanueva lo que se decía la división santafesina que era un cuerpo de 400 hombres, y por otro camino, pero para reunirse en el punto de embarque otra fuerza de 300 hombres, incluidos 80 infantes á las órdenes del coronel D. Bernardino Lopez, nombrado jefe del E. M. de la división expedicionaria. El objeto era engañar la espectación pública en un negocio en que era vital que el enemigo ignorase el verdadero punto á donde se dirigian estas fuerzas.

Una extraordinaria creciente del Paraná hacia mas difícil el pasaje de las caballadas, y para que sufriesen menos se pidieron buques á Corrientes y embarcados hicieron la travesía. En los últimos dias de Junio emprendió Lopez su marcha por el Chaco y en Julio logro sorprender completamente el canton de Andino á inmediaciones de la capital de Santa Fé que guarnecía la división del famoso mazhorquero Santa Coloma, la que fué del todo muerta ó prisionera: pasó en seguida á la capital absorta con una aparición tan inesperada y batiendo con suma facilidad la fuerza que había podido reunir el general Echagüe, se posesionó de ella. Tomó cinco piezas de artillería, bastante armamento, un depósito de efectos para vestuarios y mas de 300 prisioneros. El pueblo de Santa Fé recibió bien á nuestras tropas, y todo induce á creer que se hubiese podido sacar mucho provecho de este primero é importante suceso, si el general Lopez se hubiese conducido como las circunstancias lo requerian. Nada suponian las paredes de la poblacion y no mucho el vecindario pacífico del pueblo, que por otra parte no podia ser hostil á nuestra causa. En Santa Fé mas que en ninguna otra de nuestras provincias, el nervio de la fuerza está en la campaña, y á esto debió atender con preferencia el general. Si inmediatamente hubiese hecho marchar la mayor parte de su fuerza en

la direccion del Rosario, sacando partido del estupor que habia causado su victoria, es seguro que se decide la mayor parte de la provincia y que algunas fuerzas de Buenos Aires que estaban acantonadas por las inmediaciones del Rosario y que ya habian empezado á retirarse, le hubieran abandonado completamente el terreno.

Nada de esto se hizo, y Lopez se dejó estar en la ciudad bailando y sirviéndose de la buena banda de música que habia tomado á Echagüe, contentándose con adelantar á muy corta distancia al comandante D. Cruz Gorordo con una partida insignificante. Dió lugar á que los enemigos azorados se recuperasen, á que retirasen las caballadas y á que el vecindario volviese á esa situacion de espectacion que precede á los cálculos egoístas: aun los hombres bien dispuestos á nuestro favor se acobardaron al ver su lentitud y no trataron sino de conservarse en una posesion que les permitiese arreglarse con el vencedor, cualquiera que fuese. Ni aun en la ciudad dió paso alguno que pudiese disculpar su permanencia: ni una sola medida política; ni un solo acto administrativo que mereciese atencion. Se me ha dicho de algunas pobres intrigas que quiso poner en práctica para conmover la provincia, pero ademas de la nulidad de ellas, era él mismo víctima de sus menguados artificios. Solo citaré una y fué la de hacer ofrecer amistad é indulto á Echagüe, por medio de algunos de sus amigos. Estos le dieron esperanzas para entretenerlo mientras aquel se reforzaba para tomar la ofensiva. Para colmo de desaciertos estalló la division entre él y el gefe del E. M. coronel D. Bernardino Lopez que representaba á los correntinos: este se quejó de que sus paisanos eran desatendidos y mal gratificados y ellos prorrumpieron en las mismas quejas. Hubo algo mas y aun peor y fué que descuidó enteramente la disciplina de la tropa que estaba acantonada en su mayor parte fuera del pueblo: los gefes y oficiales se iban á pasear y á su ejemplo los soldados hacian lo mismo: para ello eran precisos caballos y estos pasaban el dia y aun la

noche enfrenados y ensillados á la puerta de las pulperías en que se encontraban sus dueños: la fuerza santafesina se dispersó por las casas de su conocimiento, y si no hubo grandes excesos y latrocinios fué debido mas bien al carácter de nuestros soldados que al cuidado de sus gefes; pero los caballos se destruyeron y cuando se acordó estaban en malísimo estado los de toda la division.

Entretanto el enemigo empezó á dejarse sentir, y el general Lopez vió que era inevitable su retirada: aun para este caso nada habia preparado, y al emprenderla en los últimos dias de Julio, tuvo ya que abandonar parte de la artillería y del depósito de efectos para vestuario que habia adquirido. Cuando se movió de Santa Fé ya el enemigo picaba su retaguardia con sus partidas: despues de algunas leguas, todavia hubo escitaciones, y perdió momentos preciosos que le costaron despues muy caros.

Apesar de que se veia el general Lopez precisado á una retirada, habia engrosado su fuerza con mas de 400 santafesinos que se le habian incorporado y con mas de 200 prisioneros que habia agregado á sus filas: traia tres cañones, mucho mas armamento del que llevó y unos pocos efectos para vestuario. Ya la espedicion producía algo, y este algo habria sido mucho mayor si el hubiera obrado con mas prevision, mejor discernimiento y mas tino, aun admitida la necesidad de retirarse: mas de todo carece el general Lopez, y despues de algunos años de emigracion y de esperiencia puede aplicarsele el dicho *de que nada á aprendido*, y puedo vaticinar que nada aprenderá.

Se precia de tener un ascendiente indisputable sobre los indios del Chaco, y dá á sus relaciones con los caciques una importancia suma por no decir esclusiva. Cuando venía algun miserable indio, ó mas comunmente uno de esos asquerosos renegados á que llaman *cautivos*, con un recado del indio Pedrito, ó de otro caciquillo, se llenaba de tal vanidad y daba tal valor á la mision, como podia haberlo hecho por una embajada de la *Reina Victoria*

ó del Czar de todas las Rusias: llegué á hablarle francamente sobre esto, como sobre otras mil cosas, pero me desengañé de que todo era inútil. “Me parece muy bien general, le dije varias veces, que V. cultive las relaciones con los indios, pero no quisiera que diese á su amistad mas valor del que tiene, y que le haga desatender otros asuntos mucho mas importantes del servicio: su amistad puede sernos útil hasta cierto punto, pero comprenda V. que la base y nervio de su poder, está en el arreglo de sus soldados y no en dos ó tres centenares de indios veleidosos, falsos, infieles, y venales y ultimamente cobardes hasta el extremo. “Todo esto era predicar en desierto, por que no teniendo él mas modelo que su finado hermano D. Estanislao Lopez, ni mas escuela que las montoneras que este presidio, no daba un paso fuera de esa línea; y como no tenia ni sus calidades ni el caracter de aquel caudillo, no podia medrar como él. Mucho menos comprendia que las circunstancias habian variado en términos que aun que resucitase su finado hermano, no podría marchar por el mismo camino.

Mas no solo es el general Lopez el que ha incurrido en este error; gefes conspicuos han sido víctimas de él sin advertir que Rosas aun que erigido en un tirano, no ha dejado de ser el representante de la barbarie y gaucherío. Las ventajas que ha obtenido y sus victorias, las debe á la habilidad con que ha sabido servirse de ese prestigio que adquirió entre la multitud para organizar sus ejércitos y hacer soldados, mientras nosotros queriendo democratizar hemos hecho todo lo contrario. Causa admiracion el recordar á algunos gefes nuestros, nacidos y criados en las ciudades haciendo una ridícula ostentacion de los atavíos y modales gauchescos que tan mal saben imitar: en cuanto á mí he mandado ejercitos compuestos de esos mismos gauchos, montando en silla inglesa, sin que me hayan desoveducido ni despreciado, pero he tenido tambien buen cuidado de

no despreciarlos á ellos, ni ridiculizar un traje que hasta cierto punto puedé llamarse nacional.

El general Lopez abrigaba otra pretension que aunque no mas disimulada no dejaba de percibirse. Fiel á su proyecto de ser la copia exacta de su modelo [el finado hermano] pensaba ser el caudillo, no solo del gauchage santafesino, sino tambien del correntino, santiagueño &c. Entre los que él llamada santafesinos y que formaban su division había por lo menos la mitad de otras provincias; pero hubiese mirado como un desafuero que algun gefe que no perteneciese á ellas, quisiera ejercer alguna influencia entre sus comprovincianos. Esto esplicará sus celos con el coronel Salas, cuando llegue la ocasion de hablar de ellos y de sus funestos resultados. En cuanto á los que podía inspirarle yo, pienso que llegó á tranquilizarse, bien fué por que no me veia descender á *gauchear* á su manera, ó bien por que se penetrase del desinterés con que procedía.

En muy malos caballos, en gran desorden y despues de mjl vacilaciones, emprendió al fin el general Lopez su reterida sobre el Chaco aproximándose á Corrientes. Para que se resolviese fué preciso que su vanguardia sufriese un descalabro aun que no de gran importancia sobre uno de los pasos del Salado: entónces desatendiendo enteramente la columna de tropas regulares que había llevado y dejándola del todo á cargo del gefe de E. M. coronel D. Bernardino Lopez se rodeó algunos hombres de confianza y de dos ó tres centenas de indios salvages, con los que tomó impudentemente la delantera; desde allí daba ó no daba algunas órdenes insignificantes al cuerpo principal y recibía los partes que le traian. Cuando le decían que el enemigo se aproximaba, contestaba simplemente "*que la columna siga la marcha*" y hacía él lo mismo con sus indios llevando por lo comun un par de leguas de ventaja. Se me pasaba decir que una magnífica

tropilla de parejeros hacía parte de su comitiva y que no era la que menos atenciones le merecía.

Así continuo la retirada por algunos dias, sin que se avistase mas enemigos que algunas partidas *ligeras, lo que le infundió confianza y se persuadió de que no se le hacía una persecucion en forma. Esta necia confianza acabó de perderlo, no por que le aconsejase tomar un partido valeroso sino por que creyó que podía permanecer en el Chaco, establecer su cuartel general fuera del territorio de Corrientes y conservar algo de la soberanía que acababa de dejar en Santa Fé: luego explicaré todo esto; mas antes quiero hacer mencion de las providencias que yo habia tomado para precaver un desastre y asegurar su retirada.

Inmediatamente que la espedicion pasó el Paraná hizo lo mismo el coronel D. Juan Francisco Soto con cien hombres que despues fueron aumentados al duplo y fué á situarse en San Javier, quedando asi escalónada esta fuerza á mas de la mitad del camino. El general Lopez tuvo la singular ocurrencia de pedirme dos mil caballos antes de emprender su retirada y tambien algunos gefes y oficiales: lo primero era un despropósito imposible de realizar, pero en cuanto á lo segundo lo complací apresurándome á mandar al coronel Salas, al comandante Olmos y á D. Benito Miguens, y los coroneles Saavedra y Ocampos tenian órden de seguirlos con otros muchos. El mayor Cardenas habia sido situado á la parte del Chaco, frente al paso de Pindotí con una partida para servir de intermediario á la comunicacion. El general D. Juan Madariaga con una fuerza de mas de 500 hombres habia idó á ocupar la margen izquierda del Paraná, con órden de pasarlo si el caso lo requeria y llevaba encargo de reunir caballadas y demas recursos que se pudiese. Un oficial de artillería con un piquete de tropa de la misma arma habia tambien pasado el Paraná para incorporarse al general Lopez y servir las piezas que habia tomado al enemigo. Finalmente, el teniente coronel Ricarde que cubria el punto de la Esquina

y que el mismo día y á la misma hora que el general Lopez caía sobre Santa Fé, perseguía al cuerpo enemigo que tenía á su frente haciéndole algunos prisioneros y llamando así la atención por otro punto que aquel por donde se dirigía el principal ataque. Lo mismo se hacía por la parte de Crusucuatía á donde fué destacado el coronel Hornos para hacer demostraciones con idéntico objeto.

Desde el momento que supe que el general Lopez se retiraba de Santa Fe, se pusieron á disposición del general Madariaga todos los buques que habían servido para el pasaje de la división, con órden de reunirlos en los puntos en que hubiese de pasar el general Lopez: este designó el paso de Pindotí que es el que presentaba mas comodidad tanto por su inmediacion que es casi frente á Goya, como por los puntos de defensa que ofrecía para proteger el pasaje. Madariaga en consecuencia acumuló los buques y demas recursos en dicho paso; pero con asombro suyo supo en los mismos momentos en que enfrentaba Lopez, que este habia resuelto no pasar el rio allí, y que se dirigía á otro paso siete ú ocho leguas mas arriba, á donde encargaba se le llevasen los buques y auxilios. Esto fué la vispera de su derrota y por mas que hicieron algunos para disuadirlo, no pudo conseguirse hacerlo variar de intento. Entretanto, era imposible hacer subir aguas arriba buques grandes de cruz, sin un viento hecho y este no lo habia, de modo que fueron absolutamente inútiles todos los medios de transporte que se habian preparado.

Véase cual fué la causa de esa fatal resolucion. Ya indiqué que la flojedad con que el enemigo perseguía la columna expedicionaria persuadió al general Lopez de que solo lo seguian pequeñas partidas de observacion, y entonces creyó que podia establecer en el Chaco la silla de su gobierno y formar una especie de provincia separada que lo dejase en mas independencia y que le diese los aires de jefe supremo del nuevo estado improvisado. Con el fin de hacerme esta propuesta habia mandado desde el camino á

su secretario D. Agustin Sañudo para que me lo propusiera y obtuviera mi aprobacion: acompañaba á su solicitud la peticion de toda clase de recursos y la muy singular propuesta de que le cambiase los 200 prisioneros que habia incorporado á su division, por otros tantos soldados del ejército que le merecian mas confianza que los novelos patriotas. Era precisamente el dia 12 de Agosto á las nueve de la mañana, el mismo dia y hora en que sucedió el desastre de *Mal-abrigo*, cuando el secretario Sañudo desempeñaba su comision y desenvolvía las razones que apoyaban la solicitud de su gefe. Su tono tenia algo de descomedido, fuera de lo que tenia de insensata la proposicion, lo cual motivó una muy severa reprimenda que me fué forzoso aplicarle. Mi contestacion fué enteramente negativa; pero no tuvo tiempo de llevarla, porque la derrota de *Mal-abrigo*, hizo inútil toda diligencia á este respecto.

Se inutilizó todavía otra operacion de que se pudo sacar mucho partido. El bravo griego, el intrépido marino, el patriota D. Jorge Cardasi habia venido meses antes de Montevideo con un buquecillo armado de su propiedad y agregándole algunos del Estado de Corrientes se habia formado una flotilla de guerra muy capaz de competir con la que los enemigos tenian en las aguas de la Bajada. Descendió el Paraná para cooperar con las fuerzas de tierra que habia llevado el general Lopez y llegaba al Rincon de Santa Fé cuando se disponia este á abandonar la ciudad. Impuso á la escuadrilla enemiga que no se atrevió á medirse con Cardasi y pudo muy bien servir para conducir algunos de los enseres y la artillería que quedó abandonada por falta de medios de transporte. Mas como todo fué confusion y desorden, la flotilla no hizo otro servicio que hacer tremolar nuestra bandera en el bajo Paraná por unos dias, y quizá impedir que subiese la enemiga á incomodar nuestras costas y acaso estorbar el pasaje de la division espedicionaria.

Voy á detallar la jornada de *Mal-abrigo*, ese fatal com-

bate que nos hizo perder todas ó la mayor parte de las ventajas que con tanta gloria habíamos adquirido un mes antes y que influyó muy desfavorablemente en el ánimo de los correntinos. Desde los desastres del ejército libertador, su repugnancia á salir de su país se habia robustecido, y los Madariagus, segun he indicado habian segundado con todo su poder este sentimiento. Con solo conseguir que marchasen á Santa Fé habia obtenido un triunfo y si el éxito hubiera sido cual debió ser, ó por lo menos hubiesen llegado salvos, esa repugnancia hubiera disminuido inmensamente y allanándose mil dificultades para las futuras operaciones de la campaña: sucedió lo contrario.

Marchando el general Lopez, segun su costumbre dos leguas adelante de la columna con sus indios enfrentó el dia 11 de Agosto al paso de Pindatí, donde con solo dar una conversion á la derecha y acercarse á la costa del Paraná que no distaba mas de legua y media ó dos leguas, se habria encontrado con el general Madariaga y los buques y recursos que lo esperaban. Mas revolvía en su mente otras ideas, las que le parecieron realizables en la persuasion de que el enemigo habia dejado de perseguirlo, porque sus partidas se habian hecho sentir menos en los dias proxima-mente anteriores. Estas ideas eran las que habia ido á proponerme su secretario Sañudo, mediante las cuales él habria instalándose en el Chaco, erigiendo una especie de *republicueta*, reservándose al uso de los indios entablar cotidianamente solicitudes de vestuarios, de raciones, (vicios) de caballos, de ganado, de municiones, de armas &c.: en fin haciendo una cosa parecida á lo que hacia Rosas desde *el desierto* con el gobierno de Buenos Aires en años anteriores.

No es que yo renunciase á la idea de operar por el Chaco: muy al contrario comprendí las grandes ventajas que debia sacar de operaciones bien combinadas y dirigidas, pero ya no era tiempo de hacerlas en escala mayor como acababa de practicarlas sobre Santa Fé. Mi plan era

entonces hacer expediciones mas pequeñas sobre la frontera de Córdoba y Santiago sin olvidarme de Santa Fé, y pensaba estenderme hasta Salta, de donde teniamos noticias que habia buenas disposiciones. Cuando insinué mi pensamiento al secretario Sañudo, fué que me contestó reproduciendo las intenciones del general Lopez, "*que este no consentiria en dar al coronel Salas que era el indicado para estas expediciones, ni un hombre de las fuerzas que mandaba.*" Fué esta contestacion la que motivó la fuerte reprension que hice á Sañudo, y que antes mencioné, y á la que me contestó escusándose con que no habia sido su intencion decir que el general Lopez desobedeceria, sino unicamente que no gustaria de la medida. Mas tarde veremos los efectos de esta resistencia solapada de Lopez, que causó males gravísimos.

El general D. Juan Madariaga, viendo que Lopez habia pasado de Pindatí, dejando atrás los medios que habian de servirle para pasar el Paraná y poner en completo salvamento no solo su fuerza, sino el cargamento de familias que habian seguido á la expedición desde Santa Fé, hizo los mayores esfuerzos para subir el Paraná é irle á buscar al otro paso que últimamente indicaba, y que como se ha dicho quedaba algunas leguas mas arriba, pero el viento era contrario y fué imposible vencer la corriente que era mayor por cuanto el Paraná estaba crecido. Nada pues pudo hacerse para que al siguiente dia hubiera encontrado en el punto nuevamente elegido los auxilios que debian serle tan necesarios.

La noche del 11 campó su columna, y al tiempo de moverse el 12 ya se dejaron ver algunos enemigos, cuyo número fué sucesivamente aumentándose: luego se percibió que estos acumulaban fuerzas considerables y que aceleraban la marcha, de modo que iba á ser inevitable un choque decisivo. El coronel D. Bernardino Lopez fué transmitiendo continuamente estas partes al general Lopez que llevaba siempre sus dos leguas de delantera, sin

poder obtener mas órden ni contestacion sino *que siguiese la marcha* y acelerándola él mismo de modo que la distancia que lo separaba de la columna era cada vez mayor. Llegó el caso preciso de que los enemigos se echaban sobre la retaguardia de la columna y que era forzoso combatir ó dejarse lancear por la espalda: fué el primero de estos extremos el que muy dignamente eligió el coronel Lopez y dando media vuelta formó apresuradamente su línea. Seguramente que no obró con gran inteligencia en la disposicion del combate, pues se quedó sin reserva y cometió otros defectos no menos importantes: pero de todos modos, abandonado cobardemente por el general, cargando con una responsabilidad que no le incumbia y resolviéndose á tomar el partido mas digno de los dos únicos que le quedaban, él obró bien y militarmente. El consejo de guerra de oficiales generales, le hizo plena justicia en este punto, aunque no hubiese sido tan inculpable como subalterno, pues durante toda la retirada y aun en Santa Fé, se constituyó en censor continuo del general, y se puede decir que promovió la indisciplina.

El resultado del combate no fué dudoso: nuestra caballería cargó á la enemiga, la contuvo por algun tiempo y aun me aseguraron que en algunos puntos la hizo retroceder; algunos escuadrones segun la maniobra favorita de los federales, se presentaron sobre los flancos; nuestra tropa cuyos caballos eran pesimos, se desordenó y huyó: la derrota fué completa. Nuestros infantes que con los prisioneros incorporados ascendian á mas de ciento, quedaron en el campo rodeados de enemigos; los prisioneros se pasaron á los suyos y el valiente y desgraciado mayor Orzeto, con los pocos que le quedaban se corrió por su flanco izquierdo, ganó un bosque, y defendiéndose y continuando su retirada por lo mas fragoso, logró al cabo de uno ó dos dias llegar á la costa del Paraná y salvarse con la mayor parte de los suyos.

Veamos lo que hacia entretanto el general: segun se

ha dicho, en proporción que recibía los partes de la proximidad del enemigo, de su aptitud y de su inevitabilidad de un combate aceleraba su marcha y se alejaba del teatro de la pelea. Aun creyó que le era conveniente separarse de poco mas de cien indios de que se rodeaba y los dejó atras adelantándose con solo los hombres de su absoluta confianza y la magnífica tropilla de caballos. En el camino alcanzó al mayor Cabral que con un piquete de infantería custodiaba unas carretas de parque y otros efectos y sin decirle una palabra del combate que atras tenia lugar, le ordenó que hiciese alto y se sostuviese, continuando él su precipitada fuga. El mayor obedeció y muy luego los derrotados le anunciaron lo que había sucedido: las carretas se perdieron, pero se salvó el mayor y la mayor parte de su piquete, habiéndose ahogado algunos hombres al pasar un arroyo profundo. El general al dar la orden que hemos visto al mayor Cabral, ignoraba quizá la suerte del combate, y sin embargo él huía como un desatinado; ó si ya la sabia su objeto fué sacrificarlo para que entretuviera, ya que no pudiera contener á los enemigos, y que estos se detuviesen en saquear las carretas para disparar mas á su salvo.

El cacique Pedrito que mandaba los indios que segun he indicado, dejó atras el general Lopez, hizo á muy poca costa un servicio de la mayor importancia. A tres leguas del campo de batalla, perseguian aun á los nuestros algunas partidas que aunque poco numerosas eran bastantes para acabarlos en el estado de dispersion y desorden en que huían: el cacique con sus indios las cargó, y les mató un oficial y ocho ó diez hombres de tropa, con lo que les hice suspender la persecucion. Esta cesó entonces de todo punto y pudo salvarse la mayor parte de nuestra tropa: ella fué llegando al Paraná en partidas y hasta individualmente, y no siendo ya molestada por el enemigo, y siendo todos nadadores en lo general, la pérdida fué menor de lo que hubiera debido.

Preciso es que concluya este asunto que ya es demasiado largo, pero era indispensable completar la ingrata relacion de la jornada de Mal-abrigo. El general Lopez manifestó en ella y durante toda la retirada una cobardía y una ineptitud sin ejemplo: pero no se crea por eso que esta miserable conducta, provenia en todo de falta de valor ó de carácter. A un hombre que ha sido militar y que ha mandado soldados, que ha obtenido puestos elevados, no se le puede suponer tanta falta de corazon y tal anodamiento: provenia en mucha parte del modo con que esos paisanos vestidos de uniforme, esos campesinos de espada, esos generales gauchos, entienden el valor, el honor y los deberes militares. El general López era hombre que en alguna guerrilla de poca importancia y cabalgado en un excelente parejero, era quizá muy capaz de presentarse, de hacer algunas arremetidas y caracolear ostentando á la par de su destreza en el caballo una bravura *sui generis*. Si esto arranca á los gauchos que como él guerrillean á pata de caballo, algunos aplausos pueriles, cree haber hecho una cosecha de crédito que le ahorre el del peligro en las ocasiones verdaderamente importantes, y que lo escuse de arrostrarlo noblemente: no se puede explicar de otro modo tan portentoso olvido de todo pundonor y hasta de toda vergüenza. Aun hay mas para comprobante de mi modo de pensar, y es que como los hombres de la educacion del general Lopez entienden de diverso modo el honor, que lo entienden los hombres que se han educado en él: comprenden tambien de manera muy diversa el patriotismo, la virtud y las conveniencias sociales: mas de una prueba tendremos en el curso de esta historia.

En medio de la inaudita imprevision, del mas completo abandono que manifestó el general Lopez durante toda la retirada, tuvo el mas esquisito cuidado de poner en salvamento un par de baules que mandó con un oficial y una escolta escogida por el paso de Pendotí para

que fuesen entregados á su señora esposa que estaba en la provincia de Corrientes, estos baules fueron embargados, sellados y remitidos á mi disposicion por el general Madariaga: luego veremos el contenido y el destino que tuvieron ellos. Volvamos al general que habiendo pasado el paranacito que es un brazo profundo aunque argósto del Paraná y creyéndose á cubierto de la persecucion del enemigo, que no habia dado un paso mas, pensaba sin duda conservarse fuera del territorio de Corrientes y realizar en cuanto fuese posible su soñado proyecto. Con este motivo el general Madariaga le pasó órdenes terminantes, abusando por supuesto de una autoridad que no tenia, y aun mandó al coronel Soto para que le hiciera una intimacion fulminante y tragese consigo los pocos hombres y caballos que se habian reunido con aquel. Lopez no tuvo mas remedio que pasar el Paraná, sin esperar mi contestacion que era el motivo que él alegaba para su resistencia.

Aun hizo otros avances el general Madariaga, pues se atrevió á quitar el mando de la fuerza espedicionaria, de su propia autoridad, al general Lopez y ponerla á las órdenes del coronel Salas, bajo el pretexto de que era el único medio de salvar á aquel de la *irritacion popular* é impedir mayores desórdenes. Siempre que oigo *irritacion popular*, recuerdo los excesos de la mazhorca de Buenos Aires y la *benevolencia de Rosas que tanto hace por contenerla*. Madariaga queria parecersele en algo, pero como es tan mal copista no ha hecho nada de fundamento en su carrera de caudillo: el ensayo le salió muy mal, porque la medida que él decia que tomaba como salvadora produjo el efecto contrario y la division empezó á desbandarse, no porque Lopez tuviese concepto, ni disfrutase popularidad, sino porque los santafesinos creyeron herido su espíritu provincial que poseen en alto grado y acaso porque temieron que el nuevo gefe los sugetase á un orden á que no son muy afectos. En resultado, Madariaga tuvo que retroceder, retirando del

mando á Salas y reintegrando á Lopez muy á su pesar. Todo esto se sucedia con tal rapidéz que no habia tiempo de esperar mis resoluciones, á las cuales todos ellos se referian en su mútua correspondencia y en las comunicaciones que me dirijian, de modo que llegué á verme en conflictos porque variando por momentos la situacion de las cosas, mis órdenes llevaban el peligro de llegar despues de un cambio completo y fuera de toda oportunidad. Agréguese á esto la ansiedad en que me ponian los informes de Madariaga, que aseguraba que la tropa se revelaba contra Lopez y aun queria asesinarlo, y los de este que me decia todo lo contrario.

Finalmente mi resolucion fué que el mando de la fuerza de Santa Fé quedase en el general Lopez, pero que marchase inmediatamente con ella á Villanueva, lo que tampoco agradaba á este gefe; porque ya que no podia quedar en el Chaco, hubiera preferido quedar en la costa del Paraná. separado del ejército, en lo que estaban tambien conformes los santafesinos, pues los ejercicios, el órden y la disciplina por mas moderada que fuese les desagradaba.

Me es forzoso decir algunas palabras sobre el gobernador D. Joaquin Madariaga que en este asunto jugó un papel singular. Tampoco será fuera de propósito que retroceda un poco para hablar de una ocurrencia no menos particular de que no he hablado antes por no acelerar esta relacion, pero cuya referencia me parece ahora de alguna importancia, y que hasta cierto punto se liga con la presente.

En el mes de Mayo, sino me engaño (todas las correspondencias de esta referencia estan en mi poder) recibí carta de D. Agustín Murgiondo, sugeto patrióta y amigo mio que estaba en la Uruguayana, avisándome la llegada de D. Benito Oytes, socio en el comercio de Montero: ya se sabe que éste es íntimo amigo, hermano político y socio en negocios mercantiles de Urquiza, el cual traia encargos de entenderse con alguno de mis amigos para hacerme conocer

las disposiciones tanto de dicho general, como de Garzon y de D. Angel Pacheco. Segun Optes habia entre los tres un perfecto acuerdo para derribar de sus puestos á Oribe y Rosas, en los que debian colocarse aquellos, quedando Urquiza como su colaborador con una influencia proporcionada. El coronel D. Lucas Moreno, íntimo en la confianza de Garzon, habia hecho estas revelaciones á Optes para que las trasmitiese en la forma que se ha dicho. La importancia del asunto y la necesidad de una rigurosa reserva, me decidieron á no comunicar este asunto con el gobierno de Corrientes hasta que estuviese mas en sazón, porque tenia un conocimiento perfecto del desgreño de aquella administracion: las mugeres no le eran estrañas y las familias de Madariaga, del ministro Valdez y otras eran siempre depositarias de los secretos de estado de que hacian un uso vergonzoso. Mas hubo una ocurrencia extraordinaria que me obligó á variar de resolucion y lo impuse á D. Joaquin de las aberturas de Optes y del estado del negocio: la ocurrencia fué la siguiente.

Un tal Ascona, correntino emigrado á Entre Rios, vino á la Uruguayana, y debia regresar espirado que fuese el plazo de su licencia: tenia en el ejército un sobrino el mayor Ascona que mandaba el escuadron Pay-Ubre, el cual me pidió licencia para ir á visitar á su tio en lo que consentí sin dificultad. Este logró persuadir al tio á que en vez de volverse á Entre Rios se viniese á Corrientes, pero para hacerlo sin faltar en la apariencia á la palabra que habia dado á Garzon y no comprometerse propuso que lo capturasen á su regreso, situando una canoa con gente armada que lo sustragese del buque en que hacia su viage. El mayor Ascona se entendió con el comandante D. Zenon Perez que lo era de la costa del Uruguay, este apostó la canoa en el lugar conveniente y Ascona fué sustraído violentamente en la apariencia con alguna correspondencia que fué abierta por Perez y en este estado me fué remitida con los partes de lo sucedido.

Ahora pues, Ascona era precisamente el conductor que Murguiondo y Oytes habian escogido para llevar las contestaciones á las proposiciones que habia traído el último; y al saber que habia sido capturada y embargada la correspondencia de que era conductor, concluian que lo mas reservado de ella estaba en poder de los opresores. Como en la que me remitieron no se encontraban, tenían por seguro que la parte reservada habia sido remitida á Madariaga haciéndome un misterio del hallazgo. Conservo las cartas del Sr. Murguiondo en que pretendia probarlo hasta la evidencia y que pusieron en tortura mi discernimiento. Es escusado decir que hice las mas prolijas diligencias para averiguar el rumbo que habian tomado dichas comisiones reservadas, sin que pudiese adelantar un punto. De todas maneras subsistiendo la duda de si estaban ó no en poder del Gobernador, creí mejor notificarlo por medio del Dr. Derqui que á esa sazón habia venido á mi cuartel general á recibir instrucciones para su mision al Paraguay. Ya se deja entender que no dejaria de recomendarle la mas rigurosa reserva, pero unos dias despues tuve el desagrado de saber que era poco menos que público en Corrientes y que en una tertulia de malilla que tenia el Gobernador en su casa se hablaba de él sin rebozo: fuese objeto de pueril debilidad, fuese cálculo para hacer escollar la negociacion, lo cierto es que ella se generalizó lo bastante para que algunos adictos al partido federal que hubiese en Corrientes, lo pudiesen avisar á Entre Rios. No puedo discernir si á eso fué debido que Oytes recibiese una carta en que se le decia que no se ocupase de cosa alguna fuera de sus negocios mercantiles, en lo que quedó terminado el que tan bellas esperanzas habia hecho concebir.

El Sr. Murguiondo como he dicho insistia con una perseverente tenacidad en creer que las comunicaciones reservadas de que era portador Ascona habian sido interceptadas y que reservándome las habian sido remitidas á los

Madariagas: todas las diligencias que hice para descubrir este arcano fueron vanas, hasta que con el tiempo llegué á persuadirme que las comunicaciones de que hablo llegaron efectivamente á su título: y que Ascona no traicionó sino á medias sus compromisos con Garzon: queriendo quedarse en Corrientes se hizo capturar, pero tratando de disimular su inteligencia, confió el paquete reservado al patron del buque, el cual lo condujo fielmente.

Aunque entonces creí que podia haber algo de real en el proyecto presentado por Optes, al que es escusado decir que dí mi plena aprobacion y aun ofrecí cooperar con todo mi poder, lo que despues se ha visto en la malhadada negociacion de los Madariagas con Urquiza, dá motivo á sospechar de la buena fé con que hicieron sus proposiciones, ó mejor diré abertura. De cualquier modo ellos (los enemigos) debieron conocer à primera vista que firme en mis principios y leal á mis compromisos, no aparearia un punto de los que habia defendido, bien que estuviese dispuesto á cualquier sacrificio personal, y á concesiones que solo afectasen mi individuo. Despues no volvió á tratarse de este negocio que quedó sepultado en el olvido.

Si ahora he hecho mencion de él ha sido para manifestar las razones que tuve para dar al gobierno una noticia anticipada del proyecto de espedicion á Santa-Fé, pues aunque lo traté con D. Juan Madariaga y con el general Lopez y no dudaba que el primero avisaria reservadamente á su hermano el gobernador, queria hacer recaer sobre él la responsabilidad si llegaba á traslucirse. y entonces creia que D. Joaquin seria mas consecuente á su hermano que á mí, como pienso que efectivamente sucedió. Es verdad que el proyecto se traslujo, pero se supo que fué por culpa de Lopez, ó al menos lo persuadian asi los datos que se obtuvieron. Solo se habló espresamente al gobernador llegado el caso de verificarlo, y para pedirle ya los buques en que los hombres y caballos habian de atravesar el Paraná y demas que podian reclamar su cooperacion.

Por entonces, nada dijo el gobernador, ni se quejó de que no se le hubiese iniciado en el plan desde que se concibió: por el contrario, se manifestó tan satisfecho que se trasladó personalmente desde la capital hasta el paso del Rubio que era donde se practicaba el pasaje del Paraná, á activar con su presencia los preparativos y hasta aumentó las caballadas que yo habia destinado para la expedicion con algunos cientos que ofreció espontáneamente al general Lopez: estas disposiciones satisfactorias fueron mayores en los momentos en que la expedicion entró triunfante en Santa-Fé, en términos que sus adeptos le atribuian en sus oscuros conciliabulos la mayor parte de la gloria, sin que yo me inquietase en contradecirlos; pero cuando las esperanzas que se habian concebido empezaron á flaquear y mucho mas cuando el desenlace nos trajo tan amargos desengaños, el gobernador Madariaga y lo que es peor aun su hermano D. Juan, que habia sido un entusiasta aprobador de la expedicion, se constituyeron en sus censores procurando hacer recaer sobre mí la responsabilidad del suceso. Entonces empezaron las quejas del gobernador, diciendo que se habia guardado para con él la mas ofensiva reserva, ya diciendo que no debí confiar á la ineptitud de Lopez una empresa de tanta importancia, ya en fin manifestando un dolor desesperante por la pérdida de los correntinos que murieron en el combate de Mal-abrigo, sin que le mereciesen la menor condolencia los que no tenian *la honra* de ser sus paisanos. Con este motivo fué que escribió á su hermano las mas sentidas cartas (de las que ví algunas) en que se acusaba de haber consentido en que los correntinos saliesen de la provincia, pudiendo echarles en cara que no habian sido consecuentes con sus promesas. D. Juan Madariaga que como he dicho estaba en la costa del Paraná, empezó entonces sus trabajos hóstiles, y con una ligereza de que él solo es capaz se permitió censuras amargas y conversaciones sediciosas. El pretexto que tomó consistia en dos cargos: 1.º Que yo no me interesaba

por los correntinos. 2.^o Que no obraba contra el general Lopez con la energia que debia hacerlo y que él merecia, Yo habia ofrecido sugetarlo á un consejo de guerra y obrar en toda justicia que era cuanto correspondia, mas como Madariaga no buscaba mas que un pretexto, poco le importaba la razon: lo que él queria era desacreditarme en el concepto de sus paisanos y creyó equivocadamente que era ocasion de conseguirlo. A su regreso al campo de Villanueva, ya era un hombre diferente, sumiso y hasta adulon.

Sin embargo, lo sucedido aun que en gran parte cubierto de tinieblas y que no puede clasificarse sino de un ensayo, probaba sus reprobadas intenciones y que no buscaban sino que se les presentase la ocasion de sacar á la plaza sus miras. Si entonces escojieron mal la oportunidad, por que en lo general se hizo justicia á lo acertado de mis operaciones, no dejarian de aprovechar otra que se les presentase, ó de crearla. Cualquiera pensará que los Madariagas deseaban que yo dejase el puesto que ocupaba y que saliese de Corrientes. Nó, nada de esto: ellos veian muy bien que les era preciso, asi es que siempre era una amenaza mi ofrecimiento de dejarlos. Lo que ellos querian era servirse de mi nombre, de mi crédito exterior y de mi prestigio entre los mismos correntinos, para hacer á mi sombra todo cuanto deseaban: en una palabra, pretendian dejarme toda la responsabilidad y tener ellos todo el poder. Esta pretension no era única y esclusiva en ellos: lo mismo habian procurado aquellos gefes facciosos de que hablé antes y que entonces se habian ligado estrechamente con los Madariagas: lo mismo con ciertas modificaciones se habian propuesto ciertas categorías argentinas de Montevideo que se denominaban pomposamente entre sí *altas inteligencias*, y lo mismo puede que se propongan algunos que crean posible que llegue yo á ser necesario en los negocios públicos ó militares.

Al fin tenemos al general Lopez en Villanueva con la fuerza santafesina espedicionaria, la correntina habia sido

iieneziada por D. Juan Madariaga, despues de cantarle tristisimas endechas para que fuesen á descansar de su campaña de mes y medio. Era graciosamente ridiculo oirlo deplorar hipocritamente las desgracias de sus comprovincianos; se enternecia, lloraba y declamaba al hacerlo. Al oirlo se podria creer que las pérdidas eran mayores que las de la tristemente célebre campaña de Napoleon en Rusia de 1812, cuando no habiamos perdido mas de cincuenta correntinos: su hermano el gobernador le *hacia duo*, lo que hubiera importado menos, sino hubiera tenido el objeto de influir en la tropa inspirándole aversion á las operaciones ofensivas fuera de su provincia. Para poder hacer algo de provecho me era forzoso luchar contra esta preocupacion; mas era necesario tiempo, paciencia y fortuna.

Se inició la causa que mandé formar al general Lopez y otros gefes principales de la expedicion, que eran el coronel D. Bernardino Lopez, el coronel Canedo y el comandante Gorordo: El proceso que compone un grueso volumen, fué encomendado al coronel D. Ramon de Cáceres, quien lo siguió con tanta proligidad como eficacia: él existe en mi poder y atestiguará enteramente las enormes faltas del general Lopez y la justicia con que fué condenado. El consejo de guerra de oficiales generales, cuya sesion duró diez y seis horas continuas, fué el acto mas imparcial y mas solemne de cuantos yo he tenido noticia en estos países, el secretario de Lopez D. Agustin Sañudo que fué su defensor, leyó un cartapacio de cerca de cuarenta fójas: el Presidente fué el general Deheza; los jueces por todos once. Los nombrados eran trece, pero habiendo Lopez recusado á uno, se hizo salir otro para que quedase número impar. El fiscal lo acusó de cobardía, falsedad y malversacion y pidió la pena de muerte: el consejo le salvó la vida, pero lo destituyó de todos sus empleos y grados militares, confiscando al mismo tiempo cuatrocientos y ocho onzas de oro que se hallaron en aquellos baules que habian sido embargados y remitidos por D. Juan Madariaga,

devolviéndole alguna ropa y alhajas que igualmente contenian. Los demas gefes salieron absueltos.

Entretanto, yo no renunciaba á mi plan de obrar por el Chaco sobre las provincias del interior de la república, pero en escala menor y sin emplear fuerza correntina. El coronel Salas deseaba ardientemente prestar esta clase de servicio, y autorizado por mí hizo los mas vivos esfuerzos para obtener un número de hombres voluntarios de los que formaban la división santafesina, que como se ha dicho tenia naturales de todas las provincias. Para esas expediciones aventureras y lejanas, era indispensable en nuestras circunstancias consultar la voluntad de los que habian de formarlas, de lo que se valió Lopez para emplear las mayores bajezas é intrigas á fin de que Salas no reuniese el número de hombres necesario. Apesar de esto, algo se hacia, tanto en ese sentido, como en el de captar la voluntad de algunos indios del Chaco que debian auxiliar la pequeña expedicion, lo que excitaba los celos de aquel caudillo de un modo extraordinario. Hasta entonces habia hecho cuanto podia por medios indirectos y subterráneos para oponerse á la expedicion; mas repentinamente mudó de plan, pareció conformarse y se notó con sorpresa que muchos de sus aficionados se prestaban á hacer parte de la expedicion. Ellos debian obrar á su tiempo.

Reunidos ya de cien á doscientos hombres y contando con la cooperacion de algunos indios, marchó Salas de Villanueva provisto por mí de algunos auxilios y de otros que se proporcionó él de su propio peculio, pues debe advertirse que el tiempo que estuvo separado del ejército lo habia empleado útilmente ejerciendo su industria. En proporcion que Salas se aproximaba al Paraná, se dejaban sentir rumores siniestros sobre el éxito de la expedicion, en términos que cuando pasó este rio, habian tomado un carácter alarmante. Ellos llegaron hasta á mí, lo que me obligó á dirigirme urgentemente á Salas para que me informase sobre las disposiciones de sus soldados y para que

suspendiese el movimiento si mis temores eran fundados: la contestacion de Salas fué darme las mas completas seguridades.

Un capitán Echagüe, que es el mismo que con el grado de mayor figura ahora en Santa Fé, habia venido con Lopez y se conservaba en el Chaco con 40 hombres: en conformidad á mis órdenes, debia incorporarse á Salas y concurrir á la espedicion, la que tenia por objeto caer sobre la frontera de Santiago y tomar caballadas y hombres que agregaria á sus filas: luego se rebatiria sobre la de Córdoba, donde Salas tenia prestigio y relaciones y haria otro tanto. Despues de estos primeros golpes se hubieran preparado otros que hubiesen puesto en alarma muchas provincias y quizá producido importantes resultados.

Salas pasó el Paraná, mas á muy pocas leguas el famoso Cacique Pedrito, íntimo amigo de Lopez, se le presentó de un modo hóstil y la mayor parte de la tropa capitaneada por Echagüe se pasó á aquél, poniendo á Salas en el mas inminente peligro. Despues de la fuga de Lopez es cuando pude ver algo mas claras estas cosas y entonces supe que sus instrucciones reservadissimas contenian espresamente la prevencion, de que el coronel Salas y el comandante Gorordo fuesen asesinados. Felizmente no sucedió asi, pues aquel gefe con un puñado de hombres y algunos indios que permanecieron fieles, pudo resistir á la persecucion que se le hizo y repasar el Paraná, malogrado enteramente el proyecto y lo que es peor con pocas esperanzas de volverlo á emprender. El capitán Echagüe despues del crimen que habia cometido, dió oídos á las proposiciones del gobernador de Santa-Fé y se fué arrastrando consigo á la mayor parte de los sublevados. Hé aqui el fruto de las pasiones y de los celos personales de Lopez! Por dañar á Salas y frustrar su empresa, hizo perder para la causa varios oficiales y muchos hombres de tropa sin que los ganase él, pues pasaron á las filas de su rival y su enemigo el general Echagüe, gobernador de Santa-Fé.—Oja-

lá hubiese sido este el único ejemplo que presentó durante este período el clásico extravío de esos ambiciosos caudillos! Nos restan aun que ver muchos y sus funestos efectos.

Era indudable que López habia sido el agente secreto de esta horrible trama, pero no pude obtener pruebas positivas y además mediaban otras consideraciones que me retraian de una medida violenta. Los Madariagas que me habian censurado porque no procedia rigorosamente contra Lopez, desde que vieron que lo sugetaba al fallo de un tribunal y que comprendieron que lo ejecutaria seriamente, declinaron de su animosidad y manifestaron algun interes por él. Se habian constituido, aunque con disimulo en aeechadores y censores de todas mis operaciones, de modo que bastaba que emanasen de mí para que procurasen desacreditarlas entre sus paniaguados. Por eso es que censuraban en secreto la expedicion de Salas, aunque nada me dijesen á mí contra ella, y creo muy fundadamente que no fueron extrangeros al fatal desenlace de la expedicion, por el intermedio de su tio el coronel D. Juan Francisco Soto, comandante del partido de Santa Lucía; el mismo que despues los abandonó para pasarse á Urquiza.

Lo que habia pasado era mas que bastante para que debiese acautelarme de Lopez, y como una medida en la apariencia de conveniencia, pero en el fondo de precaucion, le ordené que desocupase la barraca que habitaba en el campo santafesino, dejándola para el gefe que debia mandarla y que pasase á otra que se le señalaba para alojamiento. Su conciencia que no estaba sana, le hizo sin duda temer las ulteriores de esta medida, y aparentando obedecer, hizo trasladar algunos muebles de poca importancia y al anochecer del mismo dia desapareció del campo con tres ó cuatro hombres. Mi primer sospecha fué que se dirigia al Chaco de acuerdo quizá con algunos de los que habia mandado, pero muy luego supe que no era mas que una miserable fuga para sustraerse á la accion de los

autoridad y ganar el territorio brasilero. Colocado allí nadie pensó en molestarlo, sin embargo de que no dejó de escribir algunas cartas tan hipócritas como ridículas.

Voy entrando en lo mas interesante de mi narracion y me es sensible que mi poca versacion en escribir, no me permita tratar dignamente la materia: sin embargo haré lo que pueda. Quiero ahora dar una idea del Paraguay y de su gobierno, sin olvidar el del brasil que tanta influencia ha tenido en estos negocios.

El gobierno imperial y en general la poblacion brasilera ha heredado de los portugueses esa insaciable sed de territorios que devoraba á sus mayores. Como si no poseyeran terrenos inmensos que no pueden poblar ni utilizar de que ellos mismos no saben qué hacer, conservan pretensiones territoriales en todas sus fronteras. Sus límites con la Banda Oriental y con Bolivia están indefinidos, teniendo por todas partes cuestiones territoriales que ventilar. Obrando en el mismo sentido procura debilitar á sus vecinos, y como el mas poderoso es la República Argentina, es consiguiente que pretenda subdividirlo hasta el infinito. Rodeado ademas el Imperio de Estados pequeños, su influencia será omnipotente y vendrá á ser de hecho el regulador universal de Sud-América. Ya vimos en años anteriores que siéndole imposible conservar su conquista en la provincia Cisplatina (Banda Oriental) se contentó con segregarla de la República Argentina, haciendo que se constituyese en Estado independiente. Esto mismo explica el interés que el Brasil ha tomado en la independencia del Paraguay, sin que sea necesario suponerle otras miras que no han dejado algunos de entreveer para hallar la clave de su política.

Muchos han considerado á esta Monarquía, única en el nuevo mundo, como una planta exótica, cuya conservacion será difícilísima. De aquí han deducido que este imperio concluirá por la influencia de los principios democráticos, ó que él anonadará las Repúblicas haciendo triunfar los

monárquicos. Sea de esto lo que fuere, pienso que son cuestiones ajenas de mi propósito y dignas de ser tratadas con mas detencion e inteligencia. A mi objeto basta probar que el gobierno imperial ha mirado con placer el desmembramiento de la República Argentina y que ha obrado consecuentemente. Puedo asegurar tambien que algunos de mis compatriotas han entrado en esos proyectos, sin que pueda discernir si seriamente pensaban en ellos, ó si únicamente los promovian como un arbitrio para suscitar enemigos al dictador de Buenos Aires.

Cuando el Sr. D. Florencio Varela partió de Montevideo á desempeñar una mision confidencial cerca del gobierno inglés el año 1843, tuvo conmigo una conferencia en que me preguntó si aprobaba el pensamiento de separacion de las provincias de Entre Rios y Corrientes para que formasen un Estado independiente: mi contestacion fué terminante y negativa. El Sr. Varela no espresó opinion alguna, lo que me hizo sospechar que fuese algo mas que una idea pasajera, y que su mision tuviese relacion con el pensamiento que acababa de insinuarme. Yo obrando segun la lealtad de mi carácter, y no escuchando sino los consejos de mi patriotismo y en precaucion de lo que pudiera maniobrase subterráneamente á este respecto, me apresuré á hacer saber al Comodoro Purwis y al capitán Hotham que mi opinion decidida era que se negociase sobre estas dos bases: 1.ª La independencia perfecta de la Banda Oriental: 2.ª La integridad de la República Argentina, tal cual estaba. No tengo la menor duda de que datos fueron transmitidos al gobierno inglés y que contribuyeron á que el proyecto no pasase adelante por entonces. El Sr. Varela desempeñó su mision, á la que se ha dado gran valor, y por lo que despues hemos visto y de que hablaré á su tiempo, me persuado de que hizo uso de la idea de establecer un Estado independiente entre los rios Paraná y Uruguay, la que se creia alhagaría mucho á los gobiernos europeos, particularmente al inglés. Puede que

despues me ocupe de las razones en que me apoyé para combatirlo y que creo fueron mas eficaces en la consideracion de esos mismos gobiernos que las que aducian los partidarios del proyecto. Estos mismos habian lisongeadó desde mucho tiempo antes á los orientales con el de reunir esas mismas provincias á la República del Uruguay, sin lograr otra cosa que eludirse y hacerlo cada dia mas impracticable.

En ese tiempo apareció en Montevideo el Sr. Sinimbú como encargado de negocios del Brasil, quien manifestó las mas pronunciadas simpatias por el gobierno que residia en la plaza y por el triunfo de nuestras armas. Son sabidas de todos sus operaciones desconociendo el bloqueo de Rosas y la desaprobacion de su Córte. En dos visitas que nos hicimos, conferenciamos sobre este negocio y mis opiniones fueron las mismas que habia espresado al Sr. Varela y á los Sres. Purwis y Hotham. Mi franqueza era tanto mas debida, por cuanto el Sr. Sinimbú habia tenido la de manifestarme iguales sentimientos con respecto á su pais. La provincia brasilera del Rio Grande del Sud, combatia aun por separarse del Imperio y constituirse en República independiente, y él declaró que su gobierno estaba dispuesto á sepultarse entre sus ruinas antes que consentir en la desmembracion de una sola provincia. A un caballero tan leal como el Sr. Sinimbú y tan penetrado de los intereses de su pais, no podian desagradarle los idénticos sentimientos que me animaban respecto del mio, asi fué que se manifestó muy complacido; y creo no equivocarme en decir que merecí su estimacion.

Era muy claro que el pensamiento de separacion de las provincias de Entre Rios y Corrientes habia llegado al conocimiento del Sr. Sinimbú, pues quiso explorar mi opinion; mas despues he sabido que un argentino notable, órgano por supuesto de la faccion de Montevideo, redactó una memoria ensalzando el proyecto y la presentó al diplomático brasilero. El mismo sugeto me lo ha referido y me

ha escrito largas cartas persuadiéndome á que lo adoptase cuando yo estaba en Corrientes. Lo particular es que para recomendarlo se proponia probar que era utilísimo á la República Argentina. Que se adoptase como una arma para debilitar el poder de Rosas, se comprende; pero que se preconizase como conveniente á nuestro pais, es lo que no me cabe en la cabeza.

Aun en el sentido de debilitar el poder de Rosas era equivocado el pensamiento, porque la nacionalidad argentina, es popular en Corrientes y Entre Rios: los trabajos del general Lavalle y los míos la han fortificado y robustecido. Dicho general fué muy querido de los correntinos y lo recuerdan siempre con entusiasmo: en cuanto á mí tuve siempre el mayor cuidado en ligar á los correntinos con los otros argentinos y en que estos se condujesen de un modo capaz de llenar tan noble objeto. El fruto se está palpando, pues que esas ideas de separacion y de una burlesca soberania, no han tenido acogida entre las masas, aunque los caudillos las hayan hecho algunas veces vislumbrar y aunque hayan hecho cuanto les haya sido posible por desacreditar á los que no eran correntinos. En Entre Rios, aun tienen menos valor esas ideas.

La separacion y progreso de la Banda Oriental que se alega como un luminoso ejemplo, no tiene aplicacion por varias razones. 1.º Porque su situacion geográfica le concede puertos exteriores, quizá mejores que los de la República Argentina. 2.º Porque mediaron celos y odios profundos. Ya se recordará que de un ángulo á otro de la entonces provincia oriental se oia el grito de ¡*Mueran los porteños!*!, cuando Artigas desobedeció á las autoridades nacionales y aun despues.

Aunque solo se considerase la cuestion bajo un aspecto puramente militar y de circunstancias, era ese pronunciamiento sumamente anti-político y perjudicial. Era indudable que limitando la nacionalidad de esas provincias con el rio Paraná, no verian sus intereses positivos mas allá

de esa barrera y asegurada que fuese, poco les importaría lo que sucediese del otro lado: por otra parte, los argentinos de otras provincias que entraban por mucho en la balanza, no querrian haber sacrificios esclusivamente redondos á la defensa de un pais que habia dejado de pertenecerles. El hecho es que los Madariagas, à quienes ninguna consideracion ha detenido cuando ha estado de por medio su interes personal, nunca se atrevieron á pronunciar la palabra *separacion* porque conocian muy bien que esa palabra los privaba de muchos auxilios y los despopularizaba en su propio pais. Cuando mas se permitieron una ú otra espresion vaga, incierta ó misteriosa: ¡menos yo no he sabido que se abanzasen á mas.

El Paraguay, ó mejor diré su gobierno por una política equivocada y errónea, participa de los deseos de ver fraccionada la República Argentina, bien sea esto por un espíritu de antipatia á Buenos Aires, ó bien porque cree consultar su propia seguridad. ¿Pero cómo es que no vé aquel gobierno que debilitando á un vecino que cree peligroso, robustece á otro mas fuerte aun? Las vistas de la política deben estenderse mas allá de la vida de los hombres, y si el presidente del Paraguay no ha alargado las suyas lo bastante, no ha comprendido la mision que le ha encomendado su pais. Cuando la mision del Dr. Derqui á consecuencia de aquella invitacion anonima, en que ofrecia prestarse á la alianza *si se hacia ver la posibilidad de la separacion de Corrientes*, se le trató de persuadir con razones poderosas cuales eran los verdaderos intereses del Paraguay, sin que nada se consiguiese por entonces. Es de creer que mas tarde produgeron algun efecto: pues vimos á dicho gobierno entrar francamente en una alianza ofensiva y defensiva *sin que se aclarase su horizonte*, ó al menos sin que yo lo llegase á percibir. Sin embargo, de creer que hubo otro motivo para esta mudanza.

El gobierno imperial que tan interesado se mostraba en la independencia del Paraguay, la habia reconocido y

acreditado un ministro residente en la Asunción: este era el Sr. Pimenta Bueno, quien hizo todo lo posible por insinuarse en las buenas gracias del presidente, y que efectivamente obtuvo hasta cierto punto su intimidad. Llegó hasta celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre ambos gobiernos, el cual despues de mucha demora no fué ratificado por el Brasil, que no llevaba su benevolencia con el Paraguay hasta comprometerse en una guerra contra Rosas. El pretexto fué decir que era antes necesario hacer una demarcacion ó reconocimiento de límites, lo que el Paraguay juzgó inadmisibile: sin embargo se remitió por Itapúa pólvora y aun creo que algunas armas. Viéndose frustrado el presidente Lopez en su proyecto de alianza con el Brasil, buscó por segunda vez la de Corrientes y la propuso al gobernador Madariaga con quien conservaba correspondencia: conmigo solo habian mediado algunas comunicaciones oficiales sobre puntos accesorios despues de las que cangeamos con ocasion de la malograda mision Derqui.

El Sr. Pimenta Bueno apoyó sin duda el proyecto de alianza con Corrientes y quizá fué el alma de esta negociacion, porque reusando su gobierno tomar parte activa en la guerra, le convenia buscar enemigos al dictador argentino que á la vez garantiesen al Imperio contra su poder y afianzasen la independendencia de la nueva República. Pero aun entonces no abandonó enteramente el pensamiento de desligar á Corrientes de la República Argentina, como se verá en lo que mas abajo diré.

El gobierno del Paraguay conocia muy bien la ley de 13 de Enero que establecia el directorio de la guerra, y cuyas disposiciones autorizaban esclusivamente á este para ajustar tratados y entender en las relaciones exteriores: no obstante, el presidente Lopez al hacer su invitacion, manifestaba deseos de tratar conjuntamente con el director de la guerra y con el gobierno de Corrientes y aun proponia al último una entrevista para arribar mas facilmente al

arreglo de la alianza. El gobernador Madariaga se escribió con su falta de salud y propuso mandar en su lugar á su hermano D. Juan que era su *alter ego*, á quien asocié al Sr. Marquez, muniendo á ambos de los más cumplidos poderes y cartas credenciales. Por mas que el Sr. Marquez representó que solo el director de la guerra estaba autorizado por la ley para celebrar tratados, el presidente se obstinó en que figurase el gobernador de Corrientes como parte contratante, llegando á hacer una condicion *sine qua non*, de este requisito. En ello era segundado por el Sr. Pimenta Bueno, el cual decia muy candidamente al Sr. Marquez que no podia comprender la autoridad que se habia dado al director de la guerra, ni la facultad de que habia sido investido. Como si los nombres importasen mucho, se fijaba en el que me habia conferido la ley de 13 de Enero, sin advertir que mucha mayor irregularidad envolvia la pretension de asociarme á una autoridad ilegal para el efecto que se buscaba. Sin embargo, era el asunto demasiado importante para que no se hiciesen sacrificios si era menester, y consentí en que el gobernador de Corrientes autorizase por su parte los mismos enviados, como al fin se hizo. Este empeño en desconocer hasta cierto punto la capacidad del directorio de la guerra, en hacer intervenir al gobernador de Corrientes, y en conferenciar con Madariaga personalmente, revela la intencion del Presidente Lopez y de su consejero el Sr. Pimenta Bueno de desvirtuar esa sombra de autoridad nacional que en mí residia y de separar en cuanto les era posible al gobierno de Corrientes del resto de la República, aun el deseo de entenderse personalmente con los Madariagas dá lugar á sospechar que algo pretendian adelantar que no debia confiarse á la pluma ni á un tercero. Fuese lo que fuese, lo mas interesante era la alianza y ella se consiguió.

No se crea por lo que antecede que yo no mereciese crédito y buena opinion al presidente y á sus compatriotas: por el contrario, pienso que me lo dispensaban mas allá de

lo que merezco; pero sabia el Sr. Lopez mis sentimientos argentinos, no ignoraba la lealtad de mi carácter y esto bastaba para que se me escluyese de confianzas que debian herirlos. Por lo demas es fuera de duda que la alianza reposaba en mi reputacion militar y en el concepto de probidad con que me honraba, como él mismo lo ha declarado posteriormente.

Sobre todo lo que se haya dicho del Paraguay, es preciso suspender el juicio: se habrá pido ponderar la inocencia, la docilidad y las virtudes de los paraguayos; sus bellas disposiciones, su patriotismo y su entusiasmo contra Rosas; hasta su robustez, su destreza en nadar y cabalgar han sido objetos de admiracion á la distancia. Pues bien; sépase que en todo hay que rebajar mucho, muchísimo. Con un gobierno como el del Dr. Francia, que adelantos morales podia haber obtenido aquel desgraciado pueblo? Qué virtudes podian haberse cimentado? Qué género de progreso puede concebirse? Es verdad que el paraguayo obedece con una servilidad de que no hay ejemplo á la autoridad que ha sucedido á la del finado Dictador: es fuera de duda que mira como un sacrilegio la menor accion ó espresion que pueda ofenderla: es cierto tambien que lleva tan lejos esa obediencia que se hace un deber de conciencia el espionaje y la delacion; pero esto es todo, y no pasa de ahí la decantada subordinacion del soldado paraguayo.

Educado por el Dr. Francia, á nadie respetaron sino á él, ó al que le ha sucedido y que designan con el nombre de *El Supremo*. No hay gradaciones en aquella sociedad; todo está nivelado, fuera del gran personage que ejerce la primera y quizá la única autoridad. En el ejército sucede poco mas ó menos lo mismo. Ya se recordará que el Dictador no concedió grados militares sino hasta capitán, y estos eran tan precarios que poco ó nada significaban de lo que significan en todo el mundo. Aun que el actual presidente ha hecho algunas variaciones á este respecto,

está muy distante el ejército paraguayo de tener una organización regular, ni de haberse aproximado á ella.

He visto una proclama del Sr. Lopez con motivo de su venida al campamento del ejército, en que dice “*que está maravillado de tener un ejército en que no hay crímenes que castigar.*” La cosa parecerá y es algo peregrina, sino es que concedamos que los paraguayos se han convertido en ángeles; sin embargo, no tengo duda que hasta cierto punto tiene razon el Sr. Lopez, por que el prestigio de la autoridad suprema es tal que contiene á los mas osados. Estoy persuadido de que el campo paraguayo sería un modelo de quietud y silencio, como lo era la calle de Rosas en Buenos Aires, ó como serian los Santos Lugares si á éste se le antojase mandar que nadie levantase la voz y que todos se hablasen en secreto. A primera vista podría cualquiera comparar á ese ejército con una tropa de tímidas ovejas que el pastor conduce á su arbitrio; pero se equivocaría completamente el que creyese que esa moderacion tiene otro principio que el que he indicado: esas aparentes virtudes, como que no toman su origen en una buena educacion moral, ni en la rectitud del corazon, desaparecen luego que cesa de obrar el resorte que las sostenia y se dejan ver los vicios opuestos en su mas chocante deformidad.

Esta es la razon por que el soldado paraguayo que segun las circunstancias parece un manso cordero, es en otras ladron, desordenado é insolente: En el *ejército aliado pacificador*, se mostraron tan aficionados al robo, que temí que me hubiese sido muy difícil contenerlos cuando se hubiese avanzado la campaña y hubiésemos penetrado en otros territorios. Otro tanto sucede en punto á subordinacion, pues si el soldado obedece á sus oficiales, solo es en cuanto los considera sostenidos por la primera autoridad; pero si esta economia se debilita ó cesa, toda disciplina está perdida. Cuando digo *si esta creencia se debilita ó cesa*, no quiero significar que el subalterno se haya constituido en rebelion contra el gobierno y éste lo haya desautoriza-

do. Nada de esto: basta que el inferior haya desagradado al gobernante y caído de sus buenas gracias: basta que este lo haya hecho percibir por un acto cualquiera y que lo haya entendido el soldado; se acabó entonces todo ese fingido respeto; se acabó la ley militar, si es que puede decirse que la hay en un estado semejante de cosas; se acabó esa ordenanza que solo invoca el mandon en su esclusivo provecho. Repetidísimos hechos que tuvieron lugar con los gefes y oficiales argentinos que agregué durante la campaña á las tropas paraguayas, atestiguan esta verdad: los que ocurrían entre los paraguayos no llegaban por lo comun á mi conocimiento. Mientras alguno de aquellos conservaba la benevolencia del general D. Francisco Solano Lopez, era considerado y obedecido de los paraguayos; mas bastaba que se resfriase la amistosa correspondencia para que se resintiese el órden militar.

Este general de 18 años, este D. Francisco Solano Lopez, es hijo del presidente, y como tal es considerado por sus paisanos como una emanacion de la suprema autoridad, como un retoño del gobierno y como su representante nato en el ejército. No debe pues admirar que sea obedecido ciegamente y que represente en su respectivo teatro el mismo papel que hace su padre en la república. Por otra parte, el Sr. Lopez que no puede tener celos de un niño, que sin duda le tiene destinado por sucesor, y que quiere acostumbrar á los paraguayos á que le obedezcan, apoya con todos sus medios el poder de su hijo. Es probable que cuando termine su carrera el Sr. Lopez, todo esté preparado para que el general empuñe las riendas del gobierno y que esto suceda sin dificultad, si alguna combinacion interior ó exterior que por ahora no puede preverse no cruzase estos planes.

Dejaré estos pormenores para ocuparme otra vez de la negociacion: despues de algunas dificultades fué llevada á cabo y dió el tratado de alianza ofensiva y defensiva que vió la luz pública. Se celebró otro secreto que no im-

portaba gran cosa y que se conocerá algun dia. En cuanto á la inteligencia personal entre el Sr. Lopez y los Madariagas, no creo que se avanzó gran cosa, por que D. Juan se hizo conocer bien pronto, por mas que las disposiciones de aquél faesen las mejores á este respecto. Sin embargo no dejó de hacerse algo en su principio, que despues no dió ningun resultado á los interesados: luego me ocuparé de ello.

Mi comunicacion desde esa época empezó á ser regular y frecuente con el Sr. Lopez: nuestras relaciones parecian estrecharse. ¿Habia sinceridad en ellas? Diré lo que pienso y que ya creo que indiqué antes. Gozaba del mejor concepto en el del Sr. Lopez; pienso que tenia por mí verdadera estimacion; en los paraguayos habia hasta entusiasmo: mas era argentino de buena fé, no ocultaba estos sentimientos y por mas que los manifestase amigables á la nueva República, no se me creia á propósito para los manejos secretos que se tenian en vista. Temian tambien que ganase influencia entre los paraguayos y querian lo que han querido otros muchos—servirse de mis conocimientos y crédito para hacerlo servir á sus miras.

Por Noviembre de 1845, como antes he dicho marchó D. Juan Madariaga al Paraguay en la mejor armonía y autorizado suficientemente para negociar el tratado de alianza con aquella República: al despedirse me rogó que le escribiese cartas de suma confianza para manifestar al presidente Lopez y probarle la confianza que yo le dispensaba. Todo se hizo así, y tambien el tratado que llenó la medida de su orgullo. Creyó á su vuelta ser el hombre de los destinos y el que debia regir los de estos paises: creyó que el ejército del Paraguay estaria ó su devocion y que podria emplear los mismos medios para desmoralizarlo y acaudillararlo que habia puesto en práctica con el de Corrientes: creyó en fin que habia llegado el tiempo de quitarle la máscara y mostrarse al descubierto.

Desde que regresó á Corrientes sus cartas y el tono

que empezó á usar, me revelaron este cambio; las de su hermano á quien le hacia prescindir en esta clase de intenciones, me lo habian mostrado aun mas claro. Mandé entonces una persona de mi confianza cerca de ellos á pedir esplicaciones y darlas si fuese preciso, y sus discursos manifestaron sus miras hostiles. El ataque habia principiado.

Sin embargo, aparentaron que amainaban y propusieronme una entrevista en Bella Vista, á que no quise concurrir porque ya conocí su objeto, y entonces fué que mandaron al ministro Marquez con aquella célebre y nunca bien ponderada intimacion que motivó mi renuncia de la *direccion de la guerra*, hecha en 28 de Diciembre á la Sala de R.R. donde nunca llegó, porque ellos se intimidaron un tanto, pero sin apear de sus pretensiones que se prometian renovar y obtener por otro camino.

Llegó al Rincon de Soto la primera columna paraguaya y el gobierno me hizo entender que era de su esclusiva incumbencia el proporcionar todo lo necesario para su marcha por tierra; manutencion, caballos &c.; todo esto estaba acordado en el convenio que se franquearía por los valores estipulados. Prescindió de ello absolutamente y me reduje á esperar el resultado de mi dimision de que habia dado cuenta al gobierno del Paraguay. El coronel Tejerina habia salido de la capital con una fuerza de 160 infantes que venian al ejército, y solo lo sabia yo por noticias particulares; este gefe como si reusase estar á mis órdenes venia deteniéndose en el camino, esperando que se pusiese en marcha D. Juan Madariaga con la columna paraguaya que se prometia regentar. Y á fé que tenia motivo para esperarlo, porque era el candidato para mandar el ejército paraguayo luego que se retirase el hijo del presidente Lopez: felizmente se hizo muy luego conocer y no hubo ese peligro. Yo que veia todos estos manejos los dejaba obrar y me preparaba para dejarles el campo libre; quizá con todos los medios de accion y de poder, tendria mejor D. Juan el de salvar la patria y llevar á cabo la obra de la re-

volucion. Mi mando era pasivo, mi accion muy limitada y mi desagrado sumo.

En esta penosa situacion es que nos tomó la rápida invasion de Urquiza; tuve que volver á tomar un mando que ya de hecho iba cesando. Muchos gefes que habian traducido el estado de las cosas por mas que habia tratado de ocultarlo habian caido en el mas grande desaliento; el ejército todo se resentia de estas disposiciones, sin que fuesen de todos conocidas las causas que las producian. Era precisa toda la inminencia del peligro para restablecer las cosas en su quicio y aun esto era con trabajos y despues de esfuerzos costosos.

Invasion de Urquiza á la provincia de Corrientes, en Enero de 1846.

En la madrugada del 13 de Enero de 1846, tuve el primer parte de la aparicion de una partida enemiga en Pago-Largo. Ya esto decia bastante, pero no era lo suficiente para convencer á los incrédulos: D. Juan Madariaga habia sido siempre el primero de ellos y daba tanta importancia al poder de Corrientes y á sus recursos militares que se reia cuando se hablaba de invasion aun en tiempos mas desgraciados. Sin embargo, despreciando hablillas ridículas, se empezaron á tomar medidas que justificó el aviso que se recibió esa misma tarde del coronel Baez en que avisaba que Urquiza y Garzon se habian dirigido á Corrientes.

Por los avisos que se me habian dado suponía yo á la columna-paraguaya en marcha y aun la creí ya pasando el rio de Corrientes en el paso de Borda. Como yo no podía ni debía llevar esa direccion, expedí órdenes para que se detuviese del otro lado y que si ya hubiese pasado alguna parte, repasase el rio inmediatamente ¡Que error! no se habia movido aun del Rincon de Soto y yo la creía hacia dias en movimiento.

El ejército se movió de Villanueva el 16 por la tarde, habiendo despachado sus parques, comisaría, hospitales y bagajes por el paso Nuevo. El enemigo habia perseguido

el día antes á nuestra vanguardia hasta *María grande* (arroyo), y se habia concentrado en Abalos.

Era incierta la direccion que tomaria Urquiza: era lo más probable que siguiese las huellas del ejército, pensando apurarlo en el paso del rio de Corrientes, como ya lo habia hecho Echagüe: otros creian que por lo mismo no haria tal y ademas se referian á conversaciones tenidas muy anteriormente en el campo enemigo, en que los gefes correntinos se proponian aconsejar que el ejército invasor se dirigiese al paso de Santillan. Pero ¿cómo debia esperarse que lo consiguiese estando á la inmediacion de una fuerte columna y habiendo ademas ordenado al general D. Juan Madariaga que formase una division para observar dicho paso, compuesta de la infantería que traia Tejerina, del escuadron de la Esquina, de la fuerza que reuniese en los departamentos inmediatos y de la que necesitase y pidiese al general paraguayo, de quien ya sabia que no habia llegado al rio Corrientes pero que venia en marcha? Nada de esto se hizo, y el enemigo llegó á Santillan cuando solo habia una pequeña guardia de vecinos que disparó á su aproximacion.

Es incomprendible como habiéndose movido de Avalos el enemigo en la tarde del 18, yo no tuve parte hasta la madrugada del 21. Fué un descuido inesplicable de nuestra vanguardia, en que habia gefes prácticos y experimentados; el comandante D. Nicanor Cáceres culpó al coronel Velazco, y este á Cáceres y á Paiva.

Sea lo que fuese, yo no supe el movimiento del enemigo hasta la madrugada del 21, hallándome en las inmediaciones de la posta de García. En el acto se puso en movimiento la columna que estaba á mis inmediatas órdenes con direccion al paso Nuevo y yo me adelanté sobre el mismo punto: á muy corta distancia recibí comunicacion del general D. Juan Madariaga en que me avisaba que por unos paisanos se habia sabido que el enemigo en la tarde antes se habia aproximado á Santillan y principiado á pasar: que

si esto último era cierto, iba á separar 1,000 caballos del cuerpo paraguayo, los que se me incorporarian y él con el resto de la columna á ponerse en retirada para el interior de la provincia con el fin de salvar el convoy y bagages, juntamente con la infantería: que tomaba sus medidas en este sentido, para el caso de que se confirmase la noticia de que el enemigo estaba pasando el rio en Santillan.

A la sazón el cuerpo paraguayo se habia ya movido del Rincon de Soto y habia pasado el rio de Santa Lucía para dirigirse al paso de la Huesta en el Vatél y de allí al paso Nuevo en el rio Corrientes. La disposicion que me anunciaba el general Madariaga, era la mas anti-militar, y podia ser de las mas fatales consecuencias. Practicada ella, el ejército enemigo venia á quedar interpuesto entre los dos cuerpos del ejército y se hacia dificilísima su reunion. Sin duda el general Madariaga al pensar en ella, se persuadió de que nuestro ejército tardaria mucho en pasar el rio Corrientes y que el enemigo lo haria con mas facilidad; pero era todo lo contrario. El enemigo empezó á pasar en la mañana del 21.

Mis órdenes en esta situacion fueron urgentes, terminantes y positivas para que la columna paraguaya se dirigiese al paso de Bedoya en el Vetél, y para que la que venia de Villanueva forzando la marcha viniese al mismo punto. Yo me adelanté personalmente y en la noche del 21 estuve en el campo paraguayo que se hallaba á tres leguas del paso de Bedoya, donde estaba ya la fuerza argentina que es la que venia de Villanueva. En la mañana del 22 se encontró reunido el ejército aliado, y fallido el proyecto del enemigo (si es que lo tuvo) de interponerse entre los dos cuerpos.

La órden general de ese dia produjo la organizacion del ejército en dos cuerpos, de los cuales el primero era formado del ejército argentino á mis inmediatas órdenes y el segundo de la columna paraguaya á las del general D.

Francisco Solano Lopez, jóven paraguayo de 18 años, hijo del presidente de aquella República. Adornábanle quizá á este jóven muy bellas cualidades privadas, pero ningunos conocimientos militares, y lo que es mas, ideas ningunas de la guerra y del modo de hacerla. Por otra parte, desde el momento dejó entrever una esquisita susceptibilidad y vivísimos deseos de que en el ejército de su pais, no se introdujesen gefes ni oficiales, sino en el carácter de instructores y sin tener mando ni influencia alguna. Todo esto era una terrible dificultad, mucho mas si se considera que la fuerza que mandaba no era otra cosa que una *masa informe*, sin instruccion, sin arreglo, sin disciplina é ignorando hasta los primeros rudimentos de la guerra. En el mismo grado se hallaba la infantería y la caballería y es fuera de toda cuestión que dicha fuerza no estaba en estado de batirse y que no se podia contar con ella para cosa alguna.

Sea dicho en honor del jóven Lopez que muchas de las dificultades que presentaba para el arreglo de su cuerpo, eran sugeridas por un coronel Oto, que hacia las funciones de *Mentor*, hombre discolo y cabiloso muy conocido por muchos de los que estuvieron en el ejército de Rivera en tiempos pasados, en donde habia dejado los mas ingratos recuerdos. Como una prueba de esto, bebe decirse que desde que se separó del general Lopez, marchó todo mucho mejor, y mejoró cada dia la instruccion del cuerpo paraguayo: por lo demas mereció la confianza del general Lopez, y apreció sus buenas cualidades.

Al mismo tiempo que se daba esta forma al ejército aliado, se mandaba formar una vanguardia al mando del general Madariaga, nombrado gefe de ella. Desde el dia antes (21) habia sido destinado el coronel Salas á observar al enemigo en Santillan, pero el 22 se organizó definitivamente este importante servicio.

Sin embargo de la precipitacion con que habia invadido el enemigo; de la celeridad de sus maniobras y de la horrible situacion en que nos encontrabamos, él no habia ob-

tenido ventaja alguna, pero habia pasado sin oposicion el rio Corrientes, mas abajo de su confluencia con el Vetél y nos encontrabamos ambos ejércitos sobre un terreno llano, unido y sin obstáculo alguno intermedio: Este terreno es una hermosa lonja ceñida por los rios Vatél y Santa Lucía, la cual se vé estrechando en proporcion que se sube por la márgen de estos rios:

El 23 empezaron á sentirse los movimientos del enemigo por la banda Norte del rio Corrientes, y nuestro ejército los hizo tambien muy lentos alejándose y aparentando tomar el camino de San Roque, pero habiendo llegado el 24 á la posta de Rolón (dos leguas del paso de Bedoya) los dejamos á la izquierda para tomar el que se dirige á la isla de Juarez.

Nuestro ejército obrando en el sentido de evitar una batalla para la que no lo creia preparado, tenia dos caminos que tomar: 1.º Pasar el de Santa Lucía y replegarse sobre la capital ó Caacati. 2.º Seguir por la lonja estrecha que queda entre los rios Vatél y Santa Lucía, en una altura en que estos son impracticables por los inmensos *esteros* que bordean sus orillas: Este último fué el preferido.

El gobernador D. Joaquin Madariaga estaba situado en San Roque donde reunia un cuerpo de tropas al que agregados dos escuadrones paraguayos y cien infantes, pasaba de mil hombres. Se le previno que pasase el Santa Lucía y defendiese esa línea hasta donde le fuese posible, Dicho Sr. manifestó sus temores de que el enemigo pasase tambien dicho rio y amenazase la capital. Se inclinaba á que nuestro ejército pasase tambien el Santa Lucía; pero esto ni era conveniente, ni era posible, como se verá: Mandé hacer prolijos reconocimientos de los pasos de San Roque é Isla-alta y estaban casi impracticables por la creciente de las aguas é inundacion de las costas que llaman *bañados*.

Los rios de la provincia de Corrientes tienen una ori-

ginalidad que los diferencia de todos los demás ríos: estos por lo general son mas caudalosos y menos practicables en proporción que se alejan de su origen; con los de Corrientes sucede lo contrario; pero remontando hácia sus cabeceras son inaccesibles por los esteros, bañados y malezales que los bordean: mejor será dicho que esos esteros, y malezales sirven de origen á esos ríos. El de Santa Lucía, como tambien el Vetél, tienen esta calidad, y de consiguiente mientras mas avanzase el enemigo, mas se metia en un cajon del cual no podia desviarse.

Sin embargo, estuvo indeciso, bien porque no se hubiese resuelto sobre la direccion que habia de tomar, ó bien porque ignorase la situacion de nuestro ejército. Sus primeros movimientos fueron costeano el Vatél y subiendo por su márgen derecha y de consiguiente parecia resuelto á seguir el cuerpo principal de nuestras fuerzas; pero desde la altura de la posta de Rolon, tomó á la izquierda dirigiéndose á los pasos de la Isla-alta y aparentando pasar el Santa Lucía. Es indudable que en esta operacion por pronto que la hiciese no podia invertir menos de dos ó tres dias, y en tal caso, mi plan consistia en caer sobre la retaguardia de su ejército y desbaratarla: por tanto, me era necesario conservarme siempre á una jornada de su ejército y para ello era preciso tener una vanguardia activa y diligente que me instruyese por momentos de sus operaciones. El general Madariaga desempeñó este servicio con actividad y efectivamente sus partes fueron continuos, de modo que no me dejó ignorar la situacion del enemigo.

De aqui resultaron las marchas y contramarchas que hizo el ejército, maniobrando siempre en una limitada area de terreno, pues cuando el enemigo se aproximaba á Santa Lucía, era preciso observarlo mas de cerca, y cuando se desviaba era preciso seguir su movimiento. Esto no lo comprendian todos y de aqui resultaba que los *sábios de fagon*, se permitian á veces críticas ó por lo menos discusio-

nes propias de la indisciplina y de la ignorancia. De uno y de otro habia en nuestro ejército.

Al general de vanguardia fué preciso revelarle algo de estos planes, y mi numerosa correspondencia se ocupaba como es natural de muchos de mis pensamientos á este respecto; lo que mas tarde produjo males, cuando esta correspondencia fué á poder de Urquiza.

Como se ha dicho antes, el general Madariaga no carecia de actividad, pero tenia un juicio muy limitado y una ambicion desmedida. El proyecto de mandar el ejército correntino, habia fracasado con mi firme resolucion en no consentirlo y mas que todo con la invasion enemiga, pero no se habia abandonado el pensamiento de realizarlo por otro camino que se presentase. El peligro en Corrientes mas que en ninguna otra parte tiene el poder de uniformar los ánimos y acallar exorbitantes exigencias. Sea dicho de paso que el gobernador en una de sus cartas desde San Roque, cuando la invasion era ya indudable, creyó conveniente decirme que *la autoridad del directorio era reconocida y que obrase en esta inteligencia*; lo que prueba que antes la habia desconocido y que el peligro le hacia volver sobre sus pasos y desmentirse á sí mismo. ¡Qué hombre! ¡Qué gobierno!

Pero volvamos á D. Juan que alucinado con el mando de la vanguardia y con el servicio que hacia, que á su juicio sería sin duda de gran mérito, aunque no habia hecho un solo prisionero ni sostenido un combate cualquiera, creyó hallar un medio de llegar á su objeto que era apoderarse de la fuerza correntina. Con este fin empezó á pedirme varios cuerpos de caballería que no trepidé en mandarle, pero la demanda iba tan en progreso, que llegaba la ocasion de negarla, cuando sucedio la catástrofe que lo puso en poder del enemigo: mas no anticipemos los sucesos.

El general Urquiza despues de muchas escitaciones y aun de algunos dias perdidos en indecisiones, levantó su campo del paso de la Isla-alta y se dirigió á San Roque, en

cuyo pueblo desierto entró sin resistencia. No era creíble que allí quisiese pasar el Santa Lucía porque el paso es peor que el de la Isla-alta, y era difícil atinar con el objeto de este movimiento. Hasta ahora creo que fluctuaba en penosas incertidumbres y que solo vino al pueblo de San Roque porque era preciso hacer algo.

Mas duró poco su permanencia en dicho pueblo, pues inmediatamente salió por el mismo camino que habia entrado y esta vez ya fué para lanzarse decididamente por la huella de nuestro ejército. Esto era precisamente lo que yo mas deseaba, no porque nos diese mas seguridad del triunfo, sino por evitar las alarmas de la capital y las quejas del delicado gobernador. He dicho que esto no daba mas seguridad del triunfo, porque si el enemigo hubiese intentado pasar el Santa Lucía, podiamos hacerle costar caro su arrojó en la Isla-alta ó San Roque, y si hubiese contramarchado para pasarlo mas abajo, donde son mejores los pasos, lo hubieramos tambien pasado nosotros en otro punto, quedando sobre su flanco y en actitud de maniobrar con conocida superioridad.

Empeñado ya el enemigo en seguir á nuestro ejército por la lonja de tierra que queda entre los dos rios, no nos restaba mas que conducirlo hasta el punto que fuese mas conveniente para batirlo, haciendo antes lo posible para debilitarlo y hacerle fatigar sus cabaladas. En este sentido fueron dadas las órdenes al general de vanguardia, cuya fuerza montaba ya á mil y quinientos hombres de nuestra mejor caballería. Deseaba que se hostilizase al enemigo, que se presentasen ligeras guerrillas, que se le diesen alarmas de noche y se le obligase á una gran vigilancia, pero que de ningun modo se comprometiese un choque formal de cuyo éxito no podía tener seguridad ni aun probabilidad.

Así siguió nuestro ejército hasta la mañana del 4 de febrero, que se hallaba en Cayubay estancia de Neveiro, mientras la vanguardia se habia conservado alejada á dis-

lanche de seis leguas. En esa mañana se puso á la vista de la enemiga á quien contuvo y hasta un escuadron nuestro cargó con suceso á otro enemigo que hizo retroceder con poca pérdida. Este pequeño suceso cesaltó la imaginacion de nuestro general de vanguardia y perdió la cabeza: ya se creyó el heroe de la campaña y dueño de la victoria. Entonces fué que hizo *castillos en el aire* y que reveló su plan de hacer de la vanguardia un ejército y de atraer á ella toda la caballería del 1.^{er} cuerpo dejándome con la paraguaya. Despues he sabido que conferenciaba y trataba de probar á los que lo rodeaban la conveniència de formar en la vanguardia dos columnas; una propiamente dicha vanguardia y otra de reserva. Qué tal!!! Esa misma mañana fué que me escribió mudando de tono y pidiéndome siete escuadrones mas para reforzarla, y son estos los que debia negarle terminantemente. Pero no hubo tiempo para esto, porque sus ilusiones duraron tan poco que no tuvo ni el de recibir mis contestaciones.

El ejército enemigo habia reunidose á su vanguardia y campado á media legua de la nuestra; varios gefes presentaron á Madariaga el peligro de mantener á la intermediacion una columna de caballería tan numerosa, en un parage estrecho, ceñido por esteros y bosques de palmas: le indicaron también la inconveniencia de mantener una guardia en el paso de un estero; y cuya permanencia comprometeria á las demas fuerzas, sino era que se le abandonaba enteramente. Nada bastó para convencerlo, pues declaró que queria hacer un simulacro—(¡¡¡ Un simulacro!!!) de combate. Aprendan los militares lo que es simulacro y sépase cuan peligroso es fiar la suerte de muchos á manos inespertas.

En este estado permanecieron ambas fuerzas en expectacion por algunos, hasta que á las dos de la tarde el enemigo decampó y se puso en movimiento lanzando una parte de su caballería con extraordinaria rapidez. La guardia mencionada fué por supuesto envuelta inmedia-

tamente: esta envolvió á dos mitades que se habian dejado para protegerla, las que hicieron lo mismo con un escuadron colocado mas atras con idéntica objeto y estas fuerzas ya en completa derrota fueron arreando toda la columna que en varias fracciones estaba colocada de distancia en distancia por todo el camino.

Entretanto, el General venia envuelto en este torbellino y tuvo la desgracia de rodar y caer con su caballo:— estaba rodeado de los suyos y lejos aun del enemigo; su caballo no pudo levantarse, pero le ofrecieron otro; otros quisieron alzarlo á la grupa, pero nada se pudo conseguir: parecia estupefacto, anonadado. Al fin llegaron siete hombres del enemigo, de que huyeron mas de doscientos y lo tomaron prisionero.

La disparada hubiera seguido hasta el mismo ejército sin la acertada medida de haber colocado al General Abalos con su division en un punto intermedio entre la vanguardia y el ejército. Esta misma division estaba poco menos que deshecha porque el General Madariaga le habia estado pidiendo escuadrones y partidas sueltas para emplearlas segun sus caprichos: estaba reducida á 250 hombres. Sin embargo, sirvió para contener ya á puettas de sol á los pocos enemigos que perseguian nuestra derrotada vanguardia y aun para hacerle algunos muertos con lo que cesó enteramente la persecucion.

Esta noticia se recibió en el ejército al anochece por los primeros derrotados que vinieron y luego por parte que dió el General Abalos, é inmediatamente se tomaron medidas. Mi primer cuidado fué tomarlas para contener la dispersion de los derrotados y establecer otra vanguardia de la que se encargó desde luego el General Abalos. El ejército se puso en marcha hácia San Miguel, donde estuvo en la madrugada siguiente. Entretanto no habian llegado sino algunos dispersos sueltos á quienes habia sido preciso imponer para contenerlos é impedir que siguiesen su derrota hasta sus casas, no habia salido un

escuadron, ni una compañía reunida. De 1,500 ó 1,600 hombres de la mejor caballería que formaban la vanguardia faltaban nueve décimas partes y casi todos los gefes: del General Madariaga, ya se decia que habia caido prisionero, pero no habia aun un dato cierto.

Nuestra caballería habia sufrido un golpe tremendo: la del enemigo, tanto en número como en moral habia adquirido una superioridad decidida.

La caballería paraguaya se hallaba en estado de no prestar sino muy poco servicio: sobre no tener una organizacion regular; sobre no tener ni la teoria ni la menor experiencia de la guerra, carecia de oficiales y de clases inferiores: habia escuadron que no tenia mas oficial ni gefe que un teniente, y estaban muy mal montados, no porque no se les hubiese dado caballos, sino porque no los cuidaban y los destruian en muy pocos dias. Era extraordinaria la incuria que habia en esta parte, solo comparable á la dificultad de remediarla por la imposibilidad de hacer entender al jóven general y demas gefes la necesidad de cuidar escrupulosamente este poderoso elemento de guerra y de victoria. Asi es que la caballería paraguaya fué en toda la campaña de poquísima utilidad, porque cuando se le nombraba para cualquier servicio, luego se contestaba que no tenian caballos.

Muy luego se supo á no dudarlo que el General Madariaga habia sido prisionero y que una galera que llevaba habia sido tomada con toda la correspondencia. Esta pérdida fué fatal, pues le revelaba á Urquiza nuestros planes; le hacia ver claramente que nuestro ejército se retiraba con el fin de atraerlo á una situacion conveniente para destruirlo, y que la que él graduaba una fuga, era una retirada sistemada, que tendria su término y que no carecia de objeto.

Sin embargo, él continuó avanzando, porque era consiguiente que tratase de sacar partido de una ventaja tan remareable como la que acababa de conseguir: pero aun

esto lo hizo con precaucion y siempre con su ejército reunido.

Nuestra situacion á la verdad habia desmejorado inmensamente, porque fuera de hacernos perder el contraste del 4 una gran parte de nuestra mejor caballeria, habia hecho una fuerte impresion en los ánimos y la moral habia sufrido con exceso. En una palabra, nuestra caballeria era en todo inferior á la del enemigo, y no podia pensarse en una batalla sin correr el riesgo inminente de ser batida la nuestra y espuestos nuestros batallones á quedar en el campo aislados en medio de todo el ejército enemigo, en donde era seguro que hubieran sucumbido. Aun sin esto era espuesto llevar al combate una infanteria tan bizoña, que no sabia disparar ni cargar sus armas: su primer y único ejercicio habia sido en el Vatel al dia siguiente de su incorporacion al ejército: la falta de oficiales y clases inferiores era la misma que en la caballeria, y los que habia eran tan estrangeros á su profesion, á sus deberes y al arte de la guerra que no podian rendir ningun servicio. Los dos batallones que habia eran de mil hombres cada uno y tenian por única dotacion un mayor (que se decia tal) ocho oficiales y diez y seis sargentos. Por este tenor era todo lo demas, sin exceptuar el vestuario y equipo, menos su armamento, por que sus fusiles eran de buena calidad.

Era pues indispensable buscar una posicion en que la caballeria enemiga no pudiese obrar libremente, y en que nuestra bizoña infanteria apoyada en la artilleria, pudiese hacer su aprendizaje práctico de la guerra, en una batalla con probabilidades de buen suceso: Esto es lo que se encontró en Ibajay: pero no anticipemos los sucesos.

El 5 de Febrero hizo el ejército una marcha de dos leguas y campó muy temprano arriba de San Miguel: alli se supo que el coronel Paiva se habia incorporado á nuestra retaguardia (á la que hemos llamado antes y seguiremos llamando vanguardia) con una fraccion de su regi-

viento de mas de cien hombres, y que daba la noticia de que otros gefes con otras fracciones que habian recostado á la izquierda en la derrota, estaban en aptitud de hacer otro tanto. Preciso era no dejar sin apoyo estas fuerzas y el General Abalos tuvo órden de practicar un movimiento inverso, mientras el ejército permaneció á dos leguas de San Miguel mas de 24 horas. Mas tarde se consiguió, porque en la mañana del 6. el enemigo se hizo sentir por las inmediaciones de San Miguel que ocupó ese mismo dia. Los gefes dispersos que esperábamos no llegaron, porque habian tomado otra direccion para salvar: habian descendido por la margen izquierda del Santa Lucia para atravesar este rio mas abajo y asi lo hicieron.

Nuestro ejército se movió en la tarde del seis dejando la vanguardia á no larga distancia y en la noche continuó su marcha: desde temprano empezaron á recibirse los partes de que el enemigo se echaba sobre nuestra retaguardia: que la escopeteaba con teson y encarnizamiento; que el enemigo aceleraba su marcha; que la precipitaba &c. Estos partes me hicieron concebir que el enemigo se habia decidido á forzar la marcha de un modo extraordinario y que pensaba sin duda comprometer al ejército á una batalla en el paso fragoso de la cañada de Ibiratingay á donde ibamos á llegar: de consiguiente era preciso precederle de algun tiempo para no vernos enredados en este mal paso con las columnas del segundo cuerpo que iban adelante y con el inmenso tráfico de carretas, tanto del ejército, como del numeroso famillage que se retiraba en esa direccion.

Así se hizo, y al amanecer cuando estabamos cerca de la cañada de Ybizatingay, se supo que no habia habido tal enemigo ni tal persecucion de nuestra retaguardia, ni tales guerrillas, ni cosa semejante. Por entonces creí que habia sido originado el error de estos partes de una equivocacion crasa del gefe de vanguardia, pero despues he sabido su verdadera causa: fué de un juguete que quiso

hacer el comandante de los puestos avanzados para eludir ó si se quiere asustar al general de vanguardia y reirse à costa de su miedo. ¡Que se forme idea por este hecho del estado moral y disciplina del ejército! ¡Que se aprecie aun mas esto, sabiendo que cuando mucho despues lo he sabido he creido conveniente darme como inapercibido de ese suceso! Sin embargo, el servicio para revelarme mas claramente el estado del ejército y confirmarme mas en mi proposito de no dar una batalla á lances iguales y de solo aceptarla con ventajas de una posicion escogida. En esa celebre noche, se vió muy claramente el desaliento de nuestra caballería, la que estoy seguro que hubiera aguantado muy poco si el ataque huóiera sido efectivo.

En la mañana del 7 se pasó Ybizatingay, cañada ancha demas de una legua, penosisima en tiempo de lluvias y sumamente molesta por el malezal aun cuando está seca como nosotros la encontramos. Campamos en la parte norte y en la tarde nos movimos á una corta distancia para aproximarnos á la Barranquera: Al dia siguiente fuimos á un arroyo de poca agua, llamado tambien Santa Lucía, y á la noche fuimos á un campo inmediato en donde la pasamos.

En ese dia hubieramos dado alcance al gran comboy en que iban mas de 10 carretas con efectos de parque, maestranza y cosas de mas importancia. Las carretas eran viejas, los bueyes malos y aquellas iban sembrandose en las quiebras del camino. Se dió orden al coronel Allende encargado de dicho comboy de quemar la carreta que se rompiese, echando su carga en otras y quemando así mismo lo que no se pudiese cargar de bancos, catres mesas y otras chucherías con que los particulares las habian recargado. Así se hizo.

En la mañana del 9 el ejército maniobró en la línea en el campo de Itaguato, sobre su marcha que continuo para entrar en el bañado de Ibajay: luego que se pasó este, el ejército tomó posicion, y fué esta la elegida para esperar

al enemigo. El gobernador Madariaga debía llegar ese mismo día á las inmediaciones con la division que habia formado al norte de Santa Lucía: efectivamente, esa noche estuvo á dos leguas de distancia.

En la mañana del 10 habia reunido los generales y gefes principales: fuimos costeano el bañado y reconociendo la posicion que ocupabamos y que debiamos defender. En persecucion de este intento llegamos al campo del gobernador que estaba en la posta de Argüello: despues de los primeros cumplidos, me dijo que queria hablar á solas y nos entramos á una pieza aislada.

Alli se manifestó fuertemente conmovido para decirme que hubiera deseado que su hermano hubiese muerto mil veces, antes que hacer el desgraciado rol que se veia obligado á representar: que le habia escrito con fecha 5 [al otro día de su captura]; que me iba á mostrar la carta, pero que me rogaba que no me incomodase por lo que contra mi decia que considerase su terrible situacion y que lo disculpase. Se lo prometí, asegurándole que no veria en sus producciones cualesquiera que fuesen, mas que la voluntad del enemigo bajo cuyo férreo poder se hallaba y que descansase en este concepto. Me dió efectivamente la carta, pero no habiendo yo traído anteojos, se ofreció á leerla, y lo hizo, no sé si con fidelidad: lo cierto es que las disculpas anticipadas de él me parecieron infundadas, porque nada habia en la carta que me ofendiese personalmente. En sustancia decia así:—“*Que por un suceso no raro en la guerra habia caido prisionero; que D. José Virasoro lo habia servido y considerado mucho; que lo mismo habia hecho el General Urquiza, cuya amabilidad y generoso proceder encomiaba sobremanera: que habia tenido ocasion de conocer que sus proyectos sobre la provincia de Corrientes eran los mas útiles y benéficos y que estaba dispuesto á entenderse con él y transar, pero debiendo yo ser escluido de toda ingerencia en el asunto y de la escena política.*”

Me dijo que el S. habia contestado y que por la segü

ridad de su hermauo se habia visto obligado á contemporizar aparentemente. Efectivamente asi lo hacia en la contestacion que me leyó, en que se prestaba á la negociacion y le prometia que iba á preparar los animos, luego que se reuniese al ejército. Me aseguró que toda esta promesa era fingida, y que si deseaba hablar con los gefes correntinos era por el contrario para decirles que estuviesen prevenidos por sí recibian alguna carta de D. Juan, no prestarse á sus exigencias. No sé si lo hizo, aun que efectivamente conferenció con los de su mayor confianza: luego volvere sobre este particular.

En la mañana del 11 el enemigo se presentó en la margen opuesta del bañado de Ibajay y su vanguardia principió desde luego á pasarlo: á cosa de dos tiros de cañon, hicieron alto sus descubridores y muy luego la columna, que los seguia; despues de una hora de quietud retrocedió y se situo á poco menos de una legua en la otra banda del bañado, donde permaneció todo el dia. Nuestra posicion era fuerte, pues el enemigo no podia llegar á ella sino por un lodazal de muchas cuadras; pero era demasiado estensa: pues tenia frente de dos leguas: era preciso hacer dificiles los pasos mas practicables para que el enemigo nos diese tiempo de ocurrir con nuestras fuerzas á donde acometiese. Se empleó pues ese dia en poner algunos obstáculos ligeros, pero bastantes para entorpecer la marcha de una columna, muy principalmente de noche. ●

El 12 se pasó en reconocimientos que practicó el enemigo sobre nuestro frente, con que aparentaba abrigar el proyecto de forzar la posicion, pero que á la verdad no tenian otro objeto que ocultar el de retirarse precipitadamente que habia concebido. Efectivamente, en la noche del 12 levantó su campo y volvió por el mismo camino precipitando su marcha de un modo extraordinario: no fué sino el 13 que nuestras partidas alcanzaron su retaguardia en las Lomas de San Juan á siete leguas de Ibajay, y cuando ya mediaba entre ambas el bañado de este nombre y la

cañada de Ibiratingay de que se ha hecho antes mencion

Era preciso sacar el partido posible de la violenta retirada del enemigo, moviéndonos nosotros en su seguimiento, pero esto podia ser por varios caminos: ó tomando el mismo que habiamos traído y por donde habia contramarchado el enemigo, ó costeando por la derecha el Santa Lucia para pasarlo enfrente á San Roque y aproximarnos al rio Corrientes al mismo tiempo que el enemigo. El primero de estos caminos, sin duda era algo mas corto, pero estaba completamente desrastrado, era mas fragoso exceptuando el paso de los rios y era imposible, de toda imposibilidad remontar nuestra caballeria que lo necesitaba absolutamente.

El otro aunque tuviera algun insignificante rodeo nos ofrecia la ventaja de venir por el centro de nuestros recursos, recibiendo caballadas y auxilios de toda clase. Debe advertirse que el ejército no habia tomado caballos del vecindario y que los únicos que habia empleado en la campaña eran los que sacó de Villanueva. Cuando me vi por la primera vez con el Gobernador en Ibajay, me ofreció caballos, suponiendo que debia necesitarlos, mas yo que tenia los precisos para un dia de combate y que ocupaba en Ibajay una area limitadisima, lo que me obligó á quedarme con un caballo por hombre, haciendo alejar los demas, que no queria consumir el poco pasto que habia y que finalmente no queria distraer la tropa en reconocimiento y eleccion de caballadas estando al frente del enemigo, no acepté por el momento, diciéndole que los conservase para su tiempo, es decir para cuando fuese preciso marchar tras de Urquiza y perseguirlo. Con esto contaba, cuando bien pronto tuve un muy amargo desengaño.

A la artilleria le faltaban algunos caballos y al dia siguiente del ofrecimiento del Gobernador y de haberle reusado por el pronto y aceptadolo para su tiempo es decir el 11 de Febrero) le hice pedir cien caballos para la artilleria ¿Cual fué mi asombro cuando me dijo que no los tenía, por

que la division que él tenia habia desflorado lá caballada y déjado inútiles resagos? ¿Que se habia hecho la caballada de la provincia? ¿Que la que por todas partes se habia recogido? Sin embargo, me dijo que se buscarian caballos y se mandarian los cien pedidos y mas cuantos se pudiesen para remontar nuestra caballeria y acelerar nuestra marcha para arrinconar al enemigo sobre el rio Corrientes.

La division del gobernador, fuerte de 800 hombres por que los paraguayos se me habian incorporado, estaba perfectamente montada y tomó la vanguardia: era de esperar que se anticiparia con mucho á las demas columnas en que marchaba el ejército, el cual llevando artillería, carretas é infanteria desmontada, debia haer menores marchas: pero no sucedió asi, pues en todo el camino fué la segunda columna echándose sobre la primera, que parecia solo moverse para desocuparle el terreno, de modo que casi juntas llegaron é San Roque.

Desde el mismo Ibayay habia sido destinado el coronel Herpos con 200 entrerrianos, la legion Crusucuatía y el piquete del mayor Careaga para que forzando sus marchas y pasando el rio Corrientes por los pasos de mas abajo se anticipase á Urquiza en la frontera de Entre Rios é hiciese una rápida escursión. Debja en el tránsito remontarse como era indispensable, pero no lo pudo conseguir sino muy tarde, no solo por que el Sr. gobernador no le dió caballos, sino porque hasta le impidió que los tomase. De todo resultó que no pudo anticiparse á Urquiza y que únicamente pudo incorporarse á la vanguardia que mandaba el coronel Ocampo el 1^o de Marzo, cuando dieron alcance á la retaguardia de Urquiza en Mocoretá.

El ejército en varias columnas habia continuado sus marchas forzándolas en cuanto era posible, y siempre en la esperanza de que llegarían las caballadas ofrecidas. Estas no parecían y cada dia se hacia mayor la dificultad de alcanzar en el paso del rio Corrientes al ejército enemigo, que habia sido el objeto de nuestro movimiento. Cuando

menos era de desear que algunos cuerpos bien montados se adelantasen á hostilizarlo y sacar ventajas positivas de la difícil operacion que iba Urquiza á practicar: como la columna del gobernador tenia la mas completa movilidad, habia contado con ella para este fin; pero no fué asi, como va á verse, permitiéndome tambien expresar las razones que influyeron para esto y las deducciones consiguientes.

Los gefes correntinos empleados en la vanguardia, á quienes naturalmente llegaron las comunicaciones del enemigo para el gobernador y viceversa, les daban direccion pero guardando un misterioso silencio: sin embargo, las noticias se transmitian por otros conductos y llegaban á mí; asi sucedió con la correspondencia que despachó Urquiza desde el Yaguareté-corá y despues desde Villanueva La voz de Urquiza queria la paz, de que estaba dispuesto á separar su causa de la de Rosas, y la de que solo queria entenderse con los correntinos se iba generalizándose. Con este motivo se hacian entrever proyectos conciliatorios que alhagaban á muchos y entibiaban á casi todos los del pais, cansados de sacrificio, vigiliass y campaña. A los mas adictos á los Madariagas, se les presentaba tambien el expediente de una transacion como el medio de recuperar á D. Juan y para conseguirlo era necesario no irritar, y de consiguiente no incomodar la retirada de Urquiza.

En prueba de ello referiré lo que me dijo terminantemente el gobernador D. Joaquin Madariaga en las inmediaciones de San Roque. Ya se recordará que la division que él mandaba, tanto por su confeccion como por sus medios de movilidad, ademas de su situacion avanzada, era la indicada para aticiparse al enemigo en el rio Corrientes, incomodarlo y dificultar este peligroso paso, mientras se reunian las restantes columnas del ejército y podian dar golpes decisivos: pues bien; cuando llegó el caso de verificarlo, el gobernador Madariaga no vaciló en declararme que él no pasaria el Vatel que está á tres leguas del paso del rio Corrientes por donde lo atravesaba Urquiza,

por que eso seria comprometer á su hermano. El hecho es notorio que él hizo alto con su division en la márgen del Vatel, y que para franquearlo fué preciso que llegasen las columnas que venian atras, las que no tuvieron tiempo de obrar sobre el ejército enemigo que ya se habia adelantado. El gobernador hizo solamente pasar un escuadron con el mayor Alemis que sin duda tendria órdenes únicamente de observar y de hacerle llegar misteriosamente las comunicaciones que le viniesen del enemigo ó de su hermano. No fué sino despues que hubo pasado el Vatel todo nuestro ejército y que recibió noticias de su hermano en que le decia que Urquiza habia resuelto definitivamente seguir á Entre Rios que él atravesó este rio.

Se me dirá que por que no dispuse que quedándose él, obrase la fuerza que mandaba á cargo de otro gefe, en el sentido que convenia: me es fácil responder que él habia ido reuniendo en su division todo lo que habia de descontentos y conspiradores contra la autoridad del Directorio: alli se encontraban los coroneles Saavedra, Baltar, Paz y y otros que abiertamente procuraban para desacreditar al General en Gefe hacer ver que la campaña habia fallado, que el enemigo se retiraba intácto, que se habian ya perdido las ocasiones de destruirlo y que todo lo que se hiciese era inutil y vano: de esas mismas ideas participaban muchos correntinos (por esos y otros motivos) lo que dio lugar á que otros gefes concibiesen sospechas siniestras. Vease la carta del coronel Velazco, á quien habiendo hecho pasar el rio Corrientes con una fuerza adecuada, no pudo hacer nada de provecho: todo pues prueba que cuando yo hubiese tomado la medida de quitar al Gobernador el mando de dicha division, poco hubiera conseguido, pues el espíritu de los que la componian con pocas excepciones era el mismo, y ademas hubiese sido adelantar un rompimiento que hubiera inutilizado la medida; fué pues, preciso tolerar y procurar sacar el mejor partido de los medios que me quedaban.

Cuando Urquiza emprendió su violenta retirada de Ibajay el Coronel Ocampos fué destinado con dos escuadrones á seguir su etaguardia é incomodarla: llevaba á sus órdenes al comandante D. Plácido Lopez, enteramente adicto á los Madariagas, al cual destinó á los puestos avanzados, muy lejos de pensar que asi proporcionaba un medio al enemigo de girar sus comunicaciones mas seguras con el Gobernador. Efectivamente, este gefe sirvió de intermediario y las despachó á su título sin participarlo á su inmediato gefe, ni á mí. Sea dicho en honor del Coronel Ocampo, que obró siempre con la mayor lealtad y que cuando le fué posible fatigó al enemigo y contribuyó á que dejase la multitud de caballos flacos de que quedaba sembrado el camino: el número de los que dejó Urquiza en la provincia de Corrientes, no baja de 10,000.

El Coronel Ocampo pasó el rio Corrientes poco despues que el ejército enemigo y muy luego los coroneles Velazco y Salas, á quienes con cuatro escuadrones hice salir desde el Vatel á tomar la vanguardia que habia quedado por la resistencia á marchar del gobernador: entonces fué que Velazco, desde el paso de Pucheta en Pay-Ubre me dirigió la nota de que se ha hecho referencia.

Las fuerzas que obraban en este momento sobre el enemigo eran las siguientes—

Coroneles Velazco y Salas—	con 4 escuad.	400	hombres
Coronel Ocampo—	con 2 id.—	150	“
Coronel Hornos—	con 1 id.—	200	
Comandante Cáceres—	con 2 id.—	250	
Mayor Careaga—	con 1 piq. de	50	
El mayor Ascona, disperso desde la ac-	cion del 4 de Febrero, que se habia reu-		
nido á D. Antonio Madariaga y la	fuerza que estaba en la costa del Uru-		
guay—	—————	200	

Total ——— 1,250 hombres

La parte de estas fuerzas que se habian desprendido del ejército, estaban mal de caballos, por que como se ha indicado el gobernador me habia faltado completamente á los ofrecimientos que me habia hecho en este artículo, mas sin embargo los coroneles Ocampo y Hornos alcanzaron al enemigo en Mocoretá y dieron un golpe pequeño á su retaguardia. A pesar de esto, es indudable que pudo hacerse mucho mas si se considera el número de fuerza que se habia destinado á incomodar al enemigo, y á que este (aun que es digno de todo elogio el esmero con que supo conservar sus caballos) no iba mejor montado. Hubo poca armonía en los movimientos de las fuerzas de vanguardia, poco acuerdo entre los gefes y no mucho ardor generalmente en perseguirlo. Acaso se pudiera explicar esto porque habiéndose libertado la provincia de la invasion, la misma desaparicion del peligro hacia á sus hijos menos exigentes en el castigo del invasor. Pero nó: la causa principal es preciso buscarla en la anarquía que empezaba á sentirse mediante los manejos del gobernador y sus adherentes, que querian mancillar mi reputacion militar, elevando la del general enemigo, y por los otros motivos mas personales aun que hemos indicado, y en la falta de mútua confianza que cundia con una rapidéz extraordinaria.

La narracion de estos sucesos me ha hecho adelantar un poco, en términos que me es forzoso retroceder al rio Corrientes donde quedé con el ejército.

Este habia principiado á pasarlo en Caaguazú en la inteligencia de que Urquiza haria alto en Villanueva, segun se lo habia escrito al gobernador, y en donde me proponia estrecharlo y batirlo llegada que fuese la ocasion. Entonces fué que supe casualmente de una nueva comunicacion que habia llegado á S. E., el cual á mi interpelacion contestó sin mandarme la comunicacion, pero avisándome que Urquiza habia resuelto desocupar la provincia y seguir su retirada al Entre Rios. Entonces fué tambien que el gobernador se creyó autorizado para pasar el Vatel y seguir

la retaguardia del ejército, como lo hizo con una pequeña parte de su division, destinando lo demas á la pacificacion interior de la provincia, segun lo espresó.

El viage del gobernador á Mercedes aproximándose al ejército, al que nunca llegó, tenia por objeto sembrar la anarquía y preparar el desquicio que tuvo lugar en Abril: alli se hacia visitar de los gefes y oficiales que eran sus favoritos, los instruia en lo que debian hacer, los regalaba y despachaba para que fuesen á hacer prosélitos en el ejército: el coronel D. Bernardino Lopez, agente principal del gobernador para esta obra de iniquidad, obtuvo una asignacion reservada de los fondos públicos para corromper oficiales y tropa: entonces mas que nunca, se puso en juego ese tremendo resorte para el soldado correntino, de que *“el general Paz queria sacarlos de su pais para llevarlos á otras provincias,”* añandiendo algunos pérfidamente *“á la de Córdoba.”* Con bien poco disimulo se hacia correr la voz de que *“Urquiza era amigo de Corrientes, que ofrecia separarse de Rosas, y que queria la paz á la que no habia mas obstáculo que yo.”* El gobernador Madariaga llegó á decir á sus allegados que *el general Urquiza era amigo que convenia á Corrientes,* teniendo ademas poder y recursos de que yo carecia.

El general Urquiza habia efectivamente pensado detenerse en Villanueva, para desde alli continuar las negociaciones con el gobernador Madariaga, segun lo habia anunciado desde Yaguareté-coré, mas viendo que nuestro ejercito lo estrechaba y que pasando el rio Corrientes, iba á verse muy pronto amenazado de cerca, resolvió continuar su retirada desocupando definitivamente la provincia de Corrientes. Buen cuidado tuvo D. Juan de avisarlo de órden de Urquiza á su hermano el gobernador, previéndole que mandase comisionados á Entre Rios [como lo diremos en otro escrito separado] destinados á tratar esclusivamente de esta nefanda negociacion.

El desaliento, una inquietud vaga y la mas cruel an-

riedad empezaban á apoderarse de los ánimos menos prevenidos: todos sentian que algo se tramaba y que mis relaciones con el gobernador estaban en el fondo alteradas, aun que en lo público no hubiesen sufrido interrupcion: la conversion del general Urquiza era un acontecimiento que alhagaba: la perspectiva de una paz hallaba buena acogida. Como se me suponía resistir esa paz, desde entonces mis órdenes y la eficacia de los gefes que me secundaban, hallaban obstáculos casi invencibles en esa fuerza de inercia mas embarazosa que una desobediencia declarada, los gefes que de buena fé desempeñaban sus deberes respectivos, sentian y no podian esplicarse esa flojedad y poco empeño de los correntinos. De estos, aun los que no estaban iniciados en los secretos de los Madariagas, creian haber hecho todo con repeler la invasion y parecian querer dar á entender que no debia pasarse de allí y que no habian de salir de su pais para llevar la guerra á otra provincia.

Creo haber demostrado que sin esas fatales disposiciones que todo lo embarazaron y frustraron durante toda la rerirada del enemigo, en que apenas el benemérito coronel Ocampo disparó algunos fusilazos, pudieron sacarse grandes y quizá decisivas ventajas, aun despues que Urquiza hubo pasado el rio Corrientes. El prestigio de su superioridad estaba desvanecido con su precipitada retirada: el encanto estaba roto. Habia dejado en su fuga de 8 á 10,000 caballos rezagados y habian empezado á presentársenos pasados que llegaron al número de 30 en tres ó cuatro dias. Por lo demas, es seguro que hubiera quedado la mayor parte de la division correntina y que muchos entrerrianos hubieran ganado los bosques para luego pertenecer á nuestra causa: Urquiza lo conoció muy bien, y es forzoso hacer justicia á su tino para decir que obró muy hábilmente precipitando sus pasos para salir de una situacion, que sin embargo de la *traicion* de los Madariagas y de la inconcebible ceguedad de otros, no le ofrecia sino pérdidas y desastres. Se marchó pues á Entre Rios, para

evitar la completa desmoralizacion de su ejército y paradas lugar á que las intrigas de los Madariagas produjesen su efecto, sin dejar por eso de continuar las suyas.

El Gobernador me habia ofrecido una visita, pero retardándose esta y queriendo penetrar en lo posible estos tenebrosos negocios, me trasladé á Mercedes donde tuve una larga conferencia.

Cualquiera pensará que obtuve en ella algo de importancia, pues nada de eso. Principió por tratarse de las negociaciones con Urquiza y me hizo oír la lectura de una larga carta que habia redactado [sin duda por el célebre escritor D. Marcelino Parejas, quien habia sido traído de Corrientes y desempeñaba cerca de S. E. las funciones de secretario privado) en que se estendia pomposa y filosoficamente, lamentando los males de la guerra, encareciendo las ventajas y dulzura de la paz y levantando á las nubes sus ardientes deseos de llegar á un tal resultado.— Cuando observé que aquello en mi opinion nada significaba, convino y añadió (fueron sus propias palabras) lo consideraba como un *sermon de agonía*, dando á entender que consideraba todo esto como de poca importancia y que si seguia ese juego era con el fin de entretener á Urquiza. Sin embargo, como este le pedia mandase un enviado; en medio de su molesta reticencia, dió á entender que cuando llegase ese caso se aclararia mas el asunto y podriamos ver mejor. Cuando se le exigia una explicacion mas positiva, sin dejar el misterio daba á entender que la conservacion de su hermano, le obligaba á observar esta linea de conducta, pero protestando vagamente su patriotismo, su honor, sus compromisos con la causa &c.

Hemos dejado sentado que se hubieran obtenido mayores resultados de la campaña, si nuestro ejército hubiese obrado con mas decision y energia. Quizá se preguntará ¿por qué no se hizo? ¿será por que no lo mandase y exigiese el general Paz? De ningun modo: yo que comprendia muy bien las situaciones respectivas, hice los

mayores esfuerzos, ya con mis órdenes, ya con mi ejemplo. Mas todo fué inútil: el Gobierno solo tenia en vista sus intrigas para salvar á su hermano *á toda costa*: mis enemigos solo trataban de dañarme pretendiendo probar prácticamente que habia hecho una campaña estéril y los correntinos en la generalidad solo pensaban en descansar, arreglar sus casas y sus muchos ó pocos intereses que habian padecido con la invasion.

(*Hasta aqui los manuscritos del general Paz.*)

“Nadie ignora el pronto y fatal resultado que dieron las intrigas y manejos que se describen en esta última parte de las memorias póstumas.

“En una de las noches primeras del mes de Abril de 1846, sin el menor peligro ni causa aparente, el ejército correntino en su totalidad se dispersó, marchándose todos á sus casas, incluso los gefes adictos á los gobernantes, que naturalmente buscaron su reunion, despues de satisfechos sus tenebrosos designios.

“Rota de hecho la alianza ofensiva y defensiva con el Paraguay contra Rosas, el ejército de aquella República, emprendió con toda orden y regularidad la retirada para su territorio. El General Paz con una escolta de de dicha fuerza y acompañado del Coronel Hornos con su escuadron entrerriano, de multitud de gefes y oficiales y alguna poca tropa que se conservó fiel, tomó la misma direccion. Su tránsito por el territorio correntino, fué como por un país enteramente enemigo y aun se le dispararon algunos tiros por partidas aisladas que lo perseguian.

“Pasando el Paraná frente á la Encarnacion [Itapua] envió el General Paz una persona de su confianza á anunciar al Sr. Presidente del Paraguay su llegada y poco despues, de acuerdo con dicho Sr. verificó su viage hasta la Asuncion del Paraguay, donde fué bien recibido por su Gobierno.

“Después de una permanencia de diez meses solicitó, permiso para pasar al Brasil y le fué concedido, aunque no sin bastante repugnancia del Sr. Lopez : sin embargo, una vez resuelto su viage le facilitó auxilios y una escolta de caballería para que cruzase por las antiguas Misiones Jesuíticas, hoy desiertas y pertenecientes á la provincia de Corrientes. En Enero de 1847 marchó de la Asunción el general Paz y después de penosos trabajos, llegó á San Francisco de Paula, (provincia brasilera de Rio Grande del Sud) á mediados de Abril en compañía de su familia y varios gefes y oficiales que habian obtenido permiso para salir con él del territorio paraguayo.

“A pesar de que en Rio Grande, el general Paz, era víctima de las calumnias y persecuciones de una gran parte de los emigrados argentinos encabezada por algunos descontentos y discolos, de que algunos habian pertenecido al ejército aliado pacificador, él solo anhelaba vivir tranquilo y retirado en el seno de su familia y prefería aquel punto ó el de Santa Catalina, por ser los mas concurridos por la emigración del Rio de la Plata. Sin embargo, las reclamaciones del Sr. Guido, ministro de Rosas en la Corte del Brasil, arrancaron á este gobierno una intimación irrevocable para que el general Paz pasase á residir en Rio de Janeiro, *sin poderse alejar ni un paso para el Sud.*

“Durante cuatro años y medio de permanencia en esta ciudad, fué varias veces invitado y requerido por el gobierno oriental, para hacerse cargo de la defensa de la plaza, pero él se negó constantemente.

“Luego que la batalla de Monte-Caseros dió en tierra con el poder de Rosas, el general Paz se trasladó á Montevideo, con intención de pasar á Buenos Aires, pues creía abiertas para todos las puertas de la República. El general Urquiza miró con desagrado su aproximación y lo hizo llegar á su noticia por diferentes conductos: forzoso le fué pues permanecer en Montevideo. Entonces el general Urquiza le hizo proponer el pensamiento de enviarlo con

na misión diplomática cerca de S. M. el Emperador del Brasil; esta idea fué aceptada, en el deseo de no ser de ninguna manera incómodo al vencedor, pero no se llevó adelante.

“Inmediatamente que llegó la noticia de la revolución del 11 de Setiembre, se trasladó á Buenos Aires donde fué llamado por el gobierno, para enviarlo en comisión cerca de las demás provincias argentinas: los obstáculos que puso el general Urquiza, le impidieron llenar debidamente su objeto, y el general Paz, al aviso del motin encabezado por el ex-coronel D. Hilario Lagos, regresó á esta ciudad á donde llegó en los momentos de ponerse sitio por las fuerzas sublevadas.

“Como comisionado del gobierno de Buenos Aires, contribuyó al ajuste de los tratados de Marzo de 1853 que no fueron ratificados por el general Urquiza.

“En cuanto á la parte activa que tuvo en la defensa de esta ciudad, nos referimos á los diferentes escritos de esa época que transcribimos á continuación.

“El gobierno por decreto de 27 de Enero de 1853, creó una junta de guerra que en aquellas circunstancias azarosas, le sirviese de consejo para la adopción de las medidas militares, que la defensa de la capital reclamase y la seguridad de la provincia. Ella era compuesta del brigadier general D. José María Paz, del general D. Gervacio Espinosa y de los coroneles D. Pedro José Diaz, ministro de guerra y marina y D. Manuel Escalada, la cual debía ser presidida por el gobernador interino de la provincia, ó en su defecto por el general en jefe del ejército.

“La reconocida ilustración y capacidad militar del brigadier general D. José María Paz, daban grande importancia á aquella disposición: su experiencia en la guerra y sus notables antecedentes le hacían el general mas adecuado para dirigir los consejos del gobierno en orden á la guerra y para ponerse tambien al frente de ella.

“Muy luego se sintieron las favorables consecuencias

“de aquella medida. La junta de guerra se ocupó activa-
“mente de la mejora de las débiles trincheras que defendian
“la capital, aumentando su poder, formando otras mas fuer-
“tes, organizando nuevos medios de defensa, revistando y
“ordenando en el ejército y en la marina todos los elemen-
“tos necesarios para darle á la defensa el aplomo y carácter,
“que necesitaba previendo que ella podria ser de larga
“duracion.

“El brigadier general Paz, con celo infatigable se ha-
“llaba en todas partes, y la circunstancia de ser nno de los
“miembros de la junta de guerra el mismo general en gefe
“del ejército, facilitaba la ejecucion de las medidas que
“instantáneamente debian adoptarse.”

“Por decreto del 20 de Marzo del mismo año fué nom-
“brado Ministro Secretario de Guerra y Marina el Briga-
“dier General D. José M. Paz; este nombramiento fué una
“nueva esperanza y una seguridad mas para la causa pú-
“blica. Su capacidad militar y administrativa, su mora-
“lidad y extraordinaria actividad, daban un gran poder á
“los elementos de la defensa, inspirando confianza en la
“seguridad del triunfo. El Ministerio de la Guerra de-
“sempeñado por el Oficial Mayor de él, no llenaba las im-
“portantes exigencias de aquellos momentos, pues que el
“Coronel Diaz General en Gefe del ejército, no podia con-
“traerse al despacho de aquel departamento.

“La situacion era bien grave : todo anunciaba que de-
“bian aumentarse las dificultades y continuar la guerra sin
“esperanzas de un próximo arreglo. Sin embargo, el Ge-
“neral Paz con abnegacion patriótica, aceptó el destino á
“que se le llamaba, entrando en él con fe y resolucion com-
“pleta.”

Bustamante, “Ensayo hstórico.”



Memoria que el Ministro Secretario en el Departamento de Guerra y Marina presenta á la Honorable Sala de Representantes.

Buenos Aires, Octubre de 1853.

A la Honorable Representacion de la Provincia.

Quando en Marzo del corriente año me hice cargo del Ministerio de Guerra y Marina, no desconocia la dificultad del desempeño de las funciones que aceptaba, sobre todo en tan difíciles circunstancias. Pero me animaba la resolución firme que tenia, de no retroceder ante ningun sacrificio para conseguir la salvacion del pais, y contribuir á librarlo de la desgracia que lo amagaba. Vengo ahora ante vosotros, HH. RR. á haceros una sucinta y breve relacion de la marcha seguida desde entonces por este Ministerio, y pedir vuestra aprobacion.

El ejército que defendia la ciudad se resentia naturalmente de la situacion y del modo como fué creado. Servian en él multitud de gefes y oficiales que no habian pertenecido antes al ejército de la provincia; otros muchos que eran solo oficiales de milicias; y un crecido número que habian pertenecido y ganado sus grados en otros ejércitos, y que á la voz de la Patria habian acudido á ofrecer su espada en sosten de las instituciones legales. Los escuadrones de Guardia Nacional de caballeria eran mandados indistintamente por oficiales de línea ó de milicias. La Comisaria General de Guerra habia sido suprimida desde 1834: el ejército se pagaba por medio de comisiones de ciudadanos, que han procedido siempre con una intachable pureza y patriotismo. Pero de todas estas causas nacia alguna confusion y desarreglo en el personal de nuestro ejército.

Y no podia ser de otro modo. La fuerza de las cosas habia dado ese resultado inevitable. Se habian presentado y se presentaban de todas partes gefes y oficiales; y no era posible rechazarlos, ni tampoco distraerse de las aten-

ciones urgentes de la defensa para hacer un molesto y prolijo exámen de su verdadera graduacion.

Estas razones movieron al gobierno á declarar con fecha 15 de Julio último, que todos los gefes y oficiales de la caballeria gozarian el sueldo de la clase que representasen, sin que esto importase un reconocimiento de esos empleos, cuya efectividad solo pueden darla los despachos. El gobierno al dictar esa medida tuvo en vista prevenir las reclamaciones que podrian sobrevenir, dejando para tiempos mas tranquilos el arreglo definitivo de la Plana Mayor activa del ejército.

Mientras tanto, el gobierno siguió moralizando el espíritu de las tropas de línea, y regularizando los Guardias Nacionales que con valor y denuedo han defendido su libertad. En tan importante trabajo he sido poderosamente auxiliado por los diferentes gefes que han estado á la cabeza de los defensorés de la Plaza. Su valor, su decision y sus virtudes patrióticas los hacen sobremanera acreedores á la consideracion de V. H.

El 13 de Julio último por las causas que V. H. conoce, y que estan en el dominio público, tuvo lugar la completa disolucion de las fuerzas rebeldes, que acaudillaba el General Urquiza. Con ella se consiguió el completo triunfo de la causa de la civilizacion, y se cimentó en este pais el reinado del órden y de la libertad.

Pero para conseguir tan importante y feliz resultado ha sido necesario hacer el sacrificio de inmensas cantidades de dinero, que han casi agotado las arcas del Erario. Sin embargo, siempre son muy pequeños semejantes sacrificios, cuando se hacen por conseguir la libertad.

Es aqui la ocasion de hacer notar á V. H. que aunque en las cuentas presentadas á V. H. en Agosto último aparecen gastados en el ramo de Guerra 53,548,556 ps. 3 $\frac{1}{2}$ rs. moneda corriente y 331,000 ps. 5 rs. metálicos, sin embargo solamente menos de la mitad de esta cantidad ha sido pagada en virtud de órdenes de este Ministerio. Bajo

el núm. 1.º se acompañan á V. H. las notas que á este respecto se han dirigido á los contadores generales y su contestacion. Por ellas verá V. H. que ha sido imposible examinar las cuentas que existen ante esa corporacion. Pero los datos privados que obran en mi poder me autorizan á creer que mas de la mitad de los 53,548, 556 ps. 3 ¼ rs. moneda corriente y 331,000 ps. 5 rs. metálicos, que aparecen en las cuentas gastados en el Departamento de Guerra, no lo han sido en virtud de órdenes de este Ministerio. Si fuese necesario, podrian examinarse con la venia de V. H. las cuentas presentadas, y entonces resultaría la completa verdad de mi aserto.

De esta irregularidad han sido única causa las dificultades del sitio. Ante la ley suprema de la salvacion del pais han debido ceder todas las otras consideraciones, y la administracion no ha podido tener la marcha ordenada de los tiempos ordinarios, cuando la presencia del enemigo á nuestro frente exijia medidas inmediatas, instantáneas, para conseguir con ellas el triunfo de la libertad.

Finalmente HH. RR. la rebelion concluyó. La decision y constancia de los defensores de la plaza, y la misma desmoralizacion de las masas indisciplinadas que nos rodeaban, destruyeron totalmente ese motin que tantos males ha causado.

Con la conclusion del sitio se creó para la Provincia una nueva situacion. Decidido el gobierno á no llevar la guerra á nadie en el territorio de las Provincias nuestras hermanas, se hacia necesario moralizar nuestro ejército y establecerlo de un modo duradero. Era necesario tener un ejército fuerte para repeler las agresiones estrañas, y atender al cuidado de nuestras fronteras; y que presentase en su organizacion garantias de moralidad y perfecto arreglo, sin lo cual es imposible tener ejércitos regulares, y mantener la tranquilidad del pais.

Para conseguir este resultado era preciso luchar con los malos hábitos que ha dejado una tiranía de veinte años,

con las irregularidades que eran consecuencia del sitio, y mas que todo, con los intereses personales que se oponian á toda reforma, que dañase, como debia necesariamente dañarse, las consecuencias particulares.

Pero es urgente. HH. RR., para el porvenir del pais, que se empiece alguna vez á cortar los abusos, y á arreglar la administracion. No he temido entrar en esta dificil senda, y no me han arredrado para ello las consideraciones personales, porque la considero indispensable por la salvacion del pais y para la consecucion de la verdadera libertad.

V. H. ha sido instruida por el Mensaje del gobierno, de las razones de conveniencia, de utilidad y de justicia, que demandaron el inmediato licenciamiento de la Guardia Nacional de Infanteria. Tambien conoce V. H. que fué imposible asignarle un premio, que por otra parte hubiera sido indigno de la santidad y grandeza de accion; y yo creo, HH. RR., que no habrá ningun hombre de corazon que no sienta, que no es con mezquinas cantidades de dinero con lo que pueden recompensarse los sacrificios que en defensa de su libertad ha hecho la Guardia Nacional de Buenos Aires. Defender su patria es un deber demasiado santo; y los que lo cumplen dignamente no necesitan otro premio que la satisfaccion de su conciencia.

Tambien conoce V. H. las razones que hacian necesario disolver las Legiones Extrageras. En vista de ellas era de poco fundamento el temor que inquietaba á algunos de que quedase indefensa la provincia. El gobierno tenia los datos suficientes para creer lo contrario, y el resultado ha probado que no se habia equivocado. La mayor tranquilidad reina en toda la Provincia, y sus débiles enemigos no se atreverian á hostilizarla, cuando cuenta como hoy, con un bravo ejército y con la decision y entusiasmo del pueblo, que estará pronto á tomar el fusil, siempre que peligran sus libertades.

No ha sido olvidado el estado de la campaña, ni que

era preciso restablecer en ella y moralizar el espíritu público tan trabajado por los caudillos. Uno de los distinguidos soldados de la libertad, el General Hornos, fué comisionado para salir con una fuerte division que tenia tambien el objeto de prevenir cualquier ataque que pudiera intentarse sobre nuestra frontera del Norte. Las comunicaciones que de él se han recibido anuncian las disposiciones favorables con que los habitantes de la campaña acatan la marcha del gobierno.

A los departamentos del Sud ha sido enviado con otra columna el Coronel D. Julian Martinez. Su infatigable actividad y su inteligencia hacen concebir fundadas esperanzas de que sus trabajos darán muy benéficos resultados. El gobierno se ocupa en este momento de considerar un nuevo plan para la organizacion militar de los departamentos; que ha elevado el Coronel Martinez, en el que se consultan las disposiciones topográficas, las conveniencias sociales y la comodidad de los habitantes de la campaña.

Con cada una de estas columnas ha marchado un Comisario especial, con los fondos suficientes, para que de este modo no haya necesidad de sacar auxilios. Tambien se ha ordenado á todos los Comandantes militares que procuren no sacar esos auxilios; y cuando sea preciso hacerlo, el Gobierno dispondrá lo conveniente para que sean prontamente abonados.

Los habitantes todos de la campaña han aplaudido estas medidas, que inspiran confianza en la marcha recta del Gobierno.

El estado de sitio en que nos hallabamos y la suma carestía de los víveres habian obligado al gobierno á acordar 600 pesos de sueldo á los soldados de caballería y 350 pesos á los de infantería, comprendiendo el rancho. El Erario no podia sufragar tan inmensos gastos. Habiendo, pues, cesado las causas que produjeron el aumento de sueldos, el Gobierno los redujo al estado en que estaban anteriormente en las tropas de la guarnicion, y algo mas en las

destinadas á campaña. El gobierno se ha complacido por el desinterés, con que todos se han prestado á esta justa, pero importante reduccion.

Deseando el Gobierno á la vez que proceder con estricta economía proporcionar al ejército las comodidades necesarias, y teniendo presente la escasez de los sueldos ha dictado varias resoluciones, acordando una ayuda de costas á los gefes y oficiales en actual servicio y elevando los sueldos de los oficiales de infanteria al nivel de los de caballería.

Tambien se ha prohibido que se hagan anticipaciones de sueldos, y se ha abolido el abuso que se habia introducido de dar vestuarios á gefes y oficiales por cuenta del Estado.

Se han aumentado las cantidades asignadas para rancho á la tropa de la guarnicion de la ciudad, regularizando de este modo ese gasto.

El Gobierno ha deseado tambien proceder del mismo modo respecto á las tropas en campaña, y á las fuerzas que guarnece nuestras fronteras. Con este objeto le dictó una disposicion en 17 del próximo pasado, asignando á la tropa en campaña 45 pesos por plaza por todo rancho. Se hubiera conseguido con esto cortar el abuso que existia hace tiempo, pues no habia ninguna proporcion entre el número de gente que el Gobierno tenia en campaña, y las cantidades que se gastaban para su mantencion.

Sin embargo, pronto siempre el Gobierno á escuchar las observaciones que se le hagan, y á proceder con prudencia en el plan de reforma adoptado, ha tenido que modificar en algo su resolucion. Bajo el núm. 2 se acompañan á V. H. copias de las notas que á este respecto se han cambiado con el señor comandante general de los Departamentos Centro y Norte de la Provincia.

Entre las medidas que se han tomado para regularizar la administracion merece citarse el restablecimiento de la Comisaria General de Guerra y Marina. A pesar del

poco tiempo que hace que empezó á ejercer sus funciones ha producido ya importantes ahorros al Estado: ademas, con ella se dá toda la publicidad posible á los gastos de este Departamento y al modo de hacerlos, y se hacen inútiles los Proveedores Generales, que no son convenientes en las circunstancias ordinarias de un pais, porque constituyen un monopolio que no debe admitirse.

Esta es la oportunidad de hacer conocer un error que se ha propagado en los últimos tiempos. Se ha creído que los Proveedores Generales han dependido unicamente del Ministerio de la Guerra; que este fiscalizaba sus cuentas, las examinaba, aprobaba y aun las mandaba pagar.

Sin embargo, esto no es exacto—Los Proveedores han sido siempre nombrados por el Ministerio de Hacienda, y si bien es cierto que el Departamento de Guerra tenia la facultad de librar órdenes por los objetos que necesitaba; pero tambien tenian la misma facultad los otros Ministerios, y durante algun tiempo la tuvieron la Inspeccion General la Policia y aun el Mayordomo de la casa de Gobierno.

Es cierto que por este Ministerio se han hecho como es natural los pedidos de mayor cuantía; pero hasta fines de Jñio último jamas habia tenido conocimiento de las cuentas que presentaban los Proveedores, que á ese respecto solo se entendian y debian entenderse con el Ministerio de Hacienda. Recien desde esa fecha es que le han mandado las cartas para que informe este Ministerio y han sido pasadas á una Comision especial de ciudadanos, con cuyo informe ha procedido siempre este ministerio. Con este motivo he tenido ocasion de observar que las personas que ultimamente han desempeñado la Proveedería han procedido con la mayor equidad, pureza y probidad.

Todos estos inconvenientes que durante el sitio no pudieron remediarse, han cesado con el establecimiento de la Comisaría General de Guerra y Marina.

A pesar de algunas irregularidades el estado actual de nuestro ejército es sobre manera satisfactorio. El se

compone de algunos cuerpos de infantería de línea, que han pertenecido á la defensa, que se hallan perfectamente disciplinados, y son mandados por gefes y oficiales valientes y patriotas. Se están formando tambien cuerpos de caballería de línea, para ocuparlos en el cuidado de las fronteras, y aliviar así las cargas de los Guardias Nacionales de campaña.

A este respecto no puedo menos llamar la atención de V. H. hácia un gran vacío que se nota en nuestro sistema militar. Faltan totalmente leyes de reemplazo, y es preciso llenar las filas ó con enganchados, ó con individuos que son aprendidos por vagos, pues respecto á los criminales que antes de ahora han sido destinados por los Jueces, no deben ser admitidos en las filas del ejército, donde van á deshorrar con su presencia la condicion del soldado. V. H. no puede menos de convenir en que es imposible tener un ejército tal como el pais lo necesita, siguiéndose ese sistema.

Es preciso y urgente, pues, que se dicte una Ley de reemplazo, que repartiendo con igualdad entre todos los ciudadanos el servicio de los cuerpos de línea, obligue á todas las clases á concurrir por sí, ó por personero, y en una justa proporcion á llenar las filas del ejército. Con esto se ennoblecerá la condicion del soldado, y no habrá necesidad de arrancar de sus familias y de sus trabajos á todos los ciudadanos en la hora del peligro.

Nuestra Plana Mayor activa es demasiado numerosa, y causa grandes erogaciones al Erario. Estas circunstancias hacen difícil dar al ejército un estímulo necesario por medio de una regla general de ascensos. El Gobierno considera este asunto, y pronto tomará las medidas convenientes conciliando la justicia y los intereses del pais.

Nuestro Parque se halla regularmente provisto de armas, municiones y pertrechos de guerra de todas clases.

El Gobierno ha dado cuenta á V. H. con fecha 29 de Agosto último de haber incorporado á la Plana Mayor ac-

riva del ejército al General D. José M. Flores. En esto, el Gobierno ha creído hacer un acto de justicia, que no duda merecerá la aprobación de V. H. La aparición del General Flores en el Norte de la Provincia, enarbolando el estandarte de la legalidad y de la obediencia á las autoridades legítimas, ha sido una de las causas que influyeron de un modo eficaz en la disolución de las masas rebeldes.

Por esto, el Gobierno no pudo menos de reconocerlo en su grado, del mismo modo que al coronel D. Ramon Bustos, y otros gefes influyentes que uniéndose á dicho general aceleraron el triunfo de la causa de la libertad.

El Gobierno ha sentido no poder reconocer tambien los grados que el Sr. General Flores confirió á muchos que se le reunieron. Pero á ello se oponian razones muy obvias de justicia y de política que no pueden ocultarse á V. H.

Tambien ha sido instruido V. H. por nota de 26 de Agosto próximo pasado, de los inconvenientes que tocaba el Gobierno para dar un exacto cumplimiento á la Ley de 9 de Diciembre último, que mandaba borrar de la lista militar á todos los gefes y oficiales del ejército que no se presentasen en el término de veinte y cuatro horas. El Gobierno espera la resolución de V. H. para proceder de conformidad á lo que V. H. determine.

Los enemigos de la Provincia nada podrán contra ella. Apoyada en su ejército y en el Pueblo, fiel guardian de sus libertades, está en aptitud de resistir con ventaja las agresiones que pudieren hacersele.

MARINA.

Bien conocida es la historia de nuestra marina en esta época para que deba detenerme mucho en narrarla. Sin embargo, haré notar que una cadena de sucesos todos desgraciados, disminuyó nuestros medios marítimos yendo á engrosar los del General Urquiza. Su escuadra que solo consistía en el vapor Correo, cuya propiedad era tambien de esta provincia, fué sucesivamente aumentada por el

bergantín *Maipú* y el vapor *Merced*, que pasaron á pertenecerle mediante manejos inesplicables. La impericia, la cobardía y acaso la traición contribuyeron á darle este aumento de fuerza, debilitando las nuestras.

Sin embargo, el Gobierno no se desalentó y se propuso restablecer el equilibrio marítimo para disputar el dominio de las aguas, comprando y armando nuevos buques, enganchando marineros y admitiendo al servicio en clase de oficiales á los que se creían con aptitudes para ello.

El Gobierno no se distrajo ni dejó de continuar esta operación durante el armisticio de Marzo, y al romperse la tregua nuestro poder marítimo era capaz de luchar con el del General Urquiza.

No se perdió tiempo en buscar el combate que tuvo lugar bajo tristes auspicios el 18 de Abril último en las inmediaciones de Martín García.

La impericia ó la traición nos arrancaron un triunfo que contábamos seguro. Perdimos nuestros mejores buques y los restos de nuestra escuadra volvieron á ganar el puerto y buscar la seguridad al abrigo de nuestras baterías.

No tardó el enemigo en presentarse á nuestro frente, é imponernos un riguroso bloqueo, que reconocieron sin dificultad los agentes extranjeros.

El gobierno despues de aumentar las baterías de tierra para dar mas seguridad á los restos de nuestra escuadra, á esos restos que no estaban desnudos de gloria pues aun que habjan sido vencidos habian combatido con valentia, se ocupó de reparar las pérdidas moralizando el personal, restableciendo la disciplina y armando nuevos buques. El jefe mismo de la escuadra fué retirado, y reemplazado por otro oficial que ofreció las mas fundadas esperanzas.

Se compró un vapor que fué armado á toda prisa y se negoció la compra de otro de gran fuerza, adelantando una importante suma de dinero. Con ambos nuestra escuadra hubiera estado otra vez en situación de tentar la

suerte en nuevos combates pero por causas que el gobierno aun no ha podido comprender el último vapor nunca llegó. El estado sin embargo ha sido reembolsado de su anticipacion.

Mientras se hacian estos aprestos, el gobierno tenia entre manos otra operacion que manejaba con la mayor reserva. Grandes y graves dificultades se presentaron, que muchas veces hicieron desesperar de su éxito, hasta que finalmente se consiguió que el 19 de Junio próximo pasado se presentase el coronel Pinedo con dos buquecillos que los rebeldes habian armado en guerra en Barracas; y al dia siguiente toda la escuadra bloqueadora entró á nuestra rada interior, poniéndose á las órdenes del gobierno y sometíndose á su autoridad.

Este suceso importante en sí mismo y mas aun por sus consecuencias desmayó á los rebeldes, al paso que llenó de las mas próximas esperanzas del triunfo á los defensores de la plaza. Fué un golpe tremendo que sufrió el poder del general Urquiza, y preparó la subiguiente disolucion de las fuerzas que acaudillaba.

Nos encontramos entonces con una escuadra de mas de veinte buques de todos portes y con un personal proporcionado. No era posible concervarla por que ni la Provincia la necesitaba, ni podia soportar los inmensos gastos que ocasionaba.

Por este motivo se licenciaron todos los gefes y oficiales de la escuadra antes bloqueadora, á quienes habia sido preciso premiar con cuantiosas sumas de dinero. Tambien se prosedió á desarmar y vender todos los buques que no era conveniente conservar por su construccion ó mal estado.

Bajo el número 3 se acompañan á V. H. un estado general de nuestra escuadra y de los pretrechos navales &c. que poseemos. Por ellos verá V. H. que contamos con poderosos medios marítimos, capaces de hacer respetar nuestros daños.

A pesar de los cuantiosos gastos que esta escuadra ocasiona no creo conveniente reducirla por ahora hasta que estén completamente terminadas las cuestiones políticas que interesan á la Provincia.

Al hablar de nuestra marina es imposible no hacer mencion honorifica del actual Comandante General de Marina, que procura siempre mejorar su estado con celo infatigable é inteligente.—Merece tambien la consideracion de V. H. el gefe de nuestra escuadra, que ha dado repetidas pruebas de se valor, inteligencia y decicion por la causa de Buenos Aires.

Hé aqui, H. H. R. R. el breve relato de la marcha seguida por este Ministerio: no es una memoria completa y ordenada, ni podria serlo asi por las épocas escepcionales porque hemos pasado.

En el desempeño de las funciones de mi empleo creo haber cumplido siempre mi deber—Durante la guerra no he retrocedido ante ningun sacrificio para asegurar el triunfo.—Y cuando este se consiguió, he mirado al porvenir, y he procurado empezar ya á reformar algunos abusos de que se reciente la administracion, á pesar de las dificultades é inconvenientes que presentaba para ello el estado actual de la sociedad.

Yo me considero feliz, Sres. RR., de haber tenido ocasion de combatir unc vez mas por la libertad, y de haber presenciado la abnegacion y arrojo con el pueblo de Buenos Aires ha sabido defender sus derechos é instituciones; y confió en que podré añadir la sancion de V. H., como un testimonio altamente honroso, a la satisfaccion de mi propia conciencia, que me atestigua que he procedido siempre con honradez y lealtad.



DOCUMENTOS OFICIALES.

El Poder Ejecutivo }

Buenos Aires. 22 de Octubre de 1854.

La Patria acaba de perder uno de sus mas ilustres y esclarecidos hijos; uno de aquellos pocos y venerables restos de sus antiguos guerreros, que sellando con su sangre la Independencia de la América, porque han combatido con arrojo, vino á consolidar con su brazo la obra de aquellos héroes, defendiendo las instituciones y la libertad de Buenos Aires contra el hierro matricida de los caudillos despues de haber sido el azote incansable de los tiranos de la República.

El Gobierno que desea asociarse al profundo y muy justo pesar que siente el pueblo de Buenos Aires por esta desgracia pública, que le ha privado de uno de los mas virtuosos y valientes defensores de la República; queriendo ademas perpetuar su memoria y tributar altos y bien merecidos honores al benemérito Brigadier General D. José Maria Paz, ha acordado y decreta:

Art. 1º Por el Ministerio de Guerra y Marina se ordenará lo conveniente para hacer al ilustre finado los honores correspondientes al elevado grado militar que ocupaba en el ejército del Estado.

Art. 2º El Gobierno con todas las autoridades, corporaciones y empleados civiles y militares. se dirigirá á la casa mortoria para acompañar hasta el Cementerio Público del Norte á las doce del dia de mañana, los restos mortales del Brigadier General, D. José Maria Paz.

Art. 3º Todos los referidos empleados civiles y militares, llevarán luto en el brazo izquierdo, que conservarán hasta el 24 del corriente.

Art. 4º Todo lo necesario para el entierro, exequias y demas gastos funerarios, será de cuenta del Estado; y por su cuenta igualmente se levantará un mausoleo en que se perpetue la memoria de los grandes servicios públicos del ilustre finado y la gratitud del Estado y del Gobierno por ellos.

5º El día en que tuvieren lugar las exequias fúnebres, se harán las mismas demostraciones de duelo, y asistirán igualmente á ellas el Gobierno y todas las autoridades, corporaciones y empleados civiles y militares, encargándose al Departamento de Guerra y Marina, las órdenes para los altos honores militares debidos y recomendándose á las autoridades eclesiásticas, la solemnidad religiosa correspondientes en ese acto.

Art. 6º Comuníquese, publíquese y dese al Registro Oficial.

PASTOR OBLIGADO.

IRENEO PORTELA.

JUAN BAUTISTA PEÑA.

MANUEL ESCALADA.

ORDEN GENERAL.

La Patria de los Argentinos acaba de perder uno de sus mas beneméritos guerreros de la Independencia. El ilustre General Paz ha dejado de existir hoy á las seis y media de la mañana, pasando á la morada de los justos.— El Gobierno y el ejército todo lamenta esta inmensa pérdida; ella, por las virtudes y capacidad militar del finado General, deja un gran vacío entre sus compañeros de armas, verdaderos apreciadores de su mérito. En su virtud, se ordena por disposición superior, que el Ejército use luto por tres días desde hoy: que se establezca en el acto una guardia de honor por el Batallón San Martín, en la casa mortuoria, para custodia del cadáver, á lo que concurrirán los gefes nombrados de la Plana Mayor, para alternar entre ellos, á fin de permanecer allí constantemente hasta su traslación mañana al Cementerio, la que tendrá lugar á las doce. El Batallón San Martín formará de gran parada á la misma hora, al frente de la casa mortuoria con una batería de artillería de cuatro piezas, y un piquete de treinta hombres de caballería de la Escolta de Gobierno. Una comisión compuesta de los Sres. Brigadier D. Guillier-

mo Brown, y Generales D. Matías Zapiola, D. Gervacio Espinosa y D. José M. Piran, formará el duelo, y ocupará uno de los coches dispuesto al efecto, destinándose el otro para los deudos. Los Sres. Generales, Gefes y Oficiales francos que puedan concurrir, se les recomienda su asistencia como un homenaje justo á la memoria del ilustre finado. El Batallon y la bateria de Artilleria que forma el cortejo, harán una descarga al tiempo de sepultarlo, y acto continuo la bateria Libertad disparará quince cañonazos.

ROJAS.

AVISO OFICIAL DEL MINISTERIO DE GOBIERNO.

Debiendo mañana á las 12 del dia ser conducidos á su última morada los restos mortales del ilustre Brigadier General D. José Maria Paz; y deseando el Gobierno que este acto tenga lugar con toda la solemnidad que se merece la memoria de aquel distinguido patriota, se invita á nombre del mismo Gobierno, á acompañarle en esa ceremonia, desde la casa mortuoria, de donde saldrá el acompañamiento, á todos los Señores que gusten concurrir.

Buenos Aires, Octubre 22 de 1854.

José Manuel La-fuente,
(Oficial Mayor.)

“ NACIONAL ” ————— Octubre 23 de 1854 —

NECROLOGIA.

El General D. José Maria Paz.

El Estado de Buenos Aires ha perdido al mas virtuoso defensor de sus derechos ; la Nacion Argentina ha perdido al mas ilustre de sus hijos ; las Repúblicas del Rio de la Plata han perdido al mas noble campeon de sus libertades ; la América toda ha perdido ayer su primera inteligencia militar, el mas hábil General que reunia en sí la prudencia salvadora del Fabio Romano las virtudes de Epaminondas y las valientes y seguras combinaciones del génio de Turena.

Ayer á las seis menos cuarto de la mañana espiró en el lecho del dolor el Brigadier Argentino D. José María Paz.

La luz del nuevo día disipando las tinieblas de la noche vino á herir la pálida frente de un cadáver laureado, cuyo último suspiro ha de resonar por largo tiempo en el corazón de todos los Argentinos.

La triste noticia difundida con rapidez por toda la ciudad fué la señal de un duelo general; el ejército vistió espontáneamente luto en señal de dolor; los placeres se interrumpieron, los espectáculos se suspendieron desde temprano y el pueblo entero ha acudido durante todo el día y la noche de ayer á dar el último adios al ilustre veterano tendido sobre su féretro. Una compañía del Batallón San Martín con bandera y cajas enlutadas daban la guardia de la casa mortuoria y dos coroneles se turnaban de hora en hora velando el sueño de la eternidad á la cabecera de aquel frío lecho del cual el hombre no se levanta jamás. El cadáver del ilustre General fué embalsamado por orden del Gobierno y así se depositó en el féretro.

El General Paz ha muerto á los sesenta y cuatro años de su edad. Nacido en Córdoba en 1789, fué uno de los primeros que empuñó la espada libertadora, apenas estalló la revolución del 25 de Mayo de 1810; desde entonces no ha caído un solo día de su mano, ni ha cesado de dar golpes sobre las cadenas de nuestra esclavitud, hasta que la muerte ha verido á postrar en tierra para siempre y desarmar el brazo del infatigable campeón de nuestras libertades.

El General Paz en el curso de su vida militar se ha hallado en veinte y dos campos de batalla; Salta, Tucumán, Pequerepe, San Lorenzo, Puesto Marquez, Wloma, Vidcapugio, Ayonma, Venta y Media, Tamaquá, Ituzaingó, Filiberto, le han visto combatir contra los enemigos de la patria, así en la derrota como en la victoria; San Roque, la Tablada, Oncativo, la Herradura, Pilar y Calchuis; le ha-

visto combatir por sus creencias políticas; oponiendo su espada al caudillaje; Caaguazú; Montevideo y Buenos Ayres le han visto combatir por la libertad Argentina con la austera firmeza y la sublime y modesta abnegación de un varón incontrastable, que sin buscar aplausos ni tener reprobaciones procuraba llenar cumplidamente su deber iluminado por la luz interna de su conciencia.

El General Paz ha mandado en Jefe seis ejércitos, y todos esos ejércitos han sido modelos de organización militar, y ha vencido siempre porque sabía preparar con perseverancia los instrumentos del triunfo.

Ha mandado en Jefe cinco batallas campales y las cinco las ha ganado completamente, apoderándose de la totalidad del ejército enemigo, y esos triunfos han sido debidos á su alta inteligencia de la guerra, á su pericia militar, á las combinaciones de su genio prudente, mas que á la fuerza que subordinaba á sus cálculos elevados.

Ha presidido á los dos sitios mas gloriosos y mas memorables que cuenta la historia del Rio de la Plata, y que forman los dos timbres mas hermosos de su gloria política y militar.

Ha sido dos veces Gobernador de dos provincias, dos veces Ministro de Guerra, dos veces Director de la Guerra contra Rosas, ha dado su tiempo, su sangre, su alma, su inteligencia, su brazo, su reputación, su felicidad al servicio de la patria, y ha muerto pobre, como mueren entre nosotros los hombres ilustres y los hombres virtuosos, y que ha vivido olvidado de sí pensando en los demas y trabajando para ellos, sin esperar ni pedir recompensa por tan nobles sacrificios.

El general Paz es la gloria mas pura y mas excelsa de la desgraciada patria de los Argentinos; es el símbolo mas completo de las grandes calidades del guerrero unidas á las virtudes cívicas y privadas que hacen de ese bello carácter el tipo de un héroe de Plutarcó.

Fué poderoso sin tener mas ambicion que obrar el bien de su patria;

Fué enérgico sin mancharse jamas con ejecuciones arbitrarias y sangrientas;

Fué general sin ser caudillo;

Vencedor, supo conservar su moderacion;

Cautivo, supo conservar su dignidad;

Desterrado, supo conservar el fuego sagrado que lo animaba;

Muerto, ha descendido al sepulcro con la aureola del mas hábil, del mas ilustre, del mas constante y del mas virtuoso soldado del ejército argentino.

Que la tierra le sea leve, y ya que no le ha sido dado ver organizada y feliz esa patria argentina á la que consagró todos sus afanes, que al menos repose en paz hasta el dia en que con palmas en las manos los pueblos unidos conduzcan sus restos mortales envueltos en la bandera de Mayo al panteon de los grandes hombres de la nacion argentina.

SUBSCRIPCION.

Registramos un aviso sobre una subscripcion á favor de los hijos del finado General Paz, y podemos decir desde ahora, que si el estado en que dejaba á su familia amargaba los últimos dias del ilustre general, el pueblo de Buenos Aires atenderá sin la menor duda á los hijos del hombre virtuoso que consagró su vida entera á la defensa de su patria y que al morir no les deja mas que el honor de su nombre.

AVISO.

Subscripcion á favor de los hijos menores del finado General D. José María Paz.

Habiéndose hecho el dia de ayer una numerosa reunion para levantar una subscripcion á favor de los hijos del finado General, han nombrado para recolectarla á los Señores Don Dalmacio Velez Sarsfield, Don Mariano Sa-

avedra, Don Manuel José Cobos, y Don Ambrosio Lezica, los cuales entregarán las cantidades que reúnan al Señor Don Manuel Campo, para que oficialmente las ponga á depósito á interés en el Banco donde no podrán sacarse durante la menor edad de los hijos del finado General; entregándoles sus intereses para su subsistencia.

Los Señores á quienes no fuese posible pedirles directamente y quisieren favorecer á los hijos del Señor General Paz, podrán mandar su nombre con la designacion de la cantidad que ofrezcan al despacho de la imprenta del Nacional.

CRONICA-LOCAL.

Honores rendidos al cadáver del Ilustre General Paz. A las 5 $\frac{1}{2}$ de la mañana del día de ayer, este ilustre patriota y esclarecido defensor de las libertades argentinas, habia desaparecido de entre nosotros: á las seis fué ordenado por el Superior Gobierno al Comisario Capitan Rossi, mandándose preparar tres cajones para encerrar en ellos los restos preciosos del ilustre finado, siendo uno de plomo otro de pino, y el último de caoba.

Por la inspeccion General se libraron inmediatamente las órdenes á fin de que se hiciese de un modo conveniente el servicio de honor á tan respetables restos y en su consecuencia se estableció desde luego una guardia de oficiales superiores.

Habiendo dado orden S. E. el Sr. Gobernador, para que fuese embalsamado el cadáver, esta operacion fué hábilmente practicada por los facultativos, segun el nuevo sistema de inyecciones. Hiciéronle igualmente la autopsia en la cabeza, y de ella resultaron confirmados los diagnósticos de dichos facultativos, sobre la enfermedad que ha privado á la República del mejor de sus hijos.— En adelante publicaremos el acta levantada por los facultativos en que espican los detalles de la enfermedad de un modo mas claro y lógico de lo que nos es dado hacerlo á nosotros.

La sala de la casa mortoria fué vestida de rigoroso luto; levantándose en su centro un sarcófago adornado de banderas, sobre el que se hallaba colocado, abierto el cajón que contenia los preciosos restos, á la espectacion pública.

Vestia el General la casaca que llevaba durante la defensa de Montevideo. Sobre el cajón estaban colocados entre guirnaldas de flores y coronas, la casaca de Brigadier y el sombrero apuntado adornado de plumas blancas, y la rica espada de oro con que el pueblo de Corrientes obsequiara al finado. Dicha espada contenia la siguiente inscripcion. *El Congreso de Corrientes al vencedor de Caa-guazú.* Hacíanle la guardia dos centinelas, dos oficiales coroneles y un oficial abanderado, que tenia en sus manos desplegada y enlutada la inmortal bandera azul y blanca.

Desde las 4 de la tarde del dia de ayer la casa mortoria ha sido un verdadero jubileo de gentes de todas las escalas de la sociedad que iban á ver por última vez el apagado rayo, y el helado brazo, vencedores en tantas batallas. El pueblo generoso y patriota de Buenos Aires ha hecho ayer y hoy su ovacion de lágrimas sobre los restos del incansable vencedor de los caciques. La Asamblea General se reunió anoche á las 7½ y nombró dos comisionados que la representen hoy en el cortejo fúnebre.

Hoy á la una de la tarde se movió el convoy hácia el cementerio del norte: formaban el batallon San Martin, cincuenta hombres de caballeria, cuatro piezas de artilleria y los gefes y oficiales de la guarnicion, presidiendo el duelo, la comision de la asamblea general, y otra de generales, representando el ejército el gobierno, la lista civil, y un inmenso pueblo que seguia á pié haciendo el cortejo.

En el momento de cerrar nuestro diario el cortejo habrá llegado quizá al cementerio. Mañana daremos los detalles pormenores, asi como las alocuciones.

El pueblo de Buenos Aires, fiel apreciador de las no-

Las virtudes de sus grandes hombres, así como su gobierno, hacen todo cuanto está de su parte para pagar en parte la inmensa deuda contraída para con el ilustre general cuya muerte lamentamos. Las provincias interiores, lo mismo que la República Oriental, reconocen igual deuda, y no dudamos que ellas se apresurarán á su vez á testimoniarle igualmente su reconocimiento y gratitud.

Que reposen pues en paz los restos del ilustre vencedor de San Roque, la Tablada, Oncativo, Montevideo y Buenos Aires, mientras su nombre vive grabado para siempre en el corazón de todos los argentinos.

NACIONAL, 24 de Octubre de 1854.

Honores fúnebres.

Los grandes hombres son como las grandes montañas, miradas á la distancia desaparecen sus asperidades, y solo se contempla la magnitud de su masa y la armonía del conjunto. Por eso ha dicho un escritor de nuestros días: "¿Queréis ser grandes hombres mañana? Morid hoy."

El general Paz era uno de esos hombres á quien puede calificarse de grande, pero como era modesto en su abnegacion, severo en el cumplimiento del deber, austero hasta en los actos mas insignificantes de la vida; como no aspiraba á hacerse partidarios sino á servir á la patria; como no tenia ambicion, como odiaba por instinto y por conviccion el caudillaje; como era uno de aquellos varones justos cuya alta moralidad impone el respeto y la veneracion, mas que inspira el entusiasmo efimero que brota al calor de calidades mas brillantes pero menos sólidas, el general Paz en vida, era en apariencia menos grande de lo que se nos presenta hoy tendido para siempre en el sepulcro, y sin embargo esa especie de opacidad de su larga y trabajosa carrera es la aureola resplandeciente que rodea hoy las sienes del decano del ejército argentino, cuyo elevado carácter honra á su patria tanto ó mas que sus hechos militares. Obraba el bien por instinto, era justo sin afec-

tación, era grande en el campo de batalla, en el destierro, en la prisión y hasta en el rincón oscuro del hogar doméstico, y en ninguna de estas situaciones se desmintió ese carácter fundido en el molde de un héroe de la antigüedad.

El pueblo de Buenos Aires, en cuyo seno ha gozado el General Paz los únicos momentos de tranquilidad que ha tenido en su vida, ha sabido comprender ese magnánimo carácter, y le ha consagrado espontáneamente la espléndida ovación que solo alcanzan aquellos á quienes se consagra un culto por sus servicios y sus virtudes, y á quienes se levantan altares en el corazón de cada ciudadano.

En el día de ayer los restos mortales del Brigadier General Argentino D. José María Paz fueron conducidos al Cementerio del Norte. El pueblo entero de Buenos Aires, las corporaciones civiles y militares, el ejército presididos por el gobierno del Estado y marchando á pié detras de su féretro, condujeron sus restos á la morada del eterno descanso, marchando bajo un sol abrasador por el espacio de mas de media legua.

Antes de descender el cadáver á las lobregueses del sepulcro, resonaron en torno del ilustre muerto las plegarias de la Iglesia, que lo acompañaron hasta el borde mismo de la fosa. Colocado el féretro al borde de ella un silencio religioso siguió en todo el Cementerio; y entonces el Coronel Mitre, en nombre del Ejército, pronunció las siguientes palabras:

“Señores—

“Hé aquí otro antiguo veterano de Mayo que deja un hueco claro en las filas saleadas por el infortunio y la metralla; hé aquí otro atleta de la revolución americana, que cae exhausto de fatiga al pié de su bandera; hé aquí al mas ilustre soldado de la patria de los argentinos vencido por la muerte, que solo la muerte pudo vencerlo y desarmarlo. La espada que ha caído de su brazo; ha resplandecido en su diestra por el espacio de cuarenta y cinco

años, y el espíritu inmortal que lo animaba ha volado al seno de la divinidad, dejando impregnada nuestra atmósfera con el perfume eterno de sus virtudes y de sus glorias.

Ya nunca más el nombre glorioso del general Paz se oirá repetir con entusiasmo entre las masas populares; ya nunca más resonará su voz en los campos de batalla, ni será saludado vencedor laureado por las falanges que condujo á la victoria, ni se le verá dictar la ley entre los próceres de la patria y marchar con paso seguro hácia los altos destinos que le esperaban; pero el lamento de un pueblo entero, pero las bendiciones de la posteridad resonarán eternamente en torno de ese melancólico sepulcro, y este apoteosis sublime de la muerte vale mucho más que las vanas pompas de la vida. Ese ilustre muerto que descansa por siempre tendido en su sepulcro, jamás aspiró á esas pompas: profesaba la religion áustera del deber: no buscaba la efímera gloria de la popularidad, ni pedía la gratitud, ni temía la reprobacion, porque á su conciencia rígida bastaba llenar cumplidamente su deber y lo ha llenado cumplidamente, como no lo llenó nadie en esta tierra, como no lo ha llenado ninguno de los que en este momento rodean su sepulcro. En presencia de esa tumba que encierra en breve espacio medio siglo de trabajos y de infortunios, la capacidad militar más vasta de la América del Sud; la gloria más excelsa de nuestra patria, las ideas más elevadas del patriotismo, la probidad más severa, y lo que vale más que todo esto, la virtud más acrisolada del ciudadano, en presencia de ese sepulcro señores, somos bien pequeños todos los que le rodeamos. El general Paz nos lega la más rica herencia de su nombre y de su gloria, y en cambio nada le hemos dado, nada nos ha pedido: ni poder, ni riqueza, ni gratitud, ni nada de lo que puede halagar la vanidad humana; bastaba á esa alma tan bien templada la satisfacción de cumplir con su deber. El no pidió á su patria sino un lugar entre los combatientes de la buena causa; él no pidió al poder sino los medios de servir á su patria; él no pidió

á las armas sino la fuerza para hacer triunfar los principios de su credo político; él no pidió al corazón de los demás sino la firmeza para perseverar en la religión austera del deber. Modesto y desinteresado, lleno de esa sublime abnegación que caracteriza á los hombres predestinados para llevar á cabo grandes cosas, es el tipo, el símbolo más alto del sacrificio sin ostentación, que derrama á manos llenas su existencia á lo largo del camino de su vida, sin esperar más recompensa que la aprobación silenciosa de su conciencia. Por eso ha muerto pobre, por eso ha sido desgraciado, por eso no ha pasado en su vida la embriaguez del mando supremo; esta circunstancia es la bella aureola que rodea su frente inanimada, porque para coronar tan noble vida, para completar tan sublimes sacrificios, para hacer comprender que su nombre nada debía á las formas exteriores que rodean al poderoso, era lógico, era necesario que se presentara así á presencia de su Dios, del Dios que le envió á esta tierra infortunada para llenar una misión de que ha sido el apóstol armado. Sí, era lógico, era necesario que muriese así despojado de ese falso brillo, dejando rica á la tierra con su gloria y muriendo pobre sin deber nada á nadie; debiéndole á él toda su existencia y su libertad, porque servicios tan eminentes como los del general Paz, porque virtudes tan excelsas como las de ese ilustre muerto que duerme el sueño de la eternidad, no tiene el mundo precio con que pagarlas. No culpamos por esto á la ingratitud de los pueblos: la Providencia lo ha querido así sin duda para darnos en ese ejemplo de una existencia tan gloriosa como infortunada, tan pura como borrascosa, una lección viva que muestre de lo que es capaz el patriotismo, y alienta en la escabrosa senda del deber á los que marchan tras sus huellas luminosas. Bellodestino que envidiarán las almas fuertes que no ven la felicidad en la satisfacción de sus apetitos: vivir cumpliendo con su deber, y morir con mansa resignación envuelto en el manto de una gloria que fué la obra exclusiva de sus altas inspiraciones!

“Al fin reposa en el sepulcro ese infatigable trabajador de nuestra felicidad, que hace cerca de medio siglo no ha tenido una sola hora de descanso: vivió en medio de las borrascas que nos han agitado, y jamás desertó el puesto de la labor común. Alma sensible formada para gozar y comprender las dulzuras de una existencia tranquila ha pasado los últimos cuarenta y cinco años de su larga y fatigosa carrera ó bajo la tienda del campamento militar, ó en el calabozo del cautivo, ó en las tristes mansiones del destierro: esas han sido sus posadas sobre la tierra, la postrera es la tumba. Era preciso que así fuese para que el sacrificio magnánimo brillase en todo su esplendor.

“Permitidme arrojar una mirada retrospectiva sobre la brillante y melancólica carrera de ese muerto laureado por la victoria y ungido por el infortunio.

“Hace cuarenta y cuatro años que esos frios despojos que yacen en el sepulcro, sustentaban á un jóven lleno de vida, de entusiasmo y de esperanzas. La centella de la revolucion de Mayo habia incendiado su alma en el fuego santo del patriotismo, y poseido de ese noble aliento que temple los caractéres varoniles, ese jóven habia ceñido la espada y marchaba á incorporarse á las legiones de la patria en el alto Perú. Salido de Córdoba, la tierra querida de su nacimiento, ese jóven era conductor de las armas con que debian armarse las legiones inco mes del alto Perú, porque en aquella lucha de gigantes los hombres se lanzaban á la pelea sin mas armas que sus brazos, y con ellos triunfaban. A treinta leguas de Córdoba el jóven oficial, que no era otro que el mismo D. José Maria Paz, que entonces apenas tenia diez y seis años, se encontró con el mayor Tollo que traía á Buenos Aires la noticia de la batalla de Suipacha, del primer rrjunfo que coronó las armas de la nacion argentina. El jóven Paz dijo al mayor Tollo que él marchaba á incorporarse al ejército del alto Perú, para participar de sus peligros, y ayudar á sus hermanos en la magnánima empresa que habian acometido. El ma-

por Tollo, parándose sobre sus estribos con toda la arrogancia de un vencedor, le contestó:—“Ya es tarde: las armas de la patria han triunfado completamente en Suipacha”; y siguió su camino dejando á Paz desalentado y sumido en la mas profunda melancolia. Le he oído repetir varias veces este suceso, y me ha asegurado que casi lloró de tristeza en aquel momento. En su inesperienza de la vida, en la sublime aspiracion de una alma devorada por el amor de obrar el bien, creyó que ya no habia lugar en las filas para un nuevo combatiente y que las puertas de la gloria se le cerraban para siempre. No le fué dado en aquel momento presagiar al través del tiempo el porvenir de su patria, que en su primitiva inocencia de la vida pública, creia que habia conquistado la libertad y la paz en un solo combate; y sin embargo, ese jóven que así desesperaba de los altos destinos que le esperaban al pisar el umbral del templo de la gloria, es el mismo que hace cerca de medio siglo no ha cesado de combatir por los principios de Mayo, es el mismo que en tan largo espacio de tiempo ha sustentado con vigor en su mano la bandera de la civilizacion en estos paises y cuya espada ha estado dando golpes repetidos sobre las cadenas de nuestra esclavitud por el espacio de cuarenta y cinco años, desde el 25 de Mayo de 1810 hasta el 22 de Octubre de 1854, época infanta de su muerte.

“En el curso de tan larga y fatigosa carrera el general Paz ha representado dignamente la fortaleza y el sacrificio, de que ha sido siempre la mas bella y mas alta expresion. Poseia esas calidades sobresalientes del guerrero y esa fé incontrastable que siempre anima al justo, que inoculan en los pueblos el aliento para salvarse obedeciendo á la mano poderosa que los conduce. En esos momentos solemnes de que está llena nuestra historia, cuando el poder de la buena causa se ocultaba entre el polvo de la derrota, cuando los lauros de la libertad se marchitaban, cuando los corazones pusilánimes renegaban de la esperan-

za y los cobardes desertaban de las filas próximas á ser debeladas por la tiranía y la barbarie, allí se nos presenta la noble figura del general Paz con la severa intrepidez que cuenta con los recursos de su genio, para levantar del polvo la bandera caída, para reanimar la antorcha moribunda que le apoyaba, para templar de nuevo los corazones al calor de su incontrastable corazón, para conquistar nuevos lauros y salvar la causa que parecía perdida.

“Tal ha sido la misión que ha llenado entre nosotros ese guerrero que yace inanimado en el sepulcro.

“Recorred las páginas inanimadas de su vida política y militar y le vereis constantemente rehaciendo falanges derrotados para conducirlos nuevamente á la victoria.

“En 1828 él repara en el interior con sus triunfos los desastres de su partido en Buenos Aires, combatiendo contra los caudillos que atormentaban á los pueblos y habria tal vez coronado su obra si esa fatalidad que siempre lo ha perseguido en medio de sus mas gigantescas empresas, no hubiese paralizado el desarrollo de sus atrevidas concepciones políticas y militares.

“En 1839 él, oscuro fugitivo de Buenos Aires, que huía, no de la muerte, sino de los favores con que el tirano de su patria pretendia mancharlo, llega al campamento del general Layalle en los momentos en que el Ejército Libertador acababa de ser batido en el Sauce Grande, el mismo que mas tarde fué derrotado en el Quebracho, y cuyas últimas reliquias se han arrastrado batallando hasta los Andes, marcando su itinerario con un ancho reguero de sangre generosa, hasta conducir á la tierra extraña el cadáver de su heroico General. Mientras esto sucedía el General Paz organizaba un nuevo Ejército Libertador en la Provincia, que parecia exhausta de recursos; reanimaba el espíritu público decaído y preparaba modesta y silenciosamente la rehabilitación de la libertad argentina. Cuando todos habian caído, cuando el tirano Rosas aparecia por todas partes triunfante y cuando parecia que ya nada ha-

bia que ~~hacer~~ ~~sinó~~ tender el cuello á la cuchilla del verdugo, entonces, en ese momento aterrador y solemne el general Paz desplegó la enseña de los libres del otro lado del Paraná, y el triunfo espléndido de Caaguazú resultado de sus profundos cálculos militares, restableció nuevamente el equilibrio de la lucha contra la tiranía, y haciendo concebir la esperanza de un desenlace próximo y favorable.

“Cuando ya parecía que tocaba al término de sus áridos trabajos otra de esas fatalidades que siempre le persiguieron, lo separó de la escena pública, y todo se perdió en el fúnebre campo de batalla del Arroyo Grande. Montevideo fué entonces la última esperanza, el último refugio, el último baluarte de la libertad y de la civilización del Rio de la Plata, y en esos momentos desesperados en que casi todos se preparaban á tender las manos á las cadenas, allí también se presentó séieno el general Paz para clavar con denuedo en lo alto de la brecha la bandera de la nueva Troya, que por el espacio de diez años ha desafiado el poder de Rosas desde los muros de Montevideo, de cuyo centro partió mas tarde el movimiento que dió en tierra con él.

“Mas tarde lo vemos otra vez en los momentos del conflicto reorganizar las indomables legiones de Corrientes, reunir bajo sus banderas doce mil soldados, y ser de nuevo paralizado en la carrera ascendente de sus triunfos por otra de esas fatalidades que solo á él le estaban reservadas. Desapareció él de la escena y todo se perdió. En medio de este naufragio la libertad argentina vencida en todas partes alzaba el último fanal de la esperanza sobre las murallas de Montevideo, salvadas bajo el escudo de la pericia militar del vencedor de Caaguazú.

“Pero aun faltaba la última prueba á esta vida de abnegacion y fortaleza, que nunca desertó las causas perdidas, que simbolizaban los altos y generosos principios de su fe política. Restituido al seno de la patria permaneció

tránquilo sobre sus armas hasta que sonó la hora del verdadero peligro. Sitiado Buenos Aires, rotas nuestras falanges en San Gregorio, perdida toda su esperanza de un advenimiento honoroso, la situación era casi desesperada: entonces el general Paz aparece por última vez en la escena pública para salvar á Buenos Aires, para acompañarlo hasta el día del triunfo, y retirarse después modestamente á la oscuridad de la vida privada, pobre como ha vivido, pobre como ha muerto.

“Pero al menos ha muerto en el seno amoroso de la patria, ha muerto á la sombra de su vieja bandera, en medio de los suyos, rodeado del amor, de la veneración y de las bendiciones de todo un pueblo que le han acompañado en su lenta y dolorosa agonía, y que le acompañan hasta este momento en que vá á descender para siempre á la mansión misteriosa del sepulcro.

“¡Leve le sea la tierra de la patria que tanto amó! Al darle nuestro último á Dios á las puertas de la eternidad rieguen nuestras lágrimas esa gloriosa tumba, para que, como se dijo al borde de un sepulcro húmedo todavía, nos las retorne en esas misteriosas bendiciones de los muertos que alientan la virtud cuando flaquea, la energía cuando desfallece, y la perseverancia cuando desespera.

“A Dios por siempre! Gloria en el mundo y paz en el sepulcro á las cenizas del brigadier general Argentino Don José María Paz!”

En seguida el Dr. D. Valentin Alsina, como representante del cuerpo legislativo de que el general Paz hacia parte, pronunció con profunda emoción el siguiente discurso que arrancó lágrimas de los ojos de su auditorio:

“Señores:

“Rodeamos aquí un ataúd del que brotan inspiraciones fuertemente melancólicas; porque la presencia del depósito venerable que se le ha confiado, renueva honradamente los sentimientos de nuestras almas, y aviva recuerdos que serán impercederos.

“Ni podía ser de otro modo. No es la mediocridad vulgar, ni la fastuosa riqueza, ni el poder orgulloso, sino que es el mérito real, los servicios eminentes, la probidad en su mayor alteza, lo que estaba simbolizado bajo el respetable nombre de José María Paz.

“Doloroso es, sin duda, que cuando este hombre, por todos aspectos benemérito, rodeado de una aureola de gloria y de la estimación de todos los buenos, parecía haber empezado á gozar el reposo de que casi siempre se vió privado en su borrascosa existencia, sea entonces, á los cincuenta y nueve años de su edad, que la providencia le arrebató á su familia que le llora, á sus amigos que le veneraban, y á Buenos Aires que tanto necesitaba de su cabeza y su prestigio. ¡Inclinémonos, señores, ante sus decretos inescrutables!

iii Paz ha muerto!!! Por todo el ámbito de la República Argentina, estas lúgubres y penetrantes palabras, acallando por el momento pasiones menos nobles, y agitando sentimientos generosos, van á tener una sublime repercusión en todos los corazones verdaderamente argentinos.

“Si Señores. Porque se trata de Paz, cuyo nombre y cuyas glorias, son ya el patrimonio común de todos los argentinos. ¡Oh! Pocas ilustraciones tan merecidas y tan puras, como la del hombre que está ahí tendido é inerte, presenta la historia de los países del Plata. El saludó entusiasmado los albores de la gran revolución americana, ciñéndose á los quince años de edad la espada consagrada á defenderla y afianzarla; y desde entonces, viviendo la vida de los campamentos, aumentando siempre los conocimientos adquiridos en el colegio, siguiendo perseverantemente todas las vicisitudes de la guerra de la independencia argentina, conquistándose nuevas palmas en las llanuras de Ituzaingó, combatiendo despues y venciendo siempre en las batallas contra el caudillaje y el despotismo interno; este hombre, Señores, supo, por su indisputable mérito, por su elevada inteligencia, ascender de grado en grado

desde el más modesto hasta el más eminente de nuestra milicia: y en todas partes, y en todas épocas, exacto como oficial, valiente como jefe, vencedor como general, honrado como administrador, intachable hasta como hombre privado, y siempre en la pobreza, ha completado el círculo de su ilustre carrera, llegando á las puertas de este sepulcro, con una reputacion esplendente é imaculada.

“¿Ni cómo olvidar tampoco, Señores, el especialísimo mérito que contrajo el virtuoso Paz, para con el pueblo de Buenos Aires cuando plugo al cielo, enviar sobre estas horas de amargura, de prueba y de infortunio? Ah! ¿Olvidarlo? ¡Jamás! porque no es cierto Señores, ¡no! que las Repúblicas sean ingratas. Por eso el pueblo de Buenos Ayres ha seguido con tan viva atencion los progresos del mal que le consumia: por eso ha oido profundamente conmovido que su interesante vida habja apagádose; por eso, con el luto en el corazon, le acompaña hasta este recinto, tributando á su memoria querida, una elocuente ovacion de respeto y gratitud.

“Aceptala, Paz, aceptadla. Mi voz es apenas un débil reflejo del poderoso sentimiento que lo ha producido; pero yo, intérprete de él, al hacerte mi última despedida, ruego al Dios que te ha llamado á su seno que se digne dar á la patria comun de los argentinos, hombres públicos como tú; hombres que, como tú, lleguen á ser su honor y su orgullo, y que, fijos constantemente en el grandioso ejemplo de tus virtudes, marchen siempre sobre los rastros luminosos de tu gloria.

“¡Descansa en paz!

“El Dr. D. Dalmacio Velez Sarsfield embargado por el dolor que le causaba la irreparable pérdida del amigo, llegó á darle tambien el postrer adios en nombre de todos sus fieles amigos, invocando la gloriosa sombra que, si llegase la hora del peligro, volveria á conducir nuestros ejércitos.

“El Señor Velez Sarsfield.—Señor gobernador: á mí me corresponde ahora cumplir un triste deber á nombre

de los amigos del señor general Paz; pero mi voz no puede alzarse ante este sepulcro, ante estos restos mortales que van á ser encerrados en él para siempre. Honrado con la autoridad y confianza del señor general Paz desde largos años atras; testigo de sus sacrificios, de la consagracion absoluta de su vida á los grandes intereses de su patria; conociendo íntimamente al hombre privado en los diversos azares de su trabajada vida, yo señores, puedo deciros, que no hay lágrimas bastantes para tanto duelo. Aqui termina la existencia del hombre que por mas de cuarenta años combatió por la independenciam de su país ó contra sus tiranos. Alcanzadas las victorias encomendadas á su fuerte brazo, llenado yá su destino sobre la tierra, ahora descenderá al sepúlcrum. Así la providencia lo habia decretado. Pero si los peligros renacieran, todavíam su nombre, su grande sombra defendería el suelo de la patria! Deja en ella un grande ejemplo, lecciones eternas que no serán perdidas para su país. Así lo promete esta misma grande y solemne reunion. El conocimiento de sus altas cualidades, la gratitud á sus grandes servicios, ha traído hasta este lugar á todo el pueblo de Buenos Ayres, á sus autoridades, á todos sus compañeros de armas; á todos aquellos á quienes su poderosa espada abrió las puertas de la patria. Todos se hallan reunidos al rededor de sus restos para darles él postrer adios en el último dia que debe alambrearlos esta luz del cielo de la patria. Descendeis, general, á la tumba lleno de honor, llorado de todos vuestros compatriotas, recibiendo la recompensa que vos juzgabais mas digna sobre la tierra. El Dios Todopoderoso habrá llevado vuestra alma á las regiones celestiales donde habitan los hombres virtuosos, á la mansion y descanso de los justos. Estos consuelos llevan vuestros amigos al dejaros eternamente. ¡General Paz! ¡Adios para siempre!

“Para que nada fallase á esta ovacion el general D. Melchor Pacheco y Obes vino á unir su voz á los represen-

stantes del pueblo de Buenos Ayres para saludar en nombre de la República Oriental al ilustre muerto que la habia salvado con su esfuerzo, proclamando en alta voz á la faz de todos, que sin el general Paz, su patria estaba perdida y Caseros no habria tenido lugar”.

NACIONAL

Octubre 25 de 1854.

DISCURSO FUNEBRE.

A continuacion hallarán nuestros lectores el discurso pronunciado por el señor general D. Melchor Pacheco y Obes, sobre la tumba del ilustre general Paz, que nos fué imposible publicar ayer por no haberlo recibido á tiempo.

“Señores:

“Si alguna vez las lágrimas de una sociedad, si alguna vez el luto de la Patria puede comprenderse, es en esta ocasion, porque en el hombre que llora la sociedad porteña y que enlutece á la patria argentina, no se ha perdido solamente un grande hombre, un general esclarecido, un ciudadano ilustrado por eminentes servicios y acciones inmortales. El general D. José María Paz, era ademas de todo eso un varón justo, un hombre virtuoso, si jamás alguno lo fué sobre la tierra.

“Vosotros sabeis señores que en estas palabras no hay nada que se asemeje á un elogio. La América entera al oirlas, ha de decir que ellas son apenas la simple expresion de la verdad, y ha de acompañaros en vuestras lágrimas, en el duelo de vuestra patria porque, permitidme que os lo diga, señores, el general Paz es una de esas glorias que no puede pertenecer á un solo pueblo, y que si son el timbre de la América entera.

“Estudiando su vida habeis de encontrarle, en virtudes, igual al Aristides de vuestra patria, el inmortal Belgrano; habeis de encontrar que su genio militar casi igualó al genio del gran Capitan de la América al genio de San Martín; habeis de encontrar que en abnegacion y servicios

para vosotros, está á la par de la gran víctima que lleva el nombre de Lavalle.

“En la lucha de la Independencia, sigue á Belgrano, y es uno de los campeones esclarecidos en las lides gigantes del Perú, lides que riega por veces de su sangre. En la guerra de la libertad civil, es él quien doma al terrible Quiroga, dándole esas tres hermosas batallas que serán siempre admiradas por el hombre de guerra. Luego es á él, es á su genio á quien cabe la gloria de dirigir la inmortal defensa de Montevideo, donde se estrella inútilmente el formidable poder del tirano, que por veinte años fué el dominador de la tierra Argentina y el azote de mi patria. . . .

“Sin la resistencia de Montevideo Rosas reinaria todavía! Sin el general Paz el triunfo de la resistencia de Montevideo era imposible! . . . Delante de la tumba yo me honro de hacer esta declaración, me complazco en decir que el general D. José Maria Paz fundó é hizo posible todos los prodigios de la defensa de Montevideo.

“En los primeros dias de Febrero del año 43 entregaba yó al general Paz sobre las trincheras de la invencida ciudad, esa bandera que once años mas tarde mis manos han tenido el triste honor de colocar sobre su tumba. La entregaba para una de las reuniones de ciudadanos que el general Paz organizaba en batallones. Pocos dias despues el ejército de Rosas estaba sobre nuestras trincheras y esos batallones de ciudadanos dirigidos por el general Paz, eran luego soldados capaces de rivalizar con los viejos soldados del tirano. . . . Tres meses no se habian pasado desde 16 de Febrero y ya el batallon Extramuros á quien perteneció esa bandera habia fundado la reputacion que lo inmortalizó! . . . ¡Oh! que he tenido razon cuando os he dicho que el general Paz en la defensa de Montevideo ha hecho lo imposible, ha realizado prodigios!

“Parecia que entonces la vida del general Paz estaba llena, que nada mas podia hacer para ilustrarse, y sin embargo, en esos once años que preceden a su muerte, cuan-

to no ha hecho por la libertad de su patria, cuanto no ha hecho por la inmortalidad! . . . En esos once años hay de nuevo todo lo que constituye al héroe, todo, hasta la adversidad, la ingratitud y la injusticia.

“Desapareciendo la tiranía que pesaba sobre vosotros, para otros han sido las bendiciones que pertenecen al libertador, y la injusticia parece encontrarse aun en los decretos de la Providencia cuando vemos que en los campos de Caseros, es en las manos de un teniente de Rosas que caen los poderosos elementos de que al fin dispone la causa de la libertad. . . . Antes, empero, de ofender á la Eterna Justicia, acatando sus designios inescrutables. . . . espere-mos. . . . esperemos, si, al falto de la historia. Ella que se eleva sobre las pasiones y miserias de circunstancias, ella ha de decir no lo dudeis Señores, que es el vencedor de Caaguazú, que es el defensor de Montevideo, quien ha vencido la tiranía en vuestra patria, quien ha salvado la libertad y la civilización en la América del Sud.

“Y en lo que me toca no estrañeis, Señores, el que haya osado presentarme despues de las voces elocuentes que han conmovido esa tumba. Como ciudadano, debo al general Paz inmensa gratitud, como hombre lo he querido y admirado con entusiasmo. En vida, sonando la hora de la adversidad para el general Paz he proclamado altamente su gloria por donde quiera. En la tumba, creo tener derecho de unir mi voz á la de América, cuando me parece que la oigo decir.

“General Paz:

“¡Ilustre campeón de la libertad!

“¡Honor de la patria Argentina!

“¡Gloria del suelo de Colon!

“¡Adios! Para siempre; adios!”

CAMARA DE REPRESENTANTES.

Extracto de la sesion del 24 de Octubre &c.

Proyecto de premio acordado á los hijos del Brigadier

General Paz. Leída y aprobada el acta de la anterior se dió cuenta. &c. &c. Se entró á la órden del dia con la consideracion del proyecto siguiente:

El Senado y Cámara, &c. &c.

Art. 1.º Concédese á los hijos y madre política del Brigadier General D. José María Paz, la cantidad de doscientos mil pesos, por via de premio extraordinario, sin perjuicio de la pension que por la ley de pensiones militares corresponde á los primeros.

Art. 2.º Cárguese como crédito suplementario al presupuesto de gastos del presente año la cantidad votada por el artículo anterior.

Art. 3.º Comuníquese al P. E.

Mitre—Lezica—Tejedor—Esteves Saguí—Obligado.

El Señor Mitre fundándolo dijo: que á nombre de los que suscribian el proyecto se habia pedido à convocacion extraordinaria de la Cámara de RR. con el objeto que indica el proyecto de hacer una manifestacion de gratitud por los servicios del benemérito general Paz, demostracion que era bien moderada si se atendia á las sumas que habia ahorrado al erario, y que si se fueran á abonarle los sueldos que se le deben deberian importar mucho mas. Que el proyecto estaba suficientemente apoyado con el número de diputados que lo suscribian, mayor aun que el que debe componer una comision; por cuya razon se permitia pedir á la Cámara que el proyecto fuese considerado sobre tablas.

Habiéndose así acordado, y no ofreciendo discusion se votó y aprobó el proyecto en general.

En la discusion en particular el señor Ministro de Hacienda ofieió por el aplazamiento de este asunto, porque á su juicio debia meditarse con madurez la materia á fin de no dejar el mal precedente para lo futuro de estar acordando premios estraordinarios, y los señores diputados Mitre, Velez Sarsfield, Montes de Oca y Albarcellos por

que el premio se acordase sobre tablas, sancionándose el artículo en discusión.

Votado el artículo 1.º resultó sancionado.

Igualmente lo fueron los siguientes sin variacion alguna.

Concluida la órden del dia se levantó la sesion á las 8 de la noche.

CRONICA LOCAL.

Método de curacion.—Autopsia y embalsamamiento del cádaver del general Paz.—A continuacion insertamos las líneas escritas por el Dr. Fernandez en que se detallan el sistema de curacion y las demás operaciones practicadas sobre el cadáver del ilustre finado.

Como toda observacion completa por la autopsia presenta algun interés me he dedicado á publicar esta. Ella no ofrece nada de muy extraordinario, no es un caso raro, pero la duracion de la enfermedad, las recaidas tan frecuentes y las alteraciones de la inteligencia han ocupado tanto la atencion de los diferentes facultativos que me han acompañado y cooperado con todo el poder de su inteligencia al alivio de un personaje de tanta importancia, creo útil compendiar los diferentes síntomas que hemos observado, y consignar las alteraciones patológicas que ha presentado la autopsia.

El General Paz tuvo por primera vez en el mes de Mayo un ataque de congestion cerebral con forma epileptiforme, que determinó una parálisis del lado izquierdo, estado de que se triunfó á la fuerza de un tratamiento sábio y enérgico, quedando despues de algun tiempo en un estado en apariencia satisfactorio hasta que se empezó á notar por algunas personas que lo rodeaban fenómenos que llamaron su atencion, tales como un cambio notable en su carácter y hábitos, falta de memoria é inclinacion al sueño, y que fué llamado á apreciar y remediar. Los síntomas que se presentaron á mi observacion fueron in-

yeccion de la cara, adormecimiento notable, postracion de fuerzas, pulso lleno y frecuente, ligera desviacion de la boca hácia el lado derecho ; perturbacion de la inteligencia ; mi primer idea fué que tenia que combatir una congestion cerebral, que podia traer como resultado la hemorragia en dicho órgano ; el tratamiento disipò al poco tiempo el estado congestivo quedando solamente la falta de memoria, la incoherencia de sus ideas y una debilidad notable en el lado izquierdo del cuerpo : durante los quince primeros dias volvió á repetirse por euatro veces el estado de congestion, quedando despues que pasaba, siempre las alteraciones ya notadas, en este tiempo se habia usado del tratamiento racional en estos casos, como las sangrias generales y locales, derivativos sobre el tubo intestinal, aplicaciones frias, baños, vegigatorios y todos los medios conocidos que solo dominaban el estado con-
fectivo pero que nada modificaban las alteraciones de la inteligencia y del movimiento, fué entonces que no tuve duda que tenia que luchar con una afeccion grande del cérebro y pedí el consejo y cooperacion de otros facultativos. En la primer consulta manifesté mis temores de que teniamos que tratar de una alteracion patológica de los tegidos del cérebro y que esta era probablemente un reblandecimiento, idea que tambien tuvieron mis profesores llamados en consulta. En el tratamiento durante el curso de esta larga enfermedad, en que se han repetido los mismos sintomas ya aumentando ó disminuyendo á fuerza de los cuidados mas perseverantes que hicieron agotar todos los recursos que la ciencia nos ofrece, hasta llegar el momento, que desgraciadamente viene en las afecciones graves del cérebro que, ó arrebatan brusca-
mente la existencia; ó cuyo efecto es abolir poco á poco la inteligencia y la facultad de sentir y de moverse como ha sucedido en el caso de que me ocupo.

No concluiré esta ligera historia sin hacer una men-
cion honorable de mi compañero el Dr. Duchenois,

quien se ascribió voluntariamente en la primer enfermedad del Sr. General Paz y habiendo sido solicitado en esta última ha sido incansable en auxiliarme diariamente con sus conocimientos profesionales y prodigar cuando estos eran inútiles los consuelos mas afectuosos.

AUTOPSIA.

Habiendo procedido á la autopsia con el Dr. Duchesnojs, encontramos, abierto el cráneo, una inyeccion considerable de las venas superficiales del cerebro, una secrecion sero albuminosa hácia el vértice de los hemisferios, bajo la arachnoides que en algunos puntos estaba inyectada, toda la sustancia cerebral presentaba un grado ligero de reblandecimiento á escepcion del cerebello que conservaba su consistencia normal; toda la parte anterior del cóbulo derecho estaba en un grado de reblandecimiento y difluencia remarcable, sin cambio notable de color en la parte posterior; del mismo lado se observan tres pantos del mismo carácter y de ocho á doce líneas de dimension, descubriendo los ventriculos se encontró una abundante exalacion serosa; no se ha encontrado en otro punto de este órgano otra alteracion que las que ya se han indicado.

EMBALSAMAMIENTO.

Diez y seis onzas de sublimado fueron disueltas en dos litros de alcohol. Seis dragmas y media de ácido arsenioso se disolvieron en la cuarta parte de un litro de agua caliente. Una dracma de esencia de clavo, una onza de esencia de lavanda fueron mezclados con dos litros de alcohol, las tres cuartas partes de estas soluciones se inyectaron en la artéria carotida primitiva izquierda y el resto en las dos pleuras y el peritoneo despues de evacuar los gases: todo el cadáver fué despues envuelto en una triple venda de tela.

Julian Fernandez.

LA "TRIBUNA", OCTUBRE 24 DE 1854.

El ilustre Brigadier General D. José María Paz.

"El luto que aparece hoy en las columnas de este diario, simboliza un gran dolor, producido por un grandísimo acontecimiento."

Valentín Alsina.

"La pérdida de un grande hombre en la vida de un pueblo, es uno de los acontecimientos que mas le consternan y llaman de abatimiento."

F. Varela.

I.

¿Qué Argentino no se disputará hoy el honor de tomar la pluma para escribir el cuadro biográfico del hombre grande, del militar intachable, y del invencible guerrero que acabamos de ver bajar á la tumba, rodeado de la admiración y respeto de todo un pueblo?

¿Quién dejará de reconocer en eso un deber de justicia, que debemos pagar como el último tributo que se paga de la vida á la muerte?

¡Sí! hoy mas que nunca habríamos deseado representar el sacerdocio de la elocuencia para canonizar las virtudes, y los justos títulos de respeto del ilustre General Paz.

¿Pero, acaso porque la inteligencia nos falte y la elocuencia sea ingrata para nosotros, debemos negar al corazón los nobles deseos que brotan de lo mas íntimo de él?

No por cierto.

Si somos incapaces de honrar la memoria del valiente guerrero de la independencia escribiendo un artículo digno de él; de su nombre, de sus antecedentes, y mas que todo de sus hechos gloriosos, que formaban el mas bello timbre de su existencia, iremos á beber en una fuente ajena, los datos y los conocimientos mas precisos para poder ofrecer el cuadro de los antecedentes biográficos del hombre y del amigo que lloramos.

II.

La República Argentina acaba de perder uno de sus hijos mas esclarecidos: la América entera, su primer capacidad militar: la causa de la civilizacion y de la justicia, un atleta incansable, y los Argentinos por fin, hemos perdido una de nuestras mas caras esperanzas. . . .

Pocos, muy pocos son los hombres que nos quedan del temple y de la energia del ilustre varon cuyos restos se han conducido ayer al panteon de los muertos.

Muchos otros han bajado á la tumba cubriendo de luto á la nueva generacion que se agita sobre sus sepulcros.

Así, han ido alejándose, segun lo ha dicho recientemente un guerrero argentino, en su postrer romeria, uno tras otro, los hijos de esa generacion fuerte, que templó su acero en el cráter de los mas encumbrados volcanes, para fulminarlo desde alli, como un rayo, á la frente de sus enemigos.

No importa! Los hombres como Paz no mueren jamas! Bajan á la tumba, obedeciendo á esa ley inmutable de la naturaleza ante la cual todos inclinamos la cabeza, pero su memoria vuela de generacion en generacion, cada vez mas respetada, cada vez mas querida.

Hombre singular! Desde los primeros años de su vida abrazó la causa del orden; combatió con constancia á los caudillos; sufrió resignado las adversidades de la fortuna y con una abnegacion digna de imitarse, hizo frente á la larga cadena de desgracias en que está envuelto todo su pasado.

Seria inútil el que intentásemos por fin escribir nada con calma sobre la muerte del hombre que lloramos: amigos de él, y compañeros de destierro é infortunio, su muerte nos ha afectado,

Empezaremos sin embargo, la publicacion de los apuntes que sobre su persona ha escrito el Sr. Pellegrini, reservándonos el deber de complementar nosotros ese trabajo.

Hé aquí lo que dice este Señor sobre el General Paz.

III.

Como elemento guerrero del año diez, el General D. José María Paz es acreedor á la estimacion de la América; lo es á la gratitud de los argentinos por su consagracion á la causa del progreso, por su oposicion constante á las tendencias del caudillaje, á las demasias del despotismo.

En la gran lucha emancipadora, su gloria, sin elevarse á la altura de un Bolívar, de un San Martín, refleja sin embargo un rayo brillante de nuestra aureola republicana. Si no tuvo la fortuna de trepar, como esos felices héroes, hasta el cráter de nuestra revolucion en busca de una inmortalidad que mezquinan los siglos, y cual meteoro fascinador, guiar y electrizar masas libertadoras, supo sin embargo en este mismo sendero hacerse espectable por su bravura, su inteligencia, y un rendimiento á toda prueba.

Mas no es tanto un laurel, como un manojito de espigas doradas que la Revista, intérprete del trabajo productivo, quiere dejar caer sobre la cabeza del guerrero; no es tanto en la altura de los Andes que se complace en mirar al ilustre veterano, como cuando salva, bajo el escudo de su pericia militar, la civilizacion refugiada en los santuarios de la libertad Platina. En este puesto envidiable, la reputacion del general queda sin rival. Allí su vida, pura de todo exceso, es un holocausto incesante hecho en las aras de la patria sin la menor ostentacion: es el civismo unido al denuedo militar el triunfo á la pobreza.

Bajo este punto de vista nosotros miramos en el general Paz á un amigo sincero del progreso material, porque defendió á la nodriza de las artes. Su espada ha prestado á las luces, á la industria del pais el mayor servicio de que sea capaz un ciudadano: á ella debemos tal vez el poder dedicarnos á su fomento. Séanos pues permitido escribir en su obsequio los siguientes apuntes.

El año 1810 Paz se hallaba cursando el tercer año de derecho cuando estalló en Buenos Aires la revolucion que dió en tierra con el poder de los virreyes. Los estudian-

tes de la Universidad de Córdoba, su patria, estaban ya tocados del movimiento político que debía muy luego abrazar toda la estension del antiguo virreinato del Río de la Plata, y conflagrar en seguida toda la América española.

Paz participaba de las nuevas ideas con todo el ardor de la juventud, pudiendo decir que nadie le aventajaba en entusiasmo patriótico. Así fué que desde entonces perteneció á la causa de la revolucion, ó sea de la independencia política de nuestro pais con todas las fuerzas de su alma. Contribuyó á fortificar estos sentimientos la decision de sus padres por la misma causa, á la cual nunca dejaron de ser adictos.

Su hermano Julian, poco menor que él, y que seguia tambien los estudios, estaba en el mismo caso. Asi fué que al llegar á Córdoba la primera expedicion libertadora, y luego que se instaló el primer gobierno patrio en la provincia, que lo desempeñó el entonces Coronel D. Juan Martin Puyrredon, tanto ellos como su familia se distinguieron por sus sentimientos liberales.

Inmediatamente que este señor se recibió del gobierno, se propuso formar un batallon de milicias. En él fueron nombrados oficiales los dos hermanos. D. José Maria entró de Teniente, pero muy luego ascendió á Capitan.

En esta graduación se hallaba en los últimos meses del año diez, cuando llegó la triste noticia del descalabro que habian sufrido nuestras armas en Santiago de Cotagaita, al mando del Mayor General D. Antonio Balcarce.

En aquellos tiempos era tal el entusiasmo que sobaban soldados voluntarios, pero faltaban fusiles y otras armas. Por falta de ellas se corria riesgo de no poder reparar nuestra pérdida y contener á los engreidos españoles. En Córdoba se empaquetaron y cargaron en una carretilla de caballos los fusiles de que se pudo disponer, y Paz fué comisionado para conducirlos en posta al ejército donde estuviese.

Cerca de treinta leguas de Córdoba encontró al Ma-

por Tollo que traía la noticia de la victoria de Suipacha, que no solo había vengado la afrenta de Cotagaita, sino que abrió á nuestro ejército las puertas de todo el Alto Perú. Paz creyó candorosamente que habían concluido para siempre las batallas y las guerras, y el mayor Tollo le confirmó en esta idea cuando al darle noticia se empinó sobre los estribos orgullosamente, y le dijo: vá Vd. ya tarde, pues está todo concluido.

Sin embargo aquel continuó su marcha y llegó á Jujuy, donde encontró el cuartel general, siendo que el general en jefe Ocampo, que no estuvo en la batalla, se había detenido y debía regresar de allí por órdenes recibidas del gobierno de Buenos Ayres.

El mismo dispuso que Paz regresase, y este lo verificó con su compañía, despues de lo cual volvió á seguir sus estudios sin perjuicio de su capitania. Esto se explica porque no estando en servicio sino dos compañías del batallón, los demas estaban enteramente francos.

Debemos advertir que Paz, por indicacion de sus padres, al tiempo de marchar habia cedido su sueldo, y desistido de todo emolumento.

A mediados del año siguiente (1811), su madre tuvo que pasar á Buenos Aires y él la acompañó. Con este motivo se encontró con el celebre bombardeo de los marinos que tuvo lugar en la noche del 15 de Julio, siendo esta la vez, primera que sintió el estrépito del cañon. La noche la pasó patrullando con otros jóvenes, y haciendo escaramuzas á las bombas que de cuando en cuando arrojaban los bombarderos españoles.

Al mismo tiempo se tuvo noticia del fatal desastre del Desaguadero, lo que obligó al Gobierno á poner en ejercicio todos los medios de reconstruir y aumentar el ejército vencido. Paz tuvo entonces orden de volver á Córdoba y marchar al ejército del Perú con nua compañía de milicias de artillería cuyo mando se le dió, y cinco piezas de montaña que habia en la provincia. Asi lo verificó en setiem-

bre del mismo año. Esta vez tambien cedieron él y su hermano el sueldo al estado, pero solo se admitió la mitad.

Durante la marcha tuvo ocasion de experimentar uno de esos lances que tan frecuentemente ponen á prueba la firmeza de un oficial, y que, sino sabe espedirse en ellos, ponen en peligro su reputacion militar.

En el fuerte de Cobos á inmediaciones de Salta hubo de sublevarse su compañía, lo que era tanto mas temible, cuanto que el mismo dia y á su presencia acababa de sublevarse otra que marchaba con el mismo destino, á cargo del antiguo oficial Eustaquio José Gonzales. Sin embargo, logró contenerla, y al otro dia pudo llegar al cuartel general de Jujuy en donde estaban los restos del ejército á las órdenes del general Viamont.

Este general dispuso que la fuerza que iba á sus órdenes pasase á un cuerpo de infantería, y que su hermano y él quedasen agregados á la plana mayor. Así permanecieron algunos meses, casi olvidados hasta que obtuvieron colocacion en el escuadron que podia llamarse Regimiento de Húsares de la guardia general.

Habia sido elevado á este destino D. Juan Martin Puyrredon quien, no sin emplear medios de su fina y astuta urbanidad, los comprometió á renunciar al pensamiento de regresar á su casa y aceptar el servicio con un grado menos del que tenian, en atencion á ser solo oficiales de milicias.

Poco despues se recibió del mando del ejército el General D. Manuel Belgrano, y destinó su cuerpo con otros á la vanguardia que ocupó la posicion de Humahuaca. Entretanto habia llegado el Baron de Olembert al cuartel general y recibidos del mando de la artilleria. Sin que Paz le conociese le pidió al general para que pasase á servir á dicho cuerpo. Paz recibió una orden para ser agregado á este cuerpo sin dejar de pertenecer al suyo, del que jamas quiso separarse, aunque se lo propusieron.

De este modo se halló en la laboriosa retirada que hi-

zo el General Belgrano hasta Tucuman, perseguido de cerca por el ejército real, y tuvo parte en la accion de las Piedras, y en la batalla de Tucuman, en que sin ser mas que un simple teniente que desempeñaba funciones de ayudante del comandante general de artilleria corrió aventuras originales.

Despues de esta batalla el regimiento de húsares fué incorporado al de Dragones Ligeros de la Patria, y fué promovido á ayudante mayor á principios del año trece, rehusando otra vez la colocacion que se le ofrecia en la artilleria.

Aunque como se deja ver habia vuelto á su regimiento, en la víspera de la batalla de Salta, fué destinado por el General del ejército momentáneamente á la artilleria, y sirviendo en esta arma es que concurrió á tan gloriosa jornada.

Penetraron en el Alto Perú, y su regimiento fué destinado á formar la vanguardia. Esta sostuvo sin desventaja el combate de Quepere que obligó á replegarse á la enemiga.

Por la vistoria de Salta se habia dado un grado á todos los oficiales del ejército, lo que hizo que Paz obtuviese el de capitán. En Septiembre del mismo año lo fué efectivo, y es en esa graduacion que se encontró en las desgraciadas batallas de Vilcapugio y Ayouma, en las que le cupo correr aventuras no menos peligrosas que las de Tucuman. En la última habiendo perdido su caballo salvó en el de otro oficial muerto, y en el mismo lugar salvaron de entre los enemigos á su hermano [era tambien capitán de dragones] que acababa de perder el suyo.

Los mutilados restos del ejército se replegaron á las provincias bajas, perseguidos de cerca por los vencedores, pero sin dejar de disputar el terreno segun era posible. Se halló en el combate de San Lorenzo en las goteras de Salta el mismo día que la vanguardia enemiga ocupaba esta ciudad á principios del año 14.

Cuando llegaron á Tucuman el general San Martín que era ya general en jefe, dió una nueva forma á su regimiento con el título de dragones del Perú, siendo Paz uno de los cuatro capitanes que quedaron en él.

V.

En el mismo año 14 obtuvo licencia para hacer una visita á sus padres que residían en Córdoba. A su vuelta al cuartel general que estaba en Jujuy halló la revolución hecha en el ejército contra el general Alvear, la que hacia continuar en el mando al general Rondeau que habia sucedido al general San Martín.

Se abria otra vez la campaña del año 15 en el alto Perú, y se encontró en el combate del Puesto Marquez en que fué destrozada la vanguardia enemiga.

Por Octubre del mismo año fué promovido á sargento mayor de su regimiento: apenas habian pasado dos dias cuando tuvo lugar el malogrado combate de Venta y Media, en que recibió una herida en el brazo derecho que se lo dejó casi inutilizado.

Después de la retirada á Tucuman en 1816, tomó el mando del ejército el General D. Manuel Belgrano; y su regimiento al que se incorporaron dos pequeños escuadrones de dragones de la Patria que habian servido en el sitio de Montevideo, tomó el nombre de dragones de la Nación. Su arreglo y disciplina le fueron esclusivamente encomendados, como que era el único jefe que tenia entonces.

En el siguiente año 17, fué promovido á comandante de escuadron siendo ya coronel del cuerpo, D. Cornelio Zelaya.

A fines del año 18 marchó con su escuadron á la provincia de Córdoba, y se encontró en los combates de 18 y 19 de febrero del año siguiente en la Herradura; é hizo la campaña que se abrió sobre Santa Fé, la cual se suspendió por el armisticio que habia ajustado el general Viamont que ocupaba el Rosario.

A principios del año 20, sucedió la revolución de Are-

quien en la que tomó parte con unos cuantos gefes mas que se pusieron á su frente. Daremos tal vez pormenores y causas de este suceso.

El general Bustos, que quedó al mando del ejército, le confirió el grado de coronel. Quiso alejar toda sospecha de ambicion que podia suponerse le habia guiado al tomar parte en el citado movimiento, y se apresuró á devolverle su despacho.

Luego estalló la guerra civil en Córdoba á consecuencia de la resistencia de Bustos á que el ejército se ocupase contra los españoles que eran sus enemigos comunes. Hubo dos combates desgraciados en el norte de Córdoba, de cuyas resultas Paz emigró á la provincia de Santiago del Estero en la que permaneció un año.

Cuando el general San Martin promovió la formacion de una division en la provincia de Salta que llamase la atencion de los españoles por el sud, á las órdenes del coronel Urdininea, este lo invitó á tomar parte en ella como segundo gefe. Aceptó y se trasladó á Catamarca, y luego á San Carlos, provincia de Salta, para ponerse al frente de la tropa que con este fin vino de San Juan, sufriendo mil contradicciones de varios gobiernos y mil privaciones por la falta de recursos. Asi se conservó una buena base para formar sobre ella un mas numeroso cuerpo de tropas.

A principios del año 24, fué nombrado gobernador de Salta el general Arenales, quien invitó á Paz que bajase á la capital, con una parte de la fuerza que estaba á sus órdenes, [el coronel Urdininea permanecía en Tucuman procurando auxilios y reclutas,] con el fin de ayudarle á sofocar una revolucion que habia estallado en la campaña contra su autoridad. Asi lo hizo, la revolucion, fué sofocada, y terminó con la ejecucion del célebre coronel Morales y teniente coronel Olivera. Entonces acepto el empleo de coronel.

Enseguida se empezó á formar un batallon de cazadores bajo su direccion, el mismo que vino al ejército na-

cional y que pasó á ser regimiento núm. 2 de caballería.

Después de la victoria de Ayacucho quedaba todavía en pie el ejército español que á las órdenes del general Olañeta dominaba el Alto Perú, hoy Bolivia. El general Arenales se propuso organizar una división que marchase contra aquel, para concurrir cuando menos con las tropas colombianas que era de esperar no se conservarían ociosas después de su triunfo.

Con esta expedición marchó Paz á las órdenes del general Arenales, llevando la vanguardia el coronel Urdinenea con un buen cuerpo de tropas de caballería. Este jefe, faltando á la confianza que le había dispensado Arenales defecionó luego de la muerte de Olañeta, incorporándose á los Colombianos, y desconociendo la autoridad de su general y de todas las demas de estas provincias.

Aquí empezó de hecho la separación de las provincias del Alto Perú de la república Argentina. Vanos fueron los conatos del leal y patriota general Arenales para que se conservasen en la antigua unión. Los añejos resentimientos de los Peruanos, la protección de Bolívar y Sucre; y mas que todo nuestras miserias y desgracias hicieron irreparable esa pérdida.

De vuelta á Salta después de la absoluta desaparición del poder español en esta parte de América, el Gobierno de Buenos Aires empezó á promover la creación del ejército nacional que había de concurrir á la guerra del Brasil. El batallón de Paz aumentado hasta el número de 700 plazas marchó como contingente de dicha provincia.

El entonces coronel Madrid estaba encargado de activar la remisión de los contingentes de las provincias del Norte; pero habiendo realizado una revolución contra el Gobierno de Tucumán y colocándose en su lugar, le fué retirada la comisión y se confirió á Paz. Este se hallaba en Loreto 20 leguas acá de Santiago con su batallón, cuando recibió esta orden, para cuyo cumplimiento hi-

zo que su cuerpo siguiese la marcha, regresando él á Tucumán.

Poco despues se le previno que viniese á Buenos Aires, lo que verificó cuando ya estaba instalada la presidencia del Sr. Rivadavia, su batallon en San Nicolas habia sido transformado en número 2 de caballeria, y en esta forma habia marchado á San José del Uruguay, donde estaba el cuartel general y el ejército.

Por abril se incorporó á él, y por mayo ya hicieron una corta campaña sobre el Cuarein á las órdenes del General Rivera. Al mes siguiente marcharon con el General en Gefe sobre el Durazno donde se hallaba el General Lavalleja, Gobernador de la Banda Oriental, quien se mostraba muy remiso á cumplir las disposiciones superiores sobre el contingente que debia la provincia para el ejército Nacional.

Medio arreglada esta diferencia con la separacion del General Rivera antagonista de Lavalleja, Paz fué destinado con su regimiento para obrar sobre Yaguaron despues de haberse unido á la division de D. Ignacio Oribe acantonado en el Cordoves. El proyecto era sorprender á Bentos Gonzalves que con la suya acampaba en Francisquillo. Esto no tuvo efecto por causa que no es del caso referir; pero una parte del regimiento de Paz, junto con una partida oriental, tuvieron un fuerte encuentro en Caraguatá con los brasileros. El resultado no fué feliz, sin duda por la desproporcion del número, pero no sufrió el honor de nuestras armas. El Gefe de la espedicion mayor Berdune murió bravamente, como tambien el teniente Guiraldes de aquel regimiento. El alferes Ubierna del mismo cayó prisionero.

Al fin el General Alvear tomó el mando del ejército y solo se pensó en prepararlo para la campaña del Brasil. Efectivamente esta se abrió á fines del año 26, y en la designacion de divisiones le cupo á Paz mandar la 2ª de caballeria.

Paz se encontró en la batalla de Ituzaingó en que tuvo orden de cargar con dos escuadrones la misma columna donde acababa de perecer el Coronel Brandzen, lo que se efectuó con poco éxito.

Después hizo lo mismo sin orden del General Alvear y le mereció su mas viva reprobacion por el arrojó del ataque, pero después de sufrir sus reproches tuvo la satisfaccion de que le dijese en público, y aun creemos que lo dijo en la orden del dia—que sentia no poder hacerlo general en el campo de batalla; porque no estaba autorizado, pero que lo proponia al gobierno. Idéntica cosa dijo é hizo del General Lavalle.

Efectivamente, á vuelta del correo recibió Paz los despachos de general, y en esa graduacion fué que asistió al combate de Camacria [2º de este nombre.]

El general Mansilla jefe de E. M. G. obtuvo licencia para pasar á Buenos Aires y le fué encargado este ramo.

Llegado el ejército al Cerro Largo, tuvo el General Alvear que trasladarse á la capital, por cuyo motivo se encomendó á Paz el mando del ejército en circunstancias bien difíciles, mejor diremos en extremo criticas por la suma escasez y miseria, y por la desmoralizacion que cundia á pasos agigantados. Sobre el disgusto que producía una campaña penosa que, aunque feliz, no nos habia dado resultado, vino el irresistible anhelo de pasar á solazarse á Buenos Aires, y en el general Alvear el prurito de conceder licencias y aun estimular á que las pidiesen. Resultó que la mayor parte de los jefes y un gran número de oficiales vinieron á Buenos Aires. Debe agregarse á estas causas de desorden, el mal ejemplo de los orientales que todos, escepto un pequeño cuerpo que mandaba D. Servando Gomez se fueron á sus casas. Esto hizo muy delicada la situacion, y muy penosa la del ejército durante el terrible y lluvioso invierno de este año.

En la primavera fué nombrado general en jefe el general Lavalleja, pero permaneció en el Durazno hasta fi-

nes del año. Cuando se presentó en el Cerro Largo llevando un cuerpo de Orientales se emprendieron algunas operaciones parciales, mas con el objeto de facilitar la extracción de ganados, de que habia una incansable avidez, que de hostilizar al enemigo. Penetraron sin embargo en la frontera enemiga, y despues de haber ocupado con una division el pueblo del cerrito, Paz se encontró en el combate de Padre Feliberto que nada decidió.

Entonces se acordó por el General en Jefe á propuesta de él, la ocupacion del Rio Grande que debia darnos grandes recursos, y procurarnos la navegacion de los Lagos, cambiando hábilmente la linea de operaciones.

Se dió principio á este movimiento, que el enemigo inutilizó sin preverlo ni aun soñarlo, con la casual sorpresa de las Cañas, que puso á casi toda nuestra caballería á dos dedos de su pérdida. Salvó por un milagro, ó mejor digamos porque el enemigo no supo sacar partido de su primera ventaja; pero el movimiento del Rio Grande fué paralizado, y Paz tuvo que regresar con dos batallones y una bateria con que se habia desprendido del ejército.

Desde entonces ya no se trató de operaciones militares, sino de grandes arreos de vacas, para fundar vastas estancias que enriquecieron á los empresarios. El no podia autorizar este desórden, y pidió su licencia para venir á Buenos Aires á donde llegó junto con el general Lavalle, el mismo dia que se recibia la conveniencia preliminar de paz.

Antes de un mes volvió á partir de Buenos Aires para ir á tomar el mando del ejército que debia distribuir en dos divisiones despachando la 1.ª con el general D. Enrique Martinez, y quedando él con la 2.ª en el Estado Oriental, conjuntamente con otra brasilera, segun estaba arreglado en la convencion.

Esa 1.ª division, luego que llegó á Buenos Aires, fué la que, presidida por el General Lavalle, hizo la revolucion del 1.º de Diciembre del año 28. Paz vino á saber-

lo estando en el centro del Estado Oriental. Muy luego recibió órdenes de venir con la suya, lo que efectuó en 1.^o de Enero del 29.

En Marzo marchó á la provincia de Córdoba, á donde tuvieron lugar los sucesos que son de notoriedad pública.

En el Pilar nueve leguas antes de la capital hubo un pequeño encuentro que terminó haciendo poner en retirada á Bustos con su ejército. A los pocos dias Paz obtuvo la victoria de San Roque, que dejó en su poder 8 cañones, carros de municiones correspondientes, un gran parque, muchos prisioneros &c.

En Junio tuvieron lugar las célebres victorias de la Tablada, en los dias 22 y 23. En los dos dias anteriores se habia combatido en la plaza, que al fin habia caido en poder de Quiroga, y que solo fué rescatada con el triunfo del último dia.

Se siguieron mil encuentros parciales en toda la estension de la provincia de Córdoba, y en las vecinas, en los que se distinguieron muchos de los bizarros gefes que servian á las órdenes de Paz. á los que no concurrió éste.

A principios del año 30 se verificó la no menos célebre campaña de la Sierra que estermínó las montoneras que la infestaban, despues de la revolucion de una parte del ejército acandillado por el capitán (despues coronel) D. Faustino Velazco. La tropa que no participaba de los sentimientos del caudillo y de sus desleales oficiales, á los pocos dias dirigida por los sargentos hizo la contra revolucion, entregando presos 8 de aquellos, de los cuales 4 fueron fusilados despues de sometidos á un consejo de guerra. El coronel Velazco con otros tantos oficiales logró fugar, pero habiendo sido despues preso en Mendoza, fué remitido; y Paz le hizo gracia de la vida.

El 25 de Febrero obtuvo el ejército de su mando la completa victoria de Oncativo (Laguna Larga) en la que se tomaron 8 cañones y mil quinientos prisioneros, con parque, vagages &c. Cayó tambien el mayor general Padre

Aldao, y el secretario de Quiroga general D. Santos Ortiz.

Mendoza reclamó al primero de estos dos personajes con toda la energía que podía inspirarle la memoria de sus atroces crímenes. Paz rehusó su entrega considerando que su juicio sería apasionado, y que aun cuando ejerciese un acto de justicia, lo revestirían de apariencias de la mas sangrienta venganza. Por otra parte, despues de una victoria tan señalada, creyó que podía aspirar à la gloria de mitigar ese carácter atroz que iban tomando nuestras guerras civiles. Si su cálculo fué errado, fué al menos basado sobre principios de humanidad: en cuanto á sus ventajas ó desventajas políticas, dejemos al juicio imparcial de la historia el fijarlas.

Desde entonces las armas que mandaba se estendieron por todo el interior de la República. Varios de los gefes obtuvieron el mando de algunas provincias, y la guerra desapareció momentáneamente de todo su territorio.

Los caudillos, aunque vencidos no estaban ociosos, pues que se redujeron á suscitar sublevaciones parciales, y á promover la guerra de partidos ó sea de montoneras en todos los puntos donde habia posibilidad de ello.

Los resultados, sin embargo, no podian ser dudosos, y es evidente que hubieran fracasado todas sus tentativas sin el apoyo que les dió la traidora invasion que los gobiernos de Buenos Aires y Santa Fé, practicaron á principios de Febrero de 1831.

La sorpresa del Fraile Muerto fué el primer acto de esta invasion. Si sufrieron un contraste las tropas de Paz tambien se cubrieron de gloria; 200 hombres sorprendidos, completamente cortados por mas de 1,500 de las mejores tropas de Buenos Aires y Santa Fé, arrollaron cuanto se les puso por delante, y se abrieron paso no sin gran pérdida para incorporarse al ejército; 40 infantes se sostuvieron ocho dias en un bosque y solo capitularon y se rindieron por falta de subsistencia.

Paz se puso en campaña con el designio de buscar

una batalla que el enemigo evitaba, valido de la mayor agilidad de sus tropas, pues que no traía ni cañones ni infantería. En los Calchines tuvo un serio encuentro en que fué perseguido el enemigo por seis leguas, pero se le fué de entre las manos, porque siendo este superior en caballería, Paz no podía emplear esta arma aisladamente.

Mas ó menos le sucedió lo mismo en otras tentativas que hizo para obligar al enemigo á un combate decisivo, siempre se escabullia quedando las cosas en el mismo pié.

Si esto le impedia acabar la guerra de un golpe; hacia tambien que el enemigo no pudiese obtener ventajas, pues siempre encontraba una muralla de fierro que le estorbaba penetrar en el corazon de la provincia; y que cuando alguna division ó partida lo hacia, tenia luego que salir con mas priesa de la con que habia entrado.

Fácil es comprender que fuera de las operaciones en escala mayor de los ejércitos, habia otras infinitas parciales entre las partidas irregulares ó de montonera que habian plagado el pais, y otras que les oponia el gobierno. De elli resultaron infinidad de choques tanto fuera como dentro de la provincia. Fueron los mas notables la toma del Rio 4.º por Quiroga, la derrota y muerte del bravo coronel Pringles en Rio 5.º, y la de Videla Castillo que mandaba el cuerpo del ejército de Mendoza en el rodeo de Chacon. El coronel Dehesa, sin haber sufrido un contraste en forma, habia tenido que abandonar Santiago del Estero, porque pidiéndole Paz parte su fuerza, creyó no poderse conservar con la que le quedaba.

No obstante en la provincia de Córdoba la balanza se inclinaba á favor de los agredidos, pues á principios de Mayo las montoneras estaban casi vencidas y Lopez con el ejército de Buenos Aires y Santa Fé estaba replegado á la parte despoblada de la provincia.

Lopez convencido de la insuficiencia de su sistema montonero, ó guerra de partidas, iba renunciando á esas operaciones que tenian ya demasiado fatigado su ejército,

había pedido á Rosas cuerpos de infantería y gruesos trenes de artillería. Efectivamente estaba en marcha por este tiempo el ejército de reserva de Buenos Aires á las órdenes de los generales Balcarce y Martínez. Luego que hubiese llegado al teatro de la guerra imposible era á Lopez evitar una batalla general, la que Paz pensaba empeñar eligiendo la ocasión favorable, que no podía dejar de ofrecerse muy pronto.

No obstante, quiso hacer antes una tentativa sobre Lopez que estaba en la frontera del Tio, por si lograba comprometerlo antes á un combate. Con este objeto se movió con un buen cuerpo de tropas el 10 de Mayo, por un camino que atraviesa un bosque espesísimo.

Una fuerte guerrilla se sostenia por las partidas avanzadas y otras del enemigo, y quiso reconocer personalmente la situacion para proveer lo conveniente. Se adelantó con un ayudante y una ordenanza, equivocadamente casi en medio de los enemigos y fué hecho prisionero.

Sufrió 8 años de rigorosa prision en Santa Fé y Buenos Aires en queapuró hasta las heces la copa de la amargura.

En Abril del 39 se abrieron las puertas de su calabozo y pudo venir á Buenos Aires con la ciudad por cárcel.

En Noviembre se le incorporó por Rosas, sin solicitarlo ni presentirlo, á la plana mayor del ejército; de modo que vino á quedar en una posicion indefinible. Le era imposible sostenerla y se halló en el caso de tomar un partido decisivo. No pudo ser otro que el de emigrar, como lo hizo clandestinamente la noche del 3 de Abril del 40.

A fines de Junio marchó al ejército del general Lavalle. No se encontró en la batalla del Sauce Grande por causas independientes de su voluntad, pero si en el paso del Paraná que verificó el ejército libertador, auxiliado poderosamente por la division de la marina francesa que alli se encontraba, bajo los fuégos del de Echagüe.

El general Lavalle iba á bajar el Paraná para aproxi-

marse á Buenos Aires, quedando la provincia de Corrientes indefensa y á merced de Echagüe, quien con todo su ejército dominaba al Entre Ríos. Paz creyó que mejores servicios podría prestar, dirigiéndose á dicha provincia, que al fin había sido y debía ser un manantial de soldados para la libertad, y una poderosa base de acción.

El abandono que había hecho de ella el general Lavalle había causado una fuerte impresión y hecho subir al colmo la indignación de su gobierno. Paz trató desde luego de calmar la irritación, y traer al Sr. Ferré á sentimientos más templados. Solo á este precio se recibió del mando militar de la provincia. El general Rivera le hizo un gravísimo cargo de sus proceder conciliatorios.

Inmediatamente se procedió á formar un batallón y algunos escuadrones de modo que cuando á los veinte día apareció la vanguardia de Echagüe ya había un simulacro de ejército. Este se mejoraba y aumentaba cada día y cada hora, en términos que cuando Echagüe se dejó sentir y se reunió á su vanguardia mandada por el general D. Servando Gómez, ya su poder era más considerable que antes. Sin embargo, se redujo á maniobras defensivas y guerra de partidas que entretenían y daban que hacer al enemigo. Este súbitamente levantó su campo y emprendió su retirada de las inmediaciones de Goya.

El general Lavalle después de haber abandonado la provincia de Buenos Aires, había caído sobre Santa Fé y este fué el motivo que eligió Echagüe para colorear su retirada precipitada. Sea como fuese ese ejército naciente de Corrientes que después debía aniquilar completamente el suyo, es fuera de duda que empezaba á imponerle respeto y causarle temores.

Entonces se acantonó el novel ejército en Villa Nueva, y se le empezó á dar una instrucción más metódica y regular: el gran inconveniente era la falta de jefes y oficiales, el que se suplía hasta cierto punto con la buena voluntad que sobraba. El Gobierno de Corrientes se empeñó en que

Paz aceptase el empleo de Brigadier cuyos despachos le mandó.

Un nuevo tratado se habia ajustado con el general Rivera presidente del Estado Oriental, por el cual este fué nombrado Director de la Guerra. Paz lo reconoció sin dificultad y empezó á entenderse con él en lo relativo á ella, acordandole el tiempo en que debían abrir conjuntamente la campaña. Cuando se aproximaba el plazo señalado y vió el General Rivera que Paz habia tomado á lo sério sus promesas y que reclamaba su cumplimiento se disgustó y rompió con él. Paz hubo de dejar el ejército, cuyo mando renunció; pero el Gobierno de Corrientes resistió su separacion hasta el punto que era imposible dejar de complacerle.

Por Setiembre del 41 despues de haber completado Echagüe sus preparativos, invadió á Corrientes. Con este motivo se renovó la correspondencia de Paz con el General Rivera, la que contiene datos curiosísimos. Ellos suministrarían colorido bastante para añadir algunas pinceladas al retrato que tantos han querido hacer de este hombre singular.

La batalla de Caaguazú que tuvo lugar el 23 de Noviembre, dió por resultado las mas completa victoria.— Echagüe huyó á Entre-Ríos; y Paz se preparó para seguir inmediatamente á ocupar aquella provincia y dar la mano á la de Santa Fé que se habia declarado en su favor. La falta de actividad del Gobierno de Corrientes para mandarle las caballadas que estaban prontas le hizo perder unos cuantos dias preciosos, lo que produjo dos gravísimos resultados:

1º Tuvo la provincia de Entre-Ríos tiempo de volver de su estupor, de elegir á Urquiza de Gobernador, y de medio preparar su defensa. 2º Dió lugar á que el general Rivera á quien la victoria de Caaguazú habia sacado del letargo en que yacia en el Durazno, se pusiese en campaña y penetrase en Entre-Ríos al mismo tiempo que

los correntinos para cruzar sus propósitos, y acabar por inutilizar todas sus ventajas. No son aun del dominio público los males que hizo entonces á la causa política del general Rivera, la que al fin vino á causar la ruina de su país, y la suya propia.

Sin embargo, manobrando convenientemente Paz se anticipó á la Bajada, ocupó la capital, y se nombró un gobierno simpático á los intereses argentinos. El Sr. Ferré no tardó en presentarse en aquel punto, y empezó á manifestar celos y lo que es peor á reclamar de la provincia de Entre-Ríos indemnizaciones por los gastos de la guerra y las contribuciones que Echagüe habia impuesto á Corrientes despues de Pago-Largo.

Otros gefes correntinos, cansados de la disciplina que Paz imponia al ejército y deseosos del pillage, favorecian la desercion y excitaban á la tropa á volver á su país. Siendo enemigos del mismo Ferré, cooperaban con él para inutilizar las ventajas que habian obtenido, y para impedir que el ejército continuase su gloriosa carrera.

Desesperanzado de poder vencer tantos obstáculos que á la verdad eran insuperables, quiso Paz dejar el ejército y volver á reunirse á su familia. A mas de media noche del día en que debia emprender su viage, se agolpó á su casa una parte del pueblo de la Bajada para rogarle que lo suspendiese. Luego le obligaron á que admitiese un gobierno que ni pensaba ni queria conservar, pero en cuya posicion creian con fundamento que podia oponerse á las pretensiones del de Corrientes y salvarlos de cuantiosas contribuciones. Aceptó el gobierno, y desde entonces el Sr. Ferré no insistió en sus indemnizaciones, pero trató de acelerar el regreso de los correntinos.

Habia ofrecido dejar á Paz una division con la cual y algunos prisioneros de Caaguazú que éste conservaba regimentados, y alguna milicia de Entre Ríos, Paz se prometia apoyar á Santa-Fé amenazada por el ejército de Oribe, y conservar por lo menos la línea del Paraná. Mas el

Sr. Ferré faltó otra vez á lo prometido, é hizo la señal de marcha sin dejarle un solo hombre.

Paz quedó pues, en Entre Ríos con algunos gefes y oficiales fieles, habia vencido dos meses antes. La insurreccion estallaba entonces por todas partes, en términos que en Nogoyá Paz se hallaba con los pocos que lo acompañaban estrechado de cerca, y en una de las mas críticas situaciones de la vida.

Venciendo dificultades llegó al rio Gualeguaichú en donde se encontró con el general Rivera, y en donde olvidando sus antiguas diferencias, hizo con él un nuevo tratado. Desde entonces su firme propósito fué retirarse á Montevideo, pero aun tuvo que aplazarlo á insinuacion de dicho general.

Por Octubre tuvieron lugar las célebres conferencias de Paisandú, de que resultó que el general Rivera se pusiese nuevamente al frente de la cruzada contra Rosas. Paz fué vivamente solicitado para el 2º puesto, pero rehusó con resolucion, no porque quisiera el primer lugar, sino por su conviccion íntima de la inutilidad de sus esfuerzos. Marchó pues á Montevideo con algunos gefes y oficiales amigos que lo acompañaban, á donde llegó al mismo tiempo que se recibia la noticia de la insignificante correría de Nogoyá practicada por el ejército del general Rivera, á la que se pretendió dar importancia de una victoria decisiva. Pronto vino el desengaño con la desastrosa derrota del Arroyo Grande sufrida el 6 de Diciembre del mismo año 42.

Paz que habia sido recibido por el gobierno de Montevideo con la mas chocante frialdad, fué entonces vivamente solicitado para que se pusiese al frente de un ejército de reserva, que iba á ser todo, porque en la campaña nada quedaba capaz de detener un dia al enemigo. Le fué preciso ceder y aceptar un mando rodeado de espinas, erizado de dificultades que oponian los celos nacionales y las estúpidas prevenciones del general Rivera.

FIN.

LOS EDITORES, fieles á su programa han cumplido religiosamente la promesa de publicar los voluminosos manuscritos del finado Brigadier General D. José María Paz sin alterar *en lo mas mínimo el texto autógrafo del ilustre General*; y al tributar las más expresivas gracias á los numerosos suscriptores que han facilitado la publicación de tan interesantes memorias, se creen en el deber de invitar á los que gusten cerciorarse de la imparcialidad con que por nuestra parte se ha procedido, á que examinen por si mismos los manuscritos de la bien conocida letra del Sr. general, que se conservan en poder de los editores.

Réstanos tan solo anunciar que no omitirémos medio de ninguna especie para proporcionarnos los manuscritos relativos á la campaña contra el Brasil, en la Banda Oriental, y al sitio de Montevideo que hasta hoy no hemos podido obtener, y que publicaremos oportunamente en un suplemento á estas *memorias*.



INDICE ANALITICO DEL 4.^o TOMO.

- Continúan las observaciones sobre la batalla de Caaguazú— con la noticia de la victoria de Caaguazú muevese Rivera sobre el Entre-Ríos y anuda sus relaciones con Paz —Eleccion de Urquiza para el Gobierno del Paraná, sale á campaña y perseguido por superiores fuerzas se retira sobre el Gualeguay—Entrada del ejército de reserva en la Bajada..... 3 y sig.
- Sucesos de la Bajada—Mancjos de Rivera, chasqueado en sus pretensiones de apoderarse de la capital antes que Paz—Paz Gobernador de Entre-Ríos—Retírase Ferré y desmantela la capital dejando á Paz indefenso—Proyectos, intrigas de los varios gobernantes reunidos en la Bajada—Deseccion del Dr. Rivero y su muerte fusilado en Santos Lugares.....20 y sig.
- Entrevista de Paz en su retirada con el General Rivera—Rápida ojeada sobre el ejército Oriental—Trastornos en la Bajada—Derrota de los santafesinos—El Gobierno Oriental, Rivera, y los unitarios—Negociaciones con el Almirante Brown—Rasgos característicos de este personaje—Invasión de Oribe—Defensa de la plaza de Montevideo.....75 y sig.
- Sale Paz de Montevideo con direccion á Corrientes para formar el 4.º ejército libertador—Facciones é intrigas de los partidos—Riesgos, tentativas de asesinato—Llega Paz á Corrientes, entusiasmo público—Los Madariagas—Encárgase de la direccion de la guerra al general Paz—Preliminares de la alianza con el Paraguay—Los descontentos promueven una sublevacion en el ejército—Disciplina de este al mando del general Mu-

- dariaga—Administracion financiera de la provincia en poder de los Madarigas—Plan de guerra del general Paz.....136 y sig.
- Division expedicionaria sobre Santa-Fé al mando del general D. Juan Pablo Lopez—Derrota de este general, su regreso á Villanueva, consejo de guerra y destitucion de Lopez—Nueva expedicion al mando del coronel Salas, intrigas de Lopez, su fuga, desastroso resultado de la expedicion—Politica brasilera—Mision Varela—El Paraguay—Su alianza con la provincia de Corrientes—Invade el general Urquiza la provincia—Derrota de la vanguardia que mandaba el general Madariaga y prision de este—Avanza Urquiza hasta Ibajay desde donde emprende su violenta retirada.....200 y sig.
- Disolucion del 4.º ejército libertador y de la alianza de Corrientes con la República del Paraguay—Retírase Paz de la escena pública, hasta que despues de la batalla de Caseros, y salida de Urquiza de esta capital, vuelve á aparecer prestando servicios al Estado de Buenos Aires durante el sitio de esta ciudad—Memoria presentada á la H. S. de Representantes por el ministro de guerra y marina en Octubre de 1853—Muerte del general Paz, documentos oficiales, honores fúnebres, discursos, demostaciones de la prensa, y rasgos de la gratitud pública.....262 y sig.



